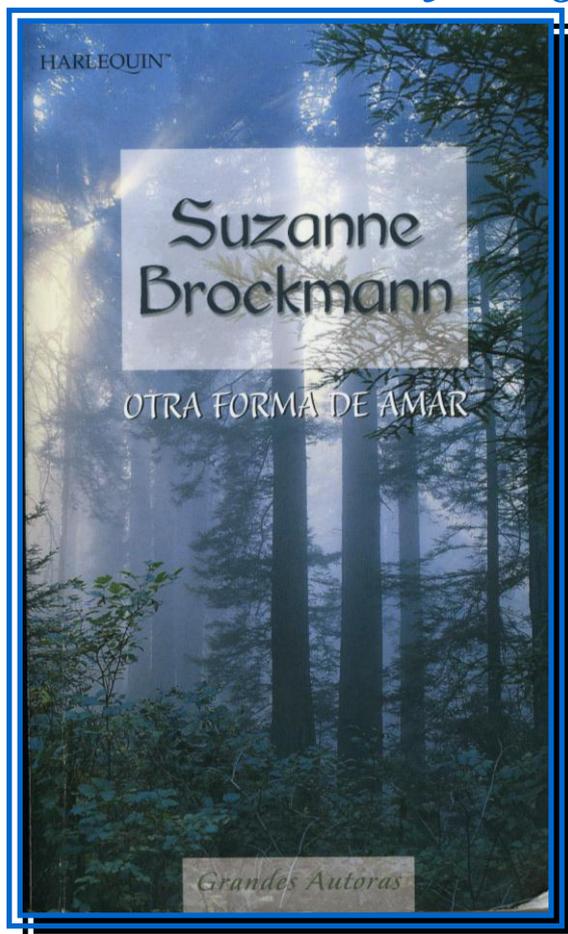


Otra forma de amar

Suzanne Brockmann

3º Serie Altos, Oscuros y Peligrosos



Otra forma de amar (2007)

Título Original: Frisco's Kid

Serie: 3º Altos, Oscuros y Peligrosos

Editorial: Harlequín Ibérica

Sello / Colección: Grandes Autoras

Género: Contemporánea

Protagonistas: Alan Francisco "Frisco" y Mia Summerton

Argumento:

Para Alan Francisco, Prisco, Pertenecer a la unidad de Operaciones Especiales de la armada no era sólo un trabajo, sino algo que definía su identidad. Una bala había puesto en peligro dicha existencia: ¿Cómo iba a entrar en combate si apenas podía caminar? No obstante, y a pesar de las advertencias del médico, Prisco estaba empeñado en recuperarse por completo.

Sin embargo, la inesperada aparición de su sobrina de cinco años le dejaba poco tiempo para otra cosa que no fuera cuidar de la pequeña. De niños sabía aún menos que de cómo recuperarse y vivir con sus heridas, pero no estaba dispuesto a aceptar la ayuda de su vecina Mia Summerton. Él no necesitaba la ayuda de nadie para cuidar de su sobrina, ni para aprender a asumir sus propias limitaciones. Ni, desde luego, para enamorarse.

Capítulo 1

A Prisco le ardía la rodilla.

Tuvo que recostarse en el bastón para llegar de la ducha a la habitación que compartía con otros tres veteranos, y aun así la pierna le dolía a rabiarse con cada paso que daba.

Pero el dolor no tenía importancia. Había formado parte de la vida cotidiana del teniente de la Marina Alan Francisco, conocido como Prisco, desde que, hacía más de cinco años, durante una operación secreta de rescate, su pierna había estado a punto de saltar por los aires.

Con el dolor podía arreglárselas.

Era el bastón lo que no soportaba.

Era el hecho de que su rodilla no aguantara el peso de su cuerpo, ni pudiera estirarse del todo, lo que lo sacaba de quicio.

Hacía un día caluroso en California, así que se puso unos pantalones cortos, aunque era consciente de que no ocultarían las feas y descarnadas cicatrices de su rodilla.

Había sufrido su última operación sólo unos meses atrás. Habían vuelto a abrirle la pierna para intentar recomponer las piezas, como si fuera Humpty Dumpty. Tras la obligada estancia en el hospital, lo habían mandado allí, a aquel centro de rehabilitación, para que fortaleciera la pierna y para ver si la operación había servido de algo: para ver si tenía más flexibilidad en la articulación lesionada.

Pero su médico había tenido tan poco éxito como los legendarios caballos y los hombres del rey de Humpty Dumpty. La operación no había mejorado la rodilla de Prisco. Su médico no había podido recomponerla.

Llamaron a la puerta y ésta se abrió el ancho de una rendija.

-Vaya, Prisco, ¿estás aquí?

Era el teniente Joe Catalanotto, comandante del Equipo 10 de la Brigada Alfa de los SEAL: la brigada a la que, hacía un siglo de dolor, frustraciones y esperanzas malogradas, había pertenecido Prisco.

-¿Dónde iba a estar si no? -respondió Prisco.

Notó que Joe reaccionaba a la agria respuesta y que su mandíbula se tensaba cuando entró en la habitación y cerró la puerta tras él. Se fijó en la expresión de sus ojos oscuros: una expresión reservada y reticente.

Prisco había sido siempre el más optimista de los miembros de la Brigada Alfa. Su actitud era siempre cordial y animada. Allá donde fueran, Prisco salía a la calle y trababa amistad con la población local. Era siempre el primero en sonreír, el que gastaba bromas antes de un salto en paracaídas a gran altitud, el que aliviaba la tensión y hacía reír a todo el mundo.

Pero Prisco ya no reía. Había dejado de reír hacía cinco años, cuando los médicos entraron en su habitación del hospital y le dijeron que su pierna no volvería a ser la misma. Que nunca volvería a caminar.

Al principio, se había enfrentado a ello con el mismo talante animado y optimista de siempre. ¿Que no iba a volver a andar? Eso habría que verlo. Iba a hacer algo más que andar. Iba a volver al servicio activo. Iba a correr, a saltar y a tirarse de cabeza al agua. No había duda.

Habían hecho falta años de intensa concentración, operaciones y fisioterapia. Había pasado del hospital al centro de rehabilitación y viceversa muchas veces. Había luchado con ahínco, y había vuelto a caminar.

Pero no podía correr. Apenas lograba andar cojeando con el bastón... y los médicos le habían aconsejado que no se moviera mucho. La rodilla no soportaba el peso de su cuerpo, decían. El dolor que él soportaba estoicamente era un signo de advertencia. Si no tenía cuidado, perdería el poco uso que tenía de la pierna.

Mala suerte.

Porque, mientras no pudiera correr, no volvería a ser un SEAL.

Aquellos cinco años de decepciones, frustración y derrota habían ido desgastando el optimismo y el ánimo de Prisco. Cinco años ansiando recuperar la emoción de la vida de un SEAL de la Armada; cinco años de retiro temporal, sin esperanzas reales de volver al servicio activo; de ver cómo la Brigada Alfa lo reemplazaba; cinco años arrastrando los pies, cuando ardía en deseos de echar a correr. Todo ese tiempo lo había dejado agotado. Había perdido su alegría. Estaba deprimido. Se sentía frustrado. Y estaba furioso.

Joe Catalanotto no se molestó en contestar a su pregunta.

Su mirada de halcón se fijó en el cuerpo musculoso de Prisco y se detuvo un momento en las cicatrices de su pierna.

-Tienes buen aspecto -dijo-. Te mantienes en forma. Eso está bien. Está muy bien.

-¿Esto es una visita de cortesía? -preguntó Prisco con aspereza.

-En parte sí -respondió Joe. Su rostro de facciones duras se relajó en una sonrisa-. Tengo buenas noticias y quería contártelas.

Buenas noticias. Rayos, ¿cuánto hacía que Prisco no recibía una buena noticia?

Uno de sus compañeros de habitación, que estaba tendido en la cama, leyendo un libro, levantó la mirada.

A Joe no pareció importarle. Su sonrisa se hizo más amplia.

-Ronnie está embarazada -dijo-. Vamos a tener un hijo.

-No me digas -Prisco no pudo evitar sonreír. Pero sintió su sonrisa extraña, poco natural. Hacía mucho tiempo que no usaba aquellos músculos de la cara. Cinco años atrás, habría dado a Joe palmadas en la espalda, habría hecho chistes obscenos acerca de la virilidad y la procreación y se habría reído como un tonto. Pero ahora sólo podía componer una sonrisa. Alargó la mano y estrechó la de Joe para darle la

enhorabuena-. Que me maten. ¿Quién iba a pensar que acabarías convertido en un padre de familia? ¿No estás asustado?

Joe sonrió.

-La verdad es que estoy muy bien. La que está asustada es Ronnie. Lee todo lo que cae en sus manos sobre el embarazo y los bebés. Y creo que los libros la están asustando todavía más.

-Santo cielo, un niño -repitió Prisco-. ¿Vais a llamarlo Joe Cat Júnior?

-Yo quiero una niña -reconoció Joe. Su sonrisa se suavizó-. Una pelirroja, como su madre.

-Bueno, ¿y qué es lo demás? -preguntó Prisco. Al ver la mirada de sorpresa de Joe, añadió-: Has dicho que sólo era en parte una visita de cortesía. Eso significa que hay algo más. ¿A qué has venido, aparte de eso?

-Ah, sí. Steve Horowitz me llamó para pedirme que estuviera presente cuando hablara contigo.

Prisco se tensó de inmediato mientras se ponía la camiseta. Steve Horowitz era su médico. ¿Para qué quería que Joe estuviera allí cuando hablara con él?

-¿Por qué?

Joe no dijo nada, pero su sonrisa se desvaneció.

-Al fondo del pasillo hay una sala de oficiales -dijo-. Steve dijo que hablaríamos allí.

Una charla en la sala de oficiales. Aquello era aún más serio de lo que Prisco había imaginado.

-Está bien -dijo con calma. Era absurdo presionar a Joe. Sabía que su antiguo jefe no le diría nada hasta que apareciera Steve.

-¿Cómo va tu rodilla? -preguntó Joe mientras iban por el pasillo. Caminaba despacio a propósito, sin forzar el paso, para que Prisco pudiera seguirlo.

Prisco sintió una punzada de irritación que conocía bien. Odiaba no poder moverse con rapidez. Maldición, en otro tiempo solía batir todas las marcas de velocidad durante el entrenamiento físico.

-Hoy me encuentro mejor -mintió. Cada paso que daba le dolía a rabiar. Y lo más ridículo de todo era que Joe sabía perfectamente cuánto le dolía.

Empujó la puerta de la sala de oficiales. Era una habitación bastante agradable, con grandes y mullidos sillones y un enorme ventanal que daba a los jardines. La moqueta era de un tono azul ligeramente más claro que el del cielo, y la tapicería de los sillones hacía juego con la abundante vegetación que crecía más allá de la ventana. Los colores sorprendieron a Prisco. Solía ir allí bien entrada la noche, cuando no podía dormir. En la penumbra, las paredes y los muebles le habían parecido grises.

Steven Horowitz entró en la sala un paso por detrás de ellos.

-Bueno -dijo con sus maneras enérgicas y eficientes. Saludó a Joe con una inclinación de cabeza-. Gracias por venir, teniente. Sé que usted también está muy ocupado.

-Para esto, no, capitán -contestó Joe con calma.

-¿Y qué es «esto» exactamente? -preguntó Prisco. No estaba tan inquieto desde la última vez que había salido a «husmear» en una operación de recogida de información tras las líneas enemigas.

El médico señaló el sofá.

-¿Por qué no nos sentamos?

-Prefiero estar de pie, gracias -Prisco había pasado mucho tiempo sentado durante los primeros años después de resultar herido. Había pasado demasiado tiempo en una silla de ruedas. Si podía elegir, ya nunca se sentaba.

Joe se acomodó en el sofá y estiró las largas piernas. El médico se sentó al borde de un sillón. Sus gestos parecían anunciar que no pensaba quedarse mucho tiempo.

-Esto no va a gustarle -le dijo bruscamente a Prisco-, Ayer firmé su alta para que se marche del centro. Prisco no podía creer lo que estaba oyendo.

-¿Qué?

-Se va de aquí -dijo el médico, no sin amabilidad-. Hoy, a las dos de la tarde.

Prisco miró al médico y a Joe. Éste tenía la mirada velada por la amargura, pero no contradijo a Horowitz.

-Pero mis sesiones de fisioterapia...

-Han terminado -concluyó el doctor-. Has recuperado suficientemente el uso de la rodilla y...

-¿Suficientemente para qué? -preguntó Prisco, enfurecido-. ¿Para andar cojeando? ¡Eso no es suficiente, maldita sea! Tengo que ser capaz de correr. Tengo que poder...

Joe se irguió en su asiento.

-Steve me ha dicho que lleva semanas estudiando tu historial -dijo con serenidad a Prisco el comandante de la Brigada Alfa-. Por lo visto, no ha habido mejoras...

-Porque estoy pasando una época mala. Suele pasar en esta clase de...

-Su fisioterapeuta se ha mostrado preocupada porque se esté usted excediendo -lo interrumpió Horowitz-. Se está esforzando demasiado.

-Corte el rollo -Prisco agarró tan fuerte el bastón que se le transparentaron los nudillos-. Se me ha agotado el tiempo, ¿no es eso? -volvió a mirar a Joe-. Alguien del piso de arriba ha decidido que ya me he aprovechado suficiente, que tengo que dejar mi cama vacía para que la ocupe algún otro infeliz sin esperanzas de recuperarse del todo, ¿no?

-Sí, quieren tu cama -contestó Joe asintiendo con la cabeza-. En parte es eso, sí. En los centros de veteranos, las plazas son limitadas. Ya lo sabes.

-Sus progresos han empezado a disminuir -añadió el doctor-. Se lo he dicho otras veces, pero parece que no lo entiende. El dolor es una señal que el cuerpo manda al cerebro diciéndole que algo va mal. El hecho de que le duela la rodilla no significaba que deba esforzarse más. Significa que debe aflojar. Sentarse. Darse un descanso. Si sigue excediéndose así, teniente, en agosto volverá a estar en una silla de ruedas.

-Nunca volveré a estar en una silla de ruedas, señor -a pesar de que había empleado la palabra «señor», el tono y la actitud de Prisco daban a entender una palabra completamente distinta y mucho menos halagüeña.

-Si no quiere pasarse el resto de su vida sentado, será mejor que deje de castigar una articulación que ya está suficientemente dañada -replicó el doctor Ho-rowitz. Luego suspiró, respiró hondo y volvió a bajar la voz-. Mire, Alan, no quiero discutir con usted. ¿Por qué no se conforma con tenerse en pie? Puede caminar. Con bastón, claro, pero...

-Voy a correr -dijo Prisco-. No pienso darme por vencido hasta que pueda correr.

-No puede correr -respondió sin rodeos Steven Horowitz-. Esa rodilla no puede con el peso de su cuerpo. Ni siquiera podrá estirarla del todo. Como máximo, conseguirá saltar a la pata coja, y con torpeza.

-Entonces necesito otra operación.

-Lo que necesita es seguir adelante con su vida.

-Mi vida exige que pueda correr -dijo Prisco con vehemencia-. No conozco a muchos SEAL en servicio activo, que vayan por ahí con un bastón. ¿Usted sí? .

El doctor Horowitz sacudió la cabeza y miró a Joe en busca de ayuda. Pero Joe no dijo una palabra.

-Lleva cinco años entrando y saliendo de hospitales y centros de rehabilitación -ndijo el médico a Prisco-. Ya no es un chaval de veinte años, Alan. La verdad es que los SEAL ya no lo necesitan. Hay chicos recién salidos de los cursos de entrenamiento que le darían mil vueltas aunque pudiera correr. ¿De veras cree que los mandos van a querer que vuelva un tipo mayor y con una rodilla destrozada?

Prisco mantuvo el semblante cuidadosamente inexpresivo.

-Muchas gracias, hombre -respondió con voz crispada mientras miraba por la ventana sin ver nada-. Agradezco su voto de confianza.

Joe se removió en su asiento.

-Lo que ha dicho Steve es duro de aceptar... y no del todo cierto -dijo-. Nosotros, los viejos, los que tenemos más de treinta años, poseemos una experiencia que les falta a los novatos, y que suele convertirnos en mejores SEAL. Pero tiene razón en una cosa: llevas media década fuera de servicio. No sólo tendrías que superar las desventajas físicas, como si no fueran suficientes. Tendrías que ponerte al día de los avances tecnológicos, aprender las nuevas directrices...

-Dése un respiro -insistió el doctor Horowitz. Prisco volvió la cabeza y lo miró directamente.

-No -dijo. Miró también a Joe-. Nada de respiros. No, hasta que pueda caminar sin bastón. No, hasta que vuelva a correr dos kilómetros en seis minutos.

El doctor levantó los ojos al cielo, exasperado, se levantó y echó a andar hacia la puerta.

-¿Dos kilómetros en seis minutos? Olvídelo. Es imposible.

Prisco miró de nuevo por la ventana.

-Capitán, también dijo usted que no volvería a andar.

Horowitz se dio la vuelta.

-Esto es distinto, teniente. La verdad, la crea usted o no, es que los esfuerzos físicos a los que se está sometiendo, más que hacerle bien, están dañando su rodilla.

Prisco no se volvió. Permaneció en silencio, mirando las flores que mecía suavemente la brisa.

-Como SEAL, puede dedicarse a otras cosas -añadió el doctor con más delicadeza-. Hay trabajos de oficina...

Prisco se volvió bruscamente, enfurecido.

-Soy experto en diez modos distintos de combate, ¿y quiere convertirme en una especie de chupatintas?

-Alan...

Joe se puso en pie.

-Tienes que tomarte al menos algún tiempo para sopesar tus alternativas -dijo-. No digas que no hasta que te lo hayas pensado bien.

Prisco lo miró con horror apenas disimulado. Cinco años atrás, solían bromear con la posibilidad de resultar heridos y acabar formando parte del personal de administración. Era un destino peor que la muerte, o eso habían dicho entonces.

-¿Pretendes que me piense si quiero convertirme en un funcionario? -dijo.

-Podrías aprender.

Prisco sacudió la cabeza, lleno de incredulidad.

-Es perfecto, tío. ¿Me ves escribiendo en una pizarra? -sacudió de nuevo la cabeza, asqueado-. Creía que tú mejor que nadie entenderías por qué no puedo hacerlo.

-Seguirías siendo una SEAL -insistió Joe-. Tu única opción es ésta, o aceptar el retiro permanente. Alguien tiene que enseñar a sobrevivir a esos chavales. ¿Por qué no puedes ser tú?

-Porque yo he estado en plena acción -respondió Prisco casi gritando-. Sé cómo son las cosas. Y quiero volver allí, quiero estar allí. Quiero actuar, no enseñar. ¡Maldita sea!

-La Armada no quiere perderte -dijo Joe con voz baja e intensa-. Han pasado cinco años y no ha vuelto a haber nadie en las unidades que te supere en el combate estratégico. Puedes marcharte, claro. Puede pasar el resto de tu vida intentando

recuperar lo que tenías, encerrarte en tu casa y sentir lástima de ti mismo. O puedes transmitir tus conocimientos a las nuevas generaciones de SEAL.

-¿Marcharme? -dijo Prisco. Se echó a reír, pero no había humor en su risa-. No puedo marcharme porque ya me han puesto de patitas en la calle. ¿No, capitán Horowitz? Tengo que estar fuera de aquí a las dos en punto.

Se hizo un silencio, un silencio que cayó sobre ellos, denso, inmóvil y palpable.

-Lo siento -dijo por fin el médico-. Debo hacer lo más conveniente para usted y para este centro. Debemos usar su cama para alguien que realmente la necesite. Y usted debe dar un descanso a su rodilla antes de que se haga más daño. La solución obvia era mandarlo a casa. Algún día, me dará las gracias por esto.

La puerta emitió un chasquido al cerrarse tras él.

Prisco miró a Joe.

-Puedes decirle a la Armada que sólo estoy dispuesto a aceptar la vuelta al servicio activo -dijo con rotundidad-. No voy a dedicarme a enseñar.

Los ojos oscuros del más alto de los dos reflejaron culpa y compasión.

-Lo siento -dijo Joe en voz baja.

Prisco miró con rabia el reloj de la pared. Era casi mediodía. Dentro de dos horas, tendría que recoger sus cosas y marcharse. Dentro de dos horas, ya no sería una SEAL de la Marina apartado temporalmente del servicio activo mientras se recuperaba de una lesión grave. Sería Alan Francisco, ex teniente de los SEAL de la Marina. Un civil sin ningún sitio adonde ir, sin nada que hacer.

La ira golpeó sus entrañas como un mazazo. Cinco años atrás, rara vez experimentaba aquella sensación.

Era un hombre tranquilo y despreocupado. Ahora, en cambio, rara vez sentía algo que no fuera rabia.

Un momento... Sí que tenía adonde ir. Su ira se apaciguó un poco. Había seguido pagando su pequeño piso de San Felipe, el modesto barrio que había junto a la base naval. Pero, una vez llegara a San Felipe, ¿qué haría? No tenía, en realidad, nada que hacer.

No tener nada que hacer era peor que no tener adonde ir. ¿Qué iba a hacer? ¿Pasarse todo el día sentado, viendo la tele y coleccionando los cheques de la pensión por incapacidad? La rabia volvió a apoderarse de él. Esa vez, se alojó en su garganta y pareció cerrarla.

-No puedo pagarme la fisioterapia que he estado haciendo aquí, en el hospital -dijo, intentando impedir que la desesperación resonara en su voz.

-Quizá deberías hacer caso a Steve -contestó Joe-, y dar un descanso a tu pierna.

Era fácil decirlo. Joe iba a salir del hospital sin bastón, sin cojear, sin que su vida entera se hubiera hecho añicos. Joe iba a volver a la casa que compartía con su bella esposa, embarazada de su primer hijo. Iba a cenar con Verónica y seguramente luego le haría el amor y se quedaría dormido entre sus brazos. Y por la mañana se

levantaría, iría a correr, se daría una ducha, se afeitaría y se vestiría y se incorporaría a su puesto de oficial en jefe del Equipo 10 de la Brigada Alfa.

Joe lo tenía todo.

Prisco sólo tenía un piso vacío en un barrio degradado de la ciudad.

-Enhorabuena por lo del bebé -dijo, e intentó con todas sus fuerzas parecer sincero. Luego salió cojeando de la habitación.

Capítulo 2

Había luz en el 2ºC.

Mia Summerton se detuvo en el aparcamiento, con los brazos cansados de llevar las bolsas de la compra, y miró la ventana del piso de la segunda planta contiguo al suyo.

El 2ºC llevaba tantos años vacío y a oscuras que Mia había empezado a creer que su propietario jamás volvería a casa. Pero su propietario, fuera quien fuese, estaba allí esa noche.

Mia sabía que el dueño del 2ºC era, en efecto, un hombre. Agarró algo mejor las asas de sus bolsas de tela y se dirigió a las escaleras de cemento exteriores que llevaban a su piso en la segunda planta. Su nombre era Alan Francisco, teniente retirado de Marina. Mia lo había visto en el listín de la comunidad de propietarios y en las pocas cartas de publicidad que conseguían pasar la criba de la oficina de correos.

Hasta donde Mia sabía, su vecino de al lado era un oficial de la Marina jubilado. Como sólo disponía de su nombre y su rango, el resto lo había dejado a su imaginación. Francisco era posiblemente un hombre mayor, quizás incluso un anciano. Tal vez hubiera servido en la Segunda Guerra Mundial. O quizás hubiera combatido en Corea o Vietnam.

Fuera como fuese, Mia estaba ansiosa por conocerlo. En septiembre, sus alumnos de segundo de bachillerato empezaban a estudiar historia de Estados Unidos desde el crack de 1929 hasta el final de la guerra de Vietnam. Con un poco de suerte, el teniente retirado Alan Francisco estaría dispuesto a ir a dar una charla a sus alumnos, a contarles su historia, a narrarles sus vivencias de la guerra en la que había servido.

Porque ése era el problema con el estudio de las guerras. Hasta que no se comprendía como vivencia personal, no se comprendía en absoluto.

Mia abrió la puerta de su piso, metió dentro las bolsas y cerró la puerta con el pie. Guardó las bolsas en el pequeño armario de los cepillos, se miró en el espejo y se enderezó la coleta alta en la que llevaba recogido la melena oscura.

Luego volvió a salir al corredor abierto que comunicaba todos los pisos de la segunda planta del edificio.

Las letras de la puerta, 2ºC, estaban ligeramente oxidadas, pero aun así, y a pesar de la puerta mosquitera, reflejaban los focos del patio. Sin darse tiempo para sentirse nerviosa o apocada, Mia pulsó el timbre.

Lo oyó sonar dentro del apartamento. Las cortinas del cuarto de estar estaban abiertas y dentro había luz, así que echó un vistazo.

Arquitectónicamente, el piso era como la imagen en un espejo de su propia casa. Un pequeño cuarto de estar unido a una minúscula zona de comedor, que, doblando una esquina, conectaba con una cocinita. Otro corto pasillo conducía desde el cuarto de estar a los dos pequeños dormitorios y el cuarto de baño. Era exactamente igual que su piso, salvo que las habitaciones estaban dispuestas en dirección contraria.

Los muebles del teniente Francisco eran también lo contrario a los suyos. Mia había decorado su cuarto de estar con bambú y colores ligeros y alegres. El del teniente Francisco estaba lleno de muebles oscuros, de aspecto ligeramente desvencijado y que no hacían juego entre sí. El sofá era de cuadros verdes oscuros, y la funda estaba muy ajada. La moqueta era del mismo tono verde bosque que la de Mia cuando se había mudado allí, tres años atrás. Pero ella la había cambiado inmediatamente.

Volvió a apretar el timbre. Pero no hubo respuesta. Abrió la puerta mosquitera y llamó a la puerta con energía, pensando que, si el teniente Francisco era un hombre mayor, tal vez fuera duro de oído...

-¿Busca a alguien?

Mia se volvió de golpe, sobresaltada, y la mosquitera se cerró con estruendo. Pero no había nadie en el corredor.

-Estoy aquí abajo.

La voz procedía del patio y, cómo no, había un hombre de pie entre las sombras. Mia se acercó a la barandilla.

-Busco al teniente Francisco -dijo. Él dio un paso adelante y salió a la luz.

-Vaya, qué suerte la suya. Ya lo ha encontrado.

Mia se quedó mirándolo fijamente. Sabía que tenía la mirada clavada en él, pero no podía evitarlo.

Alan Francisco, teniente retirado de la Armada, no era un hombrecillo entrado en años. Era sólo algo mayor que ella. Tenía, como mucho, poco más de treinta años. Era joven, alto y fuerte como un tanque. La camiseta sin mangas que llevaba dejaba al descubierto sus hombros y brazos musculosos, y apenas cubría su pecho de aspecto recio.

Tenía el pelo rubio oscuro y muy corto, casi al estilo militar. Su mandíbula era cuadrada; sus facciones, duras y ásperas y su rostro, atractivo e imponente.

Mia no distinguía de qué color eran sus ojos, sólo sabía que eran intensos y que la examinaban tan cuidadosamente como los de ella a él.

El teniente dio otro paso adelante y Mia notó que cojeaba y que se apoyaba pesadamente en un bastón.

-¿Quería algo, aparte de echarme un vistazo? -preguntó él.

Sus piernas seguían entre las sombras, pero la luz iluminaba sus brazos. Y sus tatuajes. Uno en cada brazo. Un ancla en uno y algo que parecía una sirena en el otro. Mia volvió a fijar la mirada en su cara.

-Esto... yo... -dijo-. Sólo quería... decirle hola. Soy Mia Summerton. La vecina de al lado -añadió débilmente.

Parecía tímida y torpe, como una de sus alumnas adolescentes.

Pero no era sólo el aspecto imponente del teniente Francisco lo que la hacía parecer una mocosa. Era también el hecho de que se tratara de un militar. A pesar de que no llevaba uniforme, allí de pie, delante de ella, con los hombros hacia atrás y la cabeza

alta parecía la versión naval de un Geyperman. Era un soldado no por reclutamiento forzoso, sino por voluntad propia. Había elegido alistarse. Había decidido perpetuar todo cuanto, llevados por su oposición a la guerra, los padres de Mia le habían enseñado a rechazar.

Su vecino seguía mirándola tan atentamente como ella a él.

-Tenía curiosidad -dijo. Su voz era grave y no tenía acento. No hablaba particularmente alto, pero sus palabras le llegaban con bastante claridad.

Mia forzó una sonrisa.

-Claro.

-No se preocupe -dijo él, pero no le devolvió la sonrisa. De hecho, no había sonreído ni una sola vez desde que ella se había dado la vuelta para mirarlo por encima de la barandilla-. No hago ruido. No doy fiestas salvajes. No la molestaré. No me meteré en su vida y confío en que tenga la amabilidad de hacer lo mismo.

Inclinó la cabeza una sola vez y Mia se dio cuenta de que acababa de despedirla. Con una sola inclinación de cabeza, la había despachado como si fuera una de sus reclutas.

Mientras ella lo miraba, el antiguo teniente de la Marina se dirigió a las escaleras. Apoyaba en el bastón la mayor parte del peso de su cuerpo. Y cada paso que daba parecía lleno de dolor. ¿De veras iba a subir esas escaleras...?

Claro que sí. El complejo de apartamentos no estaba equipado con ascensores, ni escaleras mecánicas, ni cualquier otro sistema que permitiera acceder al segundo piso a los discapacitados. Y estaba claro que aquel hombre lo era.

Pero el teniente Francisco subió, escalón a escalón, penosamente. Usaba la barandilla de hierro y la parte superior de su cuerpo para ayudarse a avanzar, y subía los escalones prácticamente a la pata coja. Aun así, Mia notó que cada movimiento le causaba un gran dolor. Cuando llegó a lo alto de la escalera, respiraba trabajosamente y tenía la cara cubierta por una película de sudor.

Mia, como siempre, habló con el corazón, sin detenerse a pensar.

-Hay un piso en venta en la planta baja -dijo-. Quizá en la oficina de la comunidad puedan ayudarlo a cambiar su piso por el de... el de...

Él le lanzó una mirada abrasadora.

-¿Sigue aquí? -su voz era áspera y sus palabras, groseras. Pero, cuando volvió a levantar los ojos y los fijó por un instante en los de ella, ella distinguió en su mirada un sinfín de emociones. Rabia, desesperación, vergüenza. Una increíble cantidad de vergüenza.

Mia tenía el corazón en la garganta.

-Lo siento -dijo, y bajó casi involuntariamente la mirada hacia su pierna herida-. No quería...

Él se situó justo debajo de una de las luces del corredor y levantó un poco la pierna derecha.

-Bonito, ¿eh? -dijo.

Su rodilla era una encrucijada de cicatrices. La articulación parecía hinchada y congestionada. Mia tragó saliva.

-¿Qué...? -dijo, y se aclaró la garganta-. ¿Qué le pasó?

Levantó la mirada y vio que los ojos del teniente eran de un extraño tono de azul. De un azul oscuro, casi negro. Y estaban rodeados por las pestañas más largas y densas que Mia había visto nunca en un hombre.

De cerca, y a pesar de la pátina de sudor que cubría su cara, Mia se convenció de que el teniente Alan Francisco era el hombre más atractivo que había visto en sus veintisiete años de vida.

Su pelo era rubio oscuro. No era el rubio opaco típico, sino más bien un castaño claro con mechones y destellos dorados, y hasta algunos reflejos pelirrojos que relucían al sol. Tenía la nariz grande, pero no demasiado para su cara, y ligeramente aguileña. Su boca era ancha. Mia deseó verlo sonreír.

Qué sonrisa tendría, con aquella boca tan generosa. Tenía las típicas líneas de expresión junto a las comisuras de la boca y de los ojos características de las personas que ríen a menudo, pero en ese momento sus facciones estaban tensas por el dolor y la furia.

-Me hirieron -dijo él con brusquedad-. Durante una operación militar.

Había estado bebiendo. Mia estaba lo bastante cerca como para distinguir el olor a whisky en su aliento. Dio un paso atrás.

-¿Una... operación militar?

-Sí -contestó él.

-Debió de ser... horrible -dijo ella-. Pero... no sabía que Estados Unidos hubieran participado en batallas navales últimamente.

-Me hirieron durante una operación contraterrorista de rescate en el centro de Bagdad -respondió Francisco.

-¿No está Bagdad un poco lejos del mar para un marino?

-Soy SEAL de la Marina -dijo él. Luego sus labios se torcieron en una mueca agria, semejante a una sonrisa-. «Era» SEAL de la Marina -puntualizó.

Prisco se dio cuenta de que ella no sabía qué quería decir. Lo miraba con asombro en sus ojos de extraño color. Eran de un tono claro, entre marrón y verde, con un cerco marrón oscuro en el borde del iris. Eran ligeramente rasgados y exóticos, como si, quizás en la generación de sus abuelos, hubiera habido sangre asiática o polinesia. O hawaiana. Eso era. Parecía levemente hawaiana. Sus pómulos, altos y anchos, realzaban aquel efecto. La nariz era pequeña y delicada, igual que sus labios. Su piel, tersa y clara, tenía un delicioso bronceado. Llevaba el pelo largo y liso recogido en una coleta y un ligero flequillo suavizaba los rasgos de su cara. Tenía el pelo tan largo que, si se lo dejaba suelto, llegaría hasta las caderas.

Su vecina de al lado era asombrosamente bella. Era casi medio metro más baja que él y de complexión esbelta. Llevaba una camiseta holgada y unos pantalones cortos anchos. Sus piernas bien formadas tenían el mismo bronceado ligero y estaba descalza. Su figura era menuda, casi infantil. Casi. Sus pechos parecían pequeños, pero hinchaban de un modo decididamente femenino, aunque leve, la tela de su camiseta de algodón.

A primera vista, por su forma de vestir y su belleza límpida y fresca, Prisco había pensado que era una niña, una adolescente. Pero, de cerca, distinguía leves arrugas en su cara, junto con una confianza y una sabiduría que no podía transmitir ninguna adolescente. Pese a su apariencia juvenil, aquella tal Mia Summer-ton rondaba posiblemente su edad.

-Los SEAL de la Marina -explicó él, sin dejar de mirar sus extraños ojos pardos- son el grupo de operaciones especiales más selecto del ejército estadounidense. Operamos en tierra, mar y aire.

-Entiendo -dijo ella con una sonrisa-. Qué monada.

Tenía una sonrisa algo ladeada que la hacía parecer un poco boba. Sin duda sabía que aquella sonrisa estropeaba su perfecta belleza, pero ello no le impedía sonreír. De hecho, Prisco habría apostado a que, boba o no, la sonrisa era la expresión preferida de aquella mujer. Aun así, su sonrisa era dubitativa, como si no supiera si él se la merecía. Estaba inquieta, pero Prisco no sabía si era por sus heridas o por su imponente estatura. En todo caso, no se sentía a gusto con él.

-«Monada» no es una palabra con la que se suele describir a una unidad de operaciones especiales.

-«Operaciones especiales» -repitió Mia-. ¿Algo parecido a los boinas verdes o los comandos?

-Algo parecido -le dijo Prisco mirándola a los ojos-. Sólo que es un cuerpo más sofisticado, más fuerte y más duro. Los SEAL estamos especializados en diversos campos. Todos somos excelentes tiradores y expertos en demoliciones tanto en tierra como en mar, podemos volar, conducir o navegar cualquier avión, reactor, tanque o embarcación. Y todos somos expertos en el uso de la tecnología militar más avanzada.

-Me da la impresión de que es usted un experto en hacer la guerra -la sonrisa bobalicona de Mia se había desvanecido, llevándose consigo la mayor parte del calor de sus ojos-. Un soldado profesional.

Prisco asintió con la cabeza.

-Sí, eso es.

A ella no le gustaban los soldados. Ésa era la clave. Tenía gracia. Algunas mujeres se volvían locas por los militares. Y otras hacían lo imposible por evitarlos. Aquella tal Mia Summertton caía claramente en la segunda categoría.

-¿A qué se dedica cuando no hay guerra en la que luchar? ¿Empieza una usted solo?

Sus palabras eran deliberadamente hostiles. Prisco sintió que se crispaba. No tenía que defenderse a sí mismo ni a su profesión delante de aquella chica, por muy bonita que fuera. Se había encontrado con muchas como ella antes. Era políticamente correcto ser pacifista, apoyar la desmilitarización, defender el recorte de gastos de defensa... sin tener ni idea de la situación mundial.

Prisco no tenía nada contra los pacifistas, en realidad. Creían verdaderamente en el poder de la negociación y en las conferencias de paz. Pero él se regía por el viejo refrán: camina con sigilo y lleva un buen garrote. Y los SEAL de la Marina eran el mayor y el más duro garrote que podía llevar Estados Unidos.

En cuanto a la guerra, se estaba librando una colosal: la guerra contra el terrorismo.

-No me venga con ese rollo -Prisco se apartó y se dirigió a la puerta de su piso apoyándose en el bastón.

-Ah, ¿mi opinión es un rollo? -Mia se puso delante de él y le cortó el paso. Sus ojos despedían fuego verde.

-Lo que necesito es otra copa -anunció Frisco-. Y con urgencia. Así que, si no le importa apartarse de mi camino...

Mia cruzó los brazos y no se movió.

-Lo siento -dijo-. Reconozco que mi pregunta puede haber sonado un poco hostil, pero aun así no creo que sea un rollo.

Frisco la miró fijamente.

-No estoy de humor para discutir -dijo-. Si le apetece entrar a tomar una copa, sírvase. Le encontraré algún vaso. Si quiere quedarse a pasar la noche... aún mejor. Hace mucho tiempo que no comparto la cama. Pero no tengo intención de quedarme aquí discutiendo con usted.

Mia se sonrojó, pero no bajó la mirada. Ni la apartó.

-La intimidación es un arma poderosa, ¿verdad? -dijo-. Pero sé qué pretende y no le servirá de nada. No me intimida usted, teniente.

Frisco dio un paso adelante de tal modo que invadió su espacio personal y la arrinconó contra la puerta cerrada.

-¿Y ahora? -preguntó-. ¿Está intimidada?

Mia no lo estaba. Él lo notaba en sus ojos. Estaba enfadada, sin embargo.

-Qué típico -dijo ella-. Cuando la agresión psicológica no funciona, siempre recurren a la amenaza de la violencia física -le sonrió con dulzura-. Va usted de farol, soldadito. ¿Qué va a hacer ahora?

Frisco miró su cara ovalada. Se había quedado sin ideas, aunque jamás lo admitiría ante ella. Se suponía que Mia ya tendría que haber huido. Pero no lo había hecho. Seguía allí, mirándolo con enfado, con la nariz a unos centímetros de la suya.

Olía asombrosamente bien. Llevaba perfume: un perfume delicado, con un ligerísimo aroma a especias exóticas.

Algo había ocurrido en el interior de Frisco la primera vez que ella le había lanzado una de sus curiosas sonrisas. Sintió de nuevo aquel estremecimiento y comprendió qué era. Deseo. Dios, hacía tanto tiempo...

-¿Y si no voy de farol? -preguntó con apenas un susurro. Estaba tan cerca de ella que su aliento le agitó algunos mechones de pelo-. ¿Y si de verdad quiero que entre?, ¿que pase la noche conmigo?

Vio un destello de incertidumbre en sus ojos. Luego, ella se apartó esquivando hábilmente su bastón.

-Lo siento, no estoy de humor para enrollarme con un capullo -replicó.

Frisco abrió la puerta. Debería haberla besado. Ella parecía desafiarlo a que lo hiciera. Pero no le había parecido lo correcto. Besarla habría sido pasarse de la raya. Aunque lo deseaba muchísimo...

Se volvió para mirarla antes de entrar.

-Si cambia de opinión, avíseme.

Mia se echó a reír y desapareció en su apartamento.

Capítulo 3

-¿Sí? -respondió Prisco con voz ronca al teléfono. Tenía la boca seca y la cabeza le dolía como si le hubieran golpeado con un martillo hidráulico.

Según su despertador eran las 9:36 y el sol entraba a raudales por debajo de las cortinas de su dormitorio. La luz hendía su cerebro como un rayo láser. Cerró los ojos.

-Alan, ¿eres tú?

Sharon. Era su hermana, Sharon.

Prisco se volvió en la cama, buscando algo, cualquier cosa con que humedecerse la boca reseca. En la mesilla de noche había una botella de whisky con dos dedos de líquido ambarino dentro. Echó mano de ella, pero se detuvo. Ni loco iba a volver a darle otro trago. Demonios, eso era lo que solía hacer su padre. Empezaba el día con una copa... y lo acababa tirado en el sofá del cuarto de estar, borracho como una cuba.

-Necesito tu ayuda -dijo Sharon-. Tienes que hacerme un favor. En el hospital me han dicho que te han dado el alta y no podía creerme la suerte que he tenido.

-¿Qué favor? -masculló él. Iba a pedirle dinero. No era la primera vez, ni sería la última.

Sharon, su hermana mayor, era tan aficionada a la bebida como lo había sido su padre. Era incapaz de conservar un empleo, no podía pagar el alquiler, no podía mantener a Natasha, su hija de cinco años.

Prisco sacudió la cabeza. Había estado presente cuando nació Tasha, cuando llegó al mundo, hija de padre desconocido y de una madre irresponsable. Aunque quería a su hermana, Prisco sabía muy bien que era una irresponsable. Vivía a salto de mata, de trabajo en trabajo, de ciudad en ciudad, de hombre en hombre. El hecho de tener una hija no la había arraigado en ninguna parte.

Cinco años atrás, al nacer Natasha, antes de que casi le volaran la pierna, Prisco era una optimista. Pero ni siquiera él había sido capaz de imaginar que aquella niña fuera a tener un futuro feliz. A menos que Sharon reconociera que tenía un problema con la bebida, a menos que buscara ayuda, se pusiera en tratamiento y lograba sentar por fin la cabeza, él sabía que la vida de la pequeña Natasha estaría llena de caos, agitación y cambios constantes.

Y no se había equivocado.

Durante los cinco años anteriores, cada mes, Prisco mandaba dinero a su hermana con la esperanza de que lo usara para pagar el alquiler y Natasha tuviera un techo y comida con que llenar el estómago.

Sharon iba a verlo muy de tarde en tarde cuando estaba en el hospital para veteranos. Únicamente cuando necesitaba dinero extra, y nunca llevaba a Natasha, la única persona en el mundo a la que Prisco habría querido ver.

-Es un favor muy grande -dijo su hermana. Se le quebró la voz-. Mira, estoy muy cerca de tu casa. Voy a pasarme por allí, ¿de acuerdo? Nos vemos en el patio dentro de tres minutos. Me he roto el pie y voy con muletas. No puedo subir las escaleras.

Colgó antes de que Prisco tuviera ocasión de contestar.

Sharon se había roto el pie. Perfecto. ¿Por qué sería que la gente con mala suerte la tenía para todo? Prisco se volvió en la cama, colgó el teléfono, agarró el bastón y fue cojeando al cuarto de baño.

Tres minutos. No le daba tiempo a ducharse, pero necesitaba una ducha urgentemente. Abrió el agua fría del lavabo y metió la cabeza debajo del grifo. Bebió y dejó que el agua chorreara por su cara.

No había querido acabarse la botella de whisky la noche anterior. Durante los más de cinco años que había pasado entrando y saliendo del hospital y de centros de rehabilitación, no había tomado más que una copa o dos de vez en cuando. Incluso antes de resultar herido, procuraba no beber demasiado. Algunos chicos salían por las noches y bebían cantidades ingentes de cerveza y whisky, suficientes para fletar un barco. Pero Prisco rara vez bebía. No quería ser como su padre y su hermana, y sabía suficiente sobre el tema como para tener claro que el alcoholismo podía ser hereditario.

¿Qué le había ocurrido esa noche? Pensaba tomarse una copa más. Sólo eso. Una más para calmar los nervios. Una más para suavizar el duro golpe de su alta en el centro de fisioterapia. Pero aquella copa se había convertido en dos.

Luego se había puesto a pensar en Mia Summer-ton, de la que sólo le separaba un tabique muy fino, y esas dos copas se habían convertido en tres. Oía el sonido del estéreo de Mia. Estaba escuchando a Bonnie Raitt. De vez en cuando cantaba y su voz clara de soprano se superponía a la voz grave y ronca de Bonnie.

Después de la tercera copa, Prisco había perdido la cuenta.

Seguía oyendo la risa de Mia, que resonaba como un eco en su cabeza, su forma de reírse de él justo antes de entrar en su piso. Aquella risa estaba cargada de significado. Venía a decir que se helaría el infierno antes de dignarse siquiera a volver a pensar en él.

Pero eso estaba bien. Era justamente lo que él quería. ¿No?

«Sí». Prisco volvió a mojar la cara mientras intentaba convencerse de que así era. No quería tener a su alrededor a una vecina que lo mirara con lástima cuando subía y bajaba cojeando las escaleras. No necesitaba que nadie le sugiriera que se mudara a un cochambroso piso de la planta baja, como si fuera una especie de inválido. No le hacían falta discursos cargados de moralina sobre si la guerra no era buena para los niños y otros seres vivos. Si alguien sabía eso, era él.

Había estado en sitios donde arreciaban las bombas. Y, sí, las bombas tenían objetivos militares. Pero eso no significaba que, si una se desviaba, no fuera a estallar. Aunque cayera en una casa, en una iglesia o una escuela, explotaba. Las bombas no

tenían conciencia, ni remordimientos. Caían. Estallaban. Destruían y mataban. Y por más que se esforzaran por apuntar bien quienes las lanzaban, siempre morían civiles.

Pero, si un equipo de SEAL era enviado antes de que se hiciera necesario un ataque aéreo, era posible que esos SEAL consiguieran mucho más con menor número de bajas. Un equipo formado por siete hombres, como la Brigada Alfa, podía infiltrarse en territorio enemigo y desmantelar por completo su sistema de comunicaciones. O podía secuestrar al líder militar enemigo, garantizando de ese modo el caos en el bando contrario y posiblemente la reapertura de las negociaciones y las conversaciones de paz. Sin embargo, debido a que el alto mando no era consciente por completo del potencial de los SEAL, con excesiva frecuencia se recurría a ellos cuando ya era demasiado tarde.

Y la gente moría. Morían niños.

Prisco se lavó los dientes y bebió más agua. Se secó la cara y volvió cojeando al dormitorio. Buscó sus gafas de sol en vano, sacó su chequera, se puso una camiseta limpia y salió, haciendo una mueca al ver la luz brillante del sol.

La mujer que había en el patio se echó a llorar.

Sorprendida, Mia levantó la vista de su jardín. Había visto entrar a aquella mujer: era rubia, tenía un aire maltrecho y ajado, llevaba muletas y arrastraba torpemente una maleta. La seguía una niña pelirroja, muy pequeña y asustada.

Mia siguió la mirada de la mujer llorosa y vio que el teniente Francisco bajaba penosamente las escaleras. Tenía un aspecto horrible. Su piel presentaba un tono macilento, y entornaba los ojos como si el cielo azul brillante de California y el sol radiante le hicieran polvo. No se había afeitado y la sombra de la barba que empezaba a crecerle hacía que pareciera que se acababa de levantar de un banco del parque. Su camiseta parecía limpia, pero llevaba los mismos pantalones cortos que la noche anterior. Saltaba a la vista que había dormido con ellos. Y también que la víspera se había tomado otra copa, y seguramente más de una después.

Estupendo. Mia se obligó a mirar de nuevo las flores que estaba limpiando de malas hierbas. Se había convencido sin asomo de duda de que el teniente Alan Francisco no era un hombre al que quisiera tener por amigo. Era grosero y agrio, y posiblemente violento. Y ahora Mia también sabía que además bebía demasiado.

No, a partir de ese momento ignoraría por completo el 2ºC. Haría como si el propietario siguiera de viaje.

La mujer rubia dejó caer las muletas y rodeó con los brazos el cuello de Francisco.

-Lo siento -decía una y otra vez-. Lo siento.

El SEAL la condujo al banco que había justo enfrente de la parcela de jardín de Mia. Su voz le llegaba claramente desde el otro lado del patio. Mia no podía evitar oírla, aunque intentaba con todas sus fuerzas concentrarse en sus cosas.

-Empieza por el principio -dijo él mientras agarraba las manos de la mujer-. Cuéntame qué ha pasado, Sharon. Desde el principio.

-Tuve un accidente con el coche -dijo la rubia, Sharon, y empezó a llorar otra vez.

-¿Cuándo? -preguntó Francisco con paciencia.

-Anteayer.

-¿Y te rompiste el pie? Ella asintió con la cabeza.

-Sí.

-¿Hubo algún otro herido?

A ella le tembló la voz.

-El otro conductor todavía está en el hospital. Si muere, me acusarán de homicidio involuntario.

Francisco soltó una maldición.

-Shar, si muere, habrá muerto. Eso es peor que que te acusen a ti, ¿no crees?

Ella bajó la cabeza y asintió.

-Habías bebido -no era una pregunta, pero ella asintió otra vez. Conducía bajo los efectos del alcohol. Borracha.

Una sombra cayó sobre las flores y, al levantar la vista, Mia vio frente a ella a la niña pelirroja.

-Hola -dijo Mia.

La niña debía rondar los cinco años. Tenía un asombroso pelo rubio rojizo que se rizaba en una melena asilvestrada alrededor de su cara redonda, cubierta de pecas. Sus ojos eran del mismo azul puro y oscuro que los de Alan Francisco.

Tenía que ser su hija. Mia volvió a mirar a la rubia. Eso significaba que Sharon era... ¿su mujer? ¿Su ex mujer? ¿Su novia? En todo caso, ¿qué importaba? ¿Qué más le daba a ella si Alan Francisco tenía una docena de esposas?

La niña pelirroja dijo:

-En casa tengo un jardín. En el campo viejo.

-¿Qué campo viejo es ése? -preguntó Mia con una sonrisa. Los niños pequeños eran tan sorprendentes...

-En Rusia -dijo la niña, muy seria-. Mi verdadero papá es un príncipe ruso.

Conque su verdadero papá, ¿eh? Mia no podía reprocharle a la cría que hubiera inventado una familia ficticia. Con una madre que conducía bajo los efectos del alcohol y un padre que no andaba muy lejos..., Mia entendía perfectamente las ventajas de imaginar un mundo al que poder escapar, un mundo lleno de palacios, príncipes y hermosos jardines.

-¿Me ayudas a limpiar las flores? -preguntó.

La niña miró a su madre.

-El caso es que no me queda más remedio -decía Sharon entre lágrimas a Francisco-. Si ingreso voluntariamente en el programa de desintoxicación, ganaré puntos con el juez que lleva mi caso. Pero tengo que encontrar un sitio donde dejar a Natasha.

-Imposible -dijo el teniente sacudiendo la cabeza.

-Lo siento. No puedo llevármela.

Francisco alzó la voz.

-¿Qué sé yo de cuidar a una niña pequeña?

-Es muy tranquila -contestó Sharon en tono suplicante-. No te molestará.

-No quiero quedarme con ella -Francisco bajó la voz, pero aun así Mia la oyó claramente. Y la niña, Natasha, también.

A Mia se le rompió el corazón por la chiquilla. Qué cosa tan horrible de escuchar: que su propio padre no quería estar con ella.

-Soy maestra -dijo a la niña con la esperanza de que no oyera el resto de la tensa conversación de sus padres-. Enseño a niños más mayores. A chicos de instituto.

Natasha asintió con la cabeza. Parecía muy concentrada mientras imitaba a Mia e iba arrancando delicadamente las malas hierbas de la tierra blanda del jardín.

-Se supone que tengo que entrar en el centro de desintoxicación dentro de una hora -dijo Sharon-. Si no te quedas con ella, el estado se hará cargo de su tutela. La llevarán a un albergue, Alan.

-Hay un hombre que trabaja para mi padre, el príncipe -dijo Natasha a Mia, como si ella también intentara desesperadamente no oír la otra conversación-, y que sólo planta flores. Es lo único que hace en todo el día. Flores rojas, como éstas. Y flores amarillas.

Mia oyó maldecir a Alan Francisco al otro lado del patio. Hablaba en voz baja y ya no distinguía sus palabras, pero estaba claro que estaba echando mano de todo su repertorio de exabruptos de marino. No estaba enfadado con Sharon: sus palabras no iban dirigidas a ella, sino más bien al cielo despejado de California que se extendía sobre ellos.

-Mis preferidas son las azules -dijo Mia a Natas-ha-. Se llaman ipomeas. Hay que madrugar mucho para verlas, porque se cierran del todo durante el día.

Natasha asintió con la cabeza, todavía muy seria.

-Porque la luz del sol les da dolor de cabeza.

-¡ Natasha!

La pequeña levantó la vista al oír la voz de su madre. Mia también miró... y se encontró con los ojos azules oscuros de Alan Francisco. Bajó rápidamente la mirada, temiendo que él notara la expresión de reproche que sin duda había en sus ojos. ¿Cómo podía rechazar a su propia hija? ¿Qué clase de hombre era capaz de decir que no quería tener a su pequeña en casa?

-Vas a quedarte aquí, con Alan, unos días -dijo Sharon a su hija con una mirada trémula.

Él había cedido. El ex teniente de operaciones especiales había dado su brazo a torcer. Mia no sabía si alegrarse por la pequeña o preocuparse. La niña necesitaba

muchas más cosas de las que aquel hombre podía darle. Mia se arriesgó a levantar la mirada otra vez y descubrió que sus ojos turbadoramente azules seguían fijos en ella.

-Qué divertido, ¿no? -preguntó Sharon a Natasha, esperanzada.

La pequeña se pensó detenidamente la pregunta.

-No -dijo por fin.

Alan Francisco se echó a reír. Mia no le creía capaz, pero lo cierto fue que sonrió y soltó un bufido de risa que disimuló rápidamente con un acceso de tos. Cuando volvió a levantar la vista, ya no sonreía, pero Mia habría jurado que tenía una mirada divertida.

-Quiero irme contigo -dijo Natasha a su madre con una nota de ansiedad en la voz-. ¿Por qué no puedo ir contigo?

A Sharon le tembló el labio como si fuera una niña.

-Porque no puedes -dijo débilmente-. Esta vez no.

La niña miró a Alan y volvió a fijar rápidamente los ojos en su madre.

-¿Lo conocemos?

-Sí -dijo Sharon-, claro que lo conocemos. Es tu tío Alan, ¿te acuerdas de él? Está en la Marina... Pero la niña negó con la cabeza.

-Soy el hermano de tu madre -dijo Alan.

Su hermano. Alan era el hermano de Sharon, no su marido. Mia no quiso sentir nada al enterarse de aquella noticia. Se resistía a sentir alivio. Se resistía a sentir nada. Siguió quitando las malas hierbas de su jardín como si no hubiera oído lo que decían.

Natasha miró a su madre.

-¿Vas a volver? -preguntó con una vocecilla.

Mia cerró los ojos. Sí que sentía algo. Sentía lástima por aquella niña. Notaba su miedo y su dolor. Compadecía también a su madre. Y sentía algo por Alan Francisco, aquel hombre de ojos azules. Sin embargo, era incapaz de definir lo que sentía por él.

-Siempre vuelvo -dijo Sharon, y volvió a echarse a llorar mientras abrazaba a la niña-. ¿No? -luego apartó rápidamente a Natasha-. Tengo que irme. Sé buena. Te quiero -se volvió hacia Alan-. La dirección del centro de desintoxicación está en la maleta.

Alan asintió con la cabeza y, con un chirrido de sus muletas, Sharon se alejó a toda prisa.

Natasha se quedó mirando inexpresivamente a su madre hasta que la perdió de vista. Luego, tensando muy ligeramente los labios, se volvió a mirar a Alan. Mia también lo miró, pero esa vez él no apartó los ojos de la chiquilla. Su mirada había perdido la expresión de regocijo y en ella sólo quedaban tristeza y compasión.

Toda su ira se había desvanecido. Toda la rabia que parecía arder infinitamente dentro de él se había apagado por algún tiempo. Sus ojos azules ya no eran gélidos. Más bien, parecían casi cálidos. Sus facciones labradas a cincel parecían también más suaves, como si intentara sonreír a Natasha. Quizá no quisiera que se quedara en su

casa, él mismo lo había dicho, pero ahora que estaba allí, daba la impresión de estar dispuesto a hacer cuanto pudiera por facilitarle las cosas.

Mia miró a la niña y vio que tenía los ojos llenos de lágrimas. Intentaba con todas sus fuerzas no llorar, pero por fin se le escapó una lágrima que rodó por sus mejillas. Se la limpió con rabia mientras intentaba contener el llanto.

-Sé que no te acuerdas de mí -dijo Alan a Natasha con voz increíblemente suave-. Pero nos conocimos hace cinco años. El cuatro de enero.

Natasha casi dejó de respirar.

-Ese día es mi cumpleaños -dijo, mirándolo desde el otro lado del patio.

La sonrisa forzada de Alan se volvió sincera.

-Lo sé -dijo-. Yo iba a llevar a tu madre al hospital y... -se interrumpió y la miró más atentamente-. ¿Quieres un abrazo? -preguntó-. Porque a mí me vendría muy bien uno ahora mismo, y te agradecería mucho que me lo dieras.

Natasha sopesó sus palabras y luego asintió con la cabeza. Se acercó despacio a él.

-Pero será mejor que contengas la respiración -le dijo Alan en tono remolón-. Creo que huelo mal.

Ella asintió de nuevo y se sentó cuidadosamente sobre sus rodillas. Mia intentó no mirar, pero le resultaba casi imposible apartar los ojos del hombretón cuyos brazos envolvían dubitativamente a la pequeña, como si temiera romperla. Sin embargo, cuando Natasha levantó los brazos y le rodeó el cuello con fuerza, Alan cerró los ojos y la apretó contra sí.

Mia había creído que sólo le había pedido un abrazo por el bien de la niña, pero de pronto dudó. Con la ira y la amargura que le causaba su pierna herida, era posible que hiciera mucho tiempo que Alan Francisco no permitía que nadie se acercara a él para darle el calor y el consuelo de un abrazo. Y todo el mundo necesitaba calor y consuelo: hasta los soldados profesionales, duros y fornidos.

Mia apartó la mirada e intentó concentrarse en quitar las malas hierbas de su última hilera de flores. Pero no pudo evitar oír que Natasha decía:

-No hueles mal. Hueles como mamá... cuando se despierta.

A Alan no pareció gustarle aquella comparación.

-Estupendo -murmuró.

-Mamá está muy gruñona por la mañana -dijo Natasha-. ¿Tú también?

-Últimamente me parece que estoy gruñón todo el tiempo -reconoció él.

Natasha se quedó callada un momento, pensándose aquello.

-Entonces pondré la tele muy bajita para no molestarte.

Alan se rió otra vez. Aun así, aquella risa atrajo la mirada de Mia hacia su cara. Cuando sonreía, se transformaba. A pesar de la palidez de su piel, de la barba que empezaba a crecerle y del pelo revuelto, estaba tan guapo que quitaba el aliento.

-Seguramente es buena idea -dijo. Natasha no se bajó de su regazo.

-No te he visto nunca -dijo.

-Claro -dijo Alan. Se removió, incómodo. Hasta el ligero peso de Natasha era demasiado para su rodilla herida, y movió a la niña para colocarla sobre la pierna buena-. Cuando nos conocimos, estabas todavía dentro de la tripa de tu mamá. Decidiste que querías nacer y que no querías esperar más. Que querías venir al mundo en el asiento delantero de mi camioneta.

-¿De verdad? -Natasha estaba fascinada. Alan asintió.

-De verdad. Saliste antes de que llegara la ambulancia. Tenías tanta prisa que tuve que agarrarte y sostenerte en brazos para que no salieras corriendo por la calle.

-Los bebés no pueden correr -dijo la pequeña.

-Puede que los bebés normales, no -respondió Alan-. Pero tú saliste bailando el tango, fumando un cigarrillo y dando voces a todo el mundo. Ay, cómo chillabas.

Natasha soltó una risilla.

-¿En serio?

-En serio -dijo Alan-. Lo del tango y el cigarrillo no es verdad, pero lo de que chillabas sí. Vamos -añadió, levantándola de sus rodillas-. Agarra tu maleta, que voy a enseñarte mi casa. Puedes hacer... algo... mientras me ducho. Porque necesito urgentemente una ducha.

Natasha intentó levantar la maleta, pero pesaba demasiado para ella. Trató de arrastrarla tras su tío, pero no podría subirla por las escaleras. Alan se volvió para ver qué hacía y se detuvo.

-Será mejor que la lleve yo -dijo. Pero, mientras hablaba, su cara cambió. La ira volvió. La ira y la frustración.

Mia comprendió casi al instante que Alan Francisco tampoco podría subir la maleta de Natasha por las escaleras. Con una mano en el bastón y la otra apoyada en la barandilla de hierro, sería incapaz de hacerlo.

Mia se levantó y se sacudió el polvo de las manos. Hiciera lo que hiciera, iba a ser humillante para él. Y, como todas las cosas dolorosas, seguramente era mejor hacerlo cuanto antes y acabar de una vez.

-Ya la llevo yo -dijo alegremente, y le quitó la maleta de las manos a Natasha. Mia no esperó a que Alan hablara o reaccionara. Comenzó a subir las escaleras de dos en dos y dejó la maleta junto a la puerta del 2ºC-. Bonita mañana, ¿en? -comentó, alzando la voz mientras entraba en su apartamento para buscar la regadera.

Volvió a salir en un instante y, al empezar a bajar las escaleras, vio que Alan no se había movido. Sólo la expresión de su cara había cambiado. Sus ojos estaban aún más oscuros y enfurecidos y su semblante tenía una expresión tormentosa. Su boca estaba tensa. La anterior sonrisa había desaparecido sin dejar rastro.

-Yo no le he pedido ayuda -dijo con voz baja y amenazadora.

-Ya lo sé -contestó Mia con franqueza, deteniéndose a unos peldaños del final de la escalera para poder mirarlo a los ojos-. Imaginé que no iba a pedírmela. Y sabía que, si preguntaba, se enfadaría y no querría que lo ayudara. De este modo puede enfadarse lo que quiera, pero la maleta ya está arriba -le sonrió-. Así que adelante. Enfádese. No se reprima.

Al dar media vuelta para volver a su jardín, sintió los ojos de Alan clavados en su espalda. La expresión de él no había cambiado: estaba enfadado. Enfadado con ella y con el mundo. Mia sabía que no debería haberlo ayudado. Debería haber dejado que resolviera sus problemas, que se los arreglara solo. Sabía que no debía complicarse la vida con alguien que, obviamente, atravesaba grandes dificultades.

Pero no podía olvidar la sonrisa que había transformado a Alan en un verdadero ser humano y no en la columna de piedra llena de ira que parecía ser casi todo el tiempo. No podía olvidar la ternura con que había hablado a la niña para tranquilizarla. Y no podía olvidar la expresión de su cara cuando la pequeña Na-tasha le había dado un abrazo.

No podía olvidar ninguna de aquellas cosas... a pesar de que sabía que le convenía hacerlo.

Capítulo 4

Prisco estuvo a punto de abrir la puerta del cuarto de baño, pero, pensándolo mejor, se detuvo y se puso primero una toalla alrededor de la cintura. Oyó la tele en el cuarto de estar cuando, apoyado en el bastón, entró en su habitación y cerró la puerta.

Una niña. ¿Qué demonios iba a hacer él con una niña durante seis semanas?

Arrojó el bastón sobre la cama revuelta y se frotó el pelo mojado con la toalla. No tenía una agenda muy apretada, claro. Seguramente podría hacer un hueco a Natasha entre Buenos días, América y el programa nocturno de David Letterman.

Aun así, los niños pequeños requerían ciertas atenciones, como comida a intervalos regulares, baños de vez en cuando y una buena noche de sueño que no empezara a las cuatro de la madrugada y se prolongara hasta bien pasado el mediodía. Prisco apenas conseguía cubrir esas necesidades para sí mismo, así que difícilmente podría ocuparse de otra persona.

Sosteniéndose en la pierna buena, hurgó en su macuto, que aún no había deshecho, en busca de ropa interior limpia. Nada.

Hacía años que no cocinaba. Sus habilidades domésticas se reducían a saber qué productos de limpieza eran inflamables cuando se combinaban con otros.

Se acercó a la cómoda y encontró solamente unos calzoncillos de seda que una amiga le había comprado hacía algún tiempo. Se puso el bañador.

En su nevera no había nada de comer, aparte de un limón y un paquete de seis botellas de cerveza mexicana. Sus armarios contenían únicamente botes de sal y pimienta solidificadas y un frasco viejo de salsa de tabasco.

El otro dormitorio de su piso estaba casi tan vacío como sus armarios. No tenía muebles, sólo varias hileras de cajas pulcramente apiladas a lo largo de una pared. Tasha iba a tener que dormir en el sofá hasta que le consiguiera una cama y los muebles que pudiera necesitar una niña de cinco años.

Prisco se puso una camiseta limpia y arrojó la ropa que se había quitado al enorme y siempre creciente montón de ropa sucia que había en un rincón de la habitación, parte del cual databa de la última vez que había estado allí, hacía más de cinco años. Ni siquiera la señora de la limpieza que había ido la tarde anterior se había atrevido a tocarla.

Le habían echado del centro de rehabilitación antes del día de la colada. Había llegado la víspera con dos bolsas de bártulos y un enorme macuto lleno de ropa sucia. Tendría que descubrir algún modo de bajar la ropa sucia a la lavandería del primer piso... y de subir la colada limpia.

Pero lo primero que tenía que hacer era asegurarse de que su colección de armas estaba bien guardada. Prisco no sabía mucho acerca de niños de cinco años, pero de una cosa estaba seguro: no hacían buenas migas con las armas de fuego.

Se peinó rápidamente, recogió su bastón de madera y siguió el ruido de la tele. Cuando guardara su arsenal privado, Tasha y él bajarían a la tienda de la esquina a comprar comida y...

En la pantalla del televisor giraba una fila de bailarinas en topless. Prisco se lanzó a por el mando a distancia. ¡Demonios! Su televisión por cable debía de incluir algún canal para adultos: el canal Playboy o algo parecido. Francamente, no lo sabía.

-Vaya, Tash. Tengo que programar la tele y quitar ese canal del mando a distancia - dijo volviéndose hacia el sofá para mirarla.

Pero ella no estaba sentada en el sofá.

Su cuarto de estar era pequeño y un golpe de vista le bastó para asegurarse de que la niña no estaba allí. Cielos, qué alivio. Se dirigió cojeando a la cocina. Pero Natasha tampoco estaba allí, y su alivio comenzó a convertirse en preocupación.

-¿Natasha? -recorrió lo más rápido que pudo el pequeño pasillo que llevaba a los dormitorios y el cuarto de baño. Miró y volvió a mirar, y hasta echó un vistazo debajo de su cama y en los dos armarios.

La niña se había ido.

La rodilla le dio un pinchazo cuando regresó a saltos al cuarto de estar y salió por la puerta mosquitera.

Natasha no estaba en el descansillo del segundo piso, ni se la veía por ninguna parte en el patio. Prisco vio que Mia Summerton seguía trabajando en su jardín, agachada entre una explosión de flores, con un sombrero blando y ridículo sobre la cabeza.

-¡Eh!

Ella levantó la vista, sorprendida, sin saber de dónde procedía aquella voz.

-¡Aquí arriba!

Mia estaba demasiado lejos para que Prisco distinguiera de qué tono de marrón o verde eran en ese momento sus ojos. Pero eran grandes, en cualquier caso. Su sorpresa pronto se convirtió en recelo. Prisco notó una mancha de sudor en forma de V en el cuello y la pechera de su camiseta. Su cara relucía al sol de la mañana, y ella se limpió la frente con el brazo, que le dejó sobre la piel una mancha de polvo.

-¿Ha visto a Natasha? Ya sabe, la niña pelirroja. ¿Ha bajado?

Mia se enjuagó las manos en un cubo de agua y se levantó.

-No... y no me he movido de aquí desde que subió.

Prisco soltó una maldición y echó a andar hacia las escaleras del otro lado del complejo, pasando por delante de la puerta de su piso.

-¿Qué ha pasado? -Mia subió las escaleras y lo alcanzó sin esfuerzo.

-He salido de la ducha y no estaba -dijo él en tono cortante mientras intentaba moverse todo lo rápido que podía.

Maldición, no quería tener que enfrentarse a aquello. El sol de la mañana se había alzado en el cielo y su brillo aún le hacía palpar dolorosamente la cabeza, como

cada paso que daba. Era cierto que vivir con él no iba a ser precisamente una fiesta, pero, por el amor de Dios, la niña tampoco tenía por qué escaparse.

Entonces lo vio.

Brillante y engañosamente puro, el azul irresistible del océano Pacífico refulgía y bailoteaba a lo lejos. La playa estaba a unas manzanas de allí. Quizá la niña era como él y llevaba agua salada en las venas. Tal vez había visto el mar y se había dirigido hacia la playa. Quizá no se hubiera escapado. Quizá sólo pretendiera explorar un poco. O tal vez estuviera poniéndolo a prueba, para ver hasta dónde podía llegar y si podía forzar los límites de su autoridad.

-¿Cree que habrá ido lejos? ¿Quiere que vaya por mi coche? -preguntó Mia.

Prisco se volvió para mirarla y se dio cuenta de que lo seguía. No quería su ayuda, pero, maldición, la necesitaba. Si quería encontrar rápidamente a Tasha, cuatro ojos eran mejor que dos. Y un coche era mucho mejor que una rodilla destrozada y un bastón si se trataba de llegar cuanto antes a algún sitio.

-Sí, traiga su coche -dijo malhumorado-. Quiero ver si está en la playa.

Mia asintió con la cabeza y echó a correr. Había detenido el coche junto a las escaleras que llevaban al aparcamiento antes de que él llegara al último peldaño. Estiró el brazo sobre el asiento y abrió la puerta del acompañante de su pequeño coche. Prisco sabía que no iba a caber dentro. Se metió de todos modos, doblando la rodilla más de lo que debía. El dolor y la náusea que lo acompañaba siempre se apoderaron de él. Comenzó a maldecir con violencia, una letanía repetitiva y seca, un mantra profano destinado a devolverle la calma.

Al levantar la mirada vio que Mia lo estaba observando con semblante cuidadosamente inexpresivo.

-Arranque -dijo, y su voz le sonó áspera incluso a él-. Vamos. No sé si la niña sabe nadar.

Ella metió la primera y el coche arrancó con una sacudida. Mia tomó la ruta que podía haber seguido la niña si, en efecto, había ido a la playa. Entre tanto, Prisco escudriñaba las aceras llenas de gente. ¿Qué ropa llevaba exactamente la niña? ¿Una camisa blanca con un dibujo de... globos? ¿O eran flores? Y pantalones cortos de un color vivo. ¿O era una falda? ¿Era verde o azul? No se acordaba, así que decidió fijarse en cabecitas pelirrojas.

-¿La ve por algún lado? -preguntó Mia-. ¿Quiere que vaya más despacio?

-No -dijo Prisco-. Vamos primero a la playa para asegurarnos de que no está allí. Luego podemos volver más despacio.

-Sí, señor -Mia pisó el acelerador y se arriesgó a lanzar una mirada a Francisco. Él no parecía haber reparado en su contestación. Se agarraba al asa que había sobre la ventanilla del pasajero con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. Los músculos de su mandíbula estaban igual de tensos, y miraba fijamente por la ventanilla, buscando cualquier rastro de la niña entre el gentío veraniego de la calle.

Mia volvió a mirarlo y notó que se había afeitado. Parecía ligeramente menos peligroso sin la barba..., pero sólo ligeramente. Se había hecho daño al meterse en el coche y Mia comprendió por la palidez de su cara que seguía doliéndole la rodilla. Él, sin embargo, no se quejaba. Aparte de su primera sarta de maldiciones, no había dicho ni una palabra al respecto. Encontrar a su sobrina estaba antes que su dolor. Saltaba a la vista que era prioritario para él, puesto que, por encontrar a Natasha, había llegado a una tregua temporal con ella y aceptado su oferta de ayuda.

Mia acababa de poner el intermitente para girar a la izquierda y entrar en el aparcamiento de la playa cuando Francisco volvió a hablar por fin.

-¡Ahí está! Con un niño. A las dos en punto...

-¿Dónde? -Mia frenó, indecisa.

-¡Pare el coche!

Francisco abrió la puerta y Mia pisó a fondo el freno, temiendo que saltara aún en marcha. Entonces vio a Natasha. La pequeña estaba al borde del aparcamiento, sentada encima de una mesa de merendero, mirando muy seria a un adolescente afroamericano, muy alto, que estaba de pie delante de ella. Algo en su modo de llevar los pantalones anchos y de cintura baja le resultaba familiar. El chico se volvió y Mia vio su cara.

-Es Thomas King -dijo-. El chico que está con ella. Lo conozco.

Pero Francisco ya había salido del coche y avanzaba hacia la niña tan rápido como le permitían su cojera y su bastón. No había donde aparcar. Mia miró por el parabrisas mientras el ex teniente de la Marina se acercaba a su sobrina, la levantaba bruscamente de la mesa y la dejaba en el suelo, detrás de él. No oía lo que decía, pero notaba que no era un saludo cordial. Vio que Thomas daba un respingo y se volvía con hostilidad hacia Francisco. Puso las luces de emergencia, dejó el coche donde estaba, en medio del aparcamiento, se bajó de un salto y echó a correr hacia ellos.

Llegó a tiempo de oír que Thomas decía:

-Levántale la mano a esa niña y limpio la calle con tu cara.

Los ojos azules de Alan Francisco, que parecían fríos y amenazadores cuando Mia había echado a correr, cambiaron de pronto. Algo en ellos se transformó.

-¿De qué estás hablando? No voy a pegarle -parecía incrédulo, como si jamás se le hubiera ocurrido tal cosa.

-Entonces ¿por qué le gritas como si fueras a hacerlo? -Thomas King era casi de la estatura de Francisco, pero el antiguo SEAL tenía al menos veinte kilos de musculatura más que él. Aun así, el adolescente no se acobardó. Sus ojos oscuros relucían, entornados, y sus labios estaban tensos.

-No voy...

-Sí, ya -insistió Thomas. Comenzó a imitarlo-. «¿Qué demonios haces aquí? ¿Quién te ha dado permiso...?» He pensado que iba a pegarla... y ella también.

Prisco se volvió para mirar a Natasha. La niña se había escondido debajo de la mesa y lo miraba con los ojos muy abiertos.

-Tash, ¿creías que...?

Claro que lo creía. Prisco lo notó en sus ojos, en su aire acobardado. De pronto se sintió enfermo. Se agachó junto a la mesa lo mejor que pudo.

-Natasha, ¿te pega tu madre cuando se enfada? -no podía creer que Sharon, que era tan cariñosa, pudiera hacer daño a una niña indefensa, pero el alcohol podía trastornar incluso a los espíritus más tiernos.

La niña negó con la cabeza.

-Mamá, no -dijo con suavidad-. Pero Dwayne me pegó una vez y me salió sangre del labio. Mamá lloró y luego nos mudamos.

Menos mal que Sharon había tenido suficiente sentido común. Y que se fuera al infierno Dwayne, fuera quien fuese. ¿Qué clase de monstruo pegaba a una niña de cinco años?

¿Y qué clase de monstruo le daba un susto de muerte gritándole, como había hecho él?

Prisco se sentó pesadamente en la mesa y miró a Mia. Ella tenía una mirada suave, como si de algún modo le hubiera leído el pensamiento.

-Lo siento, Tash -dijo Prisco mientras se frotaba los ojos doloridos y vidriosos-. No quería asustarte.

-¿Éste es amigo tuyo? -preguntó a Mia el chico negro, cuyo tono daba a entender que en el futuro debía ser más selectiva a la hora de elegir a sus amistades.

-Vive en el 2ºC -informó Mia-. Es el vecino misterioso, el teniente Alan Francisco -dirigió sus siguientes palabras a Prisco-. Éste es Thomas King. Fue alumno mío. Vive en el 1ºN, con su hermana y sus sobrinos.

¿Alumno suyo? Eso significaba que Mia Summer-ton era profesora. Vaya, si en sus tiempos hubiera habido profesoras así, él habría ido mucho más contento al instituto.

Ella lo miraba con reticencia, como si fuera una bomba con temporizador, lista para estallar en cualquier momento.

-Un teniente -repitió Thomas-. ¿Es de la pasma?

Prisco apartó los ojos de Mia y lo miró.

-No, no soy policía -contestó-. Estoy en la Marina... -se detuvo, sacudió la cabeza y cerró los ojos un momento-. Estaba en la Marina.

Thomas había cruzado los brazos a propósito, metiendo las manos bajo ellos para que Prisco entendiera que no tenía intención de estrecharle la mano.

-El teniente era un SEAL -dijo Mia-. Es un cuerpo de operaciones especiales...

-Sé qué son los SEAL -la interrumpió el chico. Se volvió para lanzar a Prisco una mirada cínica y aburrida-. Uno de esos chalados que estrellan sus barquitas de goma contra las rocas junto al hotel Coronado. ¿Tú lo has hecho alguna vez?

Prisco notó que Mia lo estaba mirando otra vez. Maldición, qué guapa era. Y cada vez que lo miraba, cada vez que sus ojos se encontraban, Prisco sentía entre ellos una atracción sexual casi palpable. Tenía gracia. Con la posible excepción de su exótica cara de modelo y su cuerpo esbelto y atlético, todo en aquella mujer lo sacaba de quicio. No quería que una vecina fisgona se entrometiera en su vida. No necesitaba que una buena samaritana le recordara constantemente sus limitaciones. No le hacía falta una chica asquerosamente alegre, aficionada a las flores, antimilitarista, fresca y que no se dejaba intimidar por él.

Pero cada vez que miraba sus ojos castaños, sentía un innegable arrebató de atracción física. Intelectual-mente, quizá sólo quisiera esconderse de ella, pero físicamente...

Al parecer, su cuerpo tenía otras ideas. Y entre ellas estaba la luz de la luna brillando en esa piel bronceada y tersa, y una melena oscura y larga cayéndole sobre la cara, sobre el pecho y más abajo.

Prisco logró esbozar una media sonrisa y se preguntó si Mia también podría leerle el pensamiento en ese momento. No pudo apartar la mirada de ella, ni siquiera para contestar a la pregunta de Thomas.

-Se llama desembarco en zona rocosa -dijo-; y sí, lo he hecho durante los entrenamientos.

Mia no se sonrojó. No apartó los ojos de él. Se limitó a sostenerle la mirada, alzando ligeramente una de sus exóticas cejas.

Prisco tuvo la impresión de que, en efecto, sabía exactamente lo que estaba pensando. «Cuando se hiele el infierno». Ella no había llegado a pronunciar esas palabras la noche anterior, pero aun así resonaban en su cabeza tan claramente como si las hubiera dicho.

Y era una suerte. Sentía por ella una atracción sexual pura y descarnada, pero Mia no era de esa clase de mujeres. No se la imaginaba tumbándose en su cama y escabullándose luego antes del amanecer, sin que ninguno de los dos pronunciara una palabra y sólo compartieran un intenso placer sexual. No, una vez se metiera en su cama, nunca se iría. Parecía llevar la palabra «novia» escrita por todo el cuerpo, y eso era lo último que necesitaba él. Aquella mujer llenaría su apartamento de flores de su jardín, hablaría por los codos y le dejaría notitas con dibujos de caras sonrientes. Le exigiría besos tiernos, un cuarto de baño limpio, confesiones íntimas y un interés sincero por su vida.

¿Cómo iba a interesarse él por su vida cuando ni siquiera podía mostrar el menor entusiasmo por la propia?

Pero se estaba precipitando. Estaba dando por sentado que no le costaría ningún trabajo llevársela a la cama. Y quizá así hubiera sido cinco años atrás, pero ya no era precisamente una ganga. Era imposible que una chica como Mia quisiera cargar con un hombre que apenas podía caminar.

«Cuando se hiele el infierno». Prisco miró el azul cegador del océano y sintió que su resplandor le hacía arder los ojos.

-¿Qué hace un SEAL con una niña que no sabe nadar? -preguntó Thomas. El enfado había desaparecido en su mayor parte de los ojos del adolescente, dejando tras él un desdén cínico y un cansancio aparentemente muy viejo que le hacía parecer mayor de lo que era. Tenía cicatrices en la cara. Una de ellas dividía en dos una de sus cejas. Otra marcaba uno de sus pómulos altos y salientes. Aquellas cicatrices, unidas al hecho de que le habían roto la nariz más de una vez, le daban un aspecto curtido que erosionaba aún más su juventud. Pero, salvo por algunas expresiones coloquiales, no hablaba la jerga de la calle. No tenía ningún acento reconocible, y Prisco se preguntó si se habría esforzado tanto como él por borrar aquel particular lazo con sus padres y su pasado.

-Natasha es sobrina del teniente -explicó Mía-. Va a quedarse con él unas semanas. Ha llegado hoy.

-De Marte, ¿no? -Thomas miró debajo de la mesa y le hizo una mueca a Natasha. Ella soltó una risilla.

-Thomas cree que soy de Marte porque no sabía qué era esa agua -Natasha salió de debajo de la mesa arrastrándose boca abajo. La arena se le pegó a la ropa y Prisco se dio cuenta de que estaba mojada.

-Es imposible que una niña no haya visto el mar, a no ser que sea marciana -dijo Thomas-. Ni siquiera parecía saber que los niños pequeños no deben meterse solos en el agua.

Mia notó que un sinfín de emociones cruzaba el semblante de Alan Francisco. La bandera del socorrista indicaba una fuerte resaca y comentarios peligrosos. Mia vio que él miraba a Thomas y se fijaba en que los vaqueros del chico estaban mojados hasta las rodillas.

-La has sacado del agua -dijo, y su voz baja sonó engañosamente tranquila.

Thomas no le dio importancia al asunto.

-Yo también tengo una sobrina de cinco años. – Francisco se levantó con esfuerzo apoyándose en el bastón. Le tendió la mano a Thomas.

-Gracias, hombre. Siento lo de antes. Soy... novato en esto de los crios.

Mia contuvo el aliento. Conocía bien a Thomas y, si había llegado a la conclusión de que Alan Francisco era el enemigo, jamás le daría la mano.

Pero Thomas vaciló sólo un momento antes de estrechársela.

De nuevo, una ráfaga de emociones vibró en los ojos de Francisco, y de nuevo intentó ocultarlas. Alivio. Gratitud. Pena.

Siempre pena y siempre vergüenza. Pero aquella expresión desapareció casi al instante. Cuando Alan Francisco se empeñaba en ocultar sus emociones, lo conseguía, escondiéndolas pulcramente detrás de la ira, siempre presente, que bullía dentro de él. Lograba utilizar aquella ira para ocultarlo todo a la perfección: todo, salvo la potente atracción sexual que sentía por ella. Aquello lo exhibía con luces de neón y anuncios de un millón de dólares el minuto.

La noche anterior, cuando le había dicho que quería que compartiera su cama, Mia había creído que sólo pretendía asustarla. Pero se había equivocado por completo. Su manera de mirarla unos minutos antes la había dejado atónita.

Y la verdad era, por estúpido que pareciera, que la idea de mantener una relación física con aquel hombre no la hacía huir a su apartamento a todo correr y echar el pesado cerrojo que había hecho instalar en la puerta. No lograba comprender por qué. El teniente Alan Francisco era la versión en carne y hueso de un Gey-perman; seguramente era un machista, bebía tanto que a mediodía de un día de diario todavía estaba hecho un desastre y, al parecer, arrastraba una amargura infinita. Y, sin embargo, por alguna extraña razón, a Mia no le costaba imaginarse entrando con él de la mano en su habitación para derretirse juntos sobre la cama.

Aquello no tenía nada que ver con su cara atractiva y de rasgos duros, ni con su cuerpo musculoso e irresistiblemente fornido. Bueno, sí, de acuerdo. No estaba siendo del todo sincera consigo misma. Algo tenía que ver. Era cierto: se había fijado en que aquel hombre debería ocupar tres páginas de un calendario dedicado al tío bueno del mes. Y se había fijado una y otra vez.

Pero, por más que intentaba mostrarse indiferente, eran la ternura de sus ojos cuando hablaba con Natas-ha, y sus dolorosos intentos de sonreír a la pequeña lo que encontraba irresistible. La ternura era su debilidad, y sospechaba que, bajo su caparazón de amargura e ira, y pese a que veces era malhablado y grosero, aquel hombre poseía una espíritu sumamente tierno.

-Vamos a hacer un trato respecto a la playa -dijo Alan Francisco a su sobrina-. No puedes bajar aquí sin un mayor, ni nunca, nunca, meterte en el agua sola.

-Eso ha dicho Thomas -le dijo Tasha-. Dijo que me «ahodaría».

-Thomas tiene razón -contestó Francisco.

-¿Qué es «ahodarse»? -preguntó la niña.

-Ahogarse -puntualizó él-. ¿Alguna vez has intentado respirar debajo del agua?

Tash negó con la cabeza y sus rizos rojos se alborotaron.

-Pues no lo intentes. Las personas no pueden respirar debajo del agua. Sólo los peces pueden. Y tú no pareces un pez.

La niña se echó a reír, pero insistió.

-¿Qué es «ahodarse»?

Mia cruzó los brazos y se preguntó si Francisco intentaría eludir de nuevo la cuestión o si se lanzaría a discutir el tema de la muerte con Natasha.

-Bueno -dijo lentamente-, si alguien se mete en el agua y no sabe nadar, o está herido, o las olas son muy grandes, el agua puede tapanle la cabeza. Y entonces no puede respirar. Normalmente, no pasa nada cuando el agua te tapa la cabeza. Aguantas la respiración. Y luego vuelves a salir a la superficie y sacas la nariz y la boca y vuelves a respirar. Pero, como te decía, puede que una persona no sepa nadar, o que le dé un calambre en la pierna, o que el mar esté muy revuelto, y no pueda subir a tomar aire.

Y, si no hay aire y no puede respirar, se muere. Se ahoga. La gente necesita respirar aire para vivir.

Natasha miraba a su tío sin pestañear, con la cabeza ligeramente ladeada.

-Yo no sé nadar -dijo por fin.

-Entonces te enseñaré -respondió Francisco sin vacilar-. Todo el mundo tendría que saber nadar. Pero, aunque sepas nadar, no puedes meterte sola en el agua. Ni siquiera los SEAL nadamos solos. Tenemos unos amigos, los compañeros de zambullida, que nos vigilan y a los que vigilamos. Durante las próximas semanas, tú y yo, Natasha, vamos a ser compañeros de zambullida, ¿de acuerdo?

-Me voy, señorita S. No quiero llegar tarde a trabajar.

Mia se volvió hacia Thomas, contenta de que hubiera roto su ensueño. Estaba allí parada, como una idiota, mirando a Alan Francisco, hipnotizada por su conversación con la niña.

-Cuídate -le dijo.

-Siempre lo hago.

Natasha se arrodilló en la arena y empezó a empujar un viejo palito de piruleta como si fuera un coche. Thomas se agachó y le revolvió el pelo.

-Hasta luego, marcianita -saludó a Francisco con una inclinación de cabeza-. Teniente. El SEAL se levantó del banco.

-Llámame Prisco. Y gracias otra vez. — Thomas asintió una vez más y se marchó.

-Trabaja media jornada como guardia de seguridad en la universidad -dijo Mia a Francisco-. Así puede asistir como oyente a las clases en su tiempo libre..., aunque en realidad no tiene tiempo libre, porque también trabaja a jornada completa como ayudante de un paisajista de Coronado.

Él había vuelto a mirarla con los ojos azules entornados y, esa vez, imposibles de leer. A ella no le había dicho que podía llamarlo Prisco. Quizá fueran cosas de hombres. Quizá los SEAL tuvieran prohibido que las mujeres los llamaran por su apodo. O quizá se tratara de algo más personal. Tal vez Alan Francisco no quería ser amigo suyo. Eso era, desde luego, lo que había dado a entender la noche anterior.

Mia miró su coche, que seguía en mitad del aparcamiento.

-Bueno -dijo. Se sentía extrañamente azorada. No le costaba enfrentarse a aquel hombre cuando se portaba como un bruto. Pero, cuando la miraba así, sin otra expresión que el ligerísimo brillo de su ira perenne, se sentía desconcertada y nerviosa, como una colegiala enamorada de quien no la correspondía.

-Me alegro de que hayamos... de que haya encontrado a Natasha -miró de nuevo su coche, más para escapar del escrutinio de Prisco que para asegurarse de que seguía allí-. ¿Puedo llevaros de vuelta al piso?

Prisco sacudió la cabeza.

-No, gracias.

-Puedo ajustar el asiento, para ver si está más cómodo...

-No. Tenemos que ir de compras.

-Pero Natasha está toda mojada.

-Se secará. Además, me vendrá bien hacer un poco de ejercicio.

¿Ejercicio? ¿Estaba de broma?

-Lo que le vendría bien sería pasar una semana o dos en la cama.

De pronto, él pareció cobrar vida y su boca se torció en una media sonrisa cargada de sorna. Sus ojos brillaron con ardor y su voz se hizo más grave cuando se inclinó para hablarle directamente al oído.

-¿Te estás ofreciendo a mantenerme en la cama todo ese tiempo? Sabía que tarde o temprano cambiarías de opinión.

En realidad, sólo lo había dicho para ponerla nerviosa e irritarla. Mia se negó a dejar que viera cuánto la había exasperado su comentario. Se acercó un poco más a él, levantó la vista y posó un momento la mirada en su boca antes de mirarlo a los ojos. Quería desconcertarlo, avergonzarlo antes de lanzar su ataque.

Pero no lanzó ningún ataque cuando lo miró a los ojos. La sonrisa sagaz de Prisco se había borrado y tras ella sólo había quedado el deseo, que aumentaba, multiplicándose una y otra vez, exponencialmente, mientras se miraban a los ojos, y que traspasó a Mia hasta marcar a fuego su alma. Ella era consciente de que Prisco veía en sus ojos algo más que el simple reflejo de su propio deseo, y supo sin lugar a dudas que se había expuesto demasiado. Aquel fuego que ardía entre ellos no procedía sólo de él.

El sol caía a plomo sobre ellos y Mia sentía la boca reseca. Intentó tragar saliva, humedecerse los labios secos, alejarse. Pero no podía moverse.

Prisco alargó el brazo lentamente. Ella lo presintió: iba a tocarla, iba a estrecharla contra los músculos duros de su pecho y a apoderarse de su boca en un beso ardiente, sobrecogedor, lleno de potencia.

Pero Prisco sólo la acarició ligeramente. Trazó con los dedos el rastro de una gota de sudor que se había deslizado bajo su oreja, por su cuello y su clavícula antes de desaparecer bajo el cuello de la camiseta. La tocó con delicadeza, con un solo dedo, pero en muchos sentidos aquel contacto fue mucho más sensual, mucho más íntimo, que un beso.

El mundo pareció girar a su alrededor y Mia estuvo a punto de tenderle los brazos. Pero por suerte la cordura se apoderó de ella y retrocedió.

-Cuando cambie de idea -dijo con voz apenas más alta que un susurro-, hará frío en julio.

Se volvió, a pesar de que le temblaban terriblemente las piernas, y regresó a su coche. Prisco no hizo intento de seguirla, pero cuando montó en el coche y se alejó, Mia vio por el espejo retrovisor que seguía mirándola.

¿Lo había convencido? Tenía sus dudas. Ni siquiera estaba segura de que hubiera conseguido convencerse a sí misma.

Capítulo 5

-Bueno, Tash -gritó Prisco desde el rellano del segundo piso, donde por fin había acabado de sujetar el armazón a la barandilla-. ¿Lista para una prueba de velocidad?

La niña asintió con la cabeza y él soltó la manivela y bajó la cuerda hacia ella.

La idea se le había ocurrido mientras estaban en la tienda de comestibles. No iba a poder subir las bolsas de la compra por las escaleras, hasta su piso de la segunda planta. Y Tasha, aunque intentaba ayudar cuando no se escapaba por ahí, no podría subir los dos tramos de empinadas escaleras cargada con toda la comida que necesitaban. Podía llevar quizá una o dos bolsas ligeras, pero nada más.

Él era experto en tácticas de guerra no convencionales. Podía inventar soluciones alternativas para casi cualquier situación, incluida ésta. Naturalmente, aquello no era la guerra, lo cual lo hacía todo mucho más fácil. Fuera lo que fuese lo que se le ocurriera, no iba a tener que llevarlo a la práctica bajo el fuego enemigo.

No le había costado mucho tiempo dar con una solución. Tasha y él se habían pasado por la ferretería del barrio y habían comprado lo necesario para fabricar una polea casera. Él podía haber subido fácilmente las cosas hasta el segundo piso con ayuda de una cuerda, pero con una manivela y unas poleas, Natasha también podría hacerlo.

Las bolsas de plástico llenas de alimentos estaban en el suelo, justo bajo la cuerda a la que Prisco había atado un gancho.

-Engancha la cuerda a una de las bolsas -ordenó a su sobrina, inclinado sobre la barandilla-. Métela por las asas. Eso es.

Mia Summerton lo estaba observando.

Prisco había notado su presencia desde el instante en que Tash y él se habían bajado del taxi con todas sus compras. Mia volvía a estar en su jardín, haciendo Dios sabía qué, y lo miraba por el rabillo del ojo.

Lo había observado mientras él cambiaba los congelados y la comida perecedera a una mochila que había comprado y la llevaba dentro.

Lo había observado mientras hacía lo mismo con lo que había comprado en la ferretería, y mientras lo colocaba todo en el descansillo del segundo piso.

Lo había observado mientras se agachaba torpemente para sentarse en las escaleras con su caja de herramientas y se ponía manos a la obra.

No le había quitado ojo, pero había procurado en todo momento que él no la sorprendiera mirándolo.

De todos modos, él sentía sus ojos siguiéndolo. Y olía su presencia.

Dios, fuera lo que fuese lo que les había pasado en la playa... Prisco sacudió la cabeza lleno de incredulidad. Fuera lo que fuese, quería más. Mucho más. Mia lo había mirado y él se había sentido atrapado en un asombroso torbellino de instinto animal. Había sido incapaz de resistirse a tocarla, no dejaba de pensar en dónde habría ido a

parar aquella gota de sudor que se había perdido bajo su camiseta. No hacía falta mucha imaginación para verla deslizarse lentamente entre sus pechos, hasta el suave hueco de su ombligo.

Después de aquello, le habían dado ganas de lanzarse a por todas. Casi se había preguntado si no habría subestimado gravemente las notitas con caras sonrientes.

Pero había visto la mirada perpleja de Mia. La atracción que había surgido entre ellos la había pillado desprevenida. No la deseaba, ni lo deseaba a él. Ciertamente, no para un solo encuentro sexual, por apasionado que fuera, y menos aún para algo a más largo plazo.

Lo cual no era una sorpresa.

-¡No puedo! -gritó Natasha a Prisco con cara de preocupación.

Mia se había mantenido al margen desde que habían llegado a casa. No había vuelto a ofrecerse a ayudarles. Pero ahora se levantó, incapaz de ignorar la nota de angustia que había en la voz de Tasha.

-¿Puedo ayudarte con eso, Natasha? -preguntó directamente a la pequeña. Ni siquiera se molestó en mirar a Prisco.

Él se enjugó el sudor de la cara mientras veía retroceder a Tasha y colgar a Mia las asas de la bolsa de plástico en el gancho. Debía haber cerca de treinta grados a la sombra, pero cuando Mia por fin levantó la vista hacia él, pareció soplar una ráfaga de aire helado.

Ella intentaba comportarse como si no tuviera el menor interés en él. Sin embargo, se había pasado la hora y media anterior observándolo. ¿Por qué?

Tal vez, fuera lo que fuese lo que atraía constantemente la mirada de Prisco hacia ella, lo que había hecho que se golpeará el pulgar con el martillo innumerables veces, lo que hacía tensarse cada músculo de su cuerpo cuando pensaba en ella, fuera lo que fuese aquella sensación incontrolable..., tal vez ella también la sintiera. Era lujuria y deseo multiplicados por mil y transformados en algo mucho más poderoso.

Prisco no quería tener nada que ver con ella. No quería complicarse la vida, no quería líos, no quería sufrir. Y sin embargo, al mismo tiempo, la deseaba desesperadamente. La deseaba más de lo que había deseado nunca a una mujer.

Si hubiera sido asustadizo, habría sentido pánico.

-Será mejor que nos apartemos -advirtió Mia a Tasha cuando Prisco empezó a girar la manivela.

La bolsa subió fácilmente, abultada y tensa por el peso. Pero luego, como a cámara lenta, el fondo cedió y su contenido se estrelló contra el suelo.

Prisco soltó una maldición cuando un paquete de seis botellas de cerveza se hizo añicos y su contenido se mezcló con el zumo de arándanos de un recipiente de dos litros, cuatro tomates aplastados y un aguacate que nunca más vería la luz del día. Por suerte, la barra de pan italiano que también iba en la bolsa había rebotado y se había salvado del desastre.

Mia miró aquel desaguisado y luego a Alan Francisco. Él, que había cortado en seco su letanía de improperios, se levantó en silencio, con la boca tensa y los ojos llenos de una desesperación mucho más honda de lo que exigía la situación.

Mia comprendió, sin embargo, que, al mirar la acera del patio por encima de la barandilla, Alan Francisco veía mucho más que aquel destrozo. Sabía que estaba viendo su vida, tan hecha añicos como aquellas botellas de cerveza. Aun así, él respiró hondo y se obligó a sonreír a Natasha, que lo miraba con los ojos muy abiertos.

-Vamos bien -dijo mientras volvía a bajar la cuerda-. Estamos a punto de conseguir un éxito impresionante -empezó a bajar las escaleras, apoyado en el bastón-. ¿Y si intentamos poner dos bolsas, una dentro de la otra? ¿O una bolsa de papel dentro de una de plástico?

-¿Y bolsas de tela? -sugirió Mia.

-Apártate de los cristales rotos, Tash -advirtió Alan a su sobrina-. Sí, unas bolsas de tela estarían bien, pero no tengo ninguna.

«Alan», pensó Mia. ¿Cuándo había dejado de ser Francisco para convertirse en Alan? ¿Cuando había mirado a su sobrina y, pese a su dolor, había sonreído, o había sido antes, en el aparcamiento de la playa, cuando había estado a punto de hacerla arder con una sola mirada?

Mia subió las escaleras y pasó a su lado. De pronto era extremadamente consciente de que él se había quitado la camisa hacía casi una hora. Incluso de lejos le había resultado difícil no fijarse en su piel tersa y bronceada y sus músculos duros. De cerca, le era imposible no mirarlos.

Él llevaba solamente un bañador suelto, de colores vivos, que le quedaba caído sobre las caderas estrechas. Los músculos de su estómago parecían una tabla de lavar, y su piel sudorosa relucía. El otro tatuaje de su bíceps era una serpiente marina, no una sirena, como Mia había creído al principio.

-Tengo unas bolsas -dijo ella, y escapó a la frescura de su apartamento. Se detuvo un momento para tomar aire, temblorosa. ¿Qué tenía aquel hombre que hacía palpar su corazón el doble de rápido? Alan Francisco la intrigaba: eso no podía negarlo. Y exudaba una sexualidad salvaje y apenas domada que conseguía cautivarla constantemente. Sí, era sexy. ¿Y qué? Era guapísimo. Se esforzaba por superar un montón de problemas graves, y aquello le daba un aire trágico y fascinante. Pero ésos nos eran los criterios que ella solía usar para decidir si iniciaba o no una relación sexual con un hombre.

El hecho era que no iba a acostarse con él, se dijo con firmeza. Probablemente no, desde luego. Hizo girar los ojos con fastidio. ¿Probablemente no?

Tenía que ser la luna llena lo que la hacía sentirse así. O, como decía su madre, quizá los planetas se hubieran alineado formando una extraña conjunción que la hacía cada vez más temeraria. O quizá fuera que, como se estaba acercando a los treinta, su cuerpo estaba cambiando y liberaba hormonas en cantidades que ella no podía seguir ignorando.

Fuera cual fuese el motivo -místico o científico-, lo cierto era que no se acostaría con un desconocido. Lo que pasara entre ellos, no ocurriría hasta que hubiera tenido ocasión de conocer mejor a aquel hombre. Y tenía la impresión de que, cuando llegara a conocerlo y estuviera al corriente de su vasta colección de problemas físicos y psicológicos, no le resultaría muy difícil mantenerse alejada de él.

Sacó del armario sus bolsas de tela y volvió a salir. Alan estaba agachado en la acera, intentando recoger los desperdicios.

-Espera, Alan. No recojas los cristales -dijo ella-. Tengo guantes de trabajo y una pala que puedes usar para limpiarlos -no se atrevió a ofrecerse a hacerlo en su lugar. Sabía que se negaría-. Voy por ellos. Ten, toma esto.

Tiró las bolsas por encima de la barandilla y él las agarró sin apenas esfuerzo mientras ella volvía a entrar.

Prisco miró el mensaje impreso en las bolsas que le había lanzado Mia e hizo girar los ojos. Naturalmente, tenía que ser algo político. Sacudió la cabeza, se sentó en la hierba y empezó a meter la comida que había quedado intacta en las bolsas de tela.

-«¿No sería bonito que la educación estuviera del todo subvencionada y que el gobierno tuviera que organizar una venta de tartas para comprar un bombardero?» -dijo, citando el mensaje de las bolsas, cuando Mia volvió a bajar las escaleras.

Ella llevaba una bolsa de basura de plástico, un par de guantes de trabajo y algo que se parecía sospechosamente a un recogedor de excrementos de perro. Le lanzó una sonrisa de soslayo.

-Sí -dijo-. Sabía que te gustaría.

-Me metería encantado en una larga discusión acerca de la ignorancia del civil medio acerca de los gastos militares -repuso él-, pero ahora mismo no me apetece.

-¿Qué te parece si yo hago como que no acabas de llamarme ignorante y tú haces como si yo no creyera que eres un militarista y tonto de remate? -replicó ella con demasiada dulzura.

Frisco tuvo que echarse a reír. Su voz era profunda y grave. Apenas podía recordar cuándo había sido la última vez que se había reído así. Seguía sonriendo cuando la miró.

-Me parece justo -dijo-. Y quién sabe..., puede que los dos nos equivoquemos -Mia le sonrió, pero su sonrisa era indecisa y recelosa-. No te he dado las gracias por ayudarme esta mañana -añadió él-. Siento haberme puesto...

Mia lo miró y esperó a que acabara la frase. ¿Antipático? ¿Nervioso? ¿Furioso? ¿Inoportuno? ¿Demasiado sexy? Se preguntaba por qué se estaba disculpando exactamente.

-Grosero -concluyó él por fin, y miró a Natasha.

La niña estaba tumbada de espaldas a la sombra de una palmera. Miraba el cielo a través de sus dedos extendidos y de las hojas y cantaba una canción ininteligible y probablemente improvisada.

-No sé qué hacer -reconoció con otra sonrisa ladeada-. No sé cómo ocuparme de un niño y... -se encogió de hombros-. Aunque supiera, psicológicamente no estoy en mi mejor momento, ¿sabes?

-Lo estás haciendo muy bien. –La mirada que él le lanzó estaba cargada de buen humor e incredulidad.

-Llevaba menos de media hora a mi cargo y he estado a punto de perderla -cambió de postura, intentando ponerse más cómodo, e hizo una pequeña mueca al sentir dolor en la pierna-. Mientras volvíamos a casa le dije que teníamos que establecer unas cuantas normas, cosas básicas, como que me avisara si iba a salir del piso y que jugara dentro del patio. Me miraba como si le hablara en francés -se detuvo y volvió a mirar a la niña-. Sharon no le ha puesto ninguna norma. Ha dejado que la niña vaya donde quiera y cuando quiera. No estoy seguro de que lo que le he dicho haya servido de algo.

Se incorporó apoyándose en el bastón y llevó una de las bolsas de tela llenas hasta el gancho y la cuerda, esquivando el charco de cristales rotos, cartón mojado y zumo de arándanos mezclado con cerveza.

-Tienes que darle tiempo, Alan -dijo Mía-. Recuerda que vivir aquí, sin su madre, tiene que ser tan nuevo y raro para ella como para ti.

Él se volvió para mirarla mientras sujetaba las asas de tela al gancho.

-¿Sabes? -dijo-, la gente no suele llamarme Alan. Soy Frispo. Hace años que me llaman así -empezó a subir las escaleras-. Bueno, Sharon, mi hermana, me llama Alan, pero todos los demás me conocen por Prisco, desde mi compañero de zambullida a mi CJ. Miró a Mía. Ésta seguía de pie en el patio, observándolo sin esconderse. Su ropa de trabajar en el jardín estaba casi tan sucia como la suya, y varios mechones de su pelo largo y oscuro habían escapado de su coleta. ¿Cómo era posible que él se sintiera como un despojo empapado en sudor y que ella estuviera tan guapa?

-¿Tu C.J.? -repitió ella.

-Comandante en jefe -explicó él, y empezó a girar la manivela.

La bolsa subió y, esta vez, llegó hasta el segundo piso.

Mía aplaudió y Natasha se acercó e hizo varias volteretas en la hierba para celebrarlo.

Prisco estiró el brazo por encima de la barandilla, levantó la bolsa y la dejó en el descansillo, a su lado.

-Baja la cuerda. Voy a enganchar la que queda -dijo Mía.

La segunda subió con la misma facilidad.

-Vamos, Tash. Sube y ayúdame a guardar todas estas cosas -dijo Prisco, y la pequeña subió corriendo las escaleras. Él se volvió para mirar a Mía-. Enseguida bajo a limpiar todo eso.

-¿Sabes, Alan?, no tengo nada mejor que hacer y puedo...

-Prisco -la interrumpió él-, no Alan. Y voy a limpiarlo yo, no tú.

-¿Te importa que te llame Alan? Quiero decir que, después de todo, es tu nombre...

-Sí, me importa. No es mi nombre. Prisco es mi nombre. Me convertí en Prisco al unirme a los SEAL -su voz se hizo más suave-. Alan no es nadie.

Prisco se desesperó al oír un grito espeluznante.

Rodó de la cama, cayó al suelo y buscó a tientas su arma antes de despertarse del todo. Pero no tenía ningún arma de fuego escondida bajo la almohada, ni junto a la cama: las había guardado todas con llave en el armario. No estaba en la jungla, en una misión peligrosa, echando una sueñecito antes de entrar en combate. Estaba en su cuarto, en San Felipe, California, y el ruido que lo había sacado de la cama procedía de las poderosas cuerdas vocales de su sobrina de cinco años, que supuestamente dormía a pierna suelta en el sofá del cuarto de estar.

Prisco se acercó a trompicones a la pared y encendió la luz. Recogió su bastón, abrió la puerta y echó a andar por el pasillo en dirección al cuarto de estar.

Vio a Natasha a la luz de su dormitorio, que iluminaba tenuemente el pasillo. Estaba llorando, sentada en el sofá, entre las sábanas revueltas, con el pelo enmarañado por el sudor.

-Eh -dijo Prisco-, ¿qué demo...? ¿Qué pasa, Tash?

La niña no contestó. Siguió llorando. Prisco se sentó junto a ella, pero Natasha no paraba de llorar.

-¿Quieres un abrazo o algo? -preguntó, y ella negó con la cabeza y siguió sollozando-. Mmm -dijo Prisco, sin saber qué hacer ni qué decir. En ese momento, llamaron a la puerta-. ¿Quieres ir a abrir? -le preguntó a Natasha. Ella no respondió-. Entonces supongo que me toca ir a mí -dijo, y descorrió el cerrojo y abrió la pesada puerta de madera.

Mía estaba al otro lado de la mosquitera. Llevaba puesto un albornoz blanco y tenía el pelo suelto alrededor de los hombros.

-¿Va todo bien?

-No, no estoy asesinando ni torturando a mi sobrina -contestó Prisco en tono tajante, y cerró la puerta. Pero volvió a abrirla enseguida y abrió la mosquitera-. No sabrás por casualidad dónde tiene Tash el interruptor de encendido y apagado, ¿verdad?

-Esto está muy oscuro -dijo Mía al entrar-. Quizá deberías encender todas las luces para que vea dónde está.

Prisco encendió la luz del techo... y se dio cuenta de que estaba delante de su sobrina y de su vecina vestido únicamente con los calzoncillos nuevos, blancos, ceñidos y prácticos que se había comprado durante su segunda visita del día anterior al supermercado. Menos mal que los había comprado, o seguramente habría estado desnudo.

Ya fuera por la claridad repentina o por verlo en ropa interior, el caso fue que Natasha dejó de llorar inmediatamente. Seguía sollozando y todavía tenía los ojos llenos de lágrimas, pero su gemido, parecido a una sirena, había cesado.

Mia se quedó pasmada al verlo, pero decidió comportarse como si visitar a un vecino que estaba en calzoncillos fuera lo más natural del mundo. Se sentó en el sofá, junto a Tasha, y le dio un abrazo. Prisco se disculpó y volvió a su habitación para ponerse unos pantalones cortos.

En realidad, no era para tanto. Lucky O'Donlon, su compañero de zambullidas y mejor amigo en la unidad de los SEAL, le había comprado en la Costa Azul un tanga de baño que le cubría mucho menos que esos calzoncillos. Aunque, naturalmente, ni muerto se habría puesto aquella minúscula prenda.

Se puso los pantalones cortos y volvió al cuarto de estar.

-Tiene que haber sido una pesadilla horrible -oyó que le decía Mia a Tasha.

-Me caía en un agujero grande y negro -dijo Tash con una vocecilla, entre hipo e hipo-. Y chillaba, chillaba y chillaba y veía a mi mamá arriba, pero no me oía. Tenía cara de enfadada y se iba. Y luego empezaba a subir el agua y me tapaba la cabeza y yo sabía que me iba a ahogar.

Prisco comenzó a maldecir para sus adentros. No estaba seguro de poder aliviar el miedo de Natasha al abandono, pero haría lo posible por asegurarse de que no tuviera miedo al mar. Se sentó junto a ella en el sofá y la niña se subió a su regazo. Prisco sintió que el corazón le daba un vuelco cuando su sobrina le rodeó el cuello con los brazos.

-Mañana por la mañana empezaremos tus clases de natación, ¿de acuerdo? -dijo con voz áspera mientras intentaba ocultar la emoción que de pronto le cerraba la garganta.

Natasha asintió con la cabeza.

-Cuando me desperté, estaba muy oscuro. Y alguien había apagado la tele.

-La apagué yo cuando me fui a la cama -dijo Prisco. Ella levantó la cabeza y lo miró. Tenía la punta de la nariz rosa y la cara húmeda por las lágrimas.

-Mamá siempre la deja encendida. Así no se siente sola.

Mia miraba a Prisco por encima de los rizos rojos de Tasha. Intentaba refrenar su lengua, pero saltaba a la vista que tenía algo que decir.

-¿Por qué no te das una carrera hasta la letrina?-preguntó él a Tasha.

Ésta asintió y se bajó de un salto de sus rodillas.

-La letrina es el cuarto de baño en un barco -informó la niña a Mia mientras se limpiaba la nariz húmeda con la mano-. Antes de irnos a la cama, Prisco y yo jugamos a que estábamos en un barco pirata. El era el capitán.

Mia intentó disimular su sonrisa. Así que aquél era el origen de los extraños sonidos que había oído en el apartamento de Prisco a eso de las ocho.

-También hemos jugados a los príncipes rusos-añadió la pequeña.

Prisco se sonrojó: sus pómulos prominentes se tiñeron de un delicado tono de rosa.

-Son más de las dos de la madrugada, Tash. Date prisa. Y lávate la cara y suénate la nariz, ya que vas al baño.

-«Ron, ron, ron, la botella de ron» -entonó Mia cuando la niña desapareció por el pasillo.

El rubor no desapareció, pero Prisco la miró fijamente a los ojos.

-Estoy sentenciado, ¿verdad? -dijo con resignación-. Vas a burlarte de mí hasta el fin de los tiempos. – Mia sonrió.

-Tengo la sensación de tener un arma poderosa -reconoció, y añadió-: Majestad. ¿O has dejado que Natasha fuera por una vez la princesa?

-Muy graciosa.

-Lo que habría dado por ser una mosca en la pared...

-Tiene cinco años -intentó explicar él, y se pasó una mano por el pelo despeinado-. No tengo ni un solo juguete en casa. Ni ningún libro, aparte de los que estoy leyendo... que no son muy apropiados. Ni siquiera tengo papel y lápices para dibujar... – Ella había ido demasiado lejos con sus bromas.

-No tienes por qué explicarte. La verdad es que me parece increíblemente tierno. Sólo que es... sorprendente. No pareces muy fantasioso.

Prisco se inclinó hacia delante.

-Mira, Tash va a volver enseguida. Si hay algo que quieras decirme sin que nos oiga, será mejor que lo digas ya.

Mia se quedó de nuevo sorprendida. Prisco no le parecía especialmente intuitivo. De hecho, parecía estar siempre absorto en sí mismo y envuelto en su ira. Pero tenía razón. Había algo que quería preguntarle sobre la niña.

-Me estaba preguntando -dijo- si has hablado con Natasha de dónde está su madre ahora mismo -él sacudió la cabeza-. Quizá deberías hacerlo.

Él cambió de postura. Saltaba a la vista que estaba incómodo.

-¿Cómo le hablas de cosas como el alcoholismo y la adicción a una niña de cinco años?

-Seguramente ella sabe más al respecto de lo que crees -repuso Mia con calma.

-Sí, supongo que sí -dijo él.

-Puede que así se sienta un poco menos abandonada.

Prisco levantó la vista hacia ella y la miró a los ojos. Incluso en aquel momento de conversación tranquila y seria, cuando sus ojos se encontraron, se produjo un poderoso estallido de deseo. Él deslizó los ojos hasta el cuello abierto de su albornoz y ella lo vio mirar lo poco que se veía de su camisón. Era un camisón blanco, con un volante estrecho y calado del mismo color.

Prisco quería ver el resto, Mia lo comprendió por la expresión anhelante de sus ojos. ¿Se llevaría una desilusión si sabía que su camisón era sencillo y práctico? Era una prenda corriente, nada sexy, hecha de algodón ligero.

Él volvió a mirarla a los ojos. No, no se llevaría una desilusión, porque, si alguna vez llegaba a verla en camión, Mia sólo lo llevaría puesto tres segundos antes de que él se lo quitara.

La puerta del baño se abrió y Prisco apartó por fin la mirada cuando su pequeña carabina volvió a entrar en el cuarto de estar.

-Será mejor que me vaya -Mia se levantó-. No hace falta que me acompañéis.

-Tengo hambre -dijo la niña. Prisco se levantó.

-Pues vamos a la cocina a ver qué encontramos de comer -se volvió para mirar a Mia-. Siento que te hayamos despertado.

-No pasa nada -Mia se volvió hacia la puerta.

-Oye, Tash -oyó que decía Prisco cuando ella salía por la mosquitera-, ¿te ha contado tu madre adonde iba?

Mia cerró la puerta y volvió a su apartamento.

Se quitó la bata y se metió en la cama, pero no logró dormirse. No dejaba de pensar en Alan Francisco.

Tenía gracia: el hecho de que ella supiera que era capaz de jugar a juegos de fantasía con su sobrina le hacía sonrojarse, y en cambio había abierto la puerta en calzoncillos sin mostrar el menor síntoma de vergüenza. Aunque, naturalmente, con un cuerpo como el suyo, ¿de qué iba a avergonzarse?

De todos modos, los calzoncillos que llevaba eran muy pequeños. El ajustado punto de algodón blanco dejaba muy poco a la imaginación. Y Mia tenía una imaginación muy viva.

Abrió los ojos y deseó no dejarse llevar por ella. Aquello sí que eran juegos fantásticos. Podía intentar imaginar que no le molestaba sinceramente que Alan hubiera sido soldado profesional, y Alan podía fingir que no le pesaban sus limitaciones físicas, que estaba psicológicamente sano, que no luchaba contra la depresión ni recurría al alcohol para embotar su infelicidad.

Mia se tumbó boca abajo y encendió la lámpara de su mesilla de noche. Estaba completamente despierta, así que podía leer. Era mejor que estar tumbada en la oscuridad, soñando con cosas que nunca sucederían.

Prisco cubrió a la niña dormida con una manta ligera. La televisión emitía una luz parpadeante y un suave murmullo de voces. Tash no se había quedado dormida hasta que la había encendido, y Prisco había comprendido que no debía apagarla.

Entró en la cocina y se sirvió un par de dedos de whisky. El ardor del alcohol y la sensación de aturdimiento que lo acompañaba le sentaron bien. Dios, lo necesitaba. Hablarle a Natasha del ingreso de Sharon en un centro de desintoxicación no había sido divertido. Pero sí necesario. Mia tenía razón.

Tash no tenía ni idea de dónde había ido su madre. Creía, en realidad, que Sharon estaba en la cárcel. Había oído retazos de conversaciones acerca del accidente de

tráfico en el que se había visto envuelta Sharon y creía que la habían detenido por atrepellar a alguien.

Prisco le había explicado que el conductor del coche con el que había chocado su madre estaba malherido en el hospital, pero no había muerto. No entró en detalles acerca de lo que ocurriría si llegaba a morir: la niña no necesitaba enterarse de eso. Pero sí le explicó lo que era un centro de desintoxicación y por qué Sharon no podía salir de él para ir a visitarla, ni Tash podía ir a verla.

La niña no había parecido muy convencida al oír que, cuando saliera de la clínica, su madre no volvería a beber.

Prisco sacudió la cabeza. Una escéptica de cinco años. ¿Adonde iba a ir a parar el mundo?

Tomó la botella y el vaso, cruzó el cuarto de estar y salió al descansillo tenuemente iluminado. La atmósfera estéril y monótona que el aire acondicionado daba a su piso siempre le molestaba, sobre todo a esas horas de la noche. Respiró hondo el aire húmedo y salobre, llenándose los pulmones con el cálido olor del mar.

Se sentó en los escalones y bebió otro sorbo de whisky. Quería que el licor lo relajara y le hiciera dormir, para pasar sin sentir las largas y oscuras horas que quedaban hasta la mañana. Maldijo para sus adentros al pensar que eran casi las tres de la madrugada y allí estaba, completamente despierto. Esa noche, al tumbarse en la cama, se había convencido de que el cansancio se apoderaría de él y lo mantendría profundamente dormido hasta el día siguiente. No contaba con que Tasha tuviera una pesadilla a las dos.

Apuró el vaso y se sirvió otra copa.

La puerta de Mia apenas hizo ruido al abrirse, pero él la oyó en medio del silencio. Aun así, no se movió cuando ella salió, ni dijo nada hasta que estuvo de pie junto a la barandilla, mirándolo.

-¿Cuánto tiempo hace que murió tu perro? -preguntó en voz baja para no despertar a los otros vecinos.

Ella se quedó muy quieta unos segundos. Por fin se rió suavemente y se sentó junto a él en la escalera.

-Unos ocho meses -le dijo. Su voz sonaba aterciopelada en la oscuridad-. ¿Cómo sabes que tenía perro?

-Soy un buen adivino -murmuró él.

-No, en serio... Dímelo.

-Por el recogedor que me dejaste para limpiar los desperdicios del patio -contestó él-. Y tu coche tenía..., ¿cómo podría decirlo con delicadeza?, eh, cierto perfume canino.

-Se llamaba Zu. Tenía como un millón de años, para ser una perra. Me la regalaron cuando yo tenía ocho.

-¿Zu? -preguntó Prisco.

-Sí, Zu -dijo ella-. Era un diminutivo de Zuzú. La llamé así por una niña de una película...

-Qué bello es vivir -dijo él. Mia lo miró con sorpresa.

-¿La has visto?

Él se encogió de hombros.

-¿No la ha visto todo el mundo?

-Seguramente. Pero casi nadie se acuerda del nombre de la hija pequeña de George Bailey.

-Es una de mis favoritas -Prisco la miró de soslayo-. Te sorprende que me guste, ¿en? Todas las escenas de guerra son secundarias.

-Yo no he dicho que...

-Pero lo estabas pensando -Prisco bebió otro sorbo de su copa.

Era whisky. Mia notó el olor punzante desde donde estaba sentada.

-Siento lo de tu perra.

-Gracias -dijo Mia. Se rodeó las rodillas con los brazos-. Todavía la echo de menos.

-Es muy pronto para tener otra, ¿eh? -dijo él. Ella asintió con la cabeza-. ¿De qué raza era? No, déjame adivinar -se movió ligeramente para mirarla. Mia notó que la observaba en la oscuridad, como si verla pudiera ayudarlo a dar con la respuesta.

Ella mantuvo los ojos cerrados. De pronto temía mirarlo cara a cara. ¿Por qué había salido? No tenía por costumbre tentar a su suerte, y estar allí sentada, a oscuras y a medio metro de aquel hombre, era buscarse problemas.

-Mezcla de labrador y spaniel -dijo Prisco por fin, y ella levantó la mirada.

-Tienes razón a medias, aunque en realidad sólo sé que tenía algo de cocker spaniel. A veces me parecía que también era en parte un golden retriever -hizo una pausa-. ¿Cómo has sabido que era mestiza?

El bajó las cejas con expresión de burlona incredulidad.

-Como si fueras a adoptar un perro que no estuviera en la perrera. Y seguramente a punto de ser sacrificado, ¿verdad?

Ella tuvo que sonreír.

-De acuerdo, está claro que has adivinado perfectamente cómo soy. Ya no hay ningún misterio en nuestra relación...

-Nada de eso. Hay una última cosa que necesito aclarar.

Prisco le sonreía en la oscuridad. Estaba coqueteando con ella, permitiéndose una conversación desenfadada y seductora. Mia se habría sorprendido si no supiera ya que Alan Francisco era una caja de sorpresas.

-¿Qué haces todavía levantada? -preguntó él.

-Yo podría preguntarte lo mismo -repuso ella.

-Me estoy recuperando de mi charla con Tasha -miró su copa y su buen humor se disipó de inmediato-. No estoy seguro de que haya servido de algo. Es bastante escéptica en lo que se refiere a su madre -se rió, pero no había alegría en su voz-. Y con toda razón.

Mia miró hacia el piso de Prisco. Vio el resplandor de la televisión a través de un hueco de las cortinas.

-No estará despierta, ¿verdad? – Él suspiró y negó con la cabeza.

-Necesita que la tele esté puesta para dormir. Ojalá yo encontrara una solución tan sencilla para el insomnio.

Mia miró la copa que tenía en la mano.

-No creo que sea ésa.

Prisco no dijo nada: se limitó a mirarla. Mia tampoco dijo una palabra. Ella no echaba sermones, no hacía reproches, ni daba lecciones. Pero, pasados unos segundos, al ver que él no respondía, se levantó.

-Buenas noches -dijo.

Él no quería que se fuera. Curiosamente, la noche no le parecía tan agobiante si ella estaba cerca. Pero no sabía qué decir para que se quedara. Podía haberle dicho que no era como Sharon, que podía dejar de beber cuando quisiera, pero habría parecido la afirmación de un alcohólico.

Podía haberle dicho que tenía voluntad suficiente para parar... pero que, en ese momento, no tenía fuerzas para afrontar el hecho de que la Armada había prescindido de él.

No dijo nada, sin embargo, y ella entró en su casa sin hacer ruido y cerró la puerta.

Y Prisco se sirvió otra copa.

Capítulo 6

A Mia le ardían las piernas cuando dobló la esquina de la avenida Harris. Casi había llegado, ya sólo le quedaban quinientos metros de carrera, así que apretó el paso para cobrar velocidad.

Había una obra a una manzana y media del complejo de apartamentos. Estaban construyendo otro restaurante de comida rápida... Justo lo que necesitaba el barrio, pensó.

Habían echado el hormigón para los cimientos y los trabajos habían parado temporalmente mientras se endurecía. La parcela estaba desierta. Varios camiones de Construcciones A&B estaban aparcados en desorden entre enormes montones de tierra removida y cascotes de asfalto.

Sobre uno de aquellos montones había sentada una niña pequeña, con la cara y la ropa manchadas de polvo. Su pelo rojo relucía al sol.

Mia se detuvo en seco.

Naturalmente, era Natasha. Parecía ajena a cuanto sucedía a su alrededor mientras escarbaba alegremente en la tierra endurecida por el sol y cantaba una canción.

Mia intentó recuperar el aliento y pasó por debajo de la cinta amarilla que, supuestamente, impedía el paso a la obra.

-¿Natasha?

La niña la miró y sonrió.

-Hola, Mia.

-Cariño, ¿sabe tu tío dónde estás?

-Está dormido -dijo Tasha, y siguió escarbando. Había encontrado una cuchara de plástico y un vaso de papel usado y lo estaba llenando de tierra y removiéndolo como si fuera un café. Todas las partes de su piel que quedaban al descubierto estaban cubiertas de barro. Seguramente era una suerte, teniendo en cuenta que el sol calentaba tan fuerte que podría haberla quemado.

-Todavía es temprano. Se levantará más tarde. —Mia miró su reloj.

-Tash, son casi las diez. Ya tiene que estar despierto. Seguramente se estará volviendo loco buscándote. ¿No te acuerdas de lo que te dijo sobre que no podías salir del patio, ni del piso, sin decírselo?

Tasha la miró.

-¿Cómo voy a decírselo si está dormido? -dijo con naturalidad-. Mamá siempre duerme hasta la hora de comer.

Mia extendió las manos para ayudarla a bajar del montón de tierra.

-Vamos. Te acompaño a casa. A ver si Prisco todavía está dormido -la niña se levantó y Mia la bajó al suelo-. Estás sucia, ¿no? —continuó cuando echaron a andar hacia el complejo de apartamentos-. Creo que te va a tocar bañarte.

Tasha se miró los brazos y las piernas.

-Ya me he bañado. Me he dado un baño de lodo. Las princesas siempre se dan baños de lodo, pero sólo uno al día.

-¿Ah, sí? -dijo Mia-. Yo creía que las princesas siempre se daban baños con burbujas después de sus baños de lodo.

Tasha se quedó pensativa.

-Nunca me he dado un baño con burbujas.

-Es muy agradable -aseguró Mia. Qué aspecto debían presentar andando por la calle: una niña cubierta de barro y una adulta chorreando literalmente sudor-. Las burbujas te llegan hasta la barbilla.

Natasha agrandó los ojos.

-¿De verdad?

-Sí, y da la casualidad de que tengo un gel que hace un montón de espuma -dijo Mia-. Puedes probarlo cuando lleguemos a casa... a no ser que estés completamente segura de que no quieres tomar otro baño hoy...

-No, las princesas sólo se dan un baño de barro al día -le dijo Tasha muy seria-. Pero pueden darse un baño de barro y un baño de burbujas.

-Muy bien -Mia sonrió cuando entraron en el patio.

El complejo de apartamentos estaba aún muy tranquilo. La mayoría de los vecinos se habían ido a trabajar hacía horas. Aun así, los pocos niños que vivían en el edificio estaban de vacaciones. Mia oyó un ruido lejano de aparatos de televisión y equipos de música. Tasha la siguió por las escaleras hasta el 2ºC.

La puerta estaba entornada y Mia llamó a la mosquitera.

-¿Hola? -dijo alzando la voz, pero no hubo respuesta. Llamó al timbre. Nada. Miró el cuerpo y las ropas cubiertas de barro de Natasha-. Será mejor que esperes aquí -Tasha asintió con la cabeza-. Pero aquí mismo, sin moverte -dijo Mia con su mejor voz de profesora, señalando el recuadro de cemento que había justo delante de la puerta de Prisco-. Siéntate. Y no vayas a ninguna parte, ¿entendido, señorita?

La niña asintió de nuevo y se sentó.

Mia abrió la puerta mosquitera y entró, pese a que tenía la impresión de estar cometiendo un allanamiento de morada. Las cortinas estaban echadas y el cuarto de estar en penumbra. La televisión seguía encendida, pero el volumen estaba tan bajo que apenas se oía un murmullo. Hacía fresco, casi frío, como si el aire acondicionado estuviera funcionando al máximo para compensar el hecho de que la puerta estuviera ligeramente entreabierta. Mia apagó el televisor al pasar.

-¿Hola? -dijo otra vez-. ¿Teniente Francisco...? -el piso estaba en silencio como una tumba.

-Se va a enfadar si lo despiertas -dijo Tasha, que se había puesto de rodillas y tenía la nariz pegada a la mosquitera.

-Me arriesgaré -dijo Mia, y tomó el pasillo que llevaba a las habitaciones.

Andaba, sin embargo, de puntillas. Cuando llegó al fondo del pasillo, echó un rápido vistazo al cuarto de baño y a la más pequeña de las dos habitaciones. Allí no había nadie. La puerta de la habitación más grande estaba entornada, y se acercó sin hacer ruido. Respiró hondo y empujó la puerta al tiempo que llamaba.

La cama de matrimonio estaba vacía.

En la penumbra, vio que las sábanas estaban revueltas hasta formar un nudo. La manta se había caído al suelo y las almohadas estaban descolocadas, pero Alan Francisco no seguía tumbado allí.

Había pocos muebles en la habitación: sólo la cama, una mesilla de noche y una cómoda. La decoración era espartana. Sobre la cómoda había únicamente un montoncillo de monedas. No había efectos personales, ni baratijas, ni recuerdos. Las sábanas de la cama eran sencillas y blancas; la manta, de un tono beis claro. La puerta del armario estaba abierta, al igual que uno de los cajones de la pequeña cómoda. Cerca de ella, en el suelo, había varios macutos. La habitación tenía en su conjunto cierto aire de apatía, como si la persona que vivía en ella no tuviera interés por deshacer el equipaje ni colgar cuadros en las paredes para hacer suya la casa.

No había nada que diera a su morador una sensación de carácter propio, con excepción de un enorme montón de ropa sucia que parecía relucir en un rincón oscuro. Aquel montón y una botella de whisky casi vacía que había sobre la mesilla de noche eran las únicas cosas reveladoras que había en el cuarto. La botella, al menos, hablaba por sí sola. Era similar a la que Prisco había sacado la noche anterior... Sólo que la de la noche anterior estaba casi llena.

Con razón Tasha no había sido capaz de despertarlo.

Al final, sin embargo, él se había despertado y había descubierto que la niña no estaba. Seguramente había salido en su busca, loco de preocupación.

Lo mejor que podían hacer era quedarse quietas. Prisco volvería al cabo de un rato para ver si Natasha había regresado. Pero la idea de quedarse allí no resultaba muy atractiva. Quizá sus pertenencias fueran tan impersonales que rozaban el mal gusto, pero de todos modos Mia tenía la impresión de estar invadiendo su intimidad.

Había dado media vuelta para salir cuando un destello de luz en el armario cautivó su atención. Encendió la lámpara del techo.

Era asombroso. Nunca, en toda su vida, había visto nada parecido. Un uniforme naval colgaba en el armario blanco, reluciente y perfectamente planchado. Y, en la parte de arriba de la chaqueta, a la izquierda, había un montón de filas de medallas de colores. Encima de ellas se hallaba la causa del destello que había visto: un alfiler en forma de águila con las alas extendidas, y un arma y un tridente en cada garra.

Mía no lograba imaginar qué había hecho Prisco para conseguir todas aquellas medallas. Pero, habiendo tantas, de pronto comprendió algo con toda claridad: Alan Francisco se había

dedicado a su trabajo como nadie que ella conociera. Aquellas medallas lo decían tan claramente como si pudieran hablar. Si hubiera habido una o dos, Mia habría dado por sentado que Alan era un soldado valiente y capaz. Pero debía de haber más de diez de aquellas insignias de colores prendidas a su uniforme. Las contó rápidamente con el dedo. Diez... Once. Once medallas significaban sin duda que Prisco había sobrepasado la llamada del deber una y otra vez.

Mia se volvió y, a la nueva luz de aquel descubrimiento, la habitación le ofreció un aspecto enteramente distinto. En lugar de ser la habitación de alguien que no se preocupaba por darle un toque personal, le parecía de pronto la de un hombre que nunca había tenido tiempo para tener una vida fuera de su peligrosa dedicación.

Incluso la botella de whisky tenía un aire diferente. Parecía mucho más triste y desesperada que antes.

Además, la habitación no estaba del todo desprovista de efectos personales. Había un libro en el suelo, junto a la cama. Era una colección de relatos de J. D. Salinger. Salinger. ¿Quién lo hubiera creído?

-¿Mia?

Natasha la estaba llamando desde la puerta del cuarto de estar. Mia apagó la luz al salir de la habitación de Prisco.

-Estoy aquí, cariño, pero tu tío no está -dijo, y salió al cuarto de estar.

-¿No? -Tasha se levantó para apartarse de la puerta mosquitera, que estaba abierta.

-¿Qué te parece si vamos a mi casa y te enseño ese gel de burbujas que tengo? -continuó Mia, y cerró la pesada puerta de madera del 2ºC-. Voy a escribir una nota a tu tío para que, cuando vuelva, sepa que estás en mi casa.

También llamaría a Thomas. Si estaba en casa, quizá quisiera salir a buscar a Prisco para comunicarle que Natasha estaba a salvo.

-Vamos derechas al baño -dijo a Tasha cuando abrió su mosquitera y recorrió el cerrojo de su piso-. Te vamos a meter en la bañera ahora mismo, ¿de acuerdo?

Natasha se quedó atrás, con la cara manchada de barro y los ojos muy abiertos.

-¿Se va a enfadar Prisco conmigo? —Mia la miró.

-¿Te parecería muy mal que se enfadara?

Tasha puso cara de pena, sacudió la cabeza y estiró los labios en aquella mueca inconfundible que hacían los niños cuando estaban a punto de llorar.

-Estaba dormido.

-El que esté dormido no significa que puedas saltarte las normas -le dijo Mia.

-Iba a volver antes de que se despertara...

Aja. Mia comprendió de pronto. La madre de Natasha solía dormir sus borracheras hasta bien pasado el mediodía, sin saber, o incluso sin que le importara, lo que hacía su hija mientras tanto. Aquello equivalía a una desidia casi total y, obviamente, Tasha esperaba la misma actitud de Prisco.

Algo iba a tener que cambiar.

-Si yo fuera tú -le aconsejó-, sería buena y estaría lista para decirle que lo sientes en cuanto vuelva a casa.

Prisco vio desde el patio la nota pegada a la puerta de su casa.

Era un trozo de papel rosa, pegado a la parte de fuera de la mosquitera, y se movía empujado por las primeras rachas de una brisa de mediodía. Subió a toda prisa las escaleras, ignorando el dolor de su rodilla, y arrancó la nota de la puerta.

«He encontrado a Natasha», decía con letra clara. Gracias a Dios. Prisco cerró los ojos un momento y experimentó un intenso alivio. Había buscado por la playa durante casi una hora, aterrorizado ante la idea de que su sobrina hubiera olvidado las reglas y hubiera vuelto a meterse en el mar. A fin de cuentas, si era capaz de saltarse la norma de no salir del piso sin avisar, también podía saltarse la de no meterse sola en el agua.

Se había encontrado con un socorrista que le había contado que había oído decir que esa mañana, temprano, el mar había arrojado a la playa el cuerpo de un niño de corta edad. A Prisco había estado a punto de parársele el corazón.

Había pasado casi cuarenta y cinco minutos en un teléfono público, intentando comunicarse con los guardacostas para averiguar si aquel rumor era cierto.

Al final, había resultado que el cadáver que había arrojado la marea era el de una cría de foca. Pero, con el alivio de aquella noticia, había llegado también la certeza de que había malgastado un tiempo precioso. Y la búsqueda había empezado de nuevo.

Abrió los ojos y descubrió que había arrugado el papel rosa. Lo alisó para leer el resto.

«He encontrado a Natasha. Estamos en mi casa. Mia».

Mia Summerton. Había vuelto a salvarle el pellejo otra vez.

Apoyándose en su bastón, se acercó a la puerta de Mia y vio su propia imagen reflejada en la ventana del cuarto de estar. Tenía el pelo de punta y parecía esconderse del sol tras sus gafas oscuras. Daba la impresión de haber dormido con la camiseta puesta y, aunque no era así, había dormido, en cambio, con los pantalones cortos. Estaba hecho un desastre y se sentía aún peor. Le dolía la cabeza desde que, al entrar en el cuarto de estar, había descubierto que Natasha había vuelto a escaparse. No, en realidad, le dolía desde que había abierto los ojos. Pero el dolor se había hecho casi insoportable al descubrir que su sobrina se había marchado de nuevo sin permiso. Y seguía siendo poco menos que intolerable.

Llamó al timbre de todos modos, consciente de que, además del mal aspecto que ofrecía, tampoco olía muy bien. Su camisetaapestaba a destilería. No había sido muy cuidadoso esa mañana,

al recogerla del suelo de su dormitorio para salir en busca de Tash. Con su mala suerte de costumbre, se había puesto precisamente la que había usado la noche anterior para limpiar el whisky que se le había derramado de un vaso.

La puerta se abrió y apareció Mia Summerton como salida de las fantasías de un marinero. Llevaba pantalones de correr muy cortos, tanto que redefinían el significado de «corto», y una camiseta de deporte de media cintura que redefinía la palabra «tentación». Se había recogido el pelo hacia atrás en una trenza, y lo tenía aún mojado por el sudor.

-Está aquí, está a salvo -dijo a modo de saludo-. Está en la bañera, lavándose un poco.

-¿Dónde la encontraste? -Prisco sentía la garganta seca y la voz le salía áspera y rasposa.

Mia miró hacia el interior de su piso y levantó la voz.

-¿Qué tal vas, Tasha?

-¡Bien! -contestó la niña alegremente. Mia abrió la puerta mosquitera y salió.

-En la avenida Harris -dijo a Prisco-. Estaba en la avenida Harris, jugando con la arena de una obra...

-¡Maldita sea! ¿Qué diablos cree que está haciendo? ¡Tiene cinco años! No debería andar por ahí sola o... ¡Santo Dios, jugar en una obra! -Prisco se pasó una mano por la cara e intentó controlar su ira-. Sé que gritarle no va a servir de nada... -se forzó a bajar la voz, respirar hondo e intentar liberar toda la frustración, la rabia y la angustia que había sentido durante las horas anteriores-. No sé qué hacer -reconoció-. Me ha desobedecido con todo descaro.

-Ella no lo ve así -le dijo Mia.

-Le dije que no saliera sin decírmelo. Y que se quedara en el patio.

-En su opinión, nada de eso vale si mamá, o el tío Prisco, no pueden levantarse de la cama por la mañana -Mia fijó en él una mirada firme. Sus ojos eran más verdes que marrones a la luz brillante del sol-. Me dijo que creía que estaría de vuelta antes de que te despertaras.

-Una norma es una norma... -comenzó a decir Prisco.

-Ya, y su norma -lo interrumpió Mia- es que, si tú te emborrachas, ella está sola.

El dolor de cabeza de Prisco se hizo más intenso. Apartó los ojos, incapaz de sostenerle la mirada. Mia, sin embargo, no lo miraba con reproche. No había nada ni remotamente acusador en sus ojos. De hecho, tenían una expresión sumamente tierna que suavizaba la dureza de sus palabras.

-Lo siento -murmuró-. Eso ha estado de más. —Él sacudió la cabeza, sin saber si le estaba dando la razón o quitándosela.

-¿Por qué no entras? -dijo Mia, y le abrió la mosquitera.

El piso de Mia parecía de un planeta distinto al de Prisco. Era espacioso y diáfano, con una moqueta de color marrón claro, sin manchas, y muebles de bambú pintados de blanco. Las paredes estaban recién pintadas y limpias y había por todas partes plantas cuyas enredaderas se entrelazaban

por el techo colgadas de un sistema de ganchos. Una música suave sonaba en el estéreo. Prisco reconoció la voz ronca, con influencias del blues tejano, de Lee Roy Parnell.

Había cuadros colgados en las paredes: hermosas acuarelas azules y verdes del mar, y figuras coloridas, caprichosas y llenas de ritmo, de gente caminando por la playa.

-Mi madre es pintora -dijo Mia, que había seguido su mirada-. La mayoría son suyos.

Otro cuadro mostraba la playa antes de una tormenta. Transmitía la amenazadora energía del viento y el agua, del cielo oscuro y ominoso, de las olas embravecidas, de las palmeras agitadas por el vendaval... De la naturaleza en su faceta más sobrecogedora.

-Es buena -dijo Prisco. Mía sonrió.

-Lo sé -levantó la voz-. ¿Qué tal en el país de la espuma, Natasha?

-¡Bien!

-Mientras estaba en la calle, jugando en la tierra, se dio un baño de lodo, como una princesa rusa -con una sonrisa irónica, Mía condujo a Prisco a su minúscula cocina. Era exactamente como la de él... y no se parecía en nada. Imanes de todas las formas y colores cubrían la nevera. Sostenían fotos de personas sonrientes, notas, cupones y horarios de cines. Suspendidas del techo con alcayatas, había cestas de alambre con fruta fresca. Sobre la encimera, junto al teléfono, había una taza de café en forma de vaca con birrete de graduación, llena de bolígrafos y lapiceros. La habitación estaba repleta de pequeños detalles que recordaban a Mia.

-He conseguido convencerla de que la verdadera realeza siempre se daba un baño de burbujas después de un baño de lodo.

-Bendita seas -dijo Prisco-. Y gracias por traerla a casa.

-Ha sido una suerte que saliera a correr por ese camino -Mía abrió la nevera-. Suelo hacer una ruta más larga, pero esta mañana me pesaba el calor -miró a Prisco-. ¿Té con hielo, limonada o un refresco?

-Algo con cafeína, por favor -contestó él.

-Hmm -dijo Mia, y sacó del fondo de la nevera una lata de cola. Se la dio-. ¿La quieres con dos aspirinas o tres?

Prisco sonrió. Era una sonrisa torcida, pero una sonrisa a fin y al cabo.

-Con tres. Gracias.

Ella señaló la mesita que había al fondo de la cocina y Prisco se sentó en una de las dos sillas. Mia tenía un servilletero con forma de cerdo y un salero y un pimentero que semejabán aeroplanos. Allí también había plantas por todas partes y, justo encima de él, delante de la ventana que daba al aparcamiento, un delicado móvil sonoro. Prisco alargó el brazo y lo rozó con un dedo. Tenía un sonido tan frágil y etéreo como su aspecto.

Las puertas de los armarios de las cocinas habían sido sustituidas hacía poco tiempo por otras de madera clara. La encimera blanca y reluciente también parecía nueva. Pero Prisco sólo le dedicó una mirada de soslayo. Miró, en cambio, a Mia cuando se puso de puntillas para sacar de uno de los

armarios un frasco de aspirinas. Era una mezcla fulgurante de músculos y curvas. Prisco no pudo apartar la mirada ni siquiera cuando ella se dio la vuelta. Genial, justo lo que Mia necesitaba. Un fracasado mirándola con lascivia en su propia cocina. Prisco notó su mirada de inquietud y recelo.

Ella dejó el frasco de aspirinas delante de él, sobre la mesa, se excusó murmurando que iba a ver qué hacía Natasha y desapareció.

Prisco se apretó el refresco frío contra la frente. Cuando Mia volvió, llevaba puesta una camiseta sobre la ropa de correr. Ayudaba, pero no mucho.

Él se aclaró la garganta. Hacía un millón de años, se le había dado bien charlar.

-Bueno... ¿y cuánto corres? -santo Dios, parecía un idiota.

-Unos seis kilómetros -respondió ella, y volvió a abrir la nevera para sacar una jarra de té frío. Se sirvió un vaso-. Pero hoy sólo he hecho cinco.

-Hay que tener cuidado, con este calor -cielos, ¿podía haber comentario más flojo? ¿«Flojo»? Sí, ésa era la palabra perfecta para describirlo a él, en más de un sentido.

Mia asintió con la cabeza y se volvió para mirarlo, recostada en la encimera. Bebió un sorbo de té.

-Entonces... tu madre es pintora.

Mia sonrió. Dios, tenía una sonrisa preciosa. ¿De veras había pensado dos días antes que era una sonrisa bobalicona?

-Sí -dijo ella-. Tiene un estudio cerca de Malibú. Allí vivíamos.

Prisco asintió con la cabeza. Se suponía que, llegados a aquel punto, le tocaba a él decirle de dónde procedía.

-Yo me crié aquí mismo, en San Felipe, el sobaco de California.

La sonrisa de Mia se hizo más intensa.

-Los sobacos sirven para algo... Y no es que esté de acuerdo contigo y crea que San Felipe lo es.

-Estás en tu derecho de opinar -dijo él con un encogimiento de hombros-. Para mí, San Felipe será siempre un sobaco.

-Pues vende tu piso y múdate a Hawai.

-¿De allí es tu familia? -preguntó él. Ella miró su vaso.

-Si te digo la verdad, no lo sé. Puede que tenga sangre hawaina o polinesia, pero no estoy segura.

-¿Tus padres no lo saben?

-Me adoptaron en una agencia internacional. Los archivos eran extremadamente esquemáticos -lo miró-. Pasé por una fase en la que, ya sabes, intenté encontrar a mis padres biológicos.

-No siempre merece la pena encontrarlos. A mí me habría ido mejor sin conocer a los míos.

-Lo siento -dijo Mia en voz baja-. En otra época te habría dicho que no podías decir eso en serio, o que no podía ser cierto. Pero llevo más de cinco años dando clases en un instituto y soy muy consciente de que la mayoría de la gente no tiene la clase de infancia o la clase de padres que he tenido yo -sus ojos eran una bella mezcla de marrón y verde, y de compasión-. No sé por lo que habrás pasado, pero... lo siento.

-Tengo entendido que enseñar en un instituto es muy peligroso hoy en día, con tantas armas y drogas, y tanta violencia -dijo Prisco en un intento desesperado por desviar la conversación de aquel terreno oscuro y demasiado íntimo-. ¿No te entrenaron como a un comando cuando empezaste a trabajar?

Mia se echó a reír.

-No, tenemos que arreglárnoslas solos. Nos arrojan indefensos a los lobos, por decirlo así. Algunos profesores lo compensan convirtiéndose en auténticos sargentos de hierro. Pero yo he descubierto que el refuerzo positivo funciona mucho mejor que el castigo -bebió otro sorbo de té frío mientras lo miraba pensativamente por encima del borde del vaso-. De hecho, deberías tenerlo en cuenta cuando hables con Natasha.

Prisco sacudió la cabeza.

-¿Qué? ¿Darle una galleta por escaparse? No creo.

-¿Y qué clase de castigo crees que le hará efecto?-insistió Mia-. Piénsalo. La pobre ya ha sufrido el peor castigo que puede sufrir un niño de cinco años: su madre se ha ido. Seguramente no puedes quitarle nada más que le importe. Puedes gritarle y hacerla llorar. Incluso puedes asustarla y conseguir que te tenga miedo, y tal vez causarle pesadillas. Pero, si la recompensas cuando cumpla las normas, si lo valoras y haces que se sienta como si fuera un tesoro, se dará cuenta mucho antes.

Él se pasó los dedos por el pelo.

-Pero no puedo hacer como si lo de esta mañana no hubiera sucedido.

-Es difícil -reconoció Mia-. Tienes que conseguir un equilibrio: hacer que la niña comprenda que su comportamiento es inaceptable y, al mismo tiempo, no recompensar su mala conducta prestándole demasiada atención. Los niños que suelen portarse mal lo que están haciendo, en realidad, es reclamar atención. Es el modo más fácil de conseguir que un padre o un maestro se fije en ellos.

Prisco se obligó a sonreír de nuevo.

-Sé de algunos presuntos adultos que funcionan del mismo modo.

Mia miró con curiosidad al hombre sentado a la mesa de su cocina. Era asombroso. Parecía haber pasado la noche en un banco del parque y, sin embargo, ella seguía encontrándolo atractivo. ¿Qué-aspecto tendría, se preguntaba, recién afeitado, limpio y vestido con el uniforme que había visto en su armario?

Seguramente el de alguien a quien se esforzaría por evitar. Nunca la habían impresionado los uniformes. Y no era probable que empezaran a impresionarla ahora.

Pero, aun así, todas aquellas medallas...

Dejó su vaso vacío y se apartó de la encimera.

-Voy a sacar a Tasha de la bañera -le dijo-. Seguramente tendréis cosas que hacer. Me ha dicho que prometiste llevarla a comprar muebles para su cuarto.

-Sí -Prisco asintió y se levantó torpemente-. Gracias otra vez por traerla a casa.

Mia sonrió y se fue por el pasillo hacia el cuarto de baño. Teniendo en cuenta lo mal que habían empezado, al final habían conseguido tener una relación de vecinos bastante agradable.

Una agradable relación de vecinos... Eso era justamente lo que iba a haber entre ellos, nada más. A pesar de que aquel hombre tuviera la capacidad de hacer arder su sangre con una sola mirada. A pesar de que le gustara más cada vez que se veían, ella iba a mantener cuidadosamente las distancias.

Porque, cuantas más cosas sabía sobre su vecino, más se convencía de que eran polos opuestos.

Capítulo 7

Era rosa. Era decidida e innegablemente rosa. El respaldo recordaba a una concha de vieira y los brazos eran redondeados. Los cojines estaban decorados con brillantes botones plateados sobre los que era imposible que fuera cómodo sentarse. Aquella cosa era demasiado estafalaria para llamarse «sillón» o incluso «sofá». Lo anunciaban como un «canapé».

Para Natasha, fue amor a primera vista.

Por suerte para Prisco, no lo vio hasta que estaban a punto de salir de la tienda de muebles.

Su sobrina se sentó en él y empezó a comportarse como una princesa rusa.

Prisco estaba tan cansado, le dolían tanto la cabeza y la rodilla, que también se sentó.

-Arrodíllate delante de la princesa rusa -le ordenó Tash con severidad.

Prisco echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

-Ni lo sueñes, nena -masculló.

Después del baño en casa de Mia, la había llevado a casa, se habían puesto los bañadores y se habían ido a la playa para dar su primera lección de natación. Todavía había bastante resaca, y Prisco no había soltado ni un segundo el bañador de Tash.

La niña no tenía miedo. Aunque había visto por primera vez el mar el día anterior, le entusiasmaba el agua. Al final de la semana, iría camino de nadar como un pez.

Prisco sacudió la cabeza. ¿Cómo era posible que la hija de Sharon hubiera cumplido cinco años sin ver el mar? Los Francisco era gente de costa. Su padre había trabajado años en un pesquero. Pasaban las vacaciones en el mar. A Prisco y a sus dos hermanos mayores les encantaba la playa. Pero -recordó de repente- a Sharon no. Sharon había estado a punto de ahogarse cuando tenía más o menos la edad de Natasha. Y, de mayor, se había mudado al interior y había pasado mucho tiempo en Las Vegas y Reno. Tash había nacido en Tucson, Arizona. Y allí no había mucha playa.

Tras la clase de natación y cuarenta y cinco minutos de sermón acerca de por qué Tash tenía que cumplir las normas, habían vuelto a casa, habían comido, se habían cambiado de ropa y habían ido a comprar muebles para la habitación de invitados.

Aquella tienda en particular la habían encontrado en las Páginas Amarillas. Estaba justo al otro lado de la esquina y, según decía la publicidad, entregaba los muebles el mismo día y sin recargo. Prisco había comprado un colchón sencillo, un somier y una cama de metal, y Tash había escogido una cómoda pequeña de color amarillo brillante. Juntos habían encontrado un escritorio, una sillita y una estantería para niños.

-¿Podemos llevarnos esto, Prisco? -preguntó Tash esperanzada.

Él soltó un soplido y abrió los ojos.

-¿Un sofá rosa? ¿Estás de broma? – Como siempre, ella contestó a su pregunta retórica como si la hubiera hecho en serio.

-No.

-¿Y dónde diablos vamos a ponerlo? -Prisco miró la etiqueta del precio. Estaba supuestamente en rebajas, pero valía una pequeña fortuna.

-Donde está ese tan feo.

-Genial. Justo lo que le hace falta al piso -él levantó la cabeza y se puso en pie-. Vamos. Si no nos damos prisa, llegará el camión de reparto antes que nosotros. Y no querrás que le entreguen tus muebles nuevos a otro niño.

Eso consiguió que Tasha se pusiera en marcha, pero no sin mirar por última vez el sofá rosa con expresión anhelante.

Sólo estaban a dos manzanas de casa, pero Prisco paró un taxi. Hacía un calor despiadado y la rodilla le dolía tanto que tenía ganas de gritar. La cabeza también le estaba dando un mal rato.

No había ni rastro de Mia en su jardín del patio. Su puerta estaba cerrada a cal y canto, y Prisco se descubrió preguntándose dónde habría ido.

Grave error, se dijo. Ella había dejado bien claro que no quería ser nada más que su vecina. No quería que un tipo como él anduviera husmeando alrededor de su puerta. En realidad, lo creía un borracho, como su padre y su hermana. Y era muy probable que, si no tenía cuidado, él acabara demostrando que no estaba equivocada.

«Se acabó», se prometió a sí mismo mientras subía las escaleras. Esa noche, si tenía insomnio, lo aguantaría. Se enfrentaría a los demonios que mostraban su lado más feo en las horas de la madrugada escupiéndoles a la cara. Si se despertaba en plena noche, pasaría el tiempo entrenando, haciendo ejercicios para fortalecer la pierna y la rodilla herida.

Abrió la puerta de su piso y Tasha entró primero, cruzó corriendo el cuarto de estar y desapareció por el pasillo camino de los dormitorios.

Prisco la siguió más despacio. Cada paso que daba le hacía rechinar los dientes. Necesitaba sentarse y descansar la rodilla, levantar la pierna y refrescársela con hielo.

Tasha estaba en su cuarto, tumbada en la moqueta que llegaba de una pared a otra. Se había tendido de espaldas en el suelo y miraba el techo. Mientras Prisco la observaba desde la puerta, se levantó y fue a tumbarse en otro lado de la habitación.

-¿Qué haces? -preguntó él al ver que hacía lo mismo una tercera vez.

-Estoy eligiendo dónde quiero la cama -dijo Tasha desde el suelo.

Prisco no pudo disimular una sonrisa.

-Buena idea -dijo-. ¿Por qué no te lo piensas un rato? Yo voy a descansar mientras llega el camión de reparto, ¿de acuerdo?

-De acuerdo.

Prisco volvió a la cocina y sacó una bolsa de hielo del congelador. Entró en el cuarto de estar y se sentó en su viejo sofá de cuadros, levantó la pierna herida y la apoyó sobre los cojines. El hielo le sentó bien, y echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

Tenía que encontrar un modo de sacar aquellas cajas del cuarto de Tash. Había media docena y eran demasiado grandes para trasladarlas con un solo brazo. Pero podía arrastrarlas. Sí, eso haría. Usaría una manta o una sábana y pondría las cajas encima, una a una. Con la caja bien envuelta, como un pescado en la red, tiraría de la sábana y sacaría la caja a rastras de la habitación de Tash, la llevaría a la suya y...

Prisco contuvo el aliento. Había sentido, más que oírlo, el movimiento de Tasha al cruzar el cuarto de estar, pero de pronto oyó el chirrido de la puerta de la calle al abrirse. Abrió los ojos y se incorporó, pero la niña ya había salido.

-¡Natasha! ¡Maldita sea!

El bastón había resbalado y se había metido debajo del sofá. Se inclinó con esfuerzo, lo agarró y se acercó rápidamente a la puerta.

-¡Tash!

Se apoyó en la barandilla, junto a la polea. Natasha lo miró desde el patio con los ojos muy abiertos.

-¿Dónde demonios vas? -gruñó él.

-A ver si Thomas está en casa.

La niña no lo entendía. Prisco supo por el modo en que lo miraba que no comprendía por qué estaba enfadado con ella. Respiró hondo y obligó a su pulso acelerado a calmarse.

-Has olvidado decirme dónde ibas.

-Estabas dormido.

-No, no estaba dormido. Y, aunque lo estuviera, eso no significa que puedas romper las normas.

Ella se quedó callada, mirándolo. Prisco bajó las escaleras.

-Ven aquí -señaló con la cabeza uno de los bancos del patio. Se sentaron en él. Los pies de Natasha no tocaban el suelo, y los balanceaba adelante y atrás-. ¿Sabes qué es una norma? -preguntó él. Tasha se mordisqueó el labio inferior. Negó con la cabeza-. Adivina -le dijo Prisco-. ¿Qué es una norma?

-¿Algo que tú quieres que haga y que yo no quiero hacer? -preguntó ella.

Prisco procuró no echarse a reír, aunque le costaba un gran trabajo.

-Es más que eso -dijo-. Es algo que tienes que hacer, quieras o no. Y es siempre igual, aunque yo esté dormido o despierto.

Ella no lo entendía. Prisco veía claramente la confusión y la incredulidad escritas en su rostro. Se pasó una mano por la cara mientras intentaba aclarar su mente llena de telarañas. Estaba cansado. No se le ocurría cómo explicarle a Natasha que tenía que seguir sus normas en todo momento. No sabía cómo hacérselo entender.

-Hola, chicos.

Prisco levantó la mirada y vio que Mia Summerton se acercaba a ellos. Llevaba un vestido de flores muy veraniego, sin mangas y con una falda larga y amplia que llegaba casi hasta el suelo. En los pies llevaba unas sandalias, en la cabeza un sombrero de paja de ala ancha y en su preciosa cara, una sonrisa cordial. Parecía llena de frescura, como una brisa largo tiempo esperada en medio del calor sofocante del atardecer.

¿Dónde había estado, vestida así? ¿Comiendo con algún amigo? O quizá no llegaba, sino que se iba. Tal vez estuviera esperando a que llegara el hombre con quien había quedado para cenar. Maldito bastardo. Prisco frunció el ceño y odió a aquel tipo, y también a sí mismo por permitirse el pequeño lujo de odiarlo.

-Hay un camión de muebles descargando en la entrada -dijo ella sin hacer caso de su torva expresión. De hecho, ni lo miraba. Se dirigía directamente a Tash-. ¿Esa cómoda amarilla tan bonita es tuya, por casualidad?

Natasha se levantó de un salto, sin hacer caso de la conversación.

-¡Mía! -gritó, y salió corriendo hacia el aparcamiento-. ¡Es mía!

-¡No te alejes mucho! -le gritó Prisco en tono de advertencia mientras se levantaba. Tensó la boca al apoyar la rodilla, pero resistió el impulso de hacer una mueca. No quería que Mia notara cuánto le dolía-. ¡Y no te bajes de la acera!

Mia, sin embargo, pareció darse cuenta de que sufría.

-¿Estás bien? -le preguntó con los ojos llenos de preocupación. Lo siguió de vuelta al aparcamiento, detrás de Natasha.

-Sí, estoy bien -contestó él bruscamente.

-¿Llevas todo el día con ella por ahí?

-Estoy bien -repitió él.

-Tienes derecho a estar cansado -dijo ella con una risa musical-. Yo estuve cuidando a la hija de una amiga la semana pasada. Tiene cuatro años, y prácticamente tuvieron que sacarme en camilla.

Prisco la miró. Ella le devolvió una mirada inocente. Le estaba ofreciendo una salida honrosa, un modo de fingir que las arrugas de dolor y cansancio de su cara se debían a que no estaba acostumbrado a la energía que derrochaba una niña tan pequeña, y no a su vieja herida.

-Sí, claro.

Mia procuró no mostrar su decepción por la respuesta tensa de Frisco. Quería ser amiga suya, y había dado por sentado que seguirían construyendo su amistad sobre los frágiles cimientos que habían establecido hacía poco tiempo. Pero el entendimiento al que habían llegado esa mañana, fuera cual fuese, parecía haber quedado olvidado. El antiguo Frisco, malhumorado y desagradable, había vuelto con renovadas energías.

A no ser que...

Era posible que la rodilla le doliera mucho más de lo que ella creía.

Un repartidor se les acercó.

-¿Es usted Alan Francisco? -preguntó y, sin esperar respuesta, le tendió un portafolios-. Firme donde la X.

Prisco firmó.

-Los muebles van al 2ºC. Está justo en lo alto de las escaleras...

-Lo siento, amigo, pero yo de aquí no paso -el hombre no parecía sentirlo lo más mínimo-. Mis instrucciones son descargar la camioneta. A partir de ahí, es cosa suya.

-No lo diré en serio -dijo Frisco con voz llena de incredulidad.

Los muebles estaban sobre el asfalto, junto al vehículo de reparto.

El hombre cerró con estruendo la puerta corredera de la camioneta.

-Lea la letra pequeña de la factura. El reparto es gratuito. Eso es exactamente lo que ha pagado.

¿Cómo iba a subir Frisco todo aquello por un tramo de escaleras? Mia vio frustración y rabia en sus ojos y en su boca tensa.

El hombre subió a la cabina y cerró la puerta.

-Compré los muebles en su tienda porque en la publicidad pone que el reparto es gratuito -dijo Frisco con aspereza-. Si no va a subirlos, ya puede volver a cargarlos y llevárselos.

-Primero, no es mi tienda -contestó el hombre, y arrancó el motor y metió primera-. Y, segundo, ya ha firmado.

Frisco tuvo que hacer un gran esfuerzo para no encaramarse al escalón de la cabina y darle un puñetazo en la cara. Pero Tash y Mia lo estaban mirando. Así que no hizo nada. Se quedó allí parado como un idiota mientras la camioneta se alejaba. La miraba sintiéndose impotente, indefenso y frustrado.

Luego Mia le tocó el brazo. Sus dedos le parecían frescos sobre la piel caliente. Su contacto era ligero y vacilante, pero no se apartó cuando él se volvió y la miró con enfado.

-He mandado a Tasha a ver si Thomas está en casa -dijo en voz baja-. Nosotros subiremos los muebles.

-No soporto esto -dijo él. Las palabras se le escaparon antes de que pudiera detenerlas. Rezumaban desesperación y vergüenza. No pretendía decirlas en voz alta, revelar tanto de sí mismo. No era una queja; ni siquiera era autocompasión. Era un hecho. Odiaba sus limitaciones.

Los ojos pardos de Mia se hicieron más cálidos, más líquidos. Deslizó la mano hasta la suya y le entrelazó los dedos.

-Lo sé -dijo con voz ronca-. Lo siento mucho.

Él se volvió para mirarla, para mirarla de verdad.

-Ni siquiera te caigo bien -dijo-. ¿Cómo soportas ser tan amable?

-Sí me caes bien -contestó ella, e intentó retroceder para apartarse de la intensidad de su mirada. Pero él no le soltó la mano-. Quiero ser tu amiga.

Su amiga. Tiró de nuevo y, esa vez, él la soltó. Quería ser su amiga. Pero él quería mucho más...

-¡Eh, Prisco!

Prisco se volvió. Aquella voz le resultaba tan familiar como respirar. Era Lucky O'Donlon. Había aparcado su moto en una plaza para visitantes y se acercaba tranquilamente a ellos. Llevaba su uniforme azul de paseo y parecía pulcro e impecable. Pero Prisco sabía que distaba mucho de serlo.

-¿Qué pasa? ¿Estás vendiendo tus muebles o qué? -la amplia sonrisa y los cálidos ojos azules de Lucky se deslizaron sobre los muebles, sobre el bastón de Prisco y, por último, sobre Mia. A ella le dedicó una mirada especialmente larga-. ¿Vas a presentarme a tu amiga?

-¿Tengo elección?

Lucky le tendió la mano a Mia.

-Soy el teniente Luke O'Donlon, SEAL de la Marina de los Estados Unidos. ¿Y usted es...?

Mia sonrió. Claro que sonrió. Nadie podía resistirse a Lucky.

-Mia Summerton. Soy la vecina de Prisco.

-Yo soy su compañero de zambullidas.

-Mi ex compañero de zambullidas.

Lucky sacudió la cabeza.

-De eso nada -rodeó con el brazo el cuello de Prisco y sonrió a Mia-. Hicimos juntos el curso de entrenamiento. Eso nos convierte en compañeros de zambullida para siempre.

-El curso de entrenamiento es básico para un SEAL -explicó Prisco a Mia, apartando a Lucky de ella-. ¿Adonde vas vestido así?

-A una cena informal en el cuartel general. Una fiesta en honor de no sé qué pez gordo al que han ascendido -sonrió a Prisco, pero miraba continuamente a Mia-. He pensado que quizá te apetecería venir.

Prisco soltó un bufido.

-Ni lo sueñes. Odiaba esas fiestas cuando tenía que ir.

-Por favor... -suplicó Lucky-. Necesito alguien que me haga compañía o me pasaré la noche bailando con la mujer del almirante e intentando que no me pellizque el trasero -sonrió a Mia y le guiñó un ojo.

-Aunque quisiera ir -dijo Prisco-, que no quiero, no podría. Voy a cuidar de la hija de mi hermana el próximo mes y medio -señaló los muebles-. Esto es para su habitación.

-O a la niña le gusta dormir fuera, o lo tienes muy negro.

-Lo segundo -dijo Prisco.

-Tú, vecinita -dijo Lucky al tiempo que agarraba un extremo del colchón-, pareces bastante fuerte. Agarra el otro lado.

-Se llama Mia -dijo Prisco.

-Usted perdone -contestó Lucky-. Mia, cariño, agarra el otro lado.

Mia se estaba riendo, por suerte. Mientras Prisco miraba, Lucky y ella llevaron el colchón al patio. Prisco seguía oyendo la risa de Mia mucho después de que se perdieran de vista. Cuando recogió la estantería, que pesaba muy poco, y echó a andar lentamente hacia el patio, oyó también el gorjeo excitado de Tasha y la voz profunda de Thomas King.

-Eh, marinero -Thomas lo saludó inclinando la cabeza al pasar. Sabía que no debía ofrecerse a llevar la estantería.

-Gracias por echarme una mano, chaval -dijo Prisco.

-No hay problema -contestó el adolescente.

No había problema. Quizá todo aquello no fuera un problema para los demás... pero lo era para él.

Dejó la estantería al pie de las escaleras y al levantar la vista vio que Lucky salía de su piso con Tasha en brazos. Estaba haciendo cosquillas a la niña y ella se reía. Mia iba tras ellos, y ella también se reía. Prisco nunca la había visto tan guapa, ni tan relajada. Lucky se inclinó hacia ella y le dijo algo al oído, y Mia volvió a reírse. Empezó a bajar las escaleras y Lucky la miró alejarse sin apartar los ojos del contoneo de sus caderas.

Prisco tuvo que mirar para otro lado. No podía reprochárselo a Lucky. En otra época, eran muy parecidos. Todavía se parecían en muchos sentidos. No le sorprendía que su mejor amigo también se sintiera atraído por Mia.

Tardaron diez minutos en llevar los muebles al cuarto de Tasha y meter las cajas en la habitación de Prisco.

Thomas se fue a trabajar y Mia se disculpó y desapareció en su piso... tras sonreír cuando Lucky volvió a estrecharle la mano con grandes aspavientos.

-Me ha... me ha dicho que sois amigos -dijo Lucky con excesiva indiferencia cuando Prisco lo acompañó hasta su moto.

Prisco se quedó callado, preguntándose qué podía contestar a aquella afirmación. Si decía que sí, Lucky se pasaría por allí constantemente, invitaría a salir a Mia y sacaría a relucir su famoso encanto y su insistencia hasta que ella cediera. Y ella cedería. Nadie podía resistirse a Lucky. Y entonces Prisco tendría que ver cómo su mejor amigo salía y seguramente seducía a aquella mujer a la que tanto deseaba. Era verdad. Deseaba a Mia. Y estaba dispuesto a hacer todo lo que estuviera en su mano por conseguirla.

-Se equivoca -dijo a Lucky-. Somos más que amigos. Sólo que ella no lo sabe todavía.

Si Lucky se llevó un chasco, lo ocultó muy bien. Y su decepción no tardó en convertirse en alegría sincera.

-Es genial. Eso significa que has vuelto -dijo.

-¿A los SEAL? -Prisco sacudió la cabeza-. ¿Es que no te has enterado de que me han...?

-No -lo interrumpió Lucky-. Me refería al mundo de los vivos.

Prisco miró fijamente a su amigo. Lucky no lo entendía. Él estaba vivo. Había pasado cinco años de dolor y frustración que lo demostraban.

-Llámame alguna vez -dijo Lucky mientras se ajustaba el casco de la moto-. Te echo de menos, amigo.

Lo despertó el sonido de un timbre eléctrico. Era estridente y estaba justo junto a su oído...

Se despertó, completamente despierto.

Era el sonido del timbre que había conectado a la puerta de la calle la noche anterior, antes de irse a la cama. Maldición, Tasha había vuelto a irse sin permiso.

Se puso unos pantalones cortos al salir de la cama y recogió su bastón del suelo.

Dios, qué cansado estaba. Esa noche se había ido a la cama, pero no había pegado ojo. No podía hacer más de dos horas que había conciliado por fin el sueño. Sin embargo, lo había conseguido. Había pasado la noche sin la ayuda de un solo trago de whisky.

Quizás estuviera exhausto, pero no tenía resaca. Y era una suerte, porque, de ser así, el ruido del timbre le habría levantado la tapa de los sesos.

Desconectó rápidamente el aparato. Era un sistema muy sencillo, diseñado para que el circuito se rompiera si la puerta se abría. Si el circuito se interrumpía, el timbre sonaba.

Abrió la puerta y...

Tasha estaba justo al otro lado de la mosquitera, con Mia tras ella.

La niña llevaba aún su pijama. Mia llevaba el bañador puesto debajo de los pantalones cortos y la camiseta. Prisco veía la tira de colores que lo ataba alrededor de su cuello.

-Buenos días -dijo ella. Frisco miró a Tash con enfado.

-¿Dónde demo...?

-Tasha iba a hacerme una visita -lo cortó Mia-, pero se ha acordado de que primero tenía que decirte adonde iba -miró a la pequeña-. ¿Verdad, Tash?

Tasha asintió con la cabeza.

¿Tasha se había acordado? Era más probable que se hubiera acordado Mia. Por encima de la cabeza de la niña, ella dijo «refuerzo positivo» moviendo los labios sin emitir sonido. Frisco se tragó su enfado. De acuerdo. Si Mia creía que podía hacer comprender a Tasha de ese modo, él haría un esfuerzo. De algún modo consiguió reunir mucho más entusiasmo del que sentía.

-Qué bien que te hayas acordado -dijo a la pequeña, y abrió la mosquitera para dejarlas pasar. Se obligó a sonreír y Tasha se animó visiblemente.

Caramba, quizá Mia tuviera razón.

Tomó a la niña entre sus brazos y empezó a darle vueltas hasta que ella empezó a reírse. Luego se dejó caer con ella en el sofá.

-De hecho -continuó-, eres tan increíble, que creo que deberíamos darte una medalla. ¿No te parece? – Ella asintió con la cabeza, llena de asombro.

-¿Qué es una medalla?

-Es un alfiler muy especial que te dan cuando haces algo muy importante... como acordarte de las normas -dijo Frisco. La bajó de sus rodillas y la sentó en los cojines del sofá-. Espera aquí. Voy por ella.

Mia, que estaba de pie junto a la puerta, lo vio levantarse con esfuerzo y enfilarse el pasillo camino de su habitación.

-Conseguir una medalla es muy importante -Frisco levantó la voz para que pudieran oírlo desde el cuarto de estar-. Se necesita una ceremonia muy especial.

Casi incapaz de contener la emoción, Tasha se puso a saltar en el sofá. Mia tuvo que sonreír. Al parecer. Prisco entendía la noción de refuerzo positivo.

-Vamos allá -dijo él cuando volvió al cuarto de estar. Miró a Mia y sonrió. Tenía muy mal aspecto esa mañana. Ella nunca lo había visto tan cansado. Saltaba a la vista que un momento antes estaba profundamente dormido. Pero, de algún modo, parecía más lleno de energía y tenía los ojos más despejados. Y la sonrisa que le había lanzado era muy dulce, casi tímida. A Mia se le puso el corazón en la garganta cuando lo vio con su sobrina.

-Por acordarse de mis normas y reglamentos, incluida la regla número uno, decirme adonde va antes de salir de casa -dijo Prisco con solemnidad-, concedo a Natasha Francisco esta medalla de honor.

Prendió en el pijama de Tasha una de las barras de colores que Mia había visto en su uniforme de gala.

-Ahora, yo le saludo y tú me saludas a mí -le susurró a la pequeña tras sujetar el alfiler.

Se puso firme y le hizo un saludo militar. Tasha lo imitó bastante bien.

-Los SEAL sólo saludan cuando alguien recibe una medalla -dijo Prisco mirando otra vez a Mia. Se sentó en el sofá, junto a la niña-. Vamos a hacer una cosa -dijo-. Para conservar esta medalla, hoy tienes que recordar mis reglas todo el día. ¿Te acuerdas de ellas?

-Avisarte cuando quiero salir...

-Incluso si estoy dormido. Tienes que despertarme, ¿de acuerdo? ¿Qué más?

-Quedarme aquí...

-En el patio, muy bien. ¿Y...?

-No nadar sin un compañero.

-Es increíble, lo has dicho todo bien. ¡Choca esos cinco!

Natasha soltó una risilla y dio una palmada en la mano de su tío.

-Pero ése no es todo el trato -dijo él-. ¿Me estás escuchando, Tash? -ella asintió con la cabeza- Cuando tienes muchas de estas medallas, ¿sabes qué pasa? – Tasha dijo que no con la cabeza-. Que las cambiamos -añadió él mientras tocaba con una mano el respaldo del sofá donde estaban sentados- por cierto sofá rosa.

Mia pensó que era muy posible que la pequeña estuviera a punto de estallar de alegría.

-Vas a tener que esforzarte mucho para seguir las normas -dijo Prisco-, Tienes que recordar que, si quiero que las obedezcas, es porque no quiero que te pase nada, y me preocupo mucho cuando no sé si estás a salvo. Tienes que pensar en eso y recordarlo, porque sé que no quieres que me preocupe, ¿verdad?

Tasha asintió con la cabeza.

-¿Tú tienes que seguir mis normas?

Prisco se sorprendió, pero disimuló.

-¿Cuáles son tus normas?

-Se acabaron las palabrotas -dijo la pequeña sin vacilar.

Prisco miró otra vez a Mia. avergonzado.

-Está bien -dijo, mirando de nuevo a Tasha- Es duro, pero lo intentaré.

-Jugar más con Mia – sugirió Tasha, Él se rió con nerviosismo.

-No estoy seguro de que podamos cumplir esa norma. Tash. Porque las cosas que podemos hacer tú y yo están bien, pero...

-Me encantaría jugar -murmuró Mia.

Prisco la miró. Ella no podía haber querido decir lo que parecía. No, estaba hablando con Natasha. Pero aun así... Prisco se dejó llevar por su imaginación. Y la perspectiva lo entusiasmó.

-Pero para eso no hace falta una norma -dijo Mia.

-¿Puedes venir a la playa con nosotros para mi clase de natación? -le preguntó Tasha.

Mia titubeó y miró cautelosamente a Prisco desde el otro lado de la habitación.

-No quiero estorbar.

-Ya llevas puesto el bañador -dijo él.

Ella pareció sorprendida porque lo hubiera notado.

-Bueno, sí, pero...

-¿Pensabas ir a otra playa?

-No... es sólo que no quiero... ya sabes... -se encogió de hombros y sonrió con nerviosismo, como si quisiera disculparse-... interferir.

-Nada de eso -dijo Prisco. Cielos, parecía tan nervioso como ella. ¿Desde cuándo era aquello tan difícil? Antes se le daban muy bien esas cosas-. Tasha quiere que vengas con nosotros -perfecto. Ahora parecía que quería que los acompañara para que jugara con su sobrina. Y no era eso en absoluto-. Y... yo también -añadió.

Dios, tenía el corazón en la boca. Tragó saliva y procuró que volviera a su sitio mientras Mia lo miraba con curiosidad.

-Bueno, está bien -dijo ella por fin-. En ese caso, me encantaría ir. Si queréis, puedo preparar algo de comer para hacer un picnic...

-¡Sí! -gritó Tasha, y se puso a dar saltos por la habitación-, ¡Un picnic! ¡Un picnic!

Prisco sintió que sonreía. Un picnic en la playa con Mia. No recordaba la última vez que se había ilusionado tanto con algo. Y su emoción no se debía solamente al hecho de que quisiera verla en bañador, aunque eso también lo deseaba mucho.

-Supongo que eso es un «sí». Pero no deberías ser tú quien trajera la comida.

-Haré unos sandwiches -dijo Mia mientras abría la puerta-. Vosotros llevad algo de beber. Unos refrescos. O cerveza, si quieres.

-Nada de cerveza -dijo Prisco. Ella se detuvo y miró hacia atrás con la mano sobre el picaporte de la mosquitera.

-Ésa es otra norma que voy a seguir a partir de ahora -dijo él con calma. Natasha había dejado de bailar alrededor de la habitación. Lo estaba escuchando con los ojos muy abiertos-. Nada de beber. Ni siquiera una cerveza.

Mia se apartó de la puerta. Tenía los ojos tan grandes como los de Tasha.

-Mmm, Tash, ¿por qué no vas a ponerte el bañador? – Tasha salió en silencio por el pasillo. Prisco sacudió la cabeza.

-No es para tanto.

Estaba claro que Mia pensaba lo contrario. Se acercó a él y bajó la voz para que Tasha no les oyera.

-¿Sabes?, hay grupos de ayuda por toda la ciudad. Puedes encontrar una reunión prácticamente a cualquier hora del día...

¿De veras creía que tenía un problema tan serio con la bebida?

-Mira, puedo arreglármelas -dijo él en tono gruñón-. Me ha pasado un par de días, pero nada más. No bebía nada cuando estaba en el hospital... hasta hace dos días. Estos últimos días... no me has visto precisamente en mi mejor momento.

-Lo siento -murmuró ella-. No quería dar a entender que...

-No tiene importancia.

Ella le tocó el brazo. Sus dedos eran suaves, frescos y tersos.

-Sí, la tiene -dijo-. Para Natasha es muy importante.

-No lo hago por Tash -contestó él con tranquilidad mientras miraba esa mano delicada apoyada sobre los músculos tensos de su brazo y deseaba que la dejara allí, aunque sabía que iba a apartarla-. Lo hago por mí mismo.

Capítulo 8

-¿De verdad Thomas es rey?

Mía levantó la mirada del castillo de arena que estaba ayudando a construir a Tasha. La niña iba haciendo tórrelas, usando arena mojada y agua de un cubo de plástico que ella había encontrado en su armario. Era muy hábil para tener cinco años y conseguía hacer torres muy altas y puntiagudas.

-Thomas se llama King de apellido, y King significa rey -contestó Mia-. Pero aquí, en Estados Unidos, no tenemos reyes ni reinas.

-¿Es rey de otro sitio? ¿Como yo soy princesa de Rusia?

-Bueno -dijo Mia diplomáticamente-, quizá deberías preguntárselo a él, pero creo que King sólo es su apellido.

-Parece un rey -Natasha soltó una risilla-. Se cree que soy de Marte. Voy a casarme con él.

-¿Con quién? -preguntó Prisco mientras se sentaba a su lado en la arena.

Acababa de salir del mar y el agua perlaba sus pestañas y le chorreaba desde el pelo. Mia nunca lo había visto tan relajado.

-Con Thomas -contestó Tasha completamente en serio.

-Con Thomas -Prisco se quedó pensando-. Me cae bien -dijo-. Pero eres un poco pequeña para casarte, ¿no crees?

-Ahora no, tonto -dijo ella, exasperada-. Cuando sea mayor, claro.

Prisco intentó ocultar su sonrisa.

-Claro -dijo.

-Tú no puedes casarte con mi mamá porque eres su hermano, ¿verdad? -preguntó la niña.

-Eso es -le dijo Prisco. Se recostó en la arena, apoyado en los hombros.

Mía intentó no mirar cómo se tensaban los músculos de sus brazos al soportar su peso. Intentó apartar la mirada de sus anchos hombros, de su poderoso pecho y de su piel suave y bronceada. A fin de cuentas, no era la primera vez que lo veía sin camisa. Tendría que ir acostumbrándose...

-Qué pena -dijo Tash con un suspiro-. Mamá siempre está buscando a alguien para casarse, y tú me gustas.

La voz de Prisco sonó ronca.

-Gracias, Tash. Tú también me gustas.

-Dwayne no me gustaba -dijo la pequeña-. Me daba miedo, pero a mamá le gustaba vivir en su casa.

-A lo mejor, cuando vuelva tu mamá, podéis vivir cerca de mí -dijo Prisco.

-Podrías casarte con Mia -sugirió ella-. Y mudarte a su casa. Y nosotras podríamos vivir en la tuya.

Mia levantó la mirada. Prisco la miró a los ojos, azorado.

-Puede que Mia no quiera casarse -dijo.

La niña levantó la vista del castillo para mirar a Mia con aquellos ojos azules tan parecidos a los de Prisco.

-¿No quieres? -preguntó.

-Bueno -dijo ella con cautela-. Algún día me gustaría casarme y tener hijos, pero...

-Sí que quiere -informó Tasha a su tío-. Es muy guapa y hace unos sandwiches buenísimos. Deberías pedirle que se case contigo -se levantó, agarró su cubo y bajó hasta el borde del agua, donde comenzó a saltar entre las olas.

-Lo siento -dijo Prisco con una risa nerviosa-. Tiene... cinco años, ya sabes. Cree firmemente en los finales felices.

-No pasa nada -dijo Mia con una sonrisa-. Y no te preocupes. No te haré cumplir ninguna promesa que Tasha haga de tu parte -se sacudió la arena de las rodillas y volvió a la toalla que había extendido sobre la arena.

Prisco se reunió con ella.

-Me alegra saberlo -se volvió para mirar a Mia. Su cálida mirada se deslizó por las piernas de ella, deteniéndose en su bikini rojo y en la enorme cantidad de piel que éste dejaba al aire, antes de posarse de nuevo en su cara-. Pero tiene razón. Eres muy guapa y haces unos sandwiches buenísimos.

A Mia se le había acelerado el pulso. ¿Desde cuándo le importaba tanto si un hombre pensaba o no que era bonita? ¿Cuándo había desaparecido el impulso de cubrirse con una camiseta ancha cada vez que él la miraba con aquel ardor? ¿Cuándo había empezado a dar saltitos su corazón cuando veía su sonrisa? ¿Cuándo había cruzado Prisco el límite que lo definía como algo más que un simple amigo?

Aquello había empezado hacía días, con el primer abrazo que Prisco dio a Natasha en el patio. Era tan tierno con la chiquilla, tan paciente... Mia se había sentido atraída por él desde el principio, pero ahora que lo conocía mejor, esa atracción se había hecho más compleja. Era mucho más que un simple magnetismo sexual, elemental y descarnado.

Era una locura. Mia lo sabía. Prisco no era un hombre con el que pudiera imaginarse pasando el resto de su vida. Se había preparado para matar..., en tanto que soldado profesional. Y, por si eso fuera poco, tenía montones de ira, de frustración y de dolor acumulados a los que debía enfrentarse antes de que pudiera considerársele psicológica y emocionalmente sano. Y, por si no bastaba con eso, estaba el hecho de que bebía.

Sí, había prometido parar, pero la experiencia de Mia como profesora de instituto la había convertido en una experta en la enfermedad del alcoholismo. El mejor modo de combatirla no era afrontarla en solitario, sino buscar ayuda. Prisco parecía empeñado en arreglárselas solo y, a menudo, esa actitud acababa en fracaso.

No, si era lista, recogería su bolsa en ese preciso momento y saldría huyendo de allí.

Pero, en lugar de hacerlo, se puso más protector solar en la cara.

-Entré en tu cocina para ayudar a Natasha a meter más refrescos en la nevera -dijo-. Y me fijé en que sólo tenías una cosa pegada en la puerta. Una lista.

Él la miró con recelo.

-¿Y?

-No estoy segura -añadió ella-, pero... me pareció que era una lista de cosas que te cuesta hacer con la pierna herida.

La lista incluía cosas como correr, saltar, tirarse en paracaídas, montar en bicicleta y subir escaleras.

Prisco miró el mar y entornó ligeramente los ojos, deslumbrado.

-Es cierto.

-Olvidaste incluir que ya no puedes jugar en el equipo olímpico de baloncesto, así que lo puse al final -dijo ella, intentando contener la risa.

Él soltó un soplando que podría haber pasado por una carcajada si hubiera estado sonriendo.

-Muy graciosa. Si hubieras mirado más despacio, te habrías dado cuenta de que la palabra «andar» estaba al principio de la lista. La taché cuando fui capaz de caminar. Pienso hacer lo mismo con el resto de las cosas de la lista.

Sus ojos eran del mismo azul intenso del cielo. Mia se tumbó boca abajo y apoyó la barbilla en las manos.

-Habíame de ese asombroso sofá rosa -dijo-. ¿De qué va eso?

Esa vez, Prisco se echó a reír y una alegría auténtica plegó las arrugas de alrededor de sus ojos. Se tumbó junto a ella en la toalla y se aseguró de que seguía viendo a Tasha desde donde estaba.

-Ah, eso -dijo-. Va a quedar precioso en mi cuarto de estar, ¿no crees? El marrón sucio y el verde horroroso van muy bien con el rosa y el plateado.

Mia sonrió.

-Tendrás que volver a decorar la casa. Quizá con una moqueta blanca y un montón de espejos estilo *art déco* quede bien.

-Y sería tan propio de mí... -dijo él, muy serio.

-No, en serio -dijo Mia-. Si algo puede animar a Tasha a cumplir tus normas es eso. Hoy sólo lo ha mencionado cinco mil veces.

Prisco la miró apoyando la cabeza en una mano.

-Dime la verdad -dijo-. ¿Me he pasado de la raya? ¿He cruzado el límite entre el refuerzo positivo y el chantaje puro y duro?

Mia sacudió la cabeza, atrapada en el intenso azul de sus ojos.

-Le estás dando la oportunidad de ganarse algo que desea de verdad, y de aprender una lección importante acerca de la necesidad de cumplir ciertas normas. Eso no es un chantaje.

-Tengo la sensación de haberme puesto en cabeza y estar adentrándome en terreno totalmente desconocido -reconoció Prisco.

Mia no entendió.

-¿Haberte puesto en cabeza?

-Ponerse en cabeza, ir el primero -explicó él-, significa que diriges el escuadrón. Eres el primero en salir... el primero en localizar o pisar una trampa o una mina. Es un trabajo muy intenso.

-Por lo menos sabes que Natasha no va a estallar de repente.

Prisco sonrió.

-¿Estás segura?

Con aquella mirada divertida, la sonrisa que suavizaba su semblante y el pelo agitado por la brisa suave del océano, Prisco parecía un hombre al que Mia desearía ardientemente conocer. Parecía encantador, agradable, simpático y pecaminosamente guapo.

-Estás haciendo un gran trabajo con Tasha -dijo ella-. La tratas con mucha coherencia. Sé lo difícil que es no perder los nervios cuando te desobedece. Te he visto refrenarte, y sé que no es fácil. Y lo de la medalla... ha sido brillante -se sentó y recogió la camiseta que Tasha había llevado encima del bañador-. Mira -la levantó para que él pudiera verla-, está tan orgullosa de su medalla, que me pidió que se la prendiera en la camiseta para traerla a la playa. Si sigues así, sólo es cuestión de tiempo que recuerde que debe cumplir las normas.

Prisco se había tumbado de espaldas y se protegía los ojos del resplandor del sol con una mano mientras la miraba. Se sentó sin esfuerzo y miró a Natasha un momento para asegurarse de que estaba bien. Estaba agachada en la arena, entre la toalla y el agua y se había puesto a hacer otro castillo de arena.

-¿Estoy haciendo un gran trabajo y soy brillante? -dijo con una media sonrisa-. Parece que me estás dando un poco de refuerzo positivo.

La camiseta de Natasha estaba húmeda y Mia la extendió sobre la nevera portátil para que se secara al sol.

-Bueno... puede ser -reconoció con una sonrisa tímida.

Prisco la tocó suavemente bajo la barbilla, levantándole la cabeza para obligarla a mirarlo. Su sonrisa se había borrado y el regocijo de sus ojos había desaparecido, reemplazado por algo enteramente distinto, algo ardiente, peligroso, algo de lo que resultaba imposible escapar.

-Me gustaría que me lo dieras de otro modo -dijo él. Su voz era poco más que un susurro ronco.

Miró su boca y volvió a fijar los ojos en los de Mia, y ella comprendió que iba a besarla. Se inclinó lentamente hacia delante para que ella tuviera tiempo de apartarse. Pero Mia no se movió. No podía. O quizá, sencillamente, no quería moverse.

Lo sintió suspirar cuando sus labios se encontraron. Su boca era cálida y dulce. La besó con mucha ternura. Acarició sus labios delicadamente con la lengua y esperó hasta que ella abrió la boca para ahondar el beso. Pero incluso entonces, cuando Mia se abrió para él, Prisco la besó con sobrecogedora ternura.

Aquel era el beso más dulce que Mia había recibido nunca.

Prisco se apartó para mirarla a los ojos y ella sintió el martilleo de su corazón. Pero luego él sonrió, una de aquellas sonrisas de soslayo, bellas y perfectas, como si hubiera encontrado oro al final del arco iris. Y esa vez fue ella quien le tendió los brazos, quien le rodeó el cuello y se apretó contra él, hundiendo los dedos entre la increíble suavidad de su pelo mientras volvía a besarla.

Ese beso fue puro fuego. Prisco no la acarició únicamente con los labios: la apretó contra su pecho y pasó las manos por su espalda desnuda, por su pelo, por sus brazos al tiempo que jugueteaba con su lengua en un beso de desenfrenada intensidad.

-¡Prisco! ¡Prisco! ¡Viene el camión de los helados! ¿Puedo comprarme uno?

Mia apartó a Prisco y él la soltó. Prisco respiraba tan agitadamente como ella, y parecía estremecido. Pero Natasha sólo prestaba atención al camión de los helados, que se había detenido en el aparcamiento de la playa.

-Por favor, por favor, por favor, por favor... -decía mientras corría en círculos alrededor de la toalla.

Prisco miró hacia el fondo de la playa, donde había aparcado el camión, y luego a Mia. Parecía estar tan atónito y confuso como ella.

-Eh -dijo. Se inclinó hacia Mia y le dijo rápidamente, en voz baja-. ¿Puedes llevarla tú? Yo no puedo.

-Claro -Mia se puso su camiseta a toda prisa. Santo cielo, le temblaban las manos. Miró a Prisco-. ¿Te duele la rodilla?

Él sacó de su cartera un billete de cinco dólares y se lo dio con una sonrisa débil.

-La verdad es que no tiene nada que ver con mi rodilla.

Ella comprendió de pronto. Notó que le ardían las mejillas.

-Vamos, Tasha -dijo, y se sacó el pelo del cuello de la camiseta mientras se llevaba a la niña por la playa.

¿Qué había hecho? Acababa de experimentar los besos más dulces y excitantes de toda su vida con un hombre del que había prometido mantenerse alejada. Se puso en fila con Tasha junto al camión de los helados e intentó decidir cuál debía ser su siguiente paso.

Liarse con Prisco estaba descartado. Pero, ah, esos besos... Cerró los ojos. Un error, se decía una y otra vez. Ya había cometido un error. Continuar por aquel camino sería una estupidez.

Sí, era cierto. Prisco era una asombrosa mezcla de dulzura y sensualidad. Pero era un hombre que necesitaba que lo salvaran, y ella sabía que no debía convencerse de que podía salvarlo. Juntándose con él sólo conseguiría hundirse ella también. Solamente el propio Prisco podía salvarse de la infelicidad y la desesperación, y sólo el tiempo diría si tendría éxito.

Tendría que ser sincera con él. Tendría que asegurarse de que lo entendía.

Aturdida, pidió el helado de Tasha y otros dos para Prisco y para ella. El camino de vuelta a la toalla se le hizo eterno. La arena parecía más caliente que antes y le quemaba los pies. Tasha volvió a su castillo de arena mientras el helado le chorreaba por la barbilla.

Prisco estaba sentado al borde de la toalla, empapado, como si se hubiera lanzado al mar para refrescarse. Eso estaba bien. Ella quería que se enfriara un poco, ¿no?

Le dio el helado e intentó sonreír cuando se sentó.

-Se me ha ocurrido que nos vendría bien algo con que refrescarnos, pero te me has adelantado.

Prisco la miró. Ella se había sentado lo más lejos posible de él, sobre la toalla. Él miró el helado que tenía en la mano.

-A mí me gustaba el calor que estábamos generando -dijo con calma.

Mia sacudió la cabeza, incapaz de mirarlo a los ojos.

-Tengo que ser sincera contigo. Apenas te conozco y... -él guardó silencio. Esperaba a que ella continuara-. No creo que debamos... Quiero decir que creo que sería un error que... -Mia volvió a sonrojarse.

-Está bien -asintió Prisco-. No importa. Lo... lo entiendo.

No podía reprochárselo. ¿Cómo iba a hacerlo? Mia no era de las que preferían el placer pasajero. Si se entregaba al juego, sería a largo plazo, y él no era un buen partido, había que reconocerlo. No era la clase de hombre con el que Mia querría cargar el resto de su vida. Ella estaba tan llena de vida y él se movía tan despacio... Era tan completa y él lo era tan poco...

-Debería irme a casa -dijo ella, y empezó a recoger sus cosas.

-Te acompañamos -respondió él en voz baja.

-No... no hace falta.

-Sí, claro que sí, ¿de acuerdo? —Mia lo miró y algo que vio en sus ojos o en su cara la hizo comprender que no debía insistir.

-Está bien.

Prisco se levantó y recogió su bastón.

-Vamos, Tash, vamos al agua una última vez para quitarte ese helado de la cara.

Tiró el helado sin abrir en una papelera al acercarse con Natasha a la orilla. Miraba fijamente el agua e intentaba con todas sus fuerzas no pensar en Mia mientras Tasha se quitaba el helado de la cara y las manos. **Pero** no lo conseguía. Todavía sentía su sabor, notaba sus manos en los brazos, olía su perfume especiado.

Y, durante los instantes en que la había besado, durante aquellos minutos increíbles en que ella había estado en sus brazos, por primera vez desde que la última dosis de medicación extrafuerte para el dolor se había disipado, hacía cinco años, él había olvidado por completo su rodilla herida.

Natasha no parecía darse cuenta del tenso silencio. Hablaba por los codos con Mia y con él, sin dirigirse a ninguno en particular. Cantaba fragmentos de canciones y tonadas rítmicas.

Mia se sentía desgraciada. El rechazo nunca era agradable ni de dar ni de recibir. Sabía que había lastimado a Prisco al dar marcha atrás. Pero su peor error había sido dejar que la besara.

Lamentaba no haber insistido en que fueran en su coche a la playa, en lugar de a pie. Prisco era un maestro a la hora de ocultar su dolor, pero ella notaba por los sutiles cambios en su postura y su respiración que estaba sufriendo. Cerró los ojos un momento e intentó que aquello no la afectara, pero no lo logró. La afectaba. La afectaba demasiado.

-Lo siento -dijo en voz baja cuando Natasha echó a correr delante de ellos, saltando por encima de los baches de la acera.

Él se volvió para mirarla con aquellos ojos azules y penetrantes que parecían llegar hasta su alma.

-Lo sientes de verdad, ¿no? -ella asintió con la cabeza-. Yo también -dijo él en voz baja.

-¡Prisco! -Natasha se abalanzó hacia él y estuvo a punto de tirarlo al suelo.

-¡Guau! -exclamó él, y la agarró con el brazo izquierdo mientras usaba el derecho para apoyarse en el bastón-. ¿Qué pasa, Tash? -la niña se había abrazado a su cintura y había escondido la cara contra su camiseta-. Tash, ¿qué pasa? -preguntó él otra vez, pero ella no se movió. Prisco no podía apartarla de su lado sin tirar de ella.

Mia se agachó junto a la pequeña.

-Natasha, ¿te has asustado por algo?

Ella dijo que sí con la cabeza.

Mia le apartó los rizos rojos de la cara.

-Cariño, ¿de qué te has asustado?

Tasha levantó la cabeza y la miró con los ojos llenos de lágrimas.

-De Dwayne -susurró-. He visto a Dwayne.

Confusa, Mia miró a Prisco con el ceño fruncido.

-¿Quién...?

-Un ex novio de Sharon -él levantó a Natasha en brazos-. Tash, seguramente has visto a alguien que te ha recordado a él, nada más.

La niña negó con la cabeza enfáticamente mientras Mia se levantaba.

-He visto a Dwayne -repitió. Las lágrimas corrían por sus mejillas y los sollozos hacían casi imposible entenderla-. Lo he visto.

-¿Qué iba a hacer Dwayne aquí, en San Felipe? -preguntó Prisco.

-Buscar a Sharon Francisco -contestó arrastrando las palabras una voz grave-. Eso es lo que hace aquí.

Natasha se calló de repente.

Mia miró al hombre que había delante de ellos. Era corpulento, más alto y ancho que Prisco, pero también más gordo y flácido. Llevaba un traje oscuro que tenían que haberle hecho a medida para que le quedara bien, y botas de piel de lagarto relucientes. Su camisa era gris oscura, de un tono algo más claro que su traje negro, y la corbata, de un color intermedio entre los dos. El pelo, abundante y oscuro, le caía sobre los ojos en un peinado que recordaba a Elvis Presley. Tenía la cara tan fofa que no podía considerársele guapo, una nariz aguileña distintiva y unos ojos hundidos que se perdían entre la flacidez de su exceso de carne. En una mano grande y carnosa sujetaba una navaja automática que abría y cerraba una y otra vez, con el rítmico siseo del roce de los metales entre sí.

-Mi hermana no está aquí -dijo Prisco con firmeza.

Mia notó que le tocaba el hombro y se volvió hacia él. Sin apartar los ojos de Dwayne y de la navaja, Prisco le entregó a la niña.

-Ponte detrás de mí -le murmuró-. Y empieza a retroceder.

-Ya veo que no está aquí -aquel tipo tenía un denso acento de Nueva Orleans. La caballerosa cortesía de su modo de hablar, tan del viejo Sur, le hacía parecer aún más amenazador-. Pero, dado que disfrutas de la compañía de su hija, supongo que sabrás su paradero.

-¿Por qué no me dejas tu número de teléfono y le digo que te llame? -sugirió Prisco.

Dwayne volvió a abrir la navaja, y esta vez no la cerró.

-Me temo que eso es imposible. Verás, me debe mucho dinero -sonrió-. Naturalmente, siempre podría llevarme a la niña como rehén...

Prisco sentía aún la presencia de Mia detrás de él. La oyó contener el aliento bruscamente.

-Mía, llévate a Tash a la cafetería de la esquina y llama a la policía -dijo sin volverse.

Sintió las dudas y la angustia de Mia. Ella le tocó el brazo: tenía la mano helada.

-Alan...

-Hazlo -dijo él con aspereza.

Mia comenzó a retroceder. El corazón le latía con violencia cuando vio que Prisco sonreía amablemente a Dwayne sin apartar los ojos de la navaja.

-Sabes que moriría antes que permitir que toques a la niña -dijo con tranquilidad el antiguo SEAL.

Mia comprendió que era cierto. Y rezó por que las cosas no llegaran a ese punto.

-¿Por qué no me dices dónde está Sharon? -preguntó Dwayne-. No me apetece darle una paliza a un pobre inválido, pero lo haré si es necesario.

-¿Igual que se la diste a una niña de cinco años? -replicó Prisco. Todo en él, su postura, su cara, su mirada, el tono de su voz, resultaba mortífero. A pesar del bastón en el que se apoyaba, de su rodilla herida, no parecía en absoluto un pobre hombre que inspirara lástima.

Pero Dwayne tenía una navaja y Prisco sólo tenía su bastón... que necesitaba para apoyarse.

Dwayne se lanzó hacia él y Mia dio media vuelta y corrió hacia la cafetería.

Prisco vio su súbito movimiento por el rabillo del ojo. Menos mal. Sería diez veces más fácil luchar con aquel matón sabiendo que Mia y Tash estaban lejos y a salvo.

Dwayne volvió a embestirle con la navaja y Prisco lo esquivó, pero forzó la rodilla, girándola como ya no podía hacerlo, y tuvo que apretar los dientes para reprimir un repentino de grito de dolor. Golpeó con el bastón a su adversario en la muñeca y la afilada navaja cayó al suelo.

Se dio cuenta demasiado tarde de que le había hecho el juego a Dwayne. Con el bastón en el aire, no podía sostenerse. Y Dwayne se abalanzó de nuevo hacia él girándose con la agilidad de un hombre mucho más bajo y ligero. Prisco vio casi a cámara lenta cómo su oponente dirigía una fuerte patada de karate contra su rodilla herida.

La vio llegar, pero, como si él también se moviera a cámara lenta, fue incapaz de apartarse.

Y luego hubo sólo dolor. Un dolor puro, cegador, insoportable. Prisco sintió que un grito ronco brotaba de su garganta mientras caía pesadamente sobre la acera. Luchó contra la oscuridad que amenazaba con cerrarse en torno a él y sintió que el pie de Dwayne golpeaba violentamente su costado, lanzándolo casi al aire.

De algún modo consiguió agarrar la pierna de su oponente. De algún modo logró levantar las piernas, girarse y lanzar una patada. Dwayne también cayó al suelo.

En aquella lucha no había normas. Dwayne le golpeó la cara con el codo y Prisco sintió que su nariz se llenaba de sangre. Luchó por quitarse de encima al adversario y procuró sujetarlo mientras le golpeaba en la cara una y otra vez.

Un hombre más débil habría quedado inconsciente, pero Dwayne era como un saco de boxeo. Seguía moviéndose. El muy cerdo volvió a lanzarse contra su rodilla. No podía fallar, y de nuevo el dolor arrolló a Prisco como un tren de mercancías. Agarró la cabeza de Dwayne y la estrelló contra la acera.

Se oyeron sirenas a lo lejos. Prisco las oyó a través de una oleada de náuseas y aturdimiento. Llegaba la policía. Dwayne debería haber quedado fuera de combate, pero logró levantarse.

-Dile a Sharon que quiero ese dinero -dijo con los labios amoratados y llenos de sangre antes de alejarse cojeando.

Prisco intentó ir tras él, pero la rodilla se dobló bajo su peso y otra oleada de dolor lo atravesó por completo. Sintió náuseas y apretó la mejilla contra la acera para que el mundo dejara de girar a su alrededor.

De pronto se dio cuenta de que un grupo de gente se había reunido a su alrededor. Alguien se abrió paso entre el gentío y corrió hacia él. Prisco se tensó, adoptando instintivamente una postura defensiva.

-¡Teniente! ¡Tranquilo! ¡Soy yo, Thomas! —Sí, era Thomas. El chico se agachó junto a él en la acera.

-¿Quién te ha atropellado con una camión? Dios mío... -Thomas volvió a levantarse y miró a la gente-. ¡Eh, que alguien llame a una ambulancia para mi amigo! ¡Deprisa! -Prisco alargó el brazo hacia él-. Sí, estoy aquí, tío. Estoy aquí, Prisco. He visto huir a ese tipo. Estaba sólo un poco mejor que tú -dijo Thomas-. ¿Qué ha pasado? ¿Has hecho un mal chiste?

-Mía -susurró Prisco con voz ronca-. Tiene a Natasha... En la cafetería. Quédate con ellas... Asegúrate de que están bien...

-Me parece que eres tú el que necesita ayuda.

-Estoy bien -dijo Prisco con los dientes apretados-. Si no te vas tú con ellas, iré yo -buscó a tientas su bastón.

¿Dónde demonios estaba? En la calzada. Intentó avanzar hacia él arrastrando la pierna herida.

-Dios -dijo Thomas, lleno de asombro porque Prisco todavía pudiera moverse. Por una vez, parecía tener sólo dieciocho años-. Quédate aquí, yo voy a buscarlas. Si tan importante es para ti...

-Corre -dijo Prisco. Thomas echó a correr.

Capítulo 9

La sala de urgencias del hospital estaba atestada. Las enfermeras del mostrador de recepción no le hacían caso, así que finalmente Mía se dio por vencida y entró por la parte de atrás. Mientras buscaba a Prisco, se sintió empujada y zarandeada por la gente que pasaba a su lado y estuvo a punto de caerse al suelo.

-Disculpe, estoy buscando a...

-Ahora no, cielo -dijo una enfermera que caminaba rápidamente por el pasillo.

Mia lo oyó antes de verlo. Su voz era baja y su lenguaje abominable. No cabía duda de que era Alan Francisco.

Ella siguió su voz hasta una habitación grande con seis camas, todas ocupadas. Prisco estaba sentado en la suya, con la pierna derecha extendida hacia delante. Tenía la rodilla hinchada y amoratada, la camiseta cubierta de sangre y un corte en el pómulo, justo debajo del ojo derecho. Sus codos y la otra rodilla parecían estar en carne viva, llenos de arañazos.

Un médico le estaba examinando la rodilla.

-¿Aquí también le duele? -preguntó mirando a Prisco.

-Sí -vino a decir él, aparte de los coloridos superlativos que empleó en su respuesta. Una pátina de sudor había cubierto su cara, y se limpió el labio superior con el dorso de la mano mientras se armaba de valor para resistir el resto del examen.

-Creía que le habías prometido a Tasha no decir más palabrotas.

Él levantó la vista, sorprendido, y la miró directamente a los ojos.

-¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Tash?

Mia lo había sorprendido. Y no agradablemente. Vio que una mezcla de emociones cruzaba su semblante. Vergüenza. Azoramiento. Humillación. Sabía que él no quería que lo viera así, abatido y ensangrentado.

-Está con Thomas -le dijo-. He pensado que querrías.. . -¿qué? ¿Una mano a la que agarrarse? No, ya lo conocía lo bastante bien como para saber que Prisco no quería ni necesitaba eso. Sacudió la cabeza. Había ido únicamente por sí misma-. Quería asegurarme de que estabas bien.

-Estoy bien.

-No lo parece.

-Depende de cómo definas la palabra -dijo él-. Según mi diccionario, significa que no estoy muerto.

-Perdone, señorita, ¿el señor Francisco es amigo suyo? -era el médico-. Quizá pueda usted convencerlo de que se tome los calmantes contra el dolor que le hemos ofrecido.

Mia sacudió la cabeza.

-No, no creo que pueda hacerlo. Es extremadamente terco... y es teniente de Marina, no señor a secas. Si ha decidido que no los quiere...

-Sí, ha decidido que no los quiere -la interrumpió Prisco-. Y además, odia que hablen de él como si no estuviera en la habitación, así que si no les importa...

-La medicación le permitiría descansar mucho más cómodamente...

-Mire, lo único que quiero es que le haga una maldita radiografía a mi rodilla y se asegure de que no está rota. ¿Cree que podrá hacerlo?

-¿De qué cuerpo es teniente? -preguntó el doctor a Mia.

-Por favor, pregúnteselo a él -dijo ella.

-Soy SEAL de la Armada... Bueno, lo era -dijo Prisco.

El médico cerró bruscamente su portafolios.

-Perfecto. Debería haberlo imaginado. ¡Enfermera! -gritó mientras se alejaba-. Mande a este hombre a rayos X y prepare su traslado al centro de veteranos que hay junto a la base naval...

Prisco estaba observando a Mia y, cuando ésta se volvió para mirarlo, le lanzó una media sonrisa.

-Gracias por intentarlo.

-¿Por qué no te tomas los calmantes? -preguntó ella.

-Porque no quiero estar drogado y babeando cuando Dwayne vuelva para el segundo asalto. – Mia apenas podía respirar.

-¿Volver? -repitió-. ¿Por qué? ¿Quién es ese hombre? ¿Y qué quería?

Prisco cambió de postura, pero no pudo evitar hacer una mueca.

-Por lo visto mi hermana le debe dinero.

-¿Cuánto?

-No lo sé, pero voy a averiguarlo -sacudió la cabeza-. Mañana iré a hacerle una pequeña visita a Sharon, y al diablo con las normas del centro de desintoxicación.

-Cuando vi la navaja que llevaba... -a Mia le tembló la voz y se detuvo. Cerró los ojos y procuró refrenar las lágrimas. No recordaba la última vez que se había asustado tanto-. No quería dejarte allí solo.

Abrió los ojos y lo encontró mirándola con expresión ilegible.

-¿No creías que pudiera ganar a ese tipo? -preguntó él con suavidad.

Ella no tuvo que contestar: sabía que Prisco podía leer la respuesta en sus ojos. Era consciente de lo doloroso que le resultaba caminar, incluso con bastón. Conocía sus limitaciones. ¿Cómo iba a enfrentarse a un hombre tan corpulento como Dwayne, y armado con un cuchillo, sin salir mal parado? Y así había sido. Al parecer, estaba malherido.

Prisco se rió con amargura y apartó la vista de ella.

-No me extraña que casi salieras corriendo en la playa. No te parezco muy hombre, ¿eh? – Mia estaba atónita.

-¡Eso no es cierto! -protestó-. No es por eso por lo que...

-Hora de bajar a rayos X -anunció una enfermera, y acercó una silla de ruedas a la cama.

Prisco no esperó a que la enfermera lo ayudara. Se incorporó y se sentó él solo en la silla. La rodilla tenía que dolerle espantosamente al moverla, pero no dijo una palabra. Cuando miró a Mia, sin embargo, ella percibió todo su dolor en sus ojos.

-Vete a casa -dijo él con calma.

-Abajo están colapsados. Esto podría llevar un buen rato. Horas, incluso -informó la enfermera a Mia mientras empezaba a llevarse a Prisco-. No puede venir con él, así quédese fuera, en la sala de espera. Si quiere marcharse, él la llamará cuando acabe.

-No, gracias -dijo Mia. Se volvió hacia Prisco-. Alan, estás muy equivocado en lo de...

-Vete a casa -repitió él.

-No -contestó ella-. No, voy a esperarte.

-No lo hagas -dijo él. La miró justo antes de salir de la sala-. Y no me llames Alan.

Prisco volvió a la sala de urgencias en silla de ruedas y con los ojos cerrados. Las radiografías habían tardado una eternidad, y estaba convencido de que Mia se habría dado por vencida y se habría ido a casa.

Eran casi las ocho de la tarde. Todavía tenía que reunirse con el médico para hablar sobre lo que habían mostrado las radiografías. Pero Prisco ya las había visto y sabía lo que iba a decirle el médico. Su rodilla no estaba rota. Estaba inflamada y magullada. Quizá los ligamentos hubieran sufrido algún daño, pero era difícil saberlo: la herida y las posteriores operaciones la habían dejado hecha un lío.

El médico iba a recomendar que lo trasladaran al hospital de veteranos para nuevos exámenes y un posible tratamiento. Pero eso tendría que esperar. Tenía que ocuparse de Natasha y debía enfrentarse a un lunático llamado Dwayne.

-¿Adonde lo llevan? -era la voz musical de Mia.

Seguía allí, esperándolo, tal y como había dicho. Prisco no supo si sentirse aliviado o desilusionado. Mantuvo los ojos cerrados e intentó no preocuparse mucho.

-El doctor tiene que echar un vistazo a las radiografías -dijo la enfermera-. Pero esta noche estamos desbordados. Dependiendo de cómo vayan las cosas, podría tardar cinco minutos o dos horas.

-¿Puedo sentarme con él? -preguntó Mia.

-Claro -contestó la enfermera-. Igual puede esperar aquí que en cualquier otra parte.

Prisco sintió que colocaban torpemente su silla de ruedas y oyó alejarse a la enfermera. Luego notó los dedos frescos de Mia en la frente, apartándole el pelo de la cara.

-Sé que no estás dormido -dijo ella. Era tan agradable sentir su mano en el pelo... Prisco la agarró de la muñeca, abrió los ojos y la apartó de él.

-Tienes razón -dijo-. Sólo quiero olvidarme de todo.

Ella lo miraba con ojos que eran una mezcla perfecta de verde y marrón.

-Pues, antes de que te olvides de mí también, quiero que sepas que... no juzgo si alguien es o no un hombre basándome en su habilidad para convertir a un oponente en una masa sanguinolenta. Y hoy no he huido de ti en la playa.

Prisco volvió a cerrar los ojos.

-Mira, no tienes que explicarme por qué no quieres acostarte conmigo. Si no quieres, no quieres. Eso es lo único que necesito saber.

-Huía de mí misma -dijo ella en voz muy baja, con la voz algo quebrada.

Prisco levantó los párpados. Se le encogió el corazón al ver que Mia lo miraba con lágrimas en sus bellos ojos.

-Mia, no, de verdad, no pasa nada -no era cierto, pero habría dicho o hecho cualquier cosa con tal de no verla llorar.

-No, sí que pasa -dijo ella-. Quiero ser tu amiga, de verdad, pero no sé si puedo. Llevo aquí sentada un par de horas, dándole vueltas y... -sacudió la cabeza y una lágrima resbaló por su mejilla.

Prisco se perdió. Sentía tal tensión en el pecho que apenas podía respirar, y sabía la espantosa verdad. Se alegraba de que Mia lo hubiera esperado. Se alegraba de que hubiera ido al hospital. Sí, también lo avergonzaba que lo hubiera visto en aquel estado, pero al mismo tiempo su presencia le había hecho sentirse bien. Por primera vez desde hacía muchísimo tiempo, no se sentía solo.

Ahora, sin embargo, la había hecho llorar.

Alargó el brazo hacia ella y tocó su cara, enjugándole la lágrima con el pulgar.

-No es para tanto -susurró. Ella levantó la vista.

-¿No? -dijo. Cerró los ojos y apretó la mejilla contra la palma de su mano.

Volvió ligeramente la cabeza y rozó los dedos de Prisco con los labios. Cuando volvió a abrir los ojos, él vio un fuego arder en sus pupilas, un fuego blanco y abrasador. La dulzura, la inocencia infantil habían desaparecido de su cara. Mientras lo miraba, era toda una mujer, puro deseo femenino.

A él se le quedó al instante la boca seca.

-Me tocas, aunque sea así, y lo siento -dijo ella con voz ronca-. Esta química... es imposible hacer como si no existiera.

Tenía razón, y él no pudo reprimirse. Levantó la mano y la hundió en su cabello largo, oscuro y suave. Mia volvió a cerrar los ojos al sentir su caricia, y Prisco notó que el corazón comenzaba a latirle con violencia.

-Sé que tú también lo sientes -musitó ella.

Prisco asintió con la cabeza. Sí. Trazó con los dedos la curva suave de su oreja y dejó luego que la mano se deslizara hasta su cuello. Su piel era tan tersa como la seda.

Pero ella le agarró la mano, entrelazó sus dedos y se los apretó, y el hechizo se rompió.

-Pero, para mí, no basta con eso -le dijo-. Necesito algo más que química sexual. Necesito... amor.

Silencio. Un silencio gigantesco. Prisco sentía palpar su corazón y notaba el torrente de su sangre en las venas. Oía los ruidos que hacían otras personas en la sala de espera: conversaciones susurradas, un niño llorando suavemente... Oía a lo lejos un televisor, el traqueteo de una camilla vacía que alguien empujaba rápidamente por el pasillo.

-Eso no puedo dártelo -dijo.

-Lo sé -contestó ella con calma-. Por eso huí.

Le sonrió dulcemente, con una sonrisa llena de tristeza. La mujer seductora había desaparecido y había dejado tras ella a aquella muchacha amable, que quería más de lo que él podía darle y que sabía que no podía pedir nada. O que quizá sabía lo suficiente como para no querer pedir nada. Prisco no era ninguna ganga. Ni siquiera estaba de una pieza.

Mía le soltó la mano y él echó inmediatamente de menos el calor de su contacto.

-Veo que por fin te han aseado -dijo ella.

-Lo he hecho yo mismo -contestó él, asombrado porque pudieran hablar así después de lo que ella le había revelado-. He entrado en un cuarto de baño que hay cerca de rayos X y me he lavado.

-¿Y ahora qué va a pasar? -preguntó Mía.

¿Qué acababa de revelar? Nada, en realidad, pensándolo bien. Había admitido que la atracción que había entre ellos era poderosa. Le había dicho que buscaba algo más que sexo, que quería una relación basada en el amor. Pero no había dicho que quisiera que él la amara.

Quizás estuviera embelleciendo la verdad. Tal vez había omitido sencillamente cualquier referencia al hecho de que, aunque él fuera capaz de darle lo que quería, a ella no le interesaba en realidad mantener una relación con un inválido.

-El médico echará un vistazo a mis radiografías y me dirá que no hay nada roto -le dijo Prisco-. Nada que él pueda ver, por lo menos.

Se preguntaba si ella habría visto la pelea. ¿Había visto cómo Dwayne lo derribaba con un solo golpe certero lanzado a la rodilla? ¿Lo había visto caer a la acera como una piedra? ¿Había visto a Dwayne darle patadas mientras estaba allí tumbado, con la cara contra el cemento como un perro patético, demasiado necio para quitarse de en medio?

Y allí estaba otra vez, en una silla de ruedas. Había jurado no volver a sentarse en una, pero ahí había acabado.

-Maldita sea, teniente, cuando lo mandé a casa a descansar, me refería a que descansara, no a que se dedicara a pelearse por la calle -el capitán Steven Horowitz, vestido con su uniforme blanco de paseo, parecía relucir en medio de la triste sala de espera de urgencias. ¿Qué demonios estaba haciendo allí?-. El doctor Wright me ha llamado para decirme que un antiguo paciente mío estaba en urgencias, esperando que le hicieran una radiografía de la rodilla. Que tenía la rodilla hinchada y dañada por una herida anterior y que además tenía pinta de que le habían golpeado con un mazo. Pero, por lo visto, el paciente aseguraba que en la pelea en que se había metido no había intervenido ningún mazo -dijo Horowitz con los brazos cruzados sobre el pecho-. La pelea en la que se había metido. Y yo me he preguntado, ¿cuál de mis pacientes con rodillas lesionadas cometería la estupidez de meterse en una situación peligrosa, como una pelea, que podría dañar irremediablemente su pierna lesionada? Y me he acordado de Alan Francisco antes de que Wright mencionara su nombre.

-Yo también me alegro de verlo, Steve -dijo Prisco, y se pasó cansinamente la mano por el pelo, apartándose de la cara. Notaba que Mia lo miraba y que también observaba al capitán de la Marina.

-¿En qué estaba pensando?

-Permítame presentarle a Mia Summerton -dijo Prisco-. Mia, sé que vas a llevarte una desilusión, pero, a pesar de su aspecto, Steve no es un Power Ranger vestido de blanco. En realidad sólo es un médico de la Marina. Se llama Horowitz. Responde a «capitán», «doctor», «Steve» y, a veces, incluso a «Dios».

Steven Horowitz era varios años mayor que Prisco, pero tenía una vivacidad que le hacía parecer aún joven. Prisco notó que miraba con atención a Mia, que se fijaba atentamente en su pelo largo y oscuro, en su bello rostro y en el bonito vestido de flores, que dejaba al descubierto unos hombros suaves y morenos y los brazos, finos y elegantes. Vio que Steve miraba su camiseta ensangrentada y su cara amoratada. Sabía lo que estaba pensando el médico: ¿qué estaba haciendo aquella chica con él? Nada. Mia no estaba haciendo nada. Lo había dejado más que claro.

Horowitz se volvió hacia Prisco.

-He visto las radiografías. Creo que a lo mejor ha tenido suerte, pero no estaré seguro hasta que baje la inflamación -acercó una silla y observó la rodilla del antiguo SEAL mientras la palpaba ligeramente con los dedos.

Prisco sintió que empezaba a sudar. Por el raballo del ojo, vio que Mia se inclinaba como si fuera a tomarlo de la mano. Pero cerró los ojos y se negó a mirarla, a necesitarla.

Ella tomó su mano de todos modos y se la apretó con fuerza hasta que Steve acabó. Para entonces, Prisco estaba de nuevo empapado en sudor y sabía que su cara debía de parecer gris o quizás incluso verde. Soltó bruscamente la mano de Mia. De pronto se había dado cuenta de que estaba a punto de romperle los dedos.

-Está bien -dijo por fin Steve con un suspiro-. Quiero que te vayas a casa y que guardes reposo las próximas dos semanas -sacó su recetario del maletín de cuero que llevaba-. Voy a darte algo para que duermas...

-No pienso tomármelo -contestó Prisco-. Tengo... cosas de que ocuparme.

-¿Qué clase de cosas? – Prisco sacudió la cabeza.

-Es un asunto familiar. Mi hermana está metida en un lío. Lo único que necesita saber es que no voy a tomarme nada que me haga dormir. Pero no tengo inconveniente en tomar algún analgésico local.

Steven Horowitz se rió con fastidio.

-Si te lo doy, no le dolerá la rodilla. Y, si no le duele, se echará a correr y acabará causándose sabe Dios qué lesiones. No. De eso nada.

Prisco se inclinó hacia él y bajó la voz. Hubiera deseado que Mia no les oyera. Odiaba tener que admitir su debilidad.

-Steve, usted sabe que no se lo pediría si no me doliera de verdad. Lo necesito, hombre. Pero no puedo arriesgarme a tomar algo que me deje fuera de combate.

Los ojos del médico eran inexpresivos, de un azul pálido, pero por un instante Prisco vio un destello de calor y compasión tras su frialdad habitual. Steve sacudió la cabeza.

-Voy a arrepentirme de esto. Sé que voy a arrepentirme -escribió algo en su recetario-. Voy a darle también algo para que le baje la inflamación. Pero no abuse de ello -miró a Prisco con enojo-. A cambio, tiene que prometerme que no se levantará de la silla de ruedas durante las próximas dos semanas.

Prisco negó con la cabeza.

-No puedo prometerle eso -dijo-. De hecho, preferiría morirme a quedarme en esta silla un minuto más de lo necesario.

El doctor Horowitz se volvió hacia Mia.

-Ya tiene la rodilla dañada sin remedio. Es un milagro que pueda caminar. No puede hacer nada por mejorar el estado de su rodilla, pero sí que puede empeorarlo. ¿Hará usted el favor de intentar que entienda...?

-Sólo somos amigos -lo interrumpió ella-. No puedo obligarle a nada.

-Muletas -dijo Prisco-. Usaré muletas, pero no una silla, ¿de acuerdo?

No miró a Mia, pero no podía dejar de pensar en cómo se habían llenado sus ojos de lágrimas y en el modo en que le había hecho sentirse. Ella se equivocaba. Se equivocaba del todo. No lo sabía, pero tenía el poder de persuadirlo para que hiciera cualquier cosa.

Tal vez, incluso enamorarse de ella.

Mia detuvo el coche delante de la puerta de urgencias. Veía a Prisco a través de las ventanas del vestíbulo brillantemente iluminado, hablando con el médico. Éste le entregó una bolsa y luego se estrecharon la mano. El médico desapareció

rápidamente por el pasillo mientras Prisco se movía lentamente hacia la puerta automática, apoyado en sus muletas. La puerta se abrió con un susurro y él salió y miró a su alrededor. Mia abrió la puerta del coche y se levantó.

-¡Aquí! -notó su sorpresa. Aquél no era su coche. Era el doble de grande que el suyo. Prisco cabría dentro sin ningún problema-. Le he cambiado el coche a una amiga unos días -explicó.

Él no dijo una palabra. Puso la bolsa que le había dado el médico en el ancho asiento delantero y metió las muletas en la parte de atrás. Se subió con mucho cuidado, levantándose la pierna herida con las dos manos para meterla en el coche.

Mia se montó a su lado, encendió el potente motor y se apartó de la acera. Miró a Prisco.

-¿Qué tal tu rodilla?

-Bien -dijo él lacónicamente.

-¿De veras crees que Dwayne va a volver?

-Sí.

Mia esperó a que se explicara, pero él no continuó. Estaba claro que no tenía ganas de hablar. En realidad, nunca las tenía, claro. Pero, por alguna razón, la desenvoltura y la facilidad de sus conversaciones anteriores se habían desvanecido. Mia sabía que su rodilla no estaba bien. Sabía que le dolía mucho... y que el no haber podido derrotar a su oponente le dolía aún más.

Sabía que la rodilla herida y su incapacidad para andar sin bastón le hacían sentirse disminuido como hombre. Era una idiotez. Un hombre era mucho más que un par de piernas fuertes y un cuerpo atlético.

Era una idiotez, pero ella lo entendía. De pronto comprendió que la lista que había visto en la puerta de su nevera con todas las cosas que no podía hacer no era simplemente una queja llena de pesimismo, como había pensado al principio. Era una receta. Las instrucciones precisas para lograr el ensalmo mágico que volvería a convertirlo en un hombre. Saltar, correr, tirarse en paracaídas, estirar, doblar, extender... Hasta que pudiera hacer todas esas cosas y más, no se sentiría como un hombre.

Hasta que pudiera volver a hacer esas cosas... Pero eso no iba a ser posible. El médico militar había dicho que no iba a mejorar. Ésa era la verdad. Prisco había progresado todo cuanto podía... y era un milagro que pudiera caminar.

Mia metió el coche en el aparcamiento del complejo de apartamentos y estacionó. Prisco, naturalmente, no esperó a que lo ayudara a salir. Los verdaderos hombres no necesitaban ayuda.

A Mia se le encogió el corazón al verlo sacar las muletas del asiento de atrás. Él se las colocó bajo los brazos, agarró la bolsa que le había dado el médico y echó a andar hacia el patio.

Ella lo siguió más despacio.

Saltar, correr, tirarse en paracaídas, nadar, estirar, doblar, extender...

Aquello era imposible. El doctor Horowitz lo sabía. Mia lo sabía. Y sospechaba que, en el fondo, Prisco también lo sabía.

Entró tras él en el patio y apenas pudo soportar verlo subir penosamente las escaleras. Prisco se equivocaba. Se equivocaba por completo. Mudarse al bajo no le haría menos hombre. Y reconocer que tenía limitaciones físicas, que había cosas que ya no podía hacer, tampoco le haría menos hombre.

Pero empeñarse incansablemente en lo imposible, marcarse metas inalcanzables, condenarse al fracaso..., eso lo dejaría exhausto y acabaría por quemarlo. Le quitaría el último calor y el destello del ánimo, lo volvería un ser amargo, furioso, frío e incompleto. Menos que un hombre.

Capítulo 10

Sentado en el cuarto de estar, Prisco limpiaba su pistola.

Cuando, esa tarde, el encantador ex novio de Sharon había sacado la navaja, Prisco había sentido por primera vez desde hacía mucho tiempo la falta de un arma.

Naturalmente, llevarla encima significaba tener que ocultarla. Aunque tenía todas las licencias necesarias para llevarla donde se le antojara, no podía ponerse una pistolera a la cintura, como un poli o un pistolero del antiguo Oeste. Y una sobaquera lo obligaría a usar chaqueta, al menos en público. Y si llevaba chaqueta, tendría que ponerse también pantalones largos. Ni siquiera él podía llevar chaqueta con pantalones cortos.

Siempre podía hacer lo que hacía Blue McCoy, claro. Blue era oficial de la Brigada Alfa y segundo en el mando de la unidad SEAL. Rara vez se ponía otra cosa que pantalones cortos y una camisa de faena vieja y gastada de color verde oliva, con las mangas cortadas. Y siempre llevaba un arma en una sobaquera bajo la camisa, con el cuero suave directamente pegado a la piel.

Notó un pinchazo en la rodilla y miró el reloj. Eran casi las tres. Las tres de la madrugada.

Steve Horowitz le había dado unos cuantos frasquitos llenos con un potente analgésico local similar a la novocaína. Todavía no era hora de ponerse otra inyección, pero casi. Prisco se había puesto una a eso de las nueve, después de que Mia lo llevara a casa desde el hospital. Mia...

Sacudió la cabeza, decidido a pensar en cualquier cosa menos en Mia, de la que sólo lo separaban unos cuantos tabiques muy finos. Mia, con el pelo esparcido sobre la almohada, vestida únicamente con un provocativo camisón de algodón blanco. Sus labios bellos y suaves se abrirían ligeramente al dormir...

Sí, era un maestro a la hora de atormentarse. Llevaba allí sentado horas, sin pegar ojo, y había pasado la mayor parte de ese tiempo recordando, mejor dicho, reviviendo, el modo en que Mia lo había besado en la playa. Cielo santo, qué beso aquél...

Era improbable que volviera a tener ocasión de besarla así otra vez. Ella había dejado claro que no quería repetir. Si sabía lo que le convenía, él procuraría mantenerse alejado de Mia Summerton. Aunque, de todos modos, no sería difícil hacerlo. De allí en adelante, ella intentaría evitarlo.

De pronto oyó un golpe sordo en el dormitorio y se incorporó. ¿Qué demonios era eso?

Agarró sus muletas y su pistola y se movió lo más rápido que pudo por el pasillo hasta la habitación de

Tash.

Había comprado un televisor portátil barato. Era posiblemente la luz nocturna y la máquina de ruidos más cara del mundo. Su resplandor azulado iluminaba temblorosamente la habitación. Natasha estaba sentada en el suelo, junto a la cama, y se frotaba soñolienta los ojos y la cabeza. Gimoteaba, pero muy suavemente. Su voz apenas se oía por encima de los suaves murmullos del televisor.

-Pobre Tash, ¿te has caído de la cama? -le preguntó Prisco, y entró a duras penas por la estrecha puerta de la habitación. Puso el seguro de su arma y se la guardó en el bolsillo del pantalón-. Vamos, vuelve a subir. Te arroparé.

Pero, al levantarse, la niña se tambaleó, casi como si hubiera bebido demasiado, y volvió a sentarse en el suelo. Mientras Prisco la miraba, se tumbó y apoyó la frente contra la moqueta.

Prisco apoyó las muletas contra la cama y se agachó para tomarla en brazos.

-Tash, son las tres de la mañana. No hagas el tonto.

Santo Dios, estaba ardiendo. Prisco le tocó la frente, la mejilla, el cuello. Volvió a tocarla y rezó por equivocarse, por que estuviera simplemente sudorosa a causa de una pesadilla. Pero cada vez que la tocaba se convencía más: Natasha tenía fiebre, fiebre muy alta.

La levantó en brazos y la puso en la cama.

¿Cómo había podido ocurrir aquello? Había pasado bien todo el día. Había dado su clase de natación con su entusiasmo de costumbre. Se había metido en el agua una y otra vez, con su energía habitual. Sí, estaba dormida cuando habían vuelto del hospital, pero Prisco lo había atribuido al cansancio y a la agitación del día. Seguramente, ver a su tío Prisco apaleado por el ogro de Dwayne la había dejado agotada.

Tenía los ojos entrecerrados, apoyaba la cabeza contra la almohada como si le doliera y seguía haciendo aquel ruido extraño y quejumbroso.

Prisco estaba aterrado. Intentó calcular por el tacto cuánta fiebre tenía, y le pareció que ardía peligrosamente.

-Tasha, hábame -dijo, sentado junto a ella en la cama-. Dime qué te pasa. Dime qué síntomas tienes.

Dios, qué cosas decía. «Dime qué síntomas tienes». Tasha tenía cinco años, no sabía qué demonios era un síntoma. Y, al parecer, ni siquiera sabía que su tío estaba allí, no podía oírlo, ni verlo.

Él había recibido entrenamiento médico, pero sólo sabía primeros auxilios. Podía arreglárselas con heridas de bala, de arma blanca, quemaduras y laceraciones. Pero con una niña enferma con la fiebre por las nubes...

Tenía que llevar a Natasha al hospital.

Podía llamar a un taxi, pero no podría bajar a la niña por las escaleras. Apenas se sostenía en pie con las muletas. No podría bajar con la niña en brazos. Sería demasiado peligroso intentarlo. ¿Y si se le caía?

-Enseguida vuelvo, Tash -dijo y, agarrando las muletas, se dirigió a la cocina, donde guardaba la guía telefónica.

La abrió y buscó el número de la compañía local de taxis. Marcó rápidamente. La línea sonó al menos diez veces antes de que alguien descolgara.

-Taxi Amarillo.

-Sí -dijo Prisco-, necesito un taxi enseguida. Calle Midfield, 1210, apartamento 2ºC. Es el complejo de apartamentos de la esquina de Midfield y Harris.

-¿Destino?

-El hospital municipal. Mire, necesite que el conductor venga hasta la puerta. Tengo una niña pequeña con fiebre y necesito que la baje...

-Lo siento, señor. Nuestros conductores no abandonan sus vehículos. Lo esperará en el aparcamiento.

-¿Es que no ha oído lo que acabo de decirle? Es una emergencia. Tengo que llevar a la niña al hospital -Prisco se pasó la mano por el pelo mientras intentaba refrenar su ira y su frustración-. No puedo bajarla por las escaleras yo mismo. Estoy... -casi se atragantó al pronunciar las palabras- discapacitado físicamente.

-Lo siento, señor. La norma concierne a la seguridad de nuestros conductores. Pero el taxi que ha pedido llegará aproximadamente dentro de noventa minutos.

-¿Noventa minutos? ¡No puedo esperar noventa minutos!

-¿Cancelo su petición?

-Sí -Prisco colgó bruscamente el teléfono, maldiciendo en voz alta. Volvió a levantarlo y marcó rápidamente el 911. Pareció pasar una eternidad antes de que alguien contestara.

-¿De qué se trata?

-Tengo una niña de cinco años con mucha fiebre.

-¿Respira la niña?

-Sí...

-¿Sangra?

-No, le he dicho que tiene fiebre...

-Lo siento, señor. Tenemos muchas llamadas prioritarias y un número de ambulancias limitado. Llegarán antes al hospital si la lleva usted mismo.

Prisco luchó por reprimir las ganas de maldecir.

-No tengo coche.

-Bueno, puedo ponerlo en la lista, pero dado que no se trata de una situación de vida o muerte per se, se arriesga a que su petición quede continuamente relegada a medida que entren nuevas llamadas -dijo la mujer-. Suele haber menos jaleo al amanecer.

Al amanecer.

-Olvídelo -dijo Prisco, y colgó no muy amablemente.

¿Y ahora qué?

Mía. Iba a tener que pedirle ayuda a Mía.

Recorrió el pasillo lo más rápido que pudo hasta la habitación de Tasha. La niña tenía los ojos cerrados, pero se movía espasmódicamente. Seguía estando muy caliente al tacto. Quizás incluso más que antes.

-Aguanta, pequeña -dijo Prisco-. Aguanta, princesa. Enseguida vuelvo.

Empezaba a moverse con bastante destreza con las muletas. Entró en el cuarto de estar y salió al corredor antes de tener siquiera tiempo para pensar.

Pero, mientras llamaba una y otra vez al timbre de Mía, mientras abría la mosquitera y aporreaba la pesada puerta de madera, mientras esperaba a que abriera, no pudo evitar preguntarse qué demonios estaba haciendo. Acababa de pasar seis horas diciéndose que tenía que mantenerse alejado de aquella mujer. Mía no lo quería, se lo había dejado más que claro. Y allí estaba él, aporreando su puerta en plena noche, listo para humillarse aún más pidiéndole que lo ayudara a bajar a una niña pequeña por las escaleras.

La luz se encendió dentro del apartamento. Ella abrió la puerta antes de acabar de ponerse la bata.

-Alan, ¿qué ocurre?

-Necesito tu ayuda -ella nunca sabría cuánto le había costado pronunciar aquellas palabras. Sólo por Natasha le habría pedido ayuda. Si hubiera sido él quien ardiera de fiebre, no habría recurrido a ella. Preferiría haberse muerto-. Tasha está enferma, tiene mucha fiebre. Quiero llevarla al hospital.

-Está bien -dijo Mía sin vacilar-. Espera, voy a ponerme unos pantalones y unas zapatillas y acerco el coche a las escaleras.

Volvió a su dormitorio para vestirse, pero él la detuvo.

-Espera.

Mía volvió a la puerta. Prisco estaba de pie al otro lado de la mosquitera, con las muletas bajo los brazos. Miraba la moqueta, no a ella. Cuando levantó la vista, la ira cristalina que solía haber en su mirada había desaparecido y tras ella sólo había quedado una profunda vergüenza. Apenas podía sostenerle la mirada. Apartó los ojos, pero se obligó a levantarlos de nuevo, y esa vez la miró fijamente.

-No puedo bajarla por las escaleras.

Mía tenía el corazón en la garganta. Sabía cuánto le había costado decir aquello, y no quería meter la pata al contestar. No quería quitarle hierro al asunto, pero tampoco quería avergonzarlo más por darle demasiada importancia.

-Claro que no -dijo con calma-. Sería peligroso intentarlo con las muletas. Voy por el coche y vuelvo a subir para recoger a Natasha.

Él asintió una vez con la cabeza y desapareció.

Ella había dicho lo correcto, pero no había tiempo para disfrutar del alivio. Mia entró corriendo en su dormitorio y se cambió de ropa.

-¿Una infección de oído? -repitió Prisco con la mirada fija en el médico de urgencias.

El doctor era un interno que aún no había cumplido los treinta años, pero tenía unos modales que recordaban a los de un antiguo médico de campo, unos ojos azules que brillaban y una sonrisa cálida.

-Ya le he puesto un antibiótico y algo para que le baje la fiebre -dijo, mirando a Prisco y a Mia-, además de un descongestionante. Eso la mantendrá fuera de combate un tiempo. No se extrañen si mañana duerme hasta más tarde de lo normal.

-¿Eso es todo? -preguntó Prisco-. ¿Sólo una infección de oído? -miró a Tasha, que estaba profundamente dormida, acurrucada en la cama del hospital. Parecía muy pequeña y frágil, con el pelo rojizo sobre las sábanas blancas.

-Puede que durante un día o dos siga experimentando ese aturdimiento del que me ha hablado usted -le dijo el médico-. Manténgala en la cama, si pueden, y asegúrense de que se acaba todo el frasco de antibiótico. Ah, y pónganle taponos en los oídos la próxima vez que vaya a nadar, ¿de acuerdo?

Prisco asintió con la cabeza.

-¿Seguro que no es mejor dejarla aquí un tiempo?

-Creo que estarás más a gusto en casa -contestó el joven doctor-. Además, la fiebre ya le ha bajado. Llámenme si no sigue mejorando.

Una infección de oído. No una meningitis. Ni una apendicitis. Ni la escarlatina, ni una neumonía. Prisco aún no se hacía a la idea. Tash iba a ponerse bien. Una infección de oído no hacía peligrar su vida. La niña no iba a morir. Prisco apenas podía creerlo. No lograba sacudirse la opresión que notaba en el pecho, un miedo increíble, una sensación de completa impotencia.

Notó que Mia le tocaba el brazo.

-Vamos a llevarla a casa -dijo ella con calma.

-Sí -respondió Prisco, y miró a su alrededor intentando rehacerse mientras se preguntaba cuándo iba a calar en él aquel alivio y cuándo se disiparía aquella extraña sensación de crispación y temor-. Ya he pasado aquí suficiente tiempo por hoy.

El trayecto a casa se le hizo más corto de lo que recordaba. Vio a Mia subir a Tash por las escaleras y meterla en su piso. Dejó a la niña dormida en la cama y la tapó con la sábana y una manta ligera. Prisco la observaba intentando no pensar que se estaba ocupando de Tasha porque él no podía.

-Tú también deberías intentar dormir un poco -dijo Mia en voz baja cuando iban por el pasillo, camino del cuarto de estar-. Ya casi es de día.

Prisco asintió con la cabeza.

Mia se quedó en la puerta, con la cara entre las sombras, mirándolo.

-¿Estás bien?

No, no estaba bien. Él asintió.

-Sí.

-Entonces, buenas noches -ella abrió la mosquitera.

-Mia...

Mia se detuvo y se volvió para mirarlo. No dijo nada, sólo esperó a que él hablara.

-Gracias -su voz sonó ronca y, para horror suyo, notó que de pronto tenía lágrimas en los ojos. Pero aún estaba oscuro y ella no podía notarlos.

-De nada -contestó Mia en voz baja, y cerró la puerta.

Ella desapareció, pero las lágrimas que inundaban los ojos de Prisco no. No pudo evitar que se derramaran y le cayeran por las mejillas. Se le escapó un sollozo, tembló y a aquel primer sollozo siguieron otros, más rápidos e intensos, hasta que se encontró llorando como un niño.

Había creído que Tasha iba a morir.

Se había sentido totalmente aterrorizado. Él, Prisco, aterrorizado. Había participado en misiones de rescate y en expediciones de espionaje en territorio enemigo, en lugares donde podían haberlo matado simplemente por ser estadounidense. Se había sentado en cafeterías y había comido rodeado de personas que no habrían vacilado en cortarle el cuello si hubieran sabido su verdadera identidad. Se había infiltrado en una fortaleza terrorista y había recuperado un alijo de armas nucleares robadas. Había mirado a la muerte a los ojos más de una vez. En todas esas ocasiones, había sentido bastante miedo; sólo un tonto no lo habría sentido. Aquel miedo tenía un filo agudo, que lo mantenía alerta y en pleno dominio de sí mismo. No era nada comparado con el terror puro, desesperado, que había sentido esa noche.

Regresó a trompicones al santuario de su dormitorio, incapaz de contener el llanto. No quería llorar, maldición. Tasha estaba a salvo, se encontraba bien. Él debería tener suficiente control sobre sus emociones para impedir que la intensidad de su alivio lo dejara en aquel estado.

Apretó los dientes y procuró dominarse. Pero perdió la batalla.

Sí, Tasha estaba a salvo. De momento. Pero ¿y si no hubiera podido llevarla al hospital? El médico había dicho que era una suerte que la hubiera llevado a tiempo. La fiebre estaba a punto de volverse peligrosamente alta. ¿Y si Mia no hubiera estado en casa? ¿Y si no hubiera podido bajar a Tasha por las escaleras? ¿Y si, durante el tiempo que había pasado intentando encontrar un modo de llevarla al hospital, la fiebre le hubiera subido aún más? ¿Y si su incapacidad para hacer algo tan sencillo bajar a una niña por un tramo de escaleras hubiera puesto en peligro la vida de su sobrina? ¿Y si Tasha hubiera muerto porque él vivía en el segundo piso? ¿Y si hubiera muerto porque era demasiado orgulloso para admitir la verdad: que tenía una discapacidad física?

Esa noche había pronunciado aquellas palabras al hablar con el operador de la empresa de taxis. «Estoy físicamente discapacitado». Ya no era un SEAL. Era un lisiado con bastón que podía haber dejado morir a una niña por su maldito orgullo.

Prisco se sentó en la cama y se abandonó al llanto.

Mia oyó un ruido extraño al dejar su bolso encima de la mesa de la cocina. Lo levantó y volvió a ponerlo sobre la mesa. Oyó de nuevo aquel ruido. ¿Qué llevaba allí dentro?

Se acordó antes incluso de abrir la cremallera. La medicina de Tasha. Frisco había comprado el antibiótico en la farmacia del hospital, que abría las veinticuatro horas.

Mia la sacó del bolso y la miró con atención. Tash no debía tomar otra dosis hasta poco antes de mediodía, a menos que se despertara antes.

Sería mejor que se la llevara Frisco cuanto antes, en lugar de esperar.

Salió del apartamento y se acercó al de Frisco. Todas las ventanas estaban a oscuras. Maldición. Abrió la mosquitera, haciendo una mueca al oír su chirrido, y probó con el pomo de la puerta.

Estaba abierta.

Entró despacio, sigilosamente. Se metió de puntillas en la cocina, dispuesta a poner la medicina en la nevera y...

¿Qué era eso? Mia se quedó helada.

Era un sonido extraño, un sonido suave. Mia se quedó muy quieta, sin hacer ruido, sin atreverse apenas a respirar mientras aguzaba el oído. Allí estaba. Era el sonido de una respiración agitada, de un llanto casi silencioso. ¿Se había despertado Tasha? ¿Estaba ya Frisco tan profundamente dormido que no la oía?

Recorrió silenciosamente el pasillo hasta el dormitorio de Tasha y echó un vistazo.

La pequeña estaba dormida y respiraba lenta y rítmicamente.

Mia volvió a oír aquel ruido y, al volverse, vio a Prisco a la luz tenue que se filtraba por las persianas de su habitación. Estaba sentado en la cama, doblado sobre sí mismo como si le doliera algo, con los codos apoyados en las piernas. Con una mano se cubría la cara. Era la imagen misma de la desesperación.

El ruido que ella había oído... procedía de Prisco. Alan Francisco estaba llorando.

Mia se quedó atónita. Nunca, ni en un millón de años, hubiera esperado verlo llorar. Lo creía incapaz de liberar sus emociones de manera tan visible y expresiva. Habría esperado que lo interiorizara todo, o que negara sus sentimientos.

Pero estaba llorando.

Sintió que el corazón se le rompía por él y retrocedió en silencio. Sabía instintivamente que él se sentiría avergonzado y humillado si llegaba a enterarse de que ella había contemplado aquel derrumbe emocional.

Mia regresó sin hacer ruido al cuarto de estar, salió del apartamento y cerró la puerta conteniendo el aliento.

¿Y ahora qué?

No podía regresar a su casa sabiendo que él estaba a solas con su dolor y sus miedos. Además, seguía llevando en la mano la medicina de Tasha.

Respiró hondo, consciente de que, si Prisco abría la puerta, podía muy bien recoger la medicina y dejarla a ella fuera. Pero aun así llamó al timbre.

Sabía que él lo había oído, pero no se encendió ninguna luz, nada se movió. Abrió la mosquitera y llamó a la puerta. Después la abrió unos centímetros.

-¿Alan?

-Sí -su voz sonó ronca-. Estoy en el cuarto de baño. Espera, enseguida salgo.

Mia entró de nuevo y cerró la puerta. Se quedó allí parada, apoyada contra la puerta, preguntándose si debía encender las luces. Oyó correr el grifo del lavabo del baño y se imaginó a Prisco lavándose la cara con agua helada y rezando por que ella no notara que había estado llorando. Dejó las luces apagadas.

El no hizo ademán de encenderlas cuando por fin apareció al fondo del pasillo a oscuras. No dijo nada. Se quedó allí parado.

-Yo... eh... tenía la medicina de Tasha en el bolso -dijo Mia-. He pensado que era mejor traértela ahora en vez de esperar a... mañana.

-¿Quieres una taza de té?

Su pregunta, formulada en voz baja, la pilló completamente por sorpresa. No había imaginado que, entre todas las cosas que podía decirle, la invitara a quedarse a tomar una taza de té.

-Sí -dijo ella-, me gustaría.

Las muletas de Prisco chirriaron cuando entró en la cocina. Mia lo siguió, indecisa.

Él no encendió la lámpara del techo. No hacía falta. La luz del aparcamiento entraba a raudales por la ventana de la cocina. Era una luz plateada que proyectaba sombras sobre las paredes, pero era suficiente para ver.

Mientras él llenaba la tetera con agua del grifo, Mia abrió la puerta de la nevera y puso la medicina dentro. Al cerrarla, vio la lista que Prisco tenía allí, la lista de todas las cosas que ya no podía hacer..., la lista de las cosas que, a su modo de ver, le impedían ser un hombre.

-Sé que ha sido duro para ti ir a pedirme ayuda esta noche -dijo en voz baja.

Él llevó la tetera a la placa de la cocina, apoyándose sólo en su muleta derecha, y la puso encima. No dijo una palabra hasta que hubo encendido el quemador. Entonces se volvió para mirarla.

-Sí -dijo-, ha sido duro.

-Pero me alegra que lo hicieras. Me alegra haber podido ayudar.

-La verdad... -se aclaró la garganta y empezó de nuevo-. La verdad es que creía que iba a morir. Estaba aterrorizado.

Su franqueza sorprendió a Mia. «Estaba aterrorizado». Otra sorpresa. Nunca hubiera esperado que Prisco admitiera aquello. Nunca. Claro que aquel hombre no había dejado de sorprenderla desde el principio.

-No sé cómo lo soportan los padres -dijo él, y bajó la tapa de la tetera, como si así el agua fuera a calentarse antes-. Porque tienes un hijo al que quieres más que a tu propia vida, ¿no? Y de pronto está tan enfermo que no puede ni tenerse en pie -su voz se crispó-. Lo que me desespera es que, si hubiera sido la única persona que quedara en el mundo, si hubiera dependido sólo de mí, no habría podido llevarla al hospital. Seguiría aquí, intentando averiguar cómo bajarla por esas escaleras -se volvió de pronto y dio un manotazo sobre la encimera, lleno de ira y frustración-. ¡Odio sentirme tan impotente!

Sus hombros parecían tensos; su cara, llena de amargura. Mia cruzó los brazos para no extenderlos hacia él.

-Pero no eres la única persona que queda en el mundo. No estás solo.

-Pero no puedo hacer nada.

-Claro que sí -respondió ella-. Eso era antes. No podrías hacer nada si te negaras a pedir ayuda. — Él se echó a reír con un resoplido amargo.

-Sí, ya...

-Sí -dijo ella con firmeza-. Exacto. Piénsalo, Alan. Hay muchas cosas que no hacemos nosotros mismos, cosas que seguramente no podríamos hacer. Mira tu camiseta -le ordenó mientras se acercaba. Extendió la mano y tocó la suave tela de algodón de su camiseta. La levantó, le dio la vuelta y expuso a la luz de la ventana el dobladillo cosido a máquina-. Esta camiseta no la has hecho tú, ¿verdad? Ni has hilado el algodón para confeccionar la tela El algodón crece en los campos. Lo sabías, ¿no? Un montón de gente ha hecho algo para que esa plantita esponjosa se convierta en esta camiseta. ¿Significa eso que eres un inútil porque no la has hecho tú mismo?

Mia estaba muy cerca de él. Sentía su olor masculino y almizcleño, mezclado con un delicioso perfume a desodorante y loción para afeitar algo decadente. Él la miraba. La luz de la ventana proyectaba sombras sobre su cara y hacía más duros y ásperos sus rasgos. Sus ojos brillaban y, aunque en ese momento resultaba imposible precisar su color, el ardor que había en ellos no necesitaba de luz alguna para dejarse ver.

Ella soltó la camiseta, pero no retrocedió. No quería hacerlo, aunque ello significara arder espontáneamente bajo el fuego de sus ojos.

-Así que... ¿qué importa que no puedas hacerte tu propia ropa? -continuó-. La buena gente de Fruit of the Loom y de Levi's la hace por ti. ¿Qué importa que no puedas bajar a Tasha por las escaleras? Yo la bajaré por ti.

Prisco sacudió la cabeza.

-No es lo mismo.

-Es exactamente lo mismo.

-¿Y si no estás en casa? ¿Qué pasará entonces?

-Que llamarás a Thomas. O a tu amigo... como se llame... Lucky. En lugar de eso - señaló la lista de la nevera-, deberías tener una lista de dos páginas de amigos a los que puedes llamar para pedirles ayuda. Porque sólo estás indefenso si no tienes a nadie a quien acudir.

-¿Y correrán por la playa en mi lugar? -preguntó Prisco con voz tensa. Se acercó a ella, situándose peligrosamente cerca. Su cuerpo estaba a un suspiro del de Mia, y ella sentía su aliento, caliente y dulce, en el pelo-. ¿Volverán a ponerse en forma por mí? ¿Volverán a ser un SEAL en servicio activo por mí? Y luego ¿me acompañarán en mis misiones y correrán cuando corra y nadarán contra una corriente de dos nudos cuando tenga que nadar? ¿Saltarán de un avión a altitud elevada por mí? ¿Lucharán cuando tenga que luchar y se moverán sin hacer ruido cuando tenga que ser sigiloso? ¿Harán todas las cosas que tendría que hacer para mantenernos vivos a mí y a los hombres de mi unidad?

Mia se quedó callada.

-Sé que no lo entiendes -dijo él. La tetera empezó a sisear y a silbar con un sonido agudo y triste. Se apartó de Mia y se acercó al fogón.

No la había tocado, pero su presencia y su cercanía habían sido casi palpables. Ella se tambaleó levemente como si él la hubiera estado sujetando, retrocedió y se sentó en una de las sillas de la cocina. Mientras lo miraba, Prisco apartó la tetera del fuego y sacó dos tazas de un armario.

-Ojalá pudiera hacerte entender.

-Inténtalo.

Él se quedó callado mientras abría de nuevo el armario y sacaba dos bolsitas de té. Puso una en cada taza. Luego sirvió el agua humeante de la tetera. Dejó ésta en el fogón y parecía enfrascado en remojar las bolsitas de té cuando comenzó a hablar entrecortadamente.

-Ya sabes que crecí aquí, en San Felipe -dijo-. También te dije que mi infancia no fue precisamente un lecho de rosas. Pero eso es quedarse corto. La verdad es que fue espantosa. Mi padre trabajaba en un barco pesquero... cuando no estaba tan borracho que no podía levantarse de la cama. Era exactamente como vivir en un episodio de Las desventuras de Bea-ver o de Papá lo sabe todo -la miró y el músculo de su mandíbula se tensó-. Voy a tener que pedirte que llesves las tazas al cuarto de estar por mí.

-Claro -Mia lo miró por el rabillo del ojo-. No ha sido tan difícil, ¿no?

-Sí, lo ha sido -con las dos muletas firmemente apoyadas bajo los brazos, Prisco entró delante de ella en el cuarto de estar. Sólo encendió una lámpara, que dejó la habitación envuelta en un suave resplandor casi dorado.

-Perdóname un minuto -dijo, y desapareció por el pasillo, camino de su cuarto.

Mia dejó las tazas sobre la mesa baja que había delante del sofá de cuadros y se sentó.

-Quería ver cómo estaba Tash -dijo Prisco al volver al cuarto de estar-. Y quería traer esto -sostenía una bolsa de papel: la bolsa que le había dado el médico en el hospital.

Hizo una mueca al sentarse al otro lado del largo sofá y levantar la pierna herida para apoyarla en la mesa. Mientras Mia lo observaba, abrió la bolsa y sacó una jeringuilla y un frasquito.

-Tengo que tener la pierna en alto. Espero que no te importe que haga esto aquí.

-¿Qué vas a hacer exactamente?

-Esto es un analgésico local, una especie de novocaína -explicó él mientras llenaba la jeringuilla con el líquido transparente-. Voy a inyectármelo en la rodilla.

-¿Vas a inyectártelo en...? – Estás de broma.

-Cuando era un SEAL, recibí entrenamiento médico -dijo él-. Steve me puso una inyección de cortisona en el hospital, pero tardará en actuar algún tiempo. Esto tiene un efecto casi inmediato. El problema es que desaparece a las pocas horas y tengo que volver a pincharme. Aun así, embota el dolor sin afectar al sistema nervioso central.

Mia apartó los ojos-. Era incapaz de mirar mientras él se clavaba la aguja en la pierna.

-Lo siento -murmuró Prisco-. Pero estaba otra vez a punto de cruzar la línea del dolor insoportable.

-Creo que yo no podría ponerme una inyección -reconoció Mia.

Él la miró con la boca torcida en una especie de sonrisa.

-Bueno, tampoco es que a mí me guste hacerlo, pero ¿te imaginas lo que podría haber pasado esta noche si me hubiera tomado el calmante que quería recetarme Steve? No habría oído a Tasha caerse de la cama. Seguiría ahí, en el suelo, y yo estaría babeando, inconsciente, en mi cama. De este modo se me adormece la rodilla, pero no el cerebro.

-Una filosofía interesante para un hombre que se emborracha para dormir dos noches seguidas.

Prisco sintió que su rodilla empezaba a insensibilizarse. Volvió la cabeza a un lado y a otro para relajar los hombros y el cuello.

-Vaya, no te andas con rodeos, ¿eh?

-Las cuatro y media de la madrugada no es hora para charlar cortésmente -repuso ella. Luego dobló las piernas sobre el sofá y bebió un sorbo de té-. Si no puede uno ser sincero a las cuatro y media, ¿cuándo va a serlo?

Prisco se frotó el cuello.

-Si quieres una verdad sin tapujos, ahí va una que lo es lo mismo a las cuatro y media que a mediodía: como te dije antes, ya no bebo.

Ella lo observaba con sus ojos castaños, aunque Prisco no sabía qué estaba buscando. Sintió el impulso de darse la vuelta y cubrirse la cara, temeroso de que viera los rastros delatores de sus lágrimas recientes. Pero se obligó a sostenerle la mirada.

-No creo que seas capaz de dejarlo por las buenas -contestó ella finalmente-. Así, sin más. Mírate. Sé que estás sobrio, pero...

-La noche que nos conocimos, no me pillaste precisamente en mi mejor momento. Estaba... celebrando mi licencia de la Marina, brindando por su falta de fe en mí -recogió su taza de té y bebió un sorbo. Estaba demasiado caliente y se quemó-. Te dije... que no tengo costumbre de beber tanto. No soy como Sharon. Ni como mi padre. Él era un canalla. Tenía dos facetas: o estaba bebido y furioso, o estaba con resaca y furioso. En cualquier caso, Sharon, mis hermanos varones y yo aprendimos a mantenernos alejados de él. Pero a veces alguno acababa en el lugar equivocado en el momento equivocado, y nos daba una paliza. Solíamos sentarnos horas y horas, inventando mentiras para explicar a nuestros amigos cómo nos habíamos hecho los moratones y cómo habíamos acabado con los ojos morados -soltó un bufido-. Como si no supieran lo que pasaba. La mayoría vivía el mismo infierno.

¿Sabes?, yo muchas veces fingía que no era mi padre en realidad. Me inventé una historia en la que yo era una especie de criatura marina que había quedado enredada en sus redes un día que él había salido con el pesquero.

Mia sonrió.

-Como Tasha cuando finge ser una princesa rusa.

Su sonrisa era hipnótica. Prisco apenas podía pensar en otra cosa que no fuera el tacto de sus labios y en cuánto deseaba experimentar de nuevo aquella dulce sensación. Resistió el impulso de alargar la mano y tocar su bella cara. Ella miró hacia otro lado y su sonrisa se desvaneció. De pronto parecía tímida, como si supiera lo que él estaba pensando.

-Así que allí estaba yo -prosiguió Prisco-, con diez años y viviendo una pesadilla en casa. Fue ese año, el año que estaba en cuarto curso, cuando empecé a pasarme horas montando en bici para salir de casa.

Ella lo escuchaba con atención, con la mirada fija en su taza, como si ésta contuviera la respuesta a todas sus preguntas. Se había quitado las zapatillas, que estaban en el suelo, frente a ella. Tenía las esbeltas piernas dobladas sobre el sofá, provocativamente suaves y bronceadas. Llevaba una sudadera gris con capucha y unos pantalones cortos. En el hospital la llevaba abrochada, pero en algún momento desde su regreso se había bajado la cremallera. La camisa que llevaba debajo era blanca y suelta, con un pequeño volante en la parte de arriba.

Prisco comprendió de pronto que era el camisón. Se había puesto la ropa encima del camisón, se había remetido éste en los pantalones y se lo había tapado con la sudadera.

Mia lo miró, esperando a que continuara.

Prisco carraspeó para aclarar el súbito nudo de deseo que notaba en la garganta y siguió hablando.

-Un día hice con la bici un par de kilómetros por la costa, hasta una de las playas donde los SEAL suelen hacer sus ejercicios de entrenamiento. Fue asombroso ver a aquellos tipos -sonrió al recordar que había pensado que los SEAL estaban locos la

primera vez que los vio en la playa-. Siempre estaban mojados. Hicieran lo que hiciesen, y fuera cual fuese el tiempo, los instructores siempre los hacían lanzarse al agua primero para que se empaparan. Luego reptaban boca abajo por la playa y se embadurnaban de arena, hasta la cara y el pelo, por todas partes. Y después corrían veinte kilómetros arriba y abajo por la playa. Eran increíbles. Para un chaval de diez años, era muy divertido. Pero, aunque yo no era más que un crío, veía más allá de todas aquellas payasadas. Sabía que, fuera lo que fuese lo que consiguieran con aquellas pruebas interminables y durísimas, tenía que ser fantástico.

Mia se había vuelto ligeramente para mirarlo. Quizá fuera porque él sabía que llevaba el camisón bajo la ropa, o quizá porque era la hora más oscura y peligrosa de la noche, pero allí sentada parecía un sueño. Estrecharla en sus brazos y hacerle el amor sería una escapada deliciosa de todo su dolor y frustración, aunque fuera pasajera.

Prisco sabía sin asomo de duda que un solo beso derretiría la cautela y la reserva de Mía. Sí, era buena chica. Sí, quería algo más que sexo. Quería amor. Pero ni siquiera las buenas chicas eran capaces de sustraerse al deseo dulce y ardiente. Él podía demostrarle, y convencerla con un solo beso, que a veces el sexo, practicado por simple placer y pasión, era suficiente.

Pero, curiosamente, quería más de aquella mujer que la ardiente satisfacción de una descarga sexual. Curiosamente, quería que ella entendiera cómo se sentía: sus frustraciones, su ira, sus miedos más oscuros.

«Inténtalo», había dicho ella. Y él lo estaba intentando.

-Empecé a ir todos los días a la base naval -continuó, obligándose a concentrarse en los grandes ojos verdes de Mia en lugar de en la suavidad de sus muslos-. Siempre rondaba por allí. Me colaba en un bar al que solían ir los marinos fuera de servicio para escuchar sus historias. Los SEAL no iban mucho por allí, pero cuando iban, Dios, cuánto respeto les demostraban... Tanto los soldados rasos como los oficiales. Tenían un aura de grandeza y yo estaba convencido, junto con el resto de la Marina, de que aquellos tipos eran dioses.

Los observaba cada vez que tenía ocasión, y me fijé en que, aunque la mayoría no vestía uniforme, todos llevaban el mismo alfiler. Lo llamaban Budweiser. Era un águila con una ametralladora en una garra y un tridente en la otra. Descubrí que conseguían ese alfiler después de pasar un curso de entrenamiento intensivo muy duro. La mayoría de ellos no lo superaba, y en algunas clases abandonaba hasta el noventa por ciento de los alumnos. Era un programa de semanas y semanas de tortura organizada, y sólo los hombres que llegaban hasta el final conseguían ese alfiler y se convertían en SEAL.

Mia seguía mirándolo como si él le estuviera contando la historia más fascinante del mundo, así que Prisco prosiguió.

-Entonces, un día -continuó-, poco antes de cumplir doce años, vi que los SEAL que se estaban entrenando se dirigían con sus lanchas inflables hacia las rocas que hay cerca del hotel Coronado. Era el final de la primera fase del curso de entrenamiento. A esa semana se la llama «la semana del infierno», porque es realmente un infierno.

Estaban agotados, se les notaba en la cara y en cómo iban sentados en las barcas. Yo estaba seguro de que iban a morir todos. ¿Has visto las rocas que hay por allí? -ella negó con la cabeza-. Son muy peligrosas. Aserradas. Y allí las olas son siempre muy fuertes, lo cual no es buena combinación. Pero vi que aquellos tipos agachaban la cabeza y lo hacían. Podrían haber muerto. Los hay que han muerto haciendo ese ejercicio.

A mi alrededor, oía a los turistas y a los mirones que había por allí haciendo ruido, preguntándose en voz alta por qué aquellos hombres arriesgaban sus vidas cuando podían ser marinos rasos en la Marina regular y no tener que ponerse en peligro de ese modo -Prisco se inclinó hacia Mia, ansioso porque lo entendiera-. Y yo me quedé allí parado. Era sólo un niño, pero lo entendía. Entendía el por qué. Si esos tipos lo conseguían, serían SEAL. Tendrían aquel alfiler y podrían entrar en cualquier base militar del mundo y ser respetados automáticamente. Y, lo que era aún mejor, se respetarían a sí mismos. ¿Conoces ese viejo dicho, «Vayas donde vayas, allí estás»? Pues yo sabía que, fueran donde fuesen, al menos un hombre les respetaría, y el respeto de ese hombre era lo más importante de todo.

Incapaz de seguir con la mirada apartada, Mia volvió a fijar los ojos en él. Se lo imaginaba de niño, con las mejillas lisas, el cuerpo menudo y flaco y aquellos inmensos ojos azules llenos de una sabiduría imposible, a pesar de su tierna edad. Se lo imaginaba escapando de aquella espantosa infancia y de un padre que lo maltrataba, buscando un lugar del que pudiera sentirse parte, un lugar donde estar a salvo, un lugar donde poder aprender a quererse, un lugar donde sería respetado... por otros y por sí mismo.

Y había encontrado aquel lugar entre los SEAL.

-Fue entonces cuando supe que iba a ser un SEAL -dijo él en voz baja, pero intensa-. Y desde ese día me respeté aunque nadie más lo hiciera. Aguanté en casa otros seis años. Acabé el instituto porque sabía que necesitaba el título. Pero el día que me gradué, me alisté en la Marina. Y lo conseguí. Lo conseguí. Pasé el curso de entrenamiento y logré desembarcar con mi barca neumática en las rocas de Coronado. Y me dieron ese alfiler.

Apartó la mirada de ella y se quedó mirando, sin verla, su rodilla herida, los hematomas, la inflamación y el sinfín de cicatrices entrecruzadas. Mia tenía el corazón en la garganta mientras lo miraba. Prisco le había contado todo aquello para hacerle comprender, y ella comprendía. Sabía qué iba a decir él a continuación y, a pesar de que no las había pronunciado aún, sus palabras le dolieron.

-Siempre pensé que, al convertirme en un SEAL, había escapado de mi vida. Ya sabes, de cómo tendría que haber sido mi vida. Debería haberme matado en un accidente de tráfico, como mi hermano Rob. Estaba borracho y se estrelló contra un poste. O quizá debería haber dejado embarazada a mi novia del instituto, como hizo Danny. Debería haberme casado y tener una mujer y un hijo que alimentar a los diecisiete años, y haber trabajado para la misma flota pesquera que mi padre, y haber seguido los pasos de ese viejo bastardo. Siempre pensé que, al unirme a la Marina y convertirme en un SEAL, había engañado al destino. Y ahora mírame. Estoy otra vez en San Felipe. Y he pasado un par de noches imitando a mi padre. Bebe hasta que te

caigas. Hasta que no sientas dolor.

Mia tenía lágrimas en los ojos y, cuando Prisco la miró, vio que su mandíbula estaba tensa y que él también tenía los ojos húmedos. Él volvió la cabeza. Tardó un momento en hablar de nuevo y, cuando por fin lo hizo, su voz sonó firme, pero terriblemente triste.

-Desde que me hirieron -dijo en voz baja-, me siento como si hubiera vuelto a esa pesadilla que era mi vida. Ya no soy un SEAL. He perdido eso. Ha desaparecido. No sé quién soy, Mia. Soy un tipo incompleto, alguien que flota por ahí -sacudió la cabeza-. Lo único que sé con toda seguridad es que también he dejado de respetarme a mí mismo -se volvió hacia ella. Ya no le importaba que viera que tenía los ojos llenos de lágrimas-. Por eso tengo que recuperarlo todo. Por eso tengo que ser capaz de correr, saltar, zambullirme en el agua y hacer todas las cosas de esa lista -se limpió bruscamente los ojos con el dorso de la mano. Se resistía a entregarse a la emoción que amenazaba con apoderarse de él-. Quiero recuperarlo. Quiero volver a sentirme completo.

Capítulo 11

Mia no pudo refrenarse. Alargó la mano hacia Prisco. ¿Cómo podía mantener las distancias mientras su corazón sufría por aquel hombre?

Pero él le agarró la mano antes de que pudiera tocarle la mejilla.

-No quieres, ¿recuerdas? -dijo con calma mientras escudriñaba sus ojos.

-Puede que nos necesitemos el uno al otro un poco más de lo que creía -musitó ella.

Prisco compuso una media sonrisa conmovedora.

-Mia, tú no me necesitas.

-Sí, te necesito -dijo ella y, casi para su sorpresa, era cierto. Lo necesitaba. Desesperadamente. Lo había intentado. Había intentado no sentir nada por aquel hombre, por aquel soldado. Había intentado mantenerse fría, distante, indiferente, pero de algún modo, durante los días anteriores, Prisco había atravesado sus líneas defensivas y se había enseñoreado de su corazón.

La mirada de él era tan triste, tan suave, tan tierna... Toda su ira había desaparecido, y Mia comprendió que, de nuevo, estaba viendo al hombre que había sido: el hombre al que el dolor y la amargura habían hecho olvidarse de vivir.

Prisco podía volver a ser ese hombre. Todavía lo era. Sólo necesitaba dejar de basar toda su felicidad futura en conseguir lo inalcanzable. Eso, ella no podía hacerlo por él. Tendría que hacerlo él solo. Pero podía estar con él en ese momento, esa noche, y ayudarlo a recordar que no estaba solo.

-No puedo darte lo que quieres -dijo él con voz ronca-. Sé que eso te importa.

El amor. Estaba hablando del amor.

-Entonces estamos empatados -Mia apartó suavemente la mano de la suya y le tocó la mejilla. Prisco no se afeitaba desde hacía al menos un día y tenía ásperos los pómulos y la barbilla, pero a ella no le importó. Tampoco le importaba que no la quisiera. Porque yo tampoco puedo darte lo que tú quieres.

No podía darle energías para convertirse de nuevo en un SEAL. Pero, si hubiera podido, lo habría hecho.

Se inclinó hacia él y lo besó. Fue un beso suave, un simple roce de labios. Prisco no se movió. No respondió. Ella se inclinó para besarle de nuevo, y él la detuvo poniéndole una mano contra el hombro.

Mia estaba arrodillada a su lado en el sofá y él miró sus piernas, el suave algodón que la sudadera desabrochada dejaba al descubierto y, finalmente, sus ojos.

-Estás jugando con fuego -dijo en voz baja-. Hay muchas cosas que ya no puedo hacer, pero todavía puedo hacerle el amor a una mujer bonita.

-Quizá deberíamos empezar una nueva lista. Cosas que todavía puedes hacer. Podrías poner «hacer el amor» en primer lugar.

-Mia, será mejor que te vayas...

Ella volvió a besarlo y él se retiró de nuevo.

-Maldita sea, me dijiste...

Mia lo besó con más ímpetu, le rodeó el cuello con los brazos y entreabrió sus labios con la lengua. Prisco se quedó paralizado y ella comprendió que, ni en un millón de años, hubiera esperado que fuera tan atrevida.

Su indecisión duró sólo un instante. Después, la atrajo hacia sí, la envolvió en sus brazos y estuvo a punto de aplastarla contra los músculos duros de su pecho.

Luego él también la besó.

La besó con ansia, ferozmente. Su boca ardiente se apoderó de la de ella y su lengua dominó la suya con sobrecogedora urgencia.

Aquello parecía imposible. Mia sólo lo había besado una vez, en la playa y, sin embargo, la boca de Prisco le sabía dulcemente familiar. Besarlo era como volver a casa.

Mia sintió sus manos en la espalda, metiéndose bajo la sudadera y deslizándose hasta la curva de su trasero. Prisco la atrajo hacia sí y buscó la suave desnudez de sus piernas. La subió sobre él y Mia se montó a horcajadas sobre su regazo sin dejar de besarlo. Tenía los dedos enterrados en su pelo, que era increíblemente suave. Le habría gustado pasarse la vida allí, besando a Alan Francisco y pasando las manos por su hermoso cabello rubio. Era todo lo que necesitaba, todo lo que necesitaría en su vida.

Luego, él movió las caderas y ella sintió la dureza de su miembro erecto y comprendió que se equivocaba. Los dos necesitaban y ansiaban algo más.

Prisco tiró de la sudadera, se la apartó de los hombros y se la bajó por los brazos. Le sacó el camisón de los pantalones y ella se oyó gemir cuando sus manos encallecidas se deslizaron sobre la piel desnuda de su espalda. Y entonces Prisco se apartó de ella, jadeando con fuerza.

-Mia... -la frustración había tensado su cara fibrosa y de hermosos rasgos-. Quiero levantarte en brazos y llevarte a mi cama -pero no podía. No podía levantarla. Ni con muletas. Ni siquiera con el bastón. Pero aquél no era momento para que pensara en esas cosas. Mia se levantó y se desprendió de su abrazo.

-¿Por qué no sincronizamos nuestros relojes y nos encontramos allí en, digamos... - fingió mirar un reloj de pulsera imaginario-... en dos minutos cero cero?

La cara de Prisco se relajó en una sonrisa, pero la tensión no abandonó sus ojos.

-No hace falta que digas «cero cero». Puedes decir «04:00», pero dos minutos son sólo dos minutos.

-Lo sé -dijo ella-. Sólo quería hacerte sonreír. Si eso no hubiera funcionado, habría probado con esto... -se levantó lentamente el camisón y se lo sacó por la cabeza. Después lo arrojó sobre el regazo de Prisco.

Pero la sonrisa de Prisco desapareció. La miró, y sus ojos, llenos de ansia y pasión, devoraron sus pechos desnudos. Mia estaba asombrada. Se encontraba medio desnuda delante de un hombre al que conocía desde hacía apenas unos días. Y Prisco era un militar, un soldado entrenado para hacer la guerra seguramente de más modos de los que ella era capaz de imaginar. Era el hombre más duro, más curtido que había conocido nunca y, sin embargo, en muchos sentidos era también el más vulnerable. Había compartido sus secretos con ella, la había dejado ver su alma. Comparado con aquello, desnudar su cuerpo ante él parecía casi insignificante.

Y ella comprendió que podía estar allí, así, sin sonrojarse y con tanto aplomo, porque estaba absolutamente convencida de que amar a aquel hombre era lo correcto. Nunca antes había hecho el amor con un hombre sin sentir una especie de desasosiego, sin sentirse atormentada por las dudas. Pero nunca había conocido a un hombre como Alan Francisco: un hombre que pareciera tan distinto a ella y que, no obstante, pudiera mirarla a los ojos y, con sólo una palabra o una caricia, hacer que se sintiera totalmente conectada a él, en sintonía con él.

Nunca antes se había considerado una exhibicionista, pero nadie la había mirado nunca como la miraba Prisco. Sintió que su cuerpo se tensaba, llena de expectación, bajo aquella mirada ardiente. Era una mirada seductora... y casi tan placentera como una caricia.

Levantó los brazos despacio, con deliberación, y se deshizo tranquilamente la coleta. Dejó que él la contemplara mientras se soltaba el pelo largo alrededor de los hombros y disfrutó de la sensación que los ojos de Prisco suscitaban en su cuerpo.

-No estás sonriendo -susurró.

-Créeme, estoy sonriendo por dentro.

Y entonces sonrió de verdad. Con una sonrisa a medio camino entre tortuosa y triste. Aquella sonrisa estaba llena de dudas y de incredulidad, y mezclada con asombro y expectación. Mientras lo miraba a los ojos, Mia pudo ver un primer destello de esperanza. Y sintió que se estaba enamorando. Comprendió, en ese preciso instante, que se estaba enamorando irremediabilmente de aquel hombre.

Temiendo que él adivinara sus sentimientos, recogió su sudadera del suelo, se dio la vuelta y recorrió rápidamente el pasillo camino de su dormitorio. De su cama.

Prisco no iba muy lejos, pero ella lo oyó detenerse en la habitación de Tasha y entrar a ver cómo estaba la niña.

-¿Está bien? -preguntó cuando él entró unos instantes después.

Prisco cerró la puerta a su espalda. Y echó la llave.

Se quedó allí parado, una sombra oscura en el extremo de la habitación.

-Le ha bajado mucho la fiebre -dijo.

Mia se acercó a la ventana y ajustó ligeramente la persiana para que entrara algo de luz sin exponer su intimidad. La luz tenue del descansillo formó franjas en el techo y, de pronto, la habitación, tan corriente, pareció adquirir un exótico resplandor. Ella se volvió hacia Prisco, que seguía mirándola.

-¿Tienes preservativos? -preguntó.

-Sí. Hace mucho tiempo -reconoció-, pero sí.

-Para mí también hace mucho tiempo -contestó ella en voz baja.

-Todavía puedes cambiar de opinión -él se apartó de la puerta para dejarle vía libre. Apartó la mirada, como si supiera que sus ojos tenían el poder de detenerla.

-¿Por qué iba a cambiar de opinión? – Él le lanzó una de sus sonrisas tristes.

-¿Por un repentino arrebató de cordura? -sugirió.

-Quiero hacer el amor contigo -dijo ella-, ¿Tan absurdo es?

Prisco levantó la vista.

-Podrías elegir a quien quisieras. A cualquiera -no había autocompasión en su voz, ni en su cara. Sólo estaba afirmando un hecho que creía cierto.

-Bien -contestó ella-. Entonces te elijo a ti. Prisco oyó sus palabras suaves, pero sólo cuando Mia sonrió y se acercó a él las comprendió plenamente. Mia lo deseaba. Lo deseaba a él. La luz del exterior relucía sobre su piel desnuda.

Su cuerpo era aún más hermoso de lo que Prisco había imaginado. Sus pechos eran llenos y redondeados... no muy grandes, pero tampoco demasiado pequeños. Él ansiaba tocarla con las manos, con la boca, y sonrió, sabiendo que iba a hacerlo muy pronto.

Pero ella se detuvo justo fuera de su alcance. Mientras le sostenía la mirada, se desabrochó los pantalones cortos y dejó que resbalaran por sus piernas.

Él la había visto en bañador esa tarde: era muy consciente de que su cuerpo esbelto y atlético era lo más parecido a la perfección que había visto nunca. Mia no era voluptuosa en ningún sentido: de hecho, algunos hombres la habrían encontrado demasiado flaca. Sus caderas eran estrechas y se curvaban ligeramente hasta confundirse con la suavidad de su cintura. Era esbelta y de formas elegantes, y poseía una maravillosa combinación de músculos y curvas suaves y fluidas.

Prisco se sentó al borde de la cama y Mia se volvió hacia él. Él alargó la mano y ella se acercó a sus brazos y volvió a sentarse a horcajadas sobre su regazo.

-Creo que nos habíamos quedado aquí -murmuró, y volvió a besarlo.

Prisco notó que la cabeza le daba vueltas, se sintió atrapado en un torbellino de placer tan intenso que no pudo refrenarse y gimió en voz alta. La piel de Mia era tan suave, tan tersa bajo sus manos... Y sus besos eran casi una experiencia espiritual. Cada uno de ellos más hondo y más largo que el anterior, le infundían una vitalidad llena de alegría y una pasión dulce e ilimitada.

Ella le tiró de la camiseta y él se desprendió de su abrazo y se la sacó por la cabeza. Luego Mia volvió a besarlo y el contacto de su piel desnuda dejó a Prisco sin aliento.

Él se tumbó en la cama, arrastrándola consigo, y la subió encima de sí. Después deslizó la mano entre los dos para tocar la dulce turgencia de sus pechos. Ella tenía los pezones tensos y erectos por el deseo, y Prisco la levantó hacia su boca y comenzó

a acariciarla con la lengua, chupando primero suavemente y luego con más fuerza, mientras ella gemía de placer y arqueaba la espalda.

-Me gusta -jadeaba-. Es tan delicioso...

Sus palabras susurradas provocaron una llamarada de deseo que atravesó por completo a Prisco. La atrajo aún más hacia sí y aquel movimiento la apretó íntimamente contra su cuerpo, contra su miembro erecto. Mia se mantuvo un momento allí, en tensión. Prisco podía sentir su ardor incluso a través de las bragas y los pantalones cortos. Quería tocarla, saborearla, llenarla por completo. La quería enteramente. La quería en ese preciso instante. La quería para siempre, para toda la eternidad.

El cabello de Mia los envolvía como una cortina negra, finísima y sensual mientras Prisco volvía a besarla y ella empezaba a moverse encima de él, deslizándose despacio sobre su verga dura. Cielo santo, si seguía así, Prisco iba a perder el control antes de estar siquiera dentro de ella.

-Mia... -gruñó con las manos sobre sus caderas para detenerla.

Ella se echó hacia atrás para mirarlo. Tenía los ojos entornados por el placer y el deseo y una sonrisa provocativa curvaba sus labios. Se echó el pelo largo a la espalda y acercó las manos al botón de los pantalones cortos de Prisco. Lo desabrochó rápidamente, con destreza, se deslizó hacia atrás y se puso de rodillas sobre sus muslos para bajarle la cremallera.

Liberado de la presión de los pantalones, su miembro se irguió y ella lo cubrió con sus manos delicadas a través de los calzoncillos. Miró a los ojos a Prisco mientras lo tocaba.

Parecía una fantasía erótica extremadamente sensual, allí arrodillada sobre él, con aquellas braguitas minúsculas cuya seda blanca contrastaba perfectamente con el brillo dorado de su piel tersa. El pelo largo le caía alrededor de los hombros y varios mechones se rizaban alrededor de sus hermosos pechos.

Prisco alargó las manos hacia ella. Quería tocarla, pasar las manos por sus brazos, acariciar sus pechos.

Ella le bajó los pantalones y los calzoncillos sin dejar de mirarlo a los ojos y sonrió al ver reflejado el placer en su cara cuando finalmente cerró las manos alrededor de su miembro. Entonces él apretó su pecho y ella cerró los ojos, arrastrada por su propio éxtasis.

Mia se inclinó hacia delante y lo besó con fuerza, con violencia. Luego se apartó y trazó una senda de besos desde su boca y por su cuello hasta su pecho, mientras con una mano seguía acariciándolo vehementemente. Su pelo lo rozó en una caricia ligerísima y Prisco refrenó un grito cuando ella deslizó la boca aún más abajo. Una oleada de placer exquisito, arrebatador, se apoderó de él.

Aquello era increíble. Era algo más que increíble, pero no era lo que él quería. Extendió los brazos hacia ella, la levantó con brusquedad y la estrechó entre sus brazos.

-¿No te ha gustado? -Mia se reía. Sabía perfectamente que le había gustado. Sabía muy bien que había estado a punto de hacerle perder el control.

Prisco intentó hablar, pero sólo le salió un gruñido. Ella volvió a reírse. Su voz sonó musical y su alegría era contagiosa. Prisco le cubrió la boca con un beso feroz y sintió que la risa y la alegría burbujeaban en el interior de Mia y penetraban en su propio cuerpo, fluyendo por sus venas y llenándolo de felicidad.

Felicidad. Santo cielo, ¿cuándo había sido la última vez que se había sentido feliz? Era extraño. Era absurdo, en realidad, porque, incluso cuando había sido feliz, antes de que lo hirieran, nunca había asociado esa emoción en particular con el hecho de hacer el amor. Había sentido deseo, excitación sexual, interés y regocijo; se había sentido dominador e incluso dominado. Se había sentido seguro de sí mismo, poderoso y confiado. Pero nunca se había sentido tan incondicionalmente, tan incontestablemente feliz. Nunca había sentido nada ni remotamente parecido a aquello.

Pero tampoco había hecho nunca el amor con una mujer que fuera, sin asomo de duda, su perfecta compañera sexual.

Mia era decidida y abiertamente sexy, y no se avergonzaba de su poderosa sensualidad. No la asustaba tomar la iniciativa. Confiaba en sí misma y era osada y atrevida.

Pero, si no hubiera sido por el atisbo de su sensualidad que ella le había dejado entrever en el vestíbulo del hospital, él jamás lo habría sospechado. Era de carácter tan dulce, tan tierna y amable... Era buena. Era la clase de mujer con la que uno deseaba casarse y pasar el resto de su vida rodeado por su serenidad y su calor.

Pero Mia no se llevaba aquella serenidad al dormitorio. Y tampoco era cálida: era increíblemente ardiente.

Prisco deslizó las manos por su vientre suave y bajo la tira de seda que cubría su sexo. Estaba caliente, tersa y lista para él, como Prisco imaginaba. Mia se arqueó contra sus dedos para empujarlo dentro de sí, atrajo su cabeza hacia ella y llevó su boca hacia uno de sus pechos.

-Quiero ponerme encima de ti -jadeó-. Por favor. ..

Era increíblemente excitante saber que aquella mujer apasionada lo deseaba de manera tan total. Prisco la soltó y se volvió de lado para alcanzar el cajón de arriba de su mesilla de noche. Rebuscó entre las cosas que había dentro y su mano se cerró casi milagrosamente sobre un pequeño paquete de plástico. Lo rasgó y se puso el preservativo mientras Mia se bajaba las bragas y se las quitaba agitando las piernas. Luego, se subió encima de él. Descendió y él levantó las caderas y, en un movimiento suave y perfecto, la penetró.

Entonces Prisco comprendió que recordaría siempre la expresión de su cara, que se la llevaría consigo a la tumba. Presa de urt raptó puro y bellissimo, ella tenía los ojos cerrados, los labios entreabiertos y la cabeza echada hacia atrás. Y era él quien la hacía sentirse así.

Mia abrió los ojos, lo miró y escudriñó su cara, Dios sabe por qué. Fuera lo que fuese lo que estaba buscando, pareció encontrarlo, porque le sonrió con dulzura. Prisco sintió que de pronto el corazón no le cabía dentro del pecho.

Ella comenzó a moverse encima de él, lentamente al principio. Su sonrisa se borró, pero siguió mirándolo a los ojos, sosteniéndole la mirada.

-Alan...

Él no estaba seguro de poder hablar, pero se humedeció los labios y lo intentó.

-¿Qué?

-Esto es maravilloso.

-Eh, sí -él tuvo que echarse a reír. La risa le salió de dentro como un burbujeo, y se dio cuenta de que aquella risa le pertenecía a ella.

Mia había empezado a moverse más deprisa y Prisco intentó refrenarla. Quería que aquello durara eternamente, pero al paso que iban... Ella, sin embargo, no quería refrenarse, y él no podía negarle nada. La sujetó contra sí y la besó frenéticamente mientras luchaba por contenerse. Pero caminaba por el borde un precipicio y estaba perdiendo rápidamente el equilibrio.

-Alan... -Mia susurró su nombre mientras lo abrazaba con fuerza, y Prisco sintió las primeras oleadas de su orgasmo tumultuoso.

Entonces él saltó por el borde de aquel precipicio. Pero, en lugar de caer, se elevó y levantó el vuelo hasta alturas imposibles, hasta mucho más arriba de lo que había llegado nunca. El placer lo atravesó como una flecha, quemándolo, abrasándolo, y lo dejó débil y asombrado, tembloroso y exhausto... y, pese a todo, completamente lleno de felicidad.

Tenía el pelo suave y largo de Mia sobre la cara y cerró los ojos para aspirar el dulce perfume de su champú mientras volvía lentamente a tierra. Un momento después, ella suspiró y sonrió. Prisco sintió los labios de Mia, que se movían pegados a su cuello y se preguntó si ella también percibía su sonrisa.

Mia levantó la cabeza y se apartó el pelo de la cara.

-¿Sigues vivo?

Prisco sintió que su sonrisa se ensanchaba al mirarla a los ojos. El pardo era su nuevo color favorito.

-Desde luego que sí.

-Creo que podemos añadir sin ninguna duda «hacer el amor» a la lista de cosas que todavía puedes hacer -dijo ella con una sonrisa.

Su rodilla. Dios, no había pensado en su rodilla desde que había cerrado la puerta del cuarto tras él. No quería volver a pensar en ella y luchó por retener la paz de aquel instante.

-No sé -dijo-. Quizá deberíamos asegurarnos de que no ha sido de chiripa. Puede que sea mejor que lo intentemos otra vez.

La sonrisa de Mia se volvió peligrosa.

-Yo estoy lista cuando tú lo estés. Prisco sintió que un arrebató de deseo lo atravesaba, ardiente y dulce.

-Dame unos minutos...

La besó con un beso lento y profundo que le prometía un placer ilimitado.

Mia suspiró y se apartó de nuevo para mirarlo.

-Me encantaría quedarme, pero...

-¿Pero?

Ella sonrió y le pasó las manos por el pelo.

-Son más de las seis de la mañana, Alan. No creo que convenga que esté aquí cuando se despierte Na-tasha. Ya ha habido bastantes turbulencias en su vida últimamente, sin tener que preocuparse de si va a tener que competir conmigo por tu tiempo y tu afecto.

Prisco asintió con la cabeza. Probablemente Mia tenía razón. Le apenaba tener que verla marchar tan pronto, pero debía pensar en la niña.

Mia se apartó de él y se levantó de la cama. Prisco se volvió de lado para verla recoger sus ropas del suelo.

-Has vuelto a llamarme Alan -dijo. Ella levantó la mirada, sorprendida, mientras se ponía los pantalones cortos.

-¿Sí? Lo siento.

-Piensas en mí como en Alan, ¿no? -preguntó él-. No como Prisco.

Mia se subió la cremallera de la sudadera y luego se sentó junto a él en la cama.

-Me gusta tu nombre -reconoció-. Siento que se me siga escapando.

Él se apoyó en un codo.

-Se te ha escapado muchas veces mientras hacíamos el amor.

-Dios, espero que eso no te lo haya estropeado -hablaba a medias en serio. Prisco se echó a reír.

-Si me hubieras llamado Bob, quizá sí, pero... -tocó su mejilla-. Ha sido la primera vez en mucho tiempo que he disfrutado de que me llamasen Alan. Me ha gustado, de verdad.

Ella cerró los ojos un momento y apretó la mejilla contra la palma de su mano.

-Bueno, a mí desde luego me ha gustado llamarte Alan, eso seguro.

-Quién sabe -murmuró él mientras trazaba la forma de sus labios con el pulgar-. Si seguimos así, puede que hasta me acostumbre.

Mia abrió los ojos y lo miró.

-¿Quieres... quieres seguir? -preguntó. El tono burlón había desaparecido de su voz y, por primera vez en toda la noche, parecía indecisa.

Prisco no pudo responder. No era su pregunta lo que le causaba asombro, sino su propia respuesta, inmediata y firme. Sí. Dios, sí.

Aquello era peligroso. Era extremadamente peligroso. Él no quería sentir otra cosa que placer y satisfacción cuando pensara en aquella mujer. No quería nada más que sexo despreocupado y sin ataduras.

Sin embargo, no podía permitir que ella se fuera pensando que le había bastado con esa única noche. Porque no era así. Porque la idea de dejarla irse a casa ya le parecía bastante dura de soportar. No quería pensar en cómo se sentiría si ella se marchaba para siempre. No podía pensar en eso.

-Sí -contestó por fin-, pero tengo que ser sincero. Ahora mismo no estoy en situación de... – Ella lo acalló con un beso.

-Yo también quiero -le dijo-. Eso es lo único que necesitamos saber ahora mismo. No tiene por qué ser más complicado.

Pero era más complicado. Prisco lo sabía con sólo mirarla. Mia sentía algo por él. Él lo veía en sus ojos. Sintió una ardiente oleada de alegría que al instante se convirtió en gélida desesperación. No quería que ella lo quisiera. No quería que sufriera y, si sus sentimientos eran demasiado intensos, acabaría sufriendo.

-Sólo quiero asegurarme de que no vas a convertir esto en una especie de cuento de hadas -dijo con calma e, incapaz de refrenarse, le tocó el pelo y rezó por que sus palabras no le escocieran. Aun así, un pequeño escozor en ese momento era preferible a una herida mortal a largo plazo-. Sé que lo nuestro se parece mucho a «La bella y la bestia», pero hace falta algo más que una chica guapa para convertirme en un príncipe... para convertirme de nuevo en un hombre completo. Necesito mucho más que eso. Y tengo que ser sincero contigo, yo... -no podía decirlo. Se le cerraba la garganta, pero tenía que asegurar de que ella lo entendía-. Me asusta que los médicos tengan razón -reconoció-. Me asusta que mi rodilla no vaya a mejorar más.

Los bellos ojos de Mia estaban llenos de compasión y sentimiento.

-Quizá sería bueno que lo admitieras... que aceptaras tus limitaciones.

-¿Bueno? -él sacudió la cabeza y exhaló un suspiro lleno de incredulidad-. Si deo de intentarlo, me condenaré a vivir en este limbo. No estoy muerto, pero tampoco estoy vivo en realidad.

Ella apartó la mirada y Prisco comprendió lo que estaba pensando. Ciertamente, había parecido lleno de vida cuando habían hecho el amor, hacía un momento. Pero no se trataba de sexo. Ni de ella.

-Necesito saber quién soy -intentó explicarle. Ella levantó la cabeza y estuvo a punto de quemarlo con la intensidad de su mirada.

-Eres el teniente Francisco, de San Felipe, California. Eres un hombre que anda con bastón y que sufre por ello. Eres un SEAL de la Marina. Siempre serás un SEAL. Lo eras cuando tenías once años. Y lo serás cuando mueras.

Tomó su cara entre las manos y lo besó: un beso dulce y apasionado que casi logró que él la creyera.

-Hace poco tiempo que te conozco -continuó ella-, pero creo conocerte lo bastante bien como para estar segura de que vas a salir adelante. No vas a conformarte con una especie de limbo. Sé que vas a hacer lo que sea necesario por volver a sentirte completo. Sé que decidirás lo correcto. Tu historia va a tener un final feliz. No te des por vencido -lo besó de nuevo y se levantó-. Nos vemos luego, ¿de acuerdo?

-Mia...

Pero ella ya estaba cerrando la puerta silenciosamente a su espalda. Prisco se tumbó en la cama y miró el techo. Mia tenía tanta fe en él... «No te des por vencido». Parecía convencida de que él haría todo lo que fuera necesario para volver a una vida activa.

El también había tenido aquella fe, pero el tiempo y los fracasos habían ido desgastando su trama, y ahora se transparentaban todas sus dudas. Durante los días anteriores, aquellas dudas se habían hecho muy fuertes. Empezaba a hacerse claro como la luz del día que entraba por las persianas que no estaba en su mano recuperarse. Podía esforzarse, llevarse hasta el límite, hacer ejercicio hasta desmayarse, pero si la rodilla seguía sin aguantar su peso, si la articulación no podía moverse en ciertas direcciones, estaría haciendo poco más que darse de cabezazos contra una pared.

Ahora, sin embargo, tenía a Mia, que creía en él, que estaba convencida de que tenía fuerzas para superar su lesión, para sobreponerse, para volver de nuevo a ser un SEAL en servicio activo.

Los sentimientos de Mia eran más profundos de lo que dejaba traslucir. Prisco sabía sin duda alguna que no habría hecho el amor con él si no sintiera algo. ¿Se estaba enamorando de él? Era muy posible. Mia era amable y tierna. Ébno sería el primer desgraciado al que acogía en su corazón.

De algún modo, él la había hecho creer que valía su tiempo y sus emociones. De algún modo, la había engañado para que creyera en sus castillos en el aire. De algún modo, se había creído que de veras habría un final feliz para él.

Prisco cerró los ojos. Quería que así fuera. Quería levantarse de la cama y entrar en el cuarto de baño sin tener que usar el bastón. Quería atarse las zapatillas de deporte y correr diez kilómetros cronometrados antes de desayunar. Quería irse a la base naval y unirse al equipo en alguno de sus interminables ejercicios. Quería volver a la palestra, estar listo para cualquier cosa, dispuesto a que lo enviaran al extranjero en cualquier momento, cuando fuera necesaria la intervención de la Brigada Alfa. Y quería volver a casa tras una misión difícil y encontrar la dulzura de los brazos de Mia, el puerto acogedor de sus besos y la cálida luz de sus ojos llenos de amor.

Dios, quería todo aquello.

Pero ¿lo querría Mia si fracasaba? ¿Querría pasarse la vida esperando a que él la alcanzara? ¿Querría estar junto a un hombre atrapado para siempre en el limbo entre lo que había sido y lo que esperaba y no volvería a ser?

«No vas a conformarte con una especie de limbo», le había dicho. «Sé que vas a hacer lo que haga falta para volver a sentirte completo».

«Vas a salir adelante».

Pero ¿y si no era así? ¿Y si su rodilla no le permitía reincorporarse a los SEAL? Y, según su modo de ver, reincorporarse era el único modo de salir adelante. De lo contrario, sería un fracasado.

Pero Mia tenía fe en él.

Él, sin embargo, ya no tenía esa confianza. Sabía lo fácil que era perder cuando las cosas escapaban a su control. Y, por más que le pesara, su recuperación no estaba en sus manos.

Empezó a dolerle la rodilla y echó mano del analgésico. Pero hubiera deseado tener algo que aliviara igual de rápida y eficazmente el dolor que sentía en el corazón.

Capítulo 12

Aquel tipo, Dwayne, se paseaba por el aparcamiento.

Mia estaba en su cocina, de pie junto al fregadero, y al mirar por casualidad por la ventana lo había visto.

De todos modos, no pasaba desapercibido. Era tan grande que llamaba inmediatamente la atención. Llevaba puesto otro traje bien cortado y unas gafas de sol negras que no lograban ocultar el vendaje del puente de su nariz, ni los moratones de su cara.

Mia entró en el cuarto de estar, donde Natasha estaba sentada en el suelo, haciendo un dibujo con gran esmero. Sobre la mesa baja de mimbre, delante de ella, había esparcidos papeles y ceras.

Mia intentó aparentar despreocupación, cerró con llave y cerrojo su puerta y echó las cortinas del cuarto de estar.

No era una coincidencia que Dwayne estuviera allí. Estaba buscando a Prisco. O a Natasha. Pero no iba a encontrar ni a uno ni a otro.

Tasha apenas la miró cuando encendió la lámpara para reemplazar la luz del sol, cuyo paso impedían las cortinas.

-¿Quieres más zumo? -preguntó a la niña-. Te pondrás buena más rápido si tomas más zumo, ¿sabes?

Tasha tomó obedientemente su bote de zumo y bebió un sorbo. Prisco había llamado a la puerta de Mia poco después de las once. Al principio, ella apenas lo había reconocido. Llevaba su informe de paseo. Le quedaba como un guante: blanco, almidonado y reluciente al sol de media mañana. Las hileras de barras de colores de su pecho reflejaban también la luz. El efecto era cegador. Hasta sus zapatos parecían relucir.

Tenía el pelo mojado por la ducha y cuidadosamente peinado. Su cara estaba rasurada y tersa. Tenía un aire severo, autoritario y peligrosamente profesional. Parecía increíblemente atractivo.

Y luego sonrió.

-Deberías ver la cara que has puesto.

-¿Ah, sí? ¿Estoy babeando?

Un destello brilló en los ojos de Prisco, pero luego se volvió y bajó la mirada, y Mia vio que Tasha estaba junto a él.

-¿Podemos pasar? -preguntó Prisco.

Mia abrió la mosquitera. Tasha ya se encontraba mucho mejor. Se apresuró a enseñarle a Mia la segunda medalla que se había prendido en la camiseta y que él le había concedido por cumplir las normas durante toda la mañana. Naturalmente, se había pasado la mayor parte del tiempo durmiendo, pero eso nadie lo mencionó.

Se había recuperado de la fiebre con el vigor de los niños pequeños. Los antibióticos estaban surtiendo efecto y Tasha volvía a estar en forma, alerta y llena de energía.

Prisco tocó a Mia suavemente al entrar: sólo una rápida caricia por su brazo desnudo. Aquella caricia bastó para que ella se quedara sin aliento, para recordarle cómo habían hecho el amor apenas unas horas antes. Fue suficiente para hacerle comprender que él también se acordaba.

Prisco quería saber si le importaría cuidar de Tasha un par de horas, mientras él iba al centro de desintoxicación para intentar ver a su hermana. Por eso se había vestido de punta en blanco. Imaginaba que tendría más posibilidades de que le permitieran saltarse la norma de «nada de visitas» si parecía una especie de héroe. Estaba empeñado en averiguar de un modo u otro por qué exactamente iba Dwayne detrás de Sharon.

Mia se ofreció a cuidar de Natasha en el piso de Prisco, pero él le dijo que prefería que Tasha se quedara en su casa: le parecía que, de ese modo, la molestaba menos. Y, a pesar de que Mia intentó convencerlo de lo contrario, habían acabado en su piso.

Ahora Mia se preguntaba si Prisco esperaba que Dwayne volviera a buscarlo. ¿Por eso había insistido en que Tash se quedara en su casa?

Resistió el deseo de mirar por detrás de las cortinas echadas para ver si Dwayne estaba subiendo las escaleras y se sentó junto a la niña.

-¿Qué estás dibujando? -preguntó.

El corazón le palpitaba con violencia. Dwayne iba a llamar al timbre de Prisco y se daría cuenta de que no había nadie en casa. ¿Qué haría entonces? ¿Probaría en las puertas de los vecinos para intentar averiguar adonde había ido Prisco? ¿Y si llamaba a su puerta? ¿Iba a decírselo ella a Tasha? ¿Cómo iba a explicar por qué no abría la puerta? Y, santo cielo, ¿qué pasaría si Prisco volvía mientras Dwayne seguía allí?

Natasha eligió cuidadosamente una cera roja de la caja que Prisco le había comprado.

-Estoy haciendo una medalla -le dijo, y empezó a pintar sin salirse de las rayas que había dibujado-. Para Prisco. El también necesita una medalla hoy. Estábamos en la cocina y se le ha caído la leche al suelo. Pero no ha dicho ni una palabrota -dejó la cera y tomó otra-. Me he dado cuenta de que quería decir una palabrota, pero no la ha dicho.

-Le va a gustar mucho tu medalla -dijo Mia.

-Y luego -continuó la niña-, aunque estaba enfadado, ha empezado a reírse -eligió otra cera-. Le he preguntado si la leche le hacía cosquillas en los dedos de los pies, pero ha dicho que se reía porque había una cosa muy divertida en la nevera. Yo he mirado, pero no he visto nada divertido. Sólo un trozo de papel con algo escrito. Pero no sé leer, ¿sabes?

-Ya, lo sé -Mia tuvo que sonreír, a pesar de que el corazón le latía a toda prisa-. Se ha reído, ¿eh? -antes de marcharse del piso de Prisco, esa mañana, muy temprano, había empezado una nueva lista y la había pegado a su nevera, junto a la otra. Su nueva lista incluía algunas cosas que él todavía podía hacer, incluso con la pierna herida. Había puesto cosas como cantar, abrazar a Tasha, reír, leer, ver películas viejas,

tumbarse en la playa, hacer crucigramas, respirar y comer pizza. Había empezado y acabado la lista, naturalmente, con «hacer el amor». Y la había aderezado con sugerencias picantes y a veces extremadamente explícitas..., todas las cuales estaba segura de que Prisco era capaz de llevar a cabo.

Se alegraba de que él se hubiera reído. Le gustaba que se riera. Y también le gustaba que le hablara. La noche anterior le había contado muchas cosas de sí mismo. Había reconocido que tenía miedo de que su rodilla no mejorara. Mia estaba casi segura de que era la primera vez que expresaba en voz alta sus temores. Lucky, su amigo, le había dicho que en la base había un puesto de instructor esperándolo. Aquél no era, claro, el futuro que Prisco esperaba, pero era un futuro.

Un futuro que lo sacaría de ese limbo que tanto temía. Que lo mantendría al lado de los hombres que admiraba y respetaba. Que volvería a convertirlo en un SEAL.

Mia se acercó a la ventana. Apartó la cortina unos centímetros y volvió a dejarla caer al ver que la enorme figura de Dwayne subía por las escaleras. Se quedó junto a la puerta con el oído aguzado y el corazón palpitándole a toda velocidad. Oyó el sonido agudo del timbre de Prisco a través del delgado tabique que separaba sus pisos. Sonó una, dos, tres veces, cuatro.

Luego se hizo el silencio.

Mia esperó, preguntándose si aquel tipo se había ido o si seguía en el patio... o quizá parado delante de su puerta.

Y entonces oyó el ruido de un cristal que se rompía. Se oyó otra cosa, un estrépito, y luego varios golpes fuertes: todos procedían del piso de Prisco.

Dwayne había entrado. Había irrumpido sin permiso y, por los ruidos que hacía, el muy canalla estaba destrozando la casa.

Mia saltó hasta el teléfono y marcó el 911.

Había tres coches mal estacionados en el aparcamiento del edificio.

Prisco dio un billete de diez dólares al taxista y salió con las muletas lo más rápido que pudo. Tenía el corazón en la garganta cuando entró a toda prisa en el patio. Los vecinos habían salido de sus casas y andaban por allí, observando a los policías, varios de los cuales estaban junto a su piso y el de Mia. Las dos puertas estaban abiertas de par en par y uno de los policías entró en casa de Mia.

Todavía con las muletas, Prisco subió las escaleras peligrosamente deprisa. Si perdía el equilibrio, se heriría gravemente, pero no iba a perder el equilibrio, maldición. Tenía que subir las escaleras.

-¡Mia! -gritó-. ¡Tash!

Thomas King salió del piso de Mia.

-No pasa nada, jefe -dijo-. No hay nadie herido. – Pero Prisco no aflojó el paso.

-¿Dónde están?

-Dentro.

Entró y entornó los ojos para acostumbrarlos a la repentina penumbra. A pesar de lo que le había dicho Thomas, tenía que ver por sí mismo que estaban bien. Mia estaba de pie junto a la cocina, hablando con una agente de policía. Parecía encontrarse bien. Llevaba todavía los pantalones cortos y la camiseta sin mangas de esa mañana. Seguía teniendo el pelo atado en una trenza. Parecía tranquila.

-¿Dónde está Tasha?

Ella levantó la mirada y un torbellino de emociones cruzó su cara. Prisco comprendió entonces que no estaba tan serena como parecía.

-Alan... Gracias a Dios. Tasha está en mi despacho, jugando con el ordenador. Está bien -dio un paso hacia él y luego miró a la policía como si le diera vergüenza o no supiera cómo recibirlo.

A Prisco le importaba un bledo quién estuviera mirando. Quería estrecharla entre sus brazos, y quería que fuera en ese momento. Soltó las muletas y la atrajo hacia sí. Cerró los ojos y aspiró su dulce perfume.

-Cuando he visto los coches de la policía... -no pudo continuar. Se limitó a abrazarla.

-Disculpen -murmuró la policía, y pasó a su lado discretamente y desapareció por la puerta abierta del piso.

-Dwayne vino a buscarte -dijo Mía mientras le apretaba con fuerza la cintura.

Dwayne. Él la apretó con más fuerza.

-Maldita sea, no debí dejaros solas. ¿Seguro que no os ha hecho daño?

Ella se apartó para mirarlo.

-Lo vi llegar y nos quedamos dentro -dijo-. Alan, ha destrozado completamente tu cocina y tu cuarto de estar. El resto del apartamento está bien. Llamé a la policía y llegaron antes de que entrara en los dormitorios, pero...

-¿No habló contigo? ¿No os amenazó a Tasha o a ti?

Ella sacudió la cabeza.

-Huyó cuando oyó las sirenas de la policía. Ni siquiera se enteró de que estábamos en el piso de al lado.

Prisco sintió una oleada de alivio.

-Menos mal.

Ella tenía los ojos como platos.

-Pero tu cuarto de estar está destrozado...

-Al diablo con mi cuarto de estar. No me importa mi cuarto de estar.

La miró a los ojos y, mientras ella abría sus bellos labios, sorprendida, la besó.

Fue un beso extraño, un beso que nada tenía que ver con la atracción y el deseo. Prisco no la estaba besando porque la deseara. La besaba porque quería desvanecer por completo sus miedos. Quería convencerse sin lugar a dudas de que Mia estaba

bien. Aquello no tenía nada que ver con el sexo y sí con la oleada de emociones que había sentido mientras subía las escaleras.

Los labios de Mia eran cálidos, dulces y maleables bajo los suyos. Lo besó con ansia, dándole consuelo y recibéndolo al mismo tiempo.

Cuando por fin se apartaron, ella tenía lágrimas en los ojos. Se las enjugó y compuso con esfuerzo una sonrisa de disculpa.

-Me daba pánico que Dwayne te encontrara antes de que llegaras a casa...

-Puedo arreglármelas con Dwayne.

Ella apartó la mirada, pero no antes de que él viera un brillo de escepticismo en sus ojos. Prisco sintió que se tensaba, lleno de frustración, pero no reaccionó. ¿Por qué no iba a dudar Mia de su capacidad para defenderse? El día anterior había visto cómo Dwayne le propinaba una paliza.

Prisco tomó su mano y la puso en la parte de fuera de la chaqueta, justo debajo de su brazo izquierdo. La cara de Mia reflejó sorpresa cuando notó el bulto inconfundible de su pistolera.

-Puedo arreglármelas con Dwayne -repitió él.

-Disculpe, ¿el teniente Francisco...?

Prisco soltó a Mia y al volverse vio a uno de los policías junto a la puerta. Era un hombre maduro, calvo y canoso, con la cara curtida y los ojos permanentemente guiñados por culpa del sol brillante de California. Era, obviamente, el oficial al mando de la investigación.

-Quería saber si podríamos hacerle unas preguntas, señor.

Mia se inclinó para recoger sus muletas. La cabeza le daba vueltas. Una pistola. Su amante llevaba una pistola. Naturalmente, era lógico que tuviera una. Era probable que tuviera una colección completa de armas de fuego. Pero ella no había reparado antes en aquel detalle. O quizá no había querido pensar en ello.

Era ridículo, en realidad. Ella, que se oponía a la violencia y a las armas de cualquier tipo, se había enamorado de un hombre que no sólo llevaba pistola, sino que evidentemente sabía cómo usarla.

-Gracias -le susurró Prisco, y se colocó las muletas bajo los brazos. Echó a andar hacia el policía-. No estoy seguro de poder decirle nada -le dijo al hombre-. Aún no he visto los daños.

Mia salió tras él. Thomas seguía fuera.

-¿Te quedas con Tasha un minuto? -preguntó ella.

El chico asintió con la cabeza y entró.

Mia alcanzó a Prisco cuando éste acababa de entrar en su piso. Él contempló inexpresivamente lo que había sido su cuarto de estar. La mesa baja de cristal estaba hecha añicos. El mueble de la televisión y el equipo de música barato estaban volcados y apartados de la pared. Las gruesas estanterías de madera habían quedado intactas, pero el televisor estaba destrozado. Todas las lámparas estaban rotas y el

horrendo sofá de cuadros, rajado y hecho jirones, y los muelles y el relleno blanco quedaban al descubierto.

La zona del comedor y la cocina se hallaban en parecido estado. La mesa y las sillas estaban volcadas y el suelo de la cocina estaba lleno de vasos y platos rotos, arrojados desde los armarios. La nevera estaba abierta y volcada. Su contenido se había desperdigado por el suelo y se mezclaba en un espantoso batiburrillo.

Prisco lo miraba todo, pero no decía una palabra. El músculo de su mandíbula se movía, sin embargo, mientras apretaba los dientes.

-Su... amiga ha identificado al hombre que entró en la casa por el nombre de Dwayne... -dijo el policía.

«Su amiga». Mientras Mia lo observaba, los ojos de Prisco volaron un momento hacia ella. El policía podía haberla llamado su vecina, pero era evidente para todo el mundo que eran más que eso. Mia intentó no sonrojarse al recordar el envoltorio de un preservativo que todavía había en el suelo de la habitación de Prisco. Aquellos policías llevaban veinticinco minutos merodeando por la casa. Sin duda habían visto el envoltorio... o cómo la había abrazado Prisco nada más llegar. Eran policías curtidos, especialmente eficaces en el razonamiento deductivo.

-No conozco a nadie llamado Dwayne -dijo Prisco al policía. Se desabrochó la chaqueta y empezó a avanzar cuidadosamente hacia su dormitorio-. Mia debe de haberse equivocado.

-Alan, vi...

Él la miró y sacudió la cabeza una vez con aire de advertencia.

-Confía en mí -murmuró. Mia cerró la boca. ¿Qué pretendía Prisco? Sabía perfectamente quién era Dwayne, y ella no se había equivocado.

-Le agradezco que haya venido hasta aquí, agente -dijo él al policía-, pero no voy a poner ninguna denuncia.

El policía sentía respeto por el uniforme y las medallas de Prisco. Mia lo notó en su voz. Pero era evidente que esa decisión no le hacía ninguna gracia.

-Teniente, tenemos cuatro testigos que dicen haber visto a ese hombre entrando o saliendo de su casa -extendió las manos y señaló el destrozo que había a su alrededor-. Estos daños no son de poca importancia.

-Nadie ha resultado herido -dijo Prisco con calma.

Mia no pudo guardar silencio.

-¿Que nadie ha resultado herido? -dijo, incrédula-. Ayer alguien resultó herido... -se mordió el labio para no decir nada más. El día anterior, aquel hombre había mandado a Prisco al hospital. Entonces se llamaba Dwayne, y ese día seguía llamándose igual. Y si Prisco hubiera estado en casa esa tarde... Pero Prisco le había susurrado que confiara en él. Y ella confiaba en él. Sí. Así que se mordió la lengua.

Pero su estallido había sido suficiente y, por primera vez desde que había entrado en el piso, Prisco mostró alguna emoción.

-Eso no se va a solucionar deteniendo a ese cerdo por allanamiento de morada y vandalismo -dijo-. De hecho, sólo empeoraría las cosas -miró al policía, como si supiera que se había ido de la lengua. Con gran esfuerzo, borró todo signo de ira de su cara y, cuando volvió a hablar, su voz sonó firme y serena-. Como le decía, no quiero presentar denuncia -empezó a alejarse, pero el policía no lo dejó marchar.

-Teniente Francisco, parece que tiene usted algún tipo de problema. Quizá si hablara con uno de los inspectores de la brigada...

Prisco siguió inexpresivo.

-Gracias, pero no. Ahora, si no le importa, quiero cambiarme de ropa y empezar a limpiar todo este lío.

-No sé qué está pasando aquí -respondió el policía-, pero si acaba tomándose la justicia por su mano, amigo mío, se encontrará con un problema aún mayor.

-Discúlpeme -Prisco desapareció en su dormitorio y, al cabo de un momento, el policía se marchó sacudiendo la cabeza, exasperado.

Mia siguió a Prisco.

-Alan, era Dwayne.

Él la estaba esperando en la puerta de la habitación.

-Lo sé. No me mires así -la hizo entrar y cerró la puerta. Después la estrechó en sus brazos y la besó con fuerza, como si intentara borrar la expresión de confusión y temor de su cara-. Siento haberte hecho parecer una tonta delante de la policía al decir que estabas equivocada. Pero no sabía qué otra cosa decir.

-No entiendo por qué no lo denuncias -escudriñó su cara y él le sostuvo la mirada.

-Lo sé -dijo-. Gracias por confiar en mí a pesar de todo -su semblante se suavizó en su media sonrisa de siempre y volvió a besarla, con más suavidad esa vez.

Mia sintió que se derretía. El roce terso de sus mejillas mientras se besaban estaba cargado de sensualidad, y ella sintió una intensa oleada de deseo. Lo abrazó con fuerza y comprendió que él sentía lo mismo. Pero Prisco la apartó con delicadeza y se rió suavemente.

-Maldita sea, eres muy peligrosa. Tengo «mono» de ti.

-¿Mono?

-Síndrome de abstinencia -explicó él-. Algunos tipos tienen mono de viajes, no pueden quedarse mucho tiempo en un sitio. He tenido amigos que tenían mono de saltar en paracaídas, que no pueden pasar más de un par de días sin saltar -se acercó a su armario, apoyó las muletas contra la pared y se volvió para sonreírle de nuevo-. Y parece que yo tengo un grave mono de Mia Summerton -su voz se volvió aún más suave y aterciopelada-. No puedo pasar más de una hora o dos sin querer hacerte el amor.

El deseo que atravesaba a Mia se hizo más denso, más ardiente. «Tengo mono de ti». Aquellas palabras no eran muy románticas. Sin embargo, cuando Prisco las había

dicho con su voz ronca, sus ojos llenos de fuego líquido y aquella media sonrisa increíblemente sexy... lo habían sido. Aquello era puro romance.

Él se apartó. Parecía saber que, si seguía mirándola así, Mia acabaría en sus brazos y volverían a la cama. Y no había tiempo para eso, por agradable que fuera. Thomas estaba en su piso, cuidando a Natasha. Y Mia seguía esperando una explicación.

-¿Por qué no has presentado denuncia? -preguntó otra vez. Se sentó en la cama y lo miró mientras él se quitaba la chaqueta y la colgaba cuidadosamente en el armario. Prisco la miró. Sus ojos tenían una expresión seria y su sonrisa había desaparecido.

-He visto a Sharon -dijo. Llevaba una camisa blanca y las tiras de nailon negro de su sobaquera destacaban visiblemente. Desabrochó la funda y la arrojó, pistola incluida, sobre la cama, junto a ella.

Mia no pudo evitar mirar la pistola, que había caído a unos centímetros de ella. Prisco la manejaba con tanta naturalidad como si no fuera un arma letal, capaz de segar la vida de un ser humano con sólo un ligero esfuerzo.

-Resulta que es cierto que le debe dinero a Dwayne. Dice que le pidió prestados cinco de los grandes cuando se fue de su casa, hace un par de meses -se acercó a pata coja a la cama y se sentó a su lado. Inclinandose, se quitó los zapatos y los calcetines. La camisa desabotonada dejaba entrever su pecho musculoso y bronceado. Pero ni siquiera aquello bastó para que Mia apartara la atención de la pistola que él había arrojado sobre la cama.

-Por favor..., preferiría que apartaras eso -lo interrumpió.

Él la miró y bajó luego la mirada hacia la pistola enfundada.

-Perdona -recogió el arma y la dejó en el suelo, lejos de ella-. Debería haber imaginado que no te gustan las armas de fuego.

-No es que no me gusten. Es que las odio.

-Yo tengo muy buena puntería. O la tenía. Ahora estoy un poco falto de práctica. Y conozco las armas tan bien que mentiría si te dijera que las odio. También mentiría si te dijera que no me siento más seguro llevándola. Lo que odio es que las armas caigan en las manos inadecuadas.

-En mi opinión, todas las manos son inadecuadas. Las armas deberían erradicarse de la faz de la tierra.

-Pero existen -repuso Prisco-. Es demasiado tarde para desear que desaparezcan.

-Pero no lo es para imponer restricciones a su uso -contestó ella con ardor.

-A su uso legal -añadió él, y su voz se tiño también de vehemencia-. A quien pueda utilizarlas legalmente. Pero la gente que no debería usarlas -los delincuentes, la mala gente y los terroristas-, éstos siempre descubren un modo de hacerse con ellas, digan lo que digan las leyes. Y, mientras ellos puedan tener armas, yo también tendré una.

Tenía la mandíbula tensa y una mirada dura en la que brillaba un fuego azul. En aquel asunto se hallaban en bandos opuestos, y Mia sabía con toda certeza que era

tan poco probable que Prisco se dejara persuadir por sus argumentos como ella por los de él.

Sacudió la cabeza, como si de pronto se sintiera incrédula.

-No puedo creer que me haya... -apartó la mirada de él, aturdida por las palabras que había estado a punto de decir en voz alta. «No puedo creer que me haya enamorado de un hombre que lleva un arma».

Prisco la tocó, levantó suavemente su mano y entrelazó sus dedos. Había adivinado lo que ella había estado a punto de decir.

-Somos muy distintos, ¿eh?

Ella asintió con la cabeza. Temía mirarlo a los ojos, temía que adivinara también el resto de sus pensamientos.

Él sonrió con ironía.

-¿Qué opinas del aborto? ¿Y de la pena de muerte?

Mia sonrió, muy a su pesar.

-No preguntes -sin duda sus puntos de vista eran completamente opuestos también en aquellos asuntos.

-A mí me gusta que sea así -dijo él con calma-. Me gusta que no estés de acuerdo con todo lo que pienso.

Ella lo miró.

-Seguramente pertenecemos a partidos políticos contrarios.

-¿Y tan malo es eso?

-Nuestros votos se cancelarán mutuamente.

-La democracia en acción.

Los ojos de Prisco eran más suaves, líquidos en vez de acerados. Mia sintió que empezaba a ahogarse en su color azul. Prisco no era el único que tenía mono, síndrome de abstinencia. Se inclinó hacia él y lo besó. Subió las manos por su camisa abierta, rozó su piel desnuda y aquella sensación los hizo gemir a ambos.

Pero, cuando ella estaba a punto de rendirse, cuando estaba dispuesta a tumbarse con él en la cama, Prisco se apartó con esfuerzo. Respiraba trabajosamente y el fuego de sus ojos resultaba inconfundible. La deseaba tanto como ella a él. Quizá fuera adicto a ella, pero tenía también una voluntad férrea.

-Tenemos que salir de aquí -explicó-. Dwayne va a volver, y no quiero que Tasha y tú estéis aquí cuando llegue.

-Sigo sin entender por qué no lo has denunciado -dijo Mia-. El que tu hermana le deba dinero no le da derecho a destrozarte la casa.

Prisco se levantó y se quitó la camisa. La arrugó y la lanzó al rincón, encima de su montaña de ropa sucia.

-Se llama Dwayne Bell -dijo-. Y es un delincuente profesional. Drogas, mercancía robada, tráfico de armas... Está metido en toda clase de cosas. Y no gana un millón de pavos al año por ser amable con quien le debe dinero.

La miró mientras se desabrochaba y se quitaba los pantalones. Mia sabía que no debía mirar. No era muy cortés observar a un hombre en calzoncillos, pero no podía apartar los ojos.

-Sharon vivió con él unos cuatro meses -continuó Prisco. Se acercó saltando a sus macutos y empezó a rebuscar en su interior-. Durante ese tiempo, también trabajaba para él. Según dice, Dwayne sabe suficientes cosas sobre ella como para causarle verdaderos problemas. Si lo detuvieran por algo tan insignificante como un allanamiento de morada, haría un trato con la policía y la denunciaría por tráfico de drogas, y sería ella la que acabara en la cárcel.

Mia cerró los ojos un momento.

-Oh, no.

-Sí.

-Entonces ¿qué vamos a hacer?

Él encontró un par de pantalones cortos relativamente limpios y volvió a la cama. Se sentó y se los puso.

-Vamos a sacaros a Tasha y a ti de aquí. Luego, yo volveré a zanzar las cosas con Dwayne. — ¿A zanzar las cosas con Dwayne?

-Alan...

Él había vuelto a levantarse. Se pasó la pistolera por el brazo y se la abrochó sobre la piel desnuda.

-Hazme un favor. Ve al cuarto de Tash y recoge su bañador y un par de mudas de ropa -se inclinó, agarró uno de sus macutos vacíos y se lo tiró.

Mia lo recogió, pero no se movió.

-Alan...

Él se puso a buscar en su armario, de espaldas a ella, y sacó una vieja camisa de faena de color verde oliva, con las mangas cortadas y los bordes deshilacliados. Se la puso. Era amplia y se dejó sin abrochar casi todos los botones. Ocultaba su pistola, pero le permitía acceder a ella con facilidad. Podría sacarla si era necesario cuando tuviera que vérselas con Dwayne. A menos, claro, que Dwayne sacara la suya primero. El miedo cerró la garganta de Mia.

Prisco se volvió para mirarla.

-Vamos, Mia. Por favor. Y luego mete algunas cosas tuyas en una bolsa.

Ella sintió una punzada de enfado, más ardiente y afilada que su miedo.

-Tiene gracia, no recuerdo que me hayas pedido que vaya contigo. Ni siquiera me has dicho adonde vas.

-Lucky tiene una cabaña en las montañas, a unos ochenta kilómetros al este de San Felipe. Voy a llamarlo, a ver si podemos usar la casa unos días.

Lucky. El de su antigua unidad. Su amigo. No, eran más que amigos. Eran... ¿cómo lo llamaban ellos? Compañeros de zambullida.

-Te estoy pidiendo ayuda -prosiguió él con calma-. Necesito que vengas conmigo para cuidar de Tasha mientras yo...

-Mientras arreglas las cosas con Dwayne -concluyó ella, exasperada-. Sabes que voy a ayudarte, Alan. Pero no sé si quiero ir a esconderme a una cabaña -sacudió la cabeza-. ¿Por qué no buscamos un sitio donde podamos dejar a Tasha a salvo? Podríamos... no sé, quizá llevarla a casa de mi madre. Luego podría acompañarte cuando vayas a ver a Dwayne.

-No. Imposible. Rotundamente no. – Ella montó en cólera.

-No quiero que hagas esto solo.- Prisco se echó a reír sin ganas.

-¿Es que crees que vas a impedir que Dwayne intente volver a patearme el culo? ¿Le vas a soltar un sermón sobre la no violencia? ¿O vas a intentar usar el refuerzo positivo para enseñarle modales, eh?

Mia sintió que se sonrojaba.

-No, yo...

-Dwayne Bell es un hijo de perra -dijo Prisco-. No pertenece a tu mundo... ni tú al suyo. Y pienso asegurarme de que siga siendo así.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho y se apretó con fuerzas los codos para que él no viera que le temblaban las manos de furia.

-¿Y a cuál de esos dos mundos perteneces tú? –Prisco se quedó callado un momento.

-A ninguno de los dos -contestó por fin, incapaz de mirarla a los ojos-. Yo estoy en el limbo, ¿recuerdas?

Capítulo 13

Natasha abrió la puerta mosquitera de la cabaña, pero se detuvo y miró a Prisco, que tenía los brazos metidos hasta los codos en el agua espumosa de fregar los platos de la cena.

-¿Puedo salir?

Él asintió con la cabeza.

-Sí, pero quédate en el porche. Está oscureciendo -ella salió de inmediato y él le gritó: ¡Eh, Tash!

La niña apretó la nariz contra la mosquitera y lo miró.

-Has hecho bien en preguntar -dijo.

Tasha le sonrió y desapareció.

Prisco miró a Mia, que lo estaba observando. Estaba sentada en el sofá, con un libro sobre el regazo y una pequeña sonrisa bailaba en las comisuras de su boca.

-Has hecho bien en alabarla -le dijo.

-Empieza a hacerme caso.

-¿Seguro que no quieres que te ayude con eso? -preguntó ella.

Prisco negó con la cabeza.

-Tú has cocinado y yo friego. Es lo justo.

Habían llegado a la cabaña de Lucky justo antes de la hora de la cena. Hacía casi seis años que Prisco no iba por allí, pero la casa estaba prácticamente igual.

No era muy grande: sólo tenía un cuarto de estar con chimenea y una zona para cocinar separada, dos dormitorios pequeños, uno en la parte de atrás y el otro junto al cuarto de estar, y un cuarto de baño muy funcional, únicamente con agua fría. Lucky siempre tenía en la casa latas de comida y embutidos..., y cerveza y whisky suficientes para hundir un barco.

Mia no había dicho una palabra al respecto, pero Prisco sabía que se preguntaba si aquello sería una tentación para él. Aún no acababa de creerse que no tuviera problemas con el alcohol. Él había estado allí muchas veces con Lucky y otros chicos de la Brigada Alfa, y siempre había bebido un refresco mientras los demás daban cuenta de una botella de whisky y un paquete de cervezas.

Aun así, sabía que Mia confiaba en él.

Esa tarde, ella había seguido sus instrucciones sin lanzarle siquiera una mirada inquisitiva cuando le había pedido que abandonara la estrecha carretera secundaria y tomara un camino de tierra. Habían salido de la autopista hacía mucho tiempo, y el camino serpenteaba por espacio de diez kilómetros, sin señal alguna de civilización antes de llegar al camino, aún más estrecho, que llevaba a la cabaña de Lucky.

La casa estaba, decididamente, en medio de la nada.

Eso la hacía perfecta para los ejercicios de entrenamiento de los SEAL. Había un lago a unos quinientos metros del porche trasero, y un sinfín de hectáreas de bosque y matorral alrededor. Era, además, un escondite perfecto. Imposible que Dwayne Bell los encontrara allí.

-¿Qué tal tu rodilla?

Prisco la miró y vio que se había levantado y estaba apoyada contra la nevera, mirándolo mientras él acababa de fregar el fondo de la cacerola de pasta.

Aclaró la cacerola sumergiéndola en la pila llena de agua caliente y limpia y asintió con la cabeza.

-Está... mejor -le dijo-. Hace unas ocho horas que no uso el analgésico y... -la miró de nuevo-. No voy a echarme a correr, pero tampoco me mata de dolor.

Mia asintió con la cabeza.

-Bien -vaciló ligeramente, y él comprendió lo que iba a decir a continuación-. Cuando hablaste con Lucky...

Prisco colocó cuidadosamente en equilibrio la cacerola en el escurridor, sobre las demás. Comprendió lo que ella quería saber.

-He quedado con él mañana por la noche -dijo con calma-. Y con un par de tíos más de la Brigada Alfa. El plan es que Thomas venga por la tarde y me lleve en coche a San Felipe. Tash y tú os quedaréis aquí.

-¿Y qué ocurrirá cuando encuentres a Dwayne? – Él vació la pila y se secó las manos y los brazos con un paño, volviéndose para mirarla a los ojos.

-Voy a darle mil pavos y a informarlo de que los otros cuatro mil que le debe Sharon cubren los destrozos que hizo en mi apartamento. Pienso decirle que ninguna suma de dinero bastaría para compensar el que pegara a Natasha antes de que Sharon y ella se mudaran, y que tiene suerte de que no vaya a partirlo en dos por haberlo hecho. También voy a convencerlo de que, si vuelve a acercarse a Tash o a Sharon o a alguien que me importe, lo buscaré y haré que desee haber muerto.

Los ojos de Mia se agrandaron.

-¿Y de veras crees que funcionará?

Prisco no pudo resistir el deseo de extender la mano y tocarle la mejilla. Su piel era tan deliciosamente suave...

-Sí -dijo-. Creo que funcionará. Si le doy algún dinero, una suma importante, aunque sólo sea una quinta parte de lo que se llevó Sharon, no se irá con las manos vacías. Salvará las apariencias -hizo una pausa. A menos que la situación fuera más compleja. A menos que hubiera algo que Sharon no le hubiera contado, algo sobre lo que no hubiera sido del todo sincera. Pero Mia seguramente no necesitaba saber que tenía sus dudas.

Por desgracia, ella percibió su vacilación.

-¿Qué ocurre? -preguntó mientras escudriñaba su cara-. Ibas a decir algo más, ¿no?

Prisco quería abrazarla, quería aspirar el dulce olor de su pelo limpio y gozar de la suavidad de su cuerpo. Deseaba todo aquello, pero no podía arriesgarse a tocarla de nuevo. Incluso el contacto de su mejilla tersa había bastado para prender el deseo que sentía cada vez que estaba a su lado. O cada vez que pensaba en ella. Si la estrechaba en sus brazos, la besaría. Y, si la besaba, no querría parar.

-Tengo la sensación de que Sharon no fue sincera conmigo al cien por cien -reconoció por fin. Mia había sido sincera con él hasta el momento; a veces, dolorosamente sincera. Él la respetaba lo suficiente como para devolverle el favor-. No sé... Puede que me esté poniendo paranoico, pero, cuando encuentre a Dwayne, prefiero estar preparado para cualquier cosa.

Mia miró su pecho, el lugar junto a su brazo izquierdo donde se hallaba escondida el arma en la pistolera. Prisco sabía exactamente lo que estaba pensando. Iba a ir al encuentro de Dwayne con aquella arma que tanto desagradaba a Mia metida bajo el brazo. Y gracias a esa arma estaría preparado para cualquier cosa.

Ella levantó la vista.

-¿Vas a quitarte esa cosa cuando hagamos el amor esta noche?

«Cuando hagamos el amor esta noche». No «si». Prisco sintió una ardiente espiral de deseo. Tenía esperanzas de que así fuera, pero no había querido darlo por sentado. Claro que le parecía muy bien que ella no dudara de que iban a compartir la cama esa noche. Le parecía de maravilla.

-Sí -dijo con voz ronca-. Me la quitaré.

-Bien -Mia le sostuvo la mirada y el aire pareció chisporrotear a su alrededor.

Prisco quería estrecharla entre sus brazos, besarla. Podía sentir la reacción de su cuerpo ante la cercanía de Mia, ante la suave curva de sus labios, ante la expresión atenta de sus ojos.

La deseaba en ése preciso instante, pero era imposible: Tasha estaba sentada en el balancín del porche, meciéndose y cantando una cancioncilla. Prisco intentó calcular a qué hora podría acostar a la niña y cuánto tiempo tardaría en dormirse. Estaba oscureciendo y la cabaña se encontraba ya en penumbra. Aunque no había electricidad, ni luces ni televisión que distrajeran a la pequeña, imaginó que tardaría aún una hora en aceptar irse a la cama y otra media hora en quedarse dormida. Procuró mirar subrepticamente su reloj; Mia lo notó y sonrió. No dijo nada, pero Prisco comprendió que era consciente de lo que estaba pensando.

-¿Sabes dónde guarda Lucky las velas? -preguntó Mia, apartándose de él-. Esto empieza a estar muy oscuro.

Él señaló con la cabeza mientras se colocaba las muletas bajo los brazos.

-En el armario de al lado de la chimenea. Y hay una lámpara de keroseno por ahí, en alguna parte.

-Con las velas bastará -dijo Mia, y se acercó al armario. Le lanzó una sonrisa muy sexy por encima del hombro-. Me gusta la luz de las velas, ¿a ti no?

-Sí -contestó, y procuró no pensar en la luz de las velas y en la gran cama de la otra habitación. Aquella hora y media iba a ser la más larga de su vida si empezaba a pensar en Mia, con su pelo largo y sus ojos bellos y luminosos, tumbada en la cama mientras la luz de las velas refulgía en su piel.

Mia encontró una caja de cerillas sobre la repisa de la chimenea, lejos del alcance de Tasha, encendió una vela tras otra y fue colocándolas por la habitación. Parecía de otro mundo; la llama vacilante de las velas proyectaba sombras y la luz danzaba sobre sus pómulos altos, sobre sus labios carnosos y bellos y sus exóticos ojos rasgados. Los pantalones cortos, de tela vaquera muy desgastada, se ceñían pecaminosamente a sus nalgas. Se había recogido el pelo en una trenza alta.

Prisco se acercó a ella. Deseaba deshacerle la trenza, pasar los dedos por entre su melena sedosa; ansiaba verla sonreír, oír-la reír, hundirse en su dulzura y estrecharla entre sus brazos toda la noche. No había tenido ocasión de abrazarla después de que hicieran el amor de madrugada, y ahora lo deseaba tanto que apenas podía creer que su deseo fuera tan intenso.

Ella volvió a mirarlo y luego no pudo apartar la mirada, atrapada por un momento por la pasión que reconoció en sus ojos.

-Puede que lo de las velas no sea tan buena idea -musitó-. Porque, si sigues mirándome así, voy a...

-Mmm, eso espero -Prisco se acercó, le quitó la vela de la mano y la dejó sobre la repisa de la chimenea-. Sea lo que sea lo que estás pensando..., eso espero.

El corazón de Mia martilleaba con fuerza. Dios, cuando Prisco la miraba con tanto deseo, cada fibra nerviosa de su cuerpo se ponía en alerta roja. Él la tocó ligeramente, pasó el pulgar por sus labios y ella sintió que se tambaleaba, pero Prisco bajó la mano. Mia sabía que no debía besarlo. Allí, no. No, en aquel momento. Natasha estaba fuera y podía entrar en cualquier instante.

Veía el mismo razonamiento en los ojos azules oscuros de Prisco. Pero, en lugar de apartarse, como ella esperaba, él bajó la cabeza y la besó de todos modos.

Tenía un sabor seductoramente dulce, como el de los melocotones frescos que habían comprado en el puesto de una granja de por allí y habían probado después de la cena. Fue un beso duro, apasionado, a pesar de que él mantúvolas manos sobre las asas de sus muletas y sólo la tocó en los labios.

Fue más que suficiente.

De momento, al menos.

Prisco se apartó y Mia se descubrió contemplando sus ojos de color azul fuego. Luego levantó los brazos y volvió a atraer sus labios increíbles hacia los de ella. Se había equivocado. No era suficiente.

-¿Vais a besaros otra vez?

Mia se apartó de Prisco como si se hubiera quemado. Al volverse, vio a Natasha de pie en la puerta, observándolos. Mia no sabía cuánto tiempo llevaba allí. Sintió que se sonrojaba.

Prisco sonrió a Tasha. Si estaba azorado, lo disimulaba muy bien.

-Ahora mismo no.

-¿Y luego?

Él miró a Mia, y ella vio un regocijo genuino en sus ojos.

-Eso espero.

Natasha se quedó pensando con la cabeza ladeada.

-Thomas me dijo que, si le rompías el corazón a Mia, te iba a dar una patada en el trasero -se sentó altivamente en el sofá. Era la perfecta princesa rusa-. Bueno, la verdad es que dijo otra cosa, pero yo no digo palabrotas.

Los músculos de la cara de Prisco se tensaron, pero de algún modo logró ocultar su sonrisa.

-Bueno, Thomas y tú no tenéis que preocuparos. No tengo intención de...

-Te he hecho una medalla -dijo Tash-. Por no decir palabrotas. Y por no beber eso que huele tan mal -añadió como si se lo pensara mejor, arrugando la nariz. Miró a Mía-. ¿Puedo dársela ya?

-Ay, Tasha, creo que nos la dejamos en mi cuarto de estar. Lo siento...

-Es preciosa -le dijo Tasha a Prisco, completamente en serio-. Puedo dártela cuando volvamos. Pero el saludo te lo doy ahora, ¿vale?

-Claro.

La niña se levantó y ejecutó un saludo militar que habría impresionado al sargento más duro y malvado.

-Gracias, Tash -Prisco tenía la voz ronca.

-Dwayne besaba a mamá y le rompió el corazón en vez de casarse con ella -les dijo la niña-. ¿Vosotros vais a casaros?

Prisco ya no estaba tan impasible.

-Pero, Tash, ¿no tuvimos ya esta conversación? ¿Y no quedamos en que... ?

-Yo prefiero tener el corazón roto a que Dwayne sea mi papá -anunció Tasha-. ¿Por qué está tan oscuro esto? ¿Por qué no encendemos las luces?

-¿Recuerdas que te dije que aquí no hay electricidad?

-¿Eso quiere decir que las luces están rotas? – Prisco titubeó.

-Es algo parecido...

-¿La tele también está rota?

La pequeña miraba a Prisco con los ojos llenos de espanto. El le devolvió la mirada con la boca ligeramente entreabierta.

-Mierda -dijo, rompiendo la norma de su sobrina.

-Cariño, aquí no ha tele -dijo Mia. Natasha puso cara de que el fin del mundo se avecinaba, y Prisco tenía una expresión idéntica.

-No puedo dormir sin la tele puesta -susurró Tash.

Prisco se obligó a mantener la calma cuando entró en la habitación de Tash por tercera vez en menos de media hora.

Sí, había visto a Tasha en acción la noche en que apagó accidentalmente el televisor. Estaba claro que la niña dependía del maldito aparato para que su luz y su ruido de fondo la calmaran. Aquello le parecía reconfortante, sólido, fiable. Allá donde hubiera estado en su corta existencia, siempre había habido una televisión.

Pero tenía cinco años. Tarde o temprano la rendiría el cansancio y se quedaría dormida. Ciertamente, él había confiado en que fuera antes, pero así era la vida. Tendría que esperar un par de horas más antes de que Mia estuviera en sus brazos. No era para tanto.

Al menos, de eso intentaba convencerse.

Cuando se sentó al borde de una de las estrechas camas de la pequeña habitación trasera, Tasha lo miró con ojos tristes. Él le besó la coronilla.

-Intenta dormir, ¿de acuerdo?

La niña no dijo nada. Sólo lo miró mientras salía de la habitación apoyado en las muletas.

Mia estaba sentada en un extremo del sofá, delante de la chimenea, con las piernas recogidas. La luz de las velas bailaba, y ella estaba deliciosamente sexy. Prisco se sentó, apoyando con cuidado la rodilla herida, al otro lado del sofá.

-Estás siendo muy paciente con ella -dijo Mia en voz baja.

Él sonrió con desgana.

-Tú estás siendo muy paciente con los dos.

-No he venido aquí por el sexo -contestó ella mientras intentaba ocultar una sonrisa. Pero no lo consiguió.

-Esta mañana he dormido dos horas, como mucho -dijo él en voz baja-. Debería estar agotado, pero no lo estoy. Estoy completamente despierto porque sé que la niña va a dormirse y que, cuando se duerma, voy a llevarte a la otra habitación, a quitarte la ropa y a hacerte el amor como me muero por hacer desde que saliste de mi cuarto esta mañana.

Le sostuvo la mirada. La suya era firme y ardiente, y la sonrisa de Mia se desvaneció rápidamente.

-Quizá deberíamos hablar de otra cosa -sugirió casi sin aliento, y él se obligó a mirar hacia otro lado.

Ella se quedó callada un momento. Prisco oía la manecilla de su reloj girando alrededor de la esfera. Oía la brisa fresca de la noche entre los árboles. Oía los suaves crujidos de la cabaña a medida que la madera perdía el calor que había absorbido del sol caliente del verano.

-Siento haberme dejado en casa la medalla que te ha hecho Tasha -dijo Mia por fin para cambiar de tema-, íbamos con tanta prisa que no me acordé. Tardó mucho en hacerla. Me contó lo que pasó cuando se te cayó la leche.

Prisco no pudo evitar pensar en la nueva lista que Mia había pegado en la puerta de la nevera: la lista de las cosas que todavía podía hacer, aunque tuviera la rodilla lesionada. La había visto a primera hora, cuando estaba recogiendo la leche vertida. Le había quitado de golpe el enfado y había convertido su exasperación en buen humor y en una expectación ardiente y dulce. Algunas de las cosas que ella había escrito eran tan sugerentes que aturdíen. Y tenía mucha razón. Él podía hacer todas esas cosas. Y pensaba hacerlas, en cuando tuviera ocasión...

Se forzó a concentrarse en la conversación. Tasha. La medalla que había hecho para él. Pero la niña había dicho que no era sólo por no decir palabrotas.

-No creía que fuera a darse cuenta de que ya no bebo -confesó-. Quiero decir que no le he dado tanta importancia. Supongo que da que pensar que lo haya notado.

Mia asintió con la cabeza. Su mirada era suave.

-A mí no me ha dicho nada. – Prisco bajó la voz aún más para que, si Tasha seguía despierta, no los oyera.

-He encargado ese sofá.

Mia pareció confusa, pero luego sus ojos brillaron y se tapó la boca con la mano para no echarse a reír.

-¿Te refieres al...?

-Al rosa, sí -concluyó Prisco por ella. Sintió que una sonrisa se extendía por su cara-. Sí. El otro estaba destrozado y pensé, qué demonios, la niña tiene tantas ganas... Pero me aseguraré de que se lo lleve cuando se vaya.

Cuando se vaya. Aquella idea no resultaba agradable. De hecho, era deprimente. Y eso era extraño. Cuando Tasha había llegado, él no podía pensar más que en sobrevivir, en poner al mal tiempo buena cara hasta que se fuera. Pero eso no había tardado mucho en cambiar. Era cierto que tener a la niña le complicaba la vida, como en ese momento, cuando deseaba desesperadamente que se quedara dormida, pero por primera vez en años se veía obligado a pensar en algo más que en su lesión. Se veía obligado a dejar de esperar una ocasión para volver a vivir, y a vivir de nuevo.

Lo cierto era que adoraba a Tasha desde el momento de su nacimiento.

-Yo la ayudé a nacer. ¿Lo sabías? -preguntó a Mia.

-¿A Natasha? -dijo ella-. No, no lo sabía.

-Lucky y yo estábamos de permiso y él me acompañó a Arizona a ver a Sharon. Mi hermana estaba a punto de dar a luz y a nosotros iban a mandarnos a Oriente Medio por Dios sabe cuánto tiempo. Sharon vivía entonces en un parque de caravanas, a unos ochenta kilómetros al este de Tucson. Veinte minutos después de que llegáramos, se puso de parto. El hospital más cercano estaba en Tucson, así que la metimos en mi camioneta y salimos pitando -sonrió-. Pero Sharon nunca hace las

cosas por el camino fácil. El suyo debió de ser el parto más corto de la historia. Tuvimos que parar en la cuneta porque Tasha no quería esperar.

Mientras Mia lo miraba, Prisco se quedó callado un momento. Ella sabía que estaba reviviendo aquel momento.

-Fue increíble -dijo él en voz baja-. Cuando salió el bebé, fue... Fue uno de los momentos más bonitos de mi vida -sacudió la cabeza. Tenía una expresión maravillada, a pesar del tiempo transcurrido-. Nunca antes había visto un milagro, pero ese día lo vi. Y cuando Lucky me puso a la niña en las manos... Estaba toda roja y arrugada, y tan viva... Aquel nuevo ser, con apenas unos segundos de vida... -levantó la vista hacia ella y su sonrisa se tiño de pudor-. Suena bastante cursi, ¿eh?

Mia negó con la cabeza, incapaz de contestarle, incapaz de decir nada. No era cursi. Era increíblemente tierno.

-Tuve a Tasha en brazos hasta que llegamos al hospital -continuó él-. Sharon estaba grogui... como casi siempre. Así que envolví a la niña en mi camiseta y la sostuve en brazos una eternidad, porque lloraba, y Sharon también lloraba, y lo peor de todo es que yo también tenía que esforzarme por no llorar -se quedó callado un momento-. Pero por fin conseguí que Tasha se calmara. Le cantaba y le hablaba, le prometía que lo peor de la vida ya había pasado. Había nacido, y eso siempre era difícil, pero, si dependía de mí, de allí en adelante para ella sería todo coser y cantar. Le dije que cuidaría de ella y que también cuidaría de su mamá.

Y entonces llegamos al hospital y salieron las enfermeras para llevársela, y yo no quería soltarla -forzó una sonrisa que le hizo parecer infinitamente triste-. Pero la solté -se miró la rodilla-. Y tres horas después, el oficial al mando convocó a todo el Equipo 10 de los SEAL, y la Brigada Alfa zarpó en una misión de rescate de urgencia.

-Y entonces fue cuando te hirieron -dijo Mia. No era una pregunta, pero él la miró y asintió con la cabeza.

-Sí, entonces fue cuando me hirieron -apretó los dientes y el músculo de un lado de su mandíbula vibró-. No cumplí ninguna de las promesas que le hice a la niña. Le mandaba dinero a Sharon, sí, pero... -sacudió la cabeza y compuso otra sonrisa-. Así que voy a comprarle un sofá rosa, con la esperanza de compensar todos estos años de ausencia -su sonrisa se hizo más sincera-. Lucky iba a pasarse por mi casa con algunos compañeros para acabar de limpiar. Estará allí cuando llegue el sofá. Le dije cómo era, pero no sé si me creyó -Prisco se echó a reír-. En fin, me creará cuando lo vea, ¿no?

Mia no sabía si reír o llorar. Cada destello de emoción del rostro de Prisco, cada brillo de dolor, de pena o de alegría de sus ojos, cada palabra que decía, cada palabra que compartía con ella, llenaban su corazón de un sentimiento de anhelo tan profundo que apenas podía respirar.

Lo quería.

Prisco era justo lo que no le convenía. Sus heridas eran tan hondas y tan catastróficas... Ella podía enfrentarse a sus limitaciones físicas. No le importaba que necesitara un bastón o muletas, o incluso una silla de ruedas para moverse. A su

modo de ver, las limitaciones emocionales de Prisco eran mucho más graves. Era su bagaje emocional, la amargura y la ira que llevaba consigo, lo que podía hundirla a ella también como un lastre.

Y, a pesar de todo, lo quería.

Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas y se volvió. No quería que él la viera llorar. Pero Prisco la vio y se inclinó hacia delante con los ojos llenos de preocupación.

-¿Mia...?

Ella maldijo para sus adentros su debilidad mientras se limpiaba los ojos.

-Lo siento. Soy... un tonta.

Él intentó quitarle importancia a la situación.

-Sí, es bastante tonto llorar por un sofá rosa.

-No lloro por el sofá. Lloro por... -cometió el error de mirarlo a los ojos y, de pronto, se sintió atrapada, incapaz de apartar la mirada, presa de la ternura de su preocupación y del fuego y la intensidad que veía en sus pupilas-. Porque me has complicado terriblemente la vida -musitó.

Prisco sabía lo que quería decir. Comprendía su mensaje tácito. Mia vio comprensión en sus ojos y dijo en voz alta:

-Me estoy enamorando de ti, Alan.

Él tenía el corazón en la garganta. Sospechaba que Mia sentía algo por él, pero había una gran diferencia entre una vaga sospecha y oír aquellas palabras directamente de su boca. Se estaba enamorando. De él.

Santo cielo, ¿acaso estaba ciega? ¿Cómo podía enamorarse del guiñapo en el que se había convertido? ¿Cómo podía una mujer tan bella, vital y llena de alegría querer a un hombre incompleto?

Sus palabras deberían haberlo llenado de euforia. Pero sólo sentía desesperación. ¿Cómo podía amarlo?

Oía el tictac del reloj de Mia, cuyo minutero giraba en círculos una y otra vez.

Por fin, ella se levantó y se acercó a la puerta mosquitera. Se quedó mirando la noche como si ésta supiera hasta qué punto le había conmovido su sinceridad, expresada tan suavemente.

Prisco tenía que decir algo. Sabía por la espalda rígida de Mia que quería que dijera algo, lo que fuese, pero no se le ocurría ninguna respuesta. «Estás loca» parecía tan inapropiado como «Es una equivocación».

-¿Prisco?

Él se volvió y vio a Natasha de pie en el pasillo. El camisón le quedaba varias tallas más grande de lo debido, y caía casi hasta el suelo. Llevaba agarrado su osito de peluche por un brazo. Tenía el pelo revuelto alrededor de la cara y los ojos llenos de lágrimas.

-No puedo dormir -dijo-. Hay demasiado silencio. No se oye nada. No me gusta. No oigo nada de nada.

Prisco miró a Mia, que se había dado la vuelta, pero sus ojos no se encontraron. Dios, ella acababa de abrirle su corazón y él no había respondido. No había dicho ni hecho nada. Al menos, tenía que decirle que su declaración lo había turbado completamente.

-Tash, vuelve a la cama -dijo-. Enseguida voy, pero primero tengo que hablar con Mia... – Mia lo interrumpió.

-No, no pasa nada. Podemos hablar luego, Alan -compuso una sonrisa, pero tenía una mirada muy triste-. He elegido... un mal momento.

Apartó los ojos y se hizo el silencio en la habitación. Prisco oía latir su propio corazón, el ligero arrastrar de los pies de Tasha y el maldito tictac del reloj...

La idea se le ocurrió de pronto, con un fogonazo.

Se levantó.

-Vamos -entró en el cuarto de Tasha. La niña lo siguió, pero Mia no se movió. Él asomó la cabeza por la puerta-. Tú también -le dijo.

Notó incertidumbre en su mirada.

-Quizá debería esperar aquí fuera...

-No, te necesitamos. Vamos -Prisco volvió a la habitación-. A la cama, Tash.

Mia se quedó en la puerta y dejó que sus ojos se habituaran a la oscuridad. Había estado ya en aquel cuarto, ayudando a Tasha a ponerse el camisón. Aunque estaba a oscuras, podía identificar las distintas formas de los muebles. La cama en la que se había tumbado Tash estaba contra una pared. Frente a ella había otra cama. Había también una mesita y una cómoda, y varias ventanas alargadas que estaban abiertas para que entrara la suave brisa de la noche de verano.

Prisco estaba sentado en la otra cama, con la espalda contra la pared.

-Ven aquí -le dijo con tranquilidad.

Ella entró, indecisa, en la habitación y él la agarró suavemente del brazo y la hizo sentarse en la cama, entre sus piernas, con la espalda apoyada contra su pecho. Le rodeó la cintura con los brazos y la sujetó con firmeza.

Ella se resistió medio segundo antes de rendirse a la deliciosa sensación de su abrazo. Recostó la cabeza contra su hombro y se permitió el placer de disfrutar del roce áspero de su mejilla contra la sien.

Sabía que lo había sorprendido al afirmar que lo quería. Incluso se había sorprendido a sí misma. Pero, ante la falta de reacción por parte de Prisco, había dado por sentado que, a menos que ella pudiera explicar de alguna forma sus sentimientos, él tenía intención de rechazarla. Ahora, en cambio, estaba haciendo todo lo contrario. La estaba abrazando.

Él le rozó la mejilla con los labios y ella luchó contra el repentino deseo de llorar. Quizás la idea de que se estuviera enamorando de él no lo asustaba tanto como ella

había imaginado. Tal vez, ahora que había tenido varios minutos para acostumbrarse a la idea, incluso le gustaba. Quizá...

-Tasha cree que aquí no se oye nada -dijo Prisco con voz rasposa y cálida en medio de la fresca oscuridad.

-No se oye nada -la niña se incorporó en la otra cama.

-Tienes que tumbarte -le dijo Prisco-. Esto sólo funcionará si te tumbas.

Ella obedeció, pero luego volvió a incorporarse.

-¿Qué vamos a hacer?

-Tú vas a tumbarte en la cama -contestó él, divertido, y esperó a que la niña obedeciera-. Nosotros vamos a comprobar si de verdad hay tanto silencio en esta habitación. Y es muy raro, porque en el cuarto de estar hay muchos ruidos. Y fuera de la cabaña, muchos más.

-¿Sí? -Tasha volvió a sentarse. Pero enseguida se dio cuenta de su error y volvió a tumbarse antes de que Prisco la regañara.

-Claro. Chist. Quédate muy quieta y escucha. —Mia se descubrió conteniendo el aliento cuando Prisco y Tasha guardaron silencio.

-Vaya -dijo Prisco al cabo de un momento-, estás equivocada, Tash. Ésta es una de las habitaciones más ruidosas en las que he estado.

La niña se sentó.

-¿Ruidosa?

-Tumbate -ordenó él-. Y escucha otra vez. —Otra vez, el silencio.

-Escucha el viento en los árboles -dijo Prisco en voz baja. Mia cerró los ojos y se relajó aún más entre sus brazos. Le encantaba sentir su abrazo y su aliento en el oído, mientras su voz flotaba en la oscuridad-. Escucha cómo susurran las hojas cuando pasa por ellas la brisa. Y hay una rama... Seguramente está muerta. Golpea una y otra vez contra las otras ramas, intentando desprenderse y caer al suelo. ¿La oyes?

-Sí -susurró Tasha.

Mia también la oía. Antes no había reparado en aquel ruido. Se levantó otra ráfaga de aire y oyó el sonido de las hojas agitadas por el viento. Susurrando, había dicho Prisco. Sus descripciones eran poéticas.

-Y los grillos -continuó él-. ¿Los oyes? Y tiene que haber también una langosta ahí fuera, tocando su música, haciendo su número. Pero todos se callarán si aparece un extraño. Cuando los insectos hablan más alto es cuando su música se detiene.

Se quedó callado otra vez.

-Debe de haber alguien acampado al otro lado del lago -dijo en voz baja-. Oigo ladrar un perro. Gime, seguramente estará atado en alguna parte. Y... ¡chist! Escucha ese traqueteo. Deben de ser vías de tren, no muy lejos de aquí. Está pasando un mercancías.

Cómo no, Mia oyó a lo lejos el leve y solitario sonido del silbato de un tren.

Era asombroso. Aunque ella se ganaba la vida enseñando historia de Estados Unidos, se consideraba una artista, había crecido rodeada de artistas, estaba habituada desde niña a su sensibilidad y su delicado sentido del detalle. Nunca había podido pintar como su madre, pero no era mala fotógrafa y era capaz de plasmar en la película la personalidad y las peculiaridades de la gente. Además de ser una artista, se consideraba una feminista liberal, en sintonía con el mundo, siempre dispuesta a trabajar como voluntaria en el albergue para personas sin hogar de la parroquia, sensible a las necesidades de los demás. Era una mujer moderna, creativa, sensible, de temperamento artístico... que nunca se había parado a escuchar de verdad los sonidos de la noche.

No como aquel hombre fornido, de rostro severo, que llevaba pistola y era una versión en carne y hueso de un Geyperman; que se sobreponía al dolor físico como si su corazón y su alma fueran de piedra... y que tenía la paciencia de escuchar y la sensibilidad de oír música en el sonido del viento entre los árboles.

Mia estaba asombrada por haberse enamorado de un rudo y curtido soldado profesional. Pero Prisco era mucho más que eso. Mucho más.

-La noche nunca es silenciosa -dijo él-. Está viva, siempre moviéndose, siempre contando una historia. Sólo hay que aprender a oír su voz. Hay que aprender a escuchar. Y, cuando aprendes, siempre te resulta familiar, siempre es acogedora. Al mismo tiempo, nunca es aburrida. Puede que la voz sea siempre la misma, pero la historia que cuenta cambia.

Otra racha de brisa sacudió las hojas y arrastró aquel ladrido lejano. Era asombroso.

-Y eso es sólo fuera de la cabaña -les dijo Prisco-. Dentro, hay un montón de ruidos más. Dentro de la cabaña, vosotras os convertís es parte de la historia que cuenta la noche.

-Os oigo respirar -dijo Tasha. Su voz sonaba densa y soñolienta.

-Sí. Y yo te oigo respirar a ti. Y a Mia también. Ella contiene el aliento, cree que así hace menos ruidos, pero se equivoca. Cada vez que suelta el aire y vuelve a respirar, se la oye diez veces más alto. Si no quiere uno que lo oigan, hay que respirar despacio, pero no profundamente. Hay que convertirse en parte de la noche, respirar con sus ritmos.

Mia oyó el nítido sonido de los labios de Prisco curvándose en una sonrisa. No necesitaba ver su cara para saber que aquélla era una de sus medias sonrisas.

-De vez en cuando oigo sonar las tripas de Mia. No sé, Tash. Puede que no le hayamos dado suficiente de cenar -prosiguió él-. Y también oigo el minuterero de su reloj. Hace mucho ruido.

-Puede que sea tu reloj el que oyes -contestó Mia en voz baja. Tenía la impresión de que hacía demasiado ruido. Su respiración, su estómago, su reloj... Lo siguiente que le diría Prisco sería que oía latir su corazón. Aunque, naturalmente, debido a su postura, recostada contra él, quizá su corazón latiera con fuerza suficiente como para que lo oyera todo el estado.

-Mi reloj es digital -le susurró él al oído-. No hace ruido.

Ella tuvo que preguntar.

-¿Dónde aprendiste a escuchar así? — Él se quedó callado un momento.

-No lo sé. Supongo que he hecho muchas guardias nocturnas. Cuando está uno a solas con la noche, aprende a conocerla bien.

Mia bajó la voz.

-Nunca he conocido a nadie como tú.

Los brazos de Prisco se tensaron a su alrededor.

-El sentimiento es... mutuo.

-¿Vais a besaros? -la voz se Tasha sonaba muy soñolienta.

Prisco se rió.

-Delante de ti, no, pequeña.

-Thomas me dijo que, si Mia y tú tenéis un bebé, será mi primo.

-Thomas sabe mucho, ¿no? -Prisco soltó a Mia y le dio un suave empujón para que se levantara-. Ahora, duérmete, Tash. Recuerda, tienes a la noche para que te haga compañía, ¿de acuerdo? -recogió sus muletas del suelo.

-De acuerdo. Te quiero, Prisco.

-Yo también a ti, Tash.

Mia se apartó mientras él se inclinaba sobre la cama de la niña para darle un rápido beso.

-¿Te quedas conmigo un momento? -preguntó Tash.

Mia oyó suspirar a Prisco.

-Está bien. Sólo un momento.

Mia entró en el cuarto de estar y oyó el viento entre los árboles, oyó el sonido de su propia respiración, el tictac de su reloj. Se quedó de pie junto a la puerta mosquitera, contemplando la noche, consciente de que las llamas de las velas se agitaban y mecían tras ella.

Quizá pasó un minuto, o diez, pero, cuando por fin oyó que él entraba en el cuarto de estar, no se volvió. Sabía que él la estaba mirando, que no se había acercado, que se había quedado parado y ni siquiera había cruzado la habitación para sentarse en el sofá.

El silencio de Prisco la puso nerviosa, y se reprendió para sus adentros por haber hablado de sus sentimientos de aquel modo. No sabía lo que decía. Si lo hubiera pensado mejor, se habría acordado de que el amor no entraba en los planes de ese hombre.

Aun así, su modo de abrazarla cuando se habían sentado juntos en la habitación de Tasha... Respiró hondo y se volvió hacia él.

-No quería asustarte. Ya sabes..., antes.

-No me asustaste -Prisco sacudió la cabeza, como si supiera que no estaba diciendo la verdad-. Sí, es cierto, me asustaste. Yo no... -esa vez fue él quien respiró hondo-. No lo entiendo, Mia.

-¿Qué parte no entiendes? -preguntó, refugiándose en su sorna habitual-. ¿Que te quiera o...? Bueno, no, en realidad no hay más partes que ésa, ¿no?

Él no se rió. Ni siquiera esbozó una sonrisa.

-Hace un par de días, ni siquiera te caía bien.

-No. Hace un par de días, no me gustaba la persona que creía que eras -repuso ella-. Pero estaba equivocada. Eres increíble. Cuando he dicho que nunca había conocido a nadie como tú, lo he dicho en serio. Eres divertido, inteligente y...

-Basta ya, maldita sea -él avanzó apoyado en las muletas, pero se detuvo en medio de la habitación como si no supiera adonde ir, qué hacer. Se pasó una mano por el pelo, dejándose alborotado: una prueba visible de su exasperación.

-¿Por qué? Es cierto. Eres maravilloso con Tasha. Eres amable, paciente y bueno y, al mismo tiempo, no dudo de tu capacidad para hacer cualquier cosa en situaciones difíciles. Eres un soldado con un código de honor irrenunciable. Eres sensible y tierno y, sin embargo, posees una voluntad de hierro. Eres...

-Un discapacitado físico -gruñó él entre dientes-. No te olvides de eso.

Capítulo 14

-Sí, tienes una discapacidad física, pero también eres lo bastante fuerte como para enfrentarte a ella

-Mia dio un paso hacia él, y luego otro y otro, hasta que estuvo lo bastante cerca para tocarlo, hasta que lo tocó.

Cuando lo tocaba, era muy fácil olvidarse de todo. Cuando lo tocaba, el mundo entero se difuminaba. Prisco la atrajo hacia sí. Necesitaba el refugio de sus besos, pero temía que ella se tomara su silencio por un asentimiento. Se detuvo y se obligó a retirarse.

-Mia, tú no lo entiendes. Yo... Ella lo besó. Lo besó, y él se perdió. Se perdió, pero de pronto, milagrosamente, se sintió reencontrado. Mia era fuego entre sus brazos, fuego bajo sus labios. Era una explosión de todo cuanto él quería..., sólo que estaba a su alcance. Estaba justo allí, al alcance de su mano.

Prisco se oyó gruñir, oyó caer sus muletas al suelo, oyó que ella contestaba con un gruñido de satisfacción mientras lo besaba con más ansia: más honda y largamente, con besos más ardientes, llenos de todo cuanto Prisco ansiaba y necesitaba.

Luego se apartó.

-Hazme el amor.

Prisco no necesitó oírlo dos veces.

-Voy a ver cómo está Tash -dijo con voz ronca. Ella se desprendió de sus brazos.

-Yo voy a llevar unas velas a nuestro cuarto.

Velas. Luz de velas. Sí. Prisco recogió sus muletas y avanzó tan silenciosamente como pudo hacia la habitación donde dormía Tasha. Oyó la respiración lenta y regular de la niña antes incluso de llegar a la puerta.

Estaba dormida.

Prisco ignoraba por cuánto tiempo. Quizá se despertara pasada una hora, o dos. De hecho, seguramente se despertaría y se hallaría confusa y asustada. Pero, de momento, dormía. De momento, él tenía libertad para encerrarse en la otra habitación con Mia y gozar de los placeres físicos que había saboreado la madrugada anterior. Para Mia, su encuentro sería más que una simple satisfacción física. Mia lo quería. O creía quererlo.

Pero, tarde o temprano, al igual que Tasha, ella también despertaría. Y entonces lo vería sin el cristal de color de rosa que siempre llevaba ante los ojos. Se daría cuenta de que él había estado mintiendo..., mintiéndola a ella e incluso a sí mismo.

Su rodilla no iba a mejorar. Steve Horowitz tenía razón. Prisco había progresado todo lo que podía. Había luchado con denuedo durante mucho tiempo, pero, si seguía forzándose, sólo conseguiría dañarse aún más la articulación. Sería contraproducente. Volvería a encontrarse en una silla de ruedas, quizás incluso para el resto de su vida. Era hora de aceptar lo que llevaba tantos años negando.

Estaba discapacitado para siempre. No iba a volver a ser un SEAL.

La verdad se desplomó sobre él y lo aplastó, lo ahogó, y estuvo a punto de gritar.

Tenía que decírselo a Mia. Ella decía quererlo, pero ¿lo querría si sabía la verdad?

Ya no era el teniente Francisco, del Equipo 10 de los SEAL. Era Alan Francisco, un civil discapacitado. Ni siquiera sabía quién era. ¿Cómo podía amarla ella?

Tenía que decírselo. Y, sin embargo, al mismo tiempo, no quería que lo supiera. No soportaba la idea de que sus bellos ojos pardos lo miraran con lástima. No soportaba pronunciar aquellas palabras en voz alta. Ya era bastante duro admitir que estaba temporalmente inválido. Pero discapacitado para siempre... Mia tenía el pelo suelto alrededor de los hombros y sonreía al acercarse a él. Prisco cerró los ojos cuando empezó a desabrocharle la camisa y a tirar de él hacia la cama.

Ella agarró sus muletas y las dejó en el suelo. Luego lo empujó ligeramente hacia abajo para que se sentara en la cama y le quitó la camisa de los hombros.

-Mia... -dijo él con voz rasposa.

-Quítate la pistola, ¿quieres? -murmuró ella mientras besaba suavemente su cuello.

Prisco se desabrochó la sobaquera y la guardó en el cajón de la vieja mesita de noche. Lo intentó de nuevo, y de nuevo su voz sonó ronca y crispada.

-Mia. Respecto a mi rodilla...

Ella levantó la cabeza y lo miró directamente a los ojos.

-¿Te duele?

-No, está bien. No es eso...

-Chist -susurró ella, y cubrió con su boca la de Prisco-. Ya hemos hablado suficiente esta noche.

Volvió a besarla y él se dejó arrastrar por su dulzura. Había intentado decírselo, pero ella no quería hablar. Y él tampoco quería pronunciar en realidad aquellas espantosas palabras. Mia le ofrecía una escapada temporal, y Prisco se aferró a ella con ansia. La tomó con las dos manos y se aferró con fuerza a la magia del aquí y el ahora. En brazos de Mia, la realidad se desvanecía y tras ella quedaba únicamente una perfección impecable, un placer purísimo. El mundo exterior, con todos sus problemas y sus crudas verdades, desaparecía.

Pero sólo por una hora o dos.

Prisco rodó con ella sobre la cama, la cubrió con su cuerpo y la besó, decidido a aprovechar al máximo aquel tiempo.

Tiró de su camiseta y ella lo ayudó a quitársela. Llevaba sujetador, y el contraste del raso negro y el encaje sobre su piel resultaba irresistiblemente tentador, pero no tanto como el parpadeo de la luz de las velas sobre sus pechos desnudos. Él le desabrochó el cierre delantero del sujetador, liberándola de sus ataduras. Dejó escapar un sonido gutural al tocarla, y ella se incorporó sobre los hombros.

-¿Te duele la rodilla? Quizá debería ponerme encima.

Sus ojos eran un torbellino de amarillo y marrón, salpicado de motas verdes y preocupación.

-No -murmuró él, y bajó la boca hacia el lugar que sus manos habían ocupado un momento antes. Entonces comenzó a trazar leves círculos alrededor del capullo duro de uno de sus pezones con la punta de la lengua.

Sintió la repentina inhalación de placer de Mia, notó que sus piernas se crispaban en torno a él y que levantaba las caderas para salir a su encuentro. Pero, con la misma rapidez con que había reaccionado, aflojó la presión de sus piernas.

-Alan, por favor, no quiero hacerte daño sin querer...

Él se sostenía en equilibrio sobre la pierna izquierda. Era una postura forzada, pero él sabía que, con la práctica, llegaría a hacerse más grácil.

-No vas a hacerme daño -le dijo.

-Pero ¿y si...?

-Mia, vas a tener que confiar en mí, ¿de acuerdo? Créeme, si me duele, te lo diré. Ahora mismo, no siento dolor -se apretó contra ella y acercó más íntimamente su miembro erecto para demostrarle lo que quería decir.

Ella gimió y se arqueó contra él.

-Confío en ti.

Sus palabras traspasaron las muchas capas del deseo de Prisco: fueron una punzada de realidad dolorosa que atravesó su ensueño. Mia confiaba en él. Lo quería. Lleno de remordimiento y desesperación, sintió que su estómago se tensaba y se convertía en un bloque sólido y frío, hecho de mentiras.

Pero ella le estaba desabrochando los pantalones al tiempo que lo besaba en la boca arrebatadoramente, y su beso lo reconfortaba, lo hacía derretirse... Al menos un poco, al menos por un rato.

Prisco se echó torpemente hacia atrás y le bajó los pantalones y las bragas por las piernas suaves y tersas. Mia yacía sobre las almohadas; su pelo largo y oscuro se esparcía sobre las sábanas blancas y sus ojos ardientes lo miraban sin sonreír. Estaba desnuda y, en aquella postura, parecía vulnerable, pero no intentó cubrirse. Ni siquiera se movió. Sólo esperó. Y lo miró mientras él se bajaba los pantalones cortos y se quitaba los calzoncillos.

Sonrió entonces, mirando primero su sexo erecto y luego sus ojos.

Siguió mirándolo sin moverse cuando él la cubrió, y el calor de sus ojos se hizo más intenso, más líquido aún. Movié las caderas y se abrió para él en una invitación obvia.

Prisco se desplazó hacia delante ligeramente, rozó con la boca la parte interior de su tobillo y comenzó a depositar besos por su suave pantorrilla mientras con la mano acariciaba su otra pierna. Levantó la cabeza al llegar a sus rodillas. Mia había vuelto a apoyarse en los codos y sus pechos subían y bajaban cada vez que respiraba. Tenía

los labios entreabiertos y el pelo le caía desordenadamente sobre los hombros. Cuando sus ojos se encontraron, esbozó una sonrisa ardorosa y dulce.

-No te pares ahí -le dijo.

Su sonrisa era contagiosa y Prisco se descubrió sonriendo antes de bajar la cabeza y proseguir su viaje.

La oyó jadear, oyó su leve grito de placer cuando alcanzó su destino. Ella tenía las manos entre su pelo, y la suavidad de sus muslos rozaba la cara de Prisco cuando comenzó a saborear su dulce placer.

Quizás aquello bastara.

La idea atravesó su cabeza como un relámpago mientras la hacía gozar, mientras la conducía al borde del climax.

Quizá pudiera encontrar satisfacción o incluso felicidad pasando el resto de su vida junto a Mia, siendo su amante. Podía vivir para siempre en su dormitorio, esperando a que ella volviera de trabajar, listo para darle placer cuando ella lo deseara.

Era, naturalmente, una idea ridícula.

¿Cómo podía amar ella a un hombre que no hacía más que esconderse?

Sin embargo, esconderse era justamente lo que él llevaba años haciendo. La verdad había estado siempre ahí, a la vista, si él no se hubiera empeñado tanto en esconderse de ella.

Sí, era un auténtico experto en eludir la verdad.

-Alan, por favor... -Mia le tiró de los hombros, atrayéndolo hacia arriba.

Él sabía lo que quería, y se lo dio. La llenó completamente con una suave acometida.

Ella se mordió el labio para no gritar y se alzó para salir a su encuentro.

Prisco sentía un placer tan intenso que tuvo que parar y apoyar la frente contra la de ella mientras luchaba por contenerse.

-Nos compenetramos tan bien... -le susurró ella al oído, y, al alzar la cabeza, Prisco vio todo su amor por él reflejado en sus ojos.

Y en ese momento comprendió que no podía seguir engañándola. Tenía que decirle la verdad. No en ese momento. Pero sí pronto. Muy pronto.

Mia comenzó a moverse lentamente bajo él y Prisco se puso a su ritmo sin dejar de mirarla a los ojos. Quería recordar el placer de su rostro. Sabía que, cuando ella supiera la verdad, lo abandonaría. ¿Cómo podía esperar que se quedara a su lado? El mismo huiría de sí, si pudiera.

Mia levantó la mano y le acarició la mejilla.

-Estás tan serio esta noche... -murmuró.

Prisco intentó sonreír, pero no pudo, así que, en lugar de hacerlo, la besó.

El beso funcionó como un ensalmo, lo llevó muy lejos, a un lugar donde sólo había luz y placer, donde la oscuridad y el desaliento se dejaban a un lado, aunque sólo fuera temporalmente.

Comenzaron a moverse más deprisa, con los cuerpos resbaladizos por el calor y el deseo. Entre ellos no había cabida para nada, como no fuera para dar y recibir placer. O amor.

Prisco sintió que el cuerpo de Mia se tensaba en torno a él, sintió que sofocaba sus gritos de pasión con un beso profundo y abrasador. Su cuerpo respondió al instante a los sonidos y las sensaciones de su orgasmo, y estalló como una bengala de placer que brilló con una luz blanca tras sus párpados cerrados.

Aquella luz brillante lo inundó de claridad, y la claridad iba acompañada de otra verdad incómoda. Quería a Mia.

La quería.

Oh, Dios, no la quería. No podía quererla.

Sus emociones eran confusas y eso, unido a la química que liberaba su cuerpo en el momento del climax, le había producido aquella extraña sensación que había tomado por amor. No era nada, y sin duda se disiparía del mismo modo que acabarían por disiparse sus intensa» sensaciones de satisfacción y placer.

Prisco comenzó a cobrar lentamente conciencia del suave siseo de las llamas de las velas, del tictac del reloj de Mia al otro lado de la habitación, sobre la cómoda, de su respiración lenta y regular.

Maldición, era el doble de grande que ella: la estaba aplastando. Se apartó de ella, la estrechó entre sus brazos y la apretó contra sí.

Mia suspiró y abrió los ojos soñolientos para son-reírle antes de acurrucarse contra su hombro.

-Mia... -dijo él, y se preguntó cómo podía decírselo, cómo empezar.

Pero ella ya estaba dormida.

No era de extrañar que se hubiera dormido: la noche anterior, cuando lo había ayudado a llevar a Tasha al hospital, había estado en vela toda la noche. Como él, seguramente sólo había dormido dos horas por la mañana. Y luego había tenido que soportar la tensión que le había producido la destructiva visita de Dway-ne Bell a su apartamento...

Prisco la miró, acurrucada contra él, con la mano sobre su pecho, cubriendo su corazón. Y ese extraño sentimiento que sin duda se debía únicamente a una rara reacción química hizo que le doliera el corazón.

Pero eso no significaba que la quisiera.

No significaba nada en absoluto.

-¿Dónde está Tash?

Prisco salió del cuarto de baño con el pelo todavía mojado por la ducha, vestido sólo con unos pantalones cortos cuya cintura caía alrededor de las atléticas caderas y una toalla alrededor del cuello. Hizo aquella pregunta con despreocupación, pero Mia notó la tensión soterrada que parecía emanar de él.

Se lo veía cansado, como si no hubiera dormido bien. Esa mañana, cuando ella se había despertado, ya no estaba en la cama. Mia ignoraba a qué hora se había levantado. Y por qué motivo se había levantado.

Ella se había quedado dormida en sus brazos la noche anterior. Le habría encantado despertarse de la misma manera.

Dejó su libro sobre la mesita, no sin antes marcar la página con una hoja que Natasha había llevado del exterior para enseñársela.

-Tasha está fuera -le dijo-. Me ha preguntado y le he dicho que podía jugar delante de la casa. Espero que no te parezca mal.

Él asintió con la cabeza y se sentó frente a ella en el sofá. Mia se dio cuenta de que no sólo parecía cansado. Parecía agotado. O quemado y vapuleado. Se parecía más que antes al hombre enfadado y amargo que ella había visto por primera vez. Los atisbos de buen humor, de alegría y felicidad que le había dejado entrever durante los días anteriores estaban de nuevo cuidadosamente escondidos.

-Quería hablar contigo si Tash estaba fuera -dijo con voz extrañamente áspera. Pero luego no dijo nada más. Carraspeó y se quedó mirando en silencio la chimenea vacía.

-Bueno, pues Tash está fuera -murmuró Mia por fin-. Y yo te escucho.

Prisco levantó la vista, la miró a los ojos un momento y le lanzó una de sus sonrisas oblicuas.

-Sí -dijo-, lo sé. Es sólo que... Ya sabes, intento encontrar las palabras justas -sacudió la cabeza y el destello de dolor de su mirada casi dejó a Mia sin respiración-. Pero no existen.

Mia no podía creer lo que estaba oyendo. ¿Qué había pasado entre la noche anterior y esa mañana? Esa noche, habían hecho el amor de una manera perfecta. ¿Verdad? O quizá sólo hubiera sido perfecta para ella. Prisco había estado muy callado, casi taciturno. Ella misma se lo había hecho notar.

Se inclinó hacia delante. Quería tenderle los brazos, pero de pronto la asustaba atrozmente su rechazo.

Prisco había sido sincero con ella y le había dicho que no la quería. Ella, a su vez, había respondido que no le importaba, aunque era mentira. Sí le importaba. Quería que él la amara y había confiado absurdamente en que el sexo retuviera su atención al menos hasta que ella pudiera, de algún modo, conseguir que la quisiera. No soportaba saber la verdad, pero aun así tenía que preguntar.

-¿Intentas dejarme?

Los ojos azules de Prisco brillaron cuando la miró.

-¡Demonios, no! Intento... intento pensar cómo decirte la verdad -le sostuvo la mirada y Mia se sintió casi abrumada por la tristeza que vio en ella, mezclada con una cólera que ardía en silencio.

Quiso de nuevo tenderle los brazos, pero su ira la contuvo.

-Sea lo que sea, no puede ser tan terrible, ¿no?

-Mi rodilla no va a mejorar -dijo él en voz baja, y ella notó que había lágrimas en sus ojos. Prisco señaló las muletas-. Esto es lo único que voy a conseguir. Ir renqueando por ahí, con muletas o con un bastón.

Alan estaba afrontando por fin la verdad. Mia sintió que sus ojos también se llenaban de lágrimas. Tenía el corazón en la garganta, lleno de alivio. No se trataba de ella, se trataba de ellos. Se trataba de él.

Se alegraba tanto... Él estaba afrontando la verdad y, una vez la hubiera mirado a los ojos, podría por fin seguir adelante. Al mismo tiempo, sufría por él. Sabía lo duro que debía de ser para Prisco llegar a esa conclusión.

Él apartó la mirada y bajó aún más la voz.

-No voy a volver a ser un SEAL. Eso acabó. Tengo que aceptar el hecho de que estoy... discapacitado para siempre.

Mia no sabía qué decir. Veía rabia y amargura bajo el dolor de sus ojos, y era consciente de que, al decirle aquello, Prisco estaba pronunciando aquellas palabras por primera vez en voz alta. Decidió mantener la boca cerrada y dejarle hablar.

-Sé que te dije que conseguiría superarlo con esfuerzo -dijo él-. Sé que hice esa lista que hay en mi nevera, y que, si bastara con desearlo, ahora mismo estaría corriendo a toda velocidad. Pero tengo la rodilla destrozada y por más que yo lo desee no va a mejorar. Se acabó.

Levantó la vista como si quisiera que dijera algo. Mia dijo lo único que posiblemente podía decir en aquellas circunstancias.

-Lo siento.

Pero él sacudió la cabeza.

-No -dijo con crispación-. Soy yo quien lo siente. Te hice creer que habría algo más. Que tenía alguna clase de futuro...

Ella no podía dejar pasar aquello.

-Tienes futuro, aunque no sea el que pensabas cuando tenías once años. Eres fuerte, eres duro, eres imaginativo... Puedes adaptarte. Lucky me dijo que hay un puesto de instructor esperándote. Si quisieras, podrías dedicarte a la enseñanza.

Prisco sintió que una oleada de ira y frustración se apoderaba de él y lo devoraba. La enseñanza. Dios, ¿cuántas veces había oído aquello? Podía dedicarse a la enseñanza y luego ver a sus alumnos graduarse y hacer las cosas que él no podría hacer nunca más.

-Sí, ya. Permíteme que me ría. – Pero Mia no lo dejó pasar.

-¿Por qué? Serías un gran profesor. He visto lo paciente que eres con Natasha. Y con Thomas. Te comunicas muy bien con él. Y...

La ira de Prisco se inflamó, pero no consiguió sofocar su dolor. No había nada en todo aquello que no le doliera. Se sentía morir. La parte de él que no había muerto cuando le destrozaron la pierna, se estaba muriendo en ese momento.

-¿Por qué demonios te importa lo que haga? -aquella no era exactamente la pregunta que ardía en deseos de hacerle, pero serviría de momento.

Ella guardó silencio, atónita, y lo miró con sus ojos luminosos.

-Porque te quiero...

Él soltó una maldición, una sola palabra, alta y áspera.

-Ni siquiera me conoces. ¿Cómo puedes quererme?

-Te conozco, Alan...

-Ni siquiera yo sé ya quién soy. ¿Cómo diablos vas a saberlo tú?

Mia se humedeció nerviosamente los labios con la punta de la lengua y Prisco sintió que su rabia se expandía. Santo Dios, cuánto la deseaba. Quería que se quedara con él. Quería que lo quisiera, porque él también estaba enamorado de ella.

La incómoda tensión que sentía en el pecho no se había disipado en ningún momento. Se había despertado muchas veces durante la noche y la había sentido arder constantemente, consumiéndolo. No iba a desaparecer.

Pero ella sí. Ella iba a marcharse. Porque, en realidad, ¿cómo podía quererlo? Estaba enamorada de un fantasma, de una sombra, del eco del hombre que había sido antaño. Y tarde o temprano, aunque él no se lo dijera, acabaría por descubrirlo. Tarde o temprano se daría cuenta de que la estaba estafando, de que la había estafado desde el principio. Y tarde o temprano comprendería que había cometido un error, que él no merecía su tiempo y su alegría, y se marcharía. Y entonces él estaría más solo que nunca.

-¿Para qué iba a molestarme en enseñar cuando puedo quedarme en casa y ver la tele y cobrar la paga por invalidez? -preguntó con aspereza.

-Porque sé que eso nunca sería suficiente para ti -los ojos de Mia eran ardientes; su voz, apasionada. ¿Cómo podía tener tanta fe en él?

Prisco sintió ganas de llorar. Pero en lugar de hacerlo se echó a reír con amargura.

-Sí, y enseñar es lo mío, ¿no? Está claro que encajo en ese viejo dicho, «los que pueden, actúan. Los que no pueden, enseñan».

Ella dio un respingo, como si la hubiera abofeteado.

-¿De veras es eso lo que piensas de los profesores? ¿De mí?

-No sería un refrán si no hubiera cierta verdad en ello.

-Pues te diré otro: «Los que aprenden, actúan. Los que enseñan, dan forma al futuro»

-sus ojos brillaron-. Me dedico a la enseñanza porque me importa el futuro. Y los niños son el futuro de este mundo.

-Bueno, puede que a mí no me importe el futuro -replicó él-. Puede que ya todo me importe un bledo. – Mia levantó la barbilla.

-Sé que eso no es cierto. Tasha te importa. Y sé, aunque no quieras admitirlo, que yo también te importo.

-Eres tan ilusa como lo era yo -mintió él. Quería llevarla al límite, necesitaba que se enfadara y se marchara, quería que se quedara para siempre, y sabía que no lo haría. ¿Cómo iba a hacerlo? Él era un don nadie-. Es lo de siempre. Sólo ves lo que quieres ver. Te mudaste de Malibú a San Felipe creyendo que ibas a salvar al mundo por enseñar historia de Estados Unidos a niños desfavorecidos, cuando lo que de verdad necesitan esos niños es aprender a superar un día más sin que otro chico de una banda rival les pegue un tiro cuando van a comprar a la tienda. Me viste a mí y pensaste que a lo mejor a mí también merecía la pena salvarme. Pero, igual que los chicos de tu escuela, no me hacen falta tus lecciones. – La voz de Mia tembló.

-Estás muy equivocado. Te hacen más falta que a nadie que haya conocido. – Él se encogió de hombros.

-Pues quédate, entonces. Supongo que por el sexo vale la pena aguantar tus sermones.

Mia parecía aturdida y él comprendió que acababa de asestar el golpe de gracia a su relación. Cuando ella se levantó, parpadeando para contener las lágrimas, su cara parecía una máscara pétrea.

-Tienes razón -dijo, y su voz tembló sólo ligeramente-. No sé quién eres. Creía saberlo, pero... -sacudió la cabeza-. Pensaba que eras un SEAL. Pensaba que no te darías por vencido. Pero lo has hecho, ¿verdad? La vida no está saliendo como tú planeabas, así que estás dispuesto a tirar la toalla y a convertirte en un ser amargado y furioso, a cobrar la paga por invalidez y pasarte la vida bebiendo, sentado en el sofá de tu asqueroso piso, compadeciéndote de ti mismo.

Prisco asintió con la cabeza y sus labios se torcieron en el triste remedo de una sonrisa.

-Exacto. Eso resume perfectamente mis planes para el futuro.

Ella ni siquiera le dijo adiós. Simplemente, salió por la puerta.

Capítulo 15

-Eh, jefe, ¿ésa que he visto en dirección oeste, conduciendo como si persiguiera al coche de Batman, era Mía?

Prisco levantó la vista del sandwich de mantequilla de cacahuete y mermelada que estaba haciendo para Natasha cuando Thomas King abrió la puerta mosquitera.

-Eh, marcianita -el adolescente larguirucho saludó a Tash con una de sus raras sonrisas.

-¡Thomas! -Tasha se lanzó hacia él y enseguida empezó a llorar-. ¡Prisco se ha puesto a gritar a Mia y ella se ha ido!

Thomas se tambaleó bajo el repentino peso de la niña, pero logró sujetarla en una postura más cómoda. Sus ojos negros buscaron la confirmación de Prisco por encima de la cabeza de Tasha.

-¿Es cierto?

Prisco tuvo que apartar la mirada.

-En pocas palabras.

-Yo no quería que Mía se fuera -gimoteó Tasha-. Y ahora no volverá.

Thomas sacudió la cabeza con fastidio.

-Estupendo. Vengo aquí creyendo que era yo el que traía malas noticias y resulta que ya os las habéis apañado sin mi ayuda -se volvió hacia la niña, que seguía lloriqueando en sus brazos-. Tú, marcianita, apaga la sirena. Deja de pensar solamente en ti misma y empieza a pensar en tu tío, el marinero. Si la señorita S. no vuelve, será él quien salga perdiendo, no tú -para sorpresa de Prisco, Tasha dejó de llorar-. Y tú, jefe, vete a un hospital, hombre. Ya va siendo hora de que te revisen la cabeza -Thomas dejó a Tasha en el suelo y recogió el plato que contenía su almuerzo-. ¿Esto es tuyo? -le preguntó. Ella asintió con la cabeza.

-Muy bien -dijo Thomas, y le dio el plato-. Vete a sentarte en ese balancín tan chulo que hay en el porche mientras te comes esto. Yo tengo que hablar con tu tío el chiflado, ¿de acuerdo?

Tasha hizo un mohín, pero obedeció. Cuando la mosquitera se cerró tras ella, Thomas se volvió hacia Prisco.

Pero, en vez de echarle la bronca por la marcha de Mía, dijo:

-Tu amigo Lucky me ha llamado. Por lo visto ha pasado algo. Me pidió que te dijera que estará fuera de escena hasta las 22:00 de mañana por la noche... sea eso lo que sea. Porque las diez son las diez. No hace falta hacerse el listo.

Prisco asintió con la cabeza.

-No importa. Voy a tener que encontrar a alguien que cuide de Tash, ahora que... - «Mía se ha ido». No acabó la frase. No hacía falta.

-No sé qué ha pasado entre vosotros -dijo Thomas, y metió la mano dentro de la bolsa del pan, sacó dos rebanadas y las puso directamente sobre la encimera. Acercó el bote de mantequilla de cacahuete y empezó a untar el pan-, pero deberías saber que la señorita S. no sale con cualquiera. Hace cuatro años que la conozco y, que yo sepa, sólo ha habido otro tipo, aparte de ti, al que haya dicho buenas noches y buenos días, tú ya me entiendes. Es muy selectiva, tío, y te ha elegido a ti.

Prisco cerró los ojos.

-No quiero saber nada de eso.

-Meterse los dedos en las orejas para no oír no cambia la verdad, colega -le dijo Thomas, y añadió una gruesa capa de mermelada de fresa a su sandwich-. No sé qué te habrá dicho ella, pero no habría dejado que te acercaras tanto si no te quisiera, con Q mayúscula. Tampoco sé qué diablos has hecho para que se enamore de ti, pero serás el mayor tonto del mundo si no aprovechas la...

Prisco montó en cólera.

-¡No voy a quedarme aquí parado para que un mocoso me sermonee!

Thomas dio un mordisco a su sandwich y masticó pensativamente mientras miraba a Prisco.

-¿Por qué estás siempre tan cabreado, jefe? -preguntó por fin-. ¿Sabes?, yo antes era como tú. Vivía y respiraba odio. Creía que era el único modo de mantenerme vivo. Era el mayor hijo de perra del barrio. No me uní a ninguna banda porque no lo necesitaba: le daba miedo a todo el mundo. Era tan duro que podía arreglármelas solo. Iba montado en un autobús exprés, derecho al infierno. Pero ¿sabes qué? Tuve suerte. Tuve a la nueva profe de historia el curso que cumplía quince años. Me faltaban seis meses para dejar el colegio y la señorita S. hizo lo que nadie antes había hecho. Me miró a los ojos y, de algún modo, vio más allá de toda esa rabia, hasta lo que había dejado.

Thomas señaló a Prisco con su sandwich.

-Recuerdo que fue el día que le saqué una navaja. Me dijo que la apartara y que no volviera a llevarla al colegio. Que me escondía detrás de mi furia porque era yo el que tenía miedo, miedo de que todo el mundo tuviera razón, de no valer nada, de ser un inútil. Me burlé de ella, pero se limitó a sonreír. Me dijo que había visto mis notas y que no sólo iba a graduarme en el instituto, sino que iba a ser uno de los primeros de mi curso -sacudió la cabeza-. No me dio por perdido y, cuando cumplí dieciséis, fui posponiendo el dejar el colegio. Me decía todo el tiempo que me quedaría una semana más, por las tres comidas -miró a Prisco-. Si no hubiera tenido suerte y no hubiera tenido a la señorita S. como profesora, habría acabado en la cárcel. O muerto.

-¿Por qué me cuentas eso?

-Porque no parece darte cuenta de lo que tienes delante de las narices, tío ciego.

Prisco usó las muletas para apartarse de la encimera de la cocina. Se movía con brusquedad.

-Sí que me doy cuenta. Estás equivocado.

-Puede ser. Pero de lo que estoy seguro es de que, sea lo que sea de lo que tienes miedo, sea lo que sea lo que escondes bajo esa rabia, no es nada comparado con el miedo que deberías sentir por perder a la señorita Mia Summerton. Eso sí que debería asustarte, jefe.

Prisco se sentó en el sofá, de espaldas al armario que contenía whisky suficiente para hundir un barco.

No le costaría mucho esfuerzo. Lo único que tenía que hacer era levantarse, colocarse las muletas y estaría delante de aquel mismo armario. La puerta se abriría tirando con una sola mano...

Thomas y Natasha estaba en el lago. No debían volver hasta última hora de la tarde, cuando estaba previsto que salieran hacia San Felipe. Pero en ese momento no había allí nadie que pudiera protestar. Y, para cuando regresaran, sería ya demasiado tarde. Para entonces, a él le importaría un bledo lo que pensara nadie, lo que dijera nadie.

Ni siquiera Tasha, con sus ojos azules cargados de reproches.

Cerró los ojos. El olvido que una botella de whisky podía ofrecerle le aliviaría. Borraría la imagen que tenía en mente: la cara de Mia justo antes de que se marchara.

Había sentido la necesidad de decirle la verdad. Pero en lugar de hacerlo la había insultado, se había burlado de su vocación y había dado la impresión de que su relación se basaba únicamente en el sexo.

¿Por qué? Porque lo asustaba que ella lo abandonara.

De hecho, sabía que Mia se marcharía. Así que la había rechazado antes de que ella pudiera irse por propia iniciativa.

Muy listo. Auguraba su propio destino y luego se aseguraba de que se cumpliera. Autosabotaje, se llamaba aquello en los manuales de psicología.

Prisco se levantó lleno de furia y se puso las muletas bajo los brazos.

Mia detuvo su coche en la cuneta, maldiciendo como un marinero.

No podía creer que hubiera caído en una trampa tan clásica. Hacía años que no cometía aquel error.

Durante los años anteriores, había tenido éxito: había sido capaz de enfrentarse a los casos más duros y difíciles del instituto. Y lo había conseguido gracias a que tenía la piel bien curtida.

Había mirado a los ojos a multitud de chicos y chicas rabiosos, resentidos y dolorosamente asustados. Había dejado que sus insultos, a veces asombrosamente

hirientes, le rebotaran. Había encarado sus estallidos con calma y sus ataques verbales con impecable neutralidad. No podían herirla si no se lo permitía.

Pero, por alguna razón, había dejado que Alan Francisco la lastimara.

Por alguna razón, había olvidado cómo mantenerse neutral ante la rabia y el dolor de aquel hombre.

Y, Dios, cuánto sufría él...

Mia cerró los ojos para no ver su rostro la noche en que habían llevado a Tasha al hospital. Lo había visto sentado en la cama, doblado por el dolor y la pena, llorando con la cara tapada.

Esa mañana, Alan había cobrado conciencia de sus miedos más oscuros. Había reconocido, tanto ante sí mismo como ante ella, que no iba a recuperar su antigua vida. No iba a volver a ser un SEAL. Al menos, en servicio activo. Se había topado cara a cara con la cruda realidad, y ello había tenido que hacer añicos sus últimos sueños, tenía que haber aplastado su último destello de esperanza.

Mia sabía que Alan no la quería. Pero, si había algún momento en que pudiera necesitarla, era ése.

Y ella había permitido que sus palabras airadas la hirieran.

Había huido.

Lo había dejado solo y al borde del precipicio... con una niña de cinco años y varias botellas de whisky en las que buscar consuelo.

Mia hizo dar la vuelta al coche.

Prisco se quedó mirando la botella y el vaso que había puesto sobre la encimera de la cocina.

El líquido tenía un color ambarino, intenso y tentador, y un aroma que le era instantáneamente familiar.

Lo único que tenía que hacer era levantar el vaso y pasar el resto de la tarde bebiéndose el contenido de la botella... o quizás el resto de su vida. Olvidaría todo lo que no era, todo lo que no podía ser. Y, cuando se despertara, aturdido y enfermo, cuando se enfrentara a la persona en que se había convertido, se tomaría otra copa. Y otra y otra, hasta que de nuevo cayera en el olvido.

Todo lo que tenía que hacer era tomar aquel vaso y cumplir el destino de su familia. Sería de nuevo un Francisco, uno de aquellos inútiles que no servían para nada.

Ése era también ahora su destino. Rabioso. Alcohólico. Solo.

El rostro de Miá apareció como un destello en su cabeza. Podía ser sus ojos pardos, su sonrisa divertida. La expresión de dolor de su cara al salir de la cabaña.

Se agarró al borde de la encimera y procuró ahuyentar aquella imagen. Intentó no desear lo que sabía que no podía tener. Y, cuando levantó la mirada, seguía habiendo un vaso y una botella en la encimera, delante de él.

¿Por qué luchar contra el destino? Estaba abocado a seguir aquel camino desde el principio. Sí, había escapado temporalmente al unirse a la Marina, pero ahora había vuelto a sus inicios. Al lugar al que pertenecía.

Al menos era lo bastante honesto como para saber que Mia no merecía pasarse la vida en su infierno personal. Al menos le sacaba esa ventaja a su padre.

Dios, cuánto la quería... El dolor le ardía en el estómago, en el pecho... Se alzaba hasta su garganta, como la bilis.

Echó mano del vaso. Quería borrar aquel regusto, quería olvidar, dejar de necesitar, de sentir.

«Creía que eras un SEAL. Creía que no te darías por vencido».

Esas palabras resonaban tan fuerte en su cabeza que ella podría haber estado allí, en la habitación, con él.

-Ya no soy un SEAL -contestó a su presencia fantasmal.

«Siempre lo serás. Lo eras cuando tenías once años. Lo serás cuando mueras».

El problema era que ya había muerto. Había muerto cinco años atrás, sólo que en aquel momento era demasiado terco y estúpido para saberlo. Había perdido la vida al perder el futuro. Y ahora había perdido a Mia.

Por elección, se recordó. Había podido elegir al respecto.

«Sí tienes futuro. Sólo que no es el que pensabas cuando eras un niño».

Menudo futuro. Roto. Lleno de rencor. Incompleto.

«Sé que vas a hacer lo que sea necesario para volver a sentirte completo. Sé que decidirás lo correcto».

Decidir. ¿Qué podía decidir ya?

Beberse el vaso de whisky. Acabarse la botella. Matarse lentamente con alcohol, como había hecho su padre. Pasar el resto de su miserable existencia en el limbo, borracho en su cuarto de estar, con la única compañía de la televisión.

No quería eso.

«Eres fuerte, eres duro, eres imaginativo... Puedes adaptarte».

Adaptarse. En eso consistía ser un SEAL. En tierra, mar o aire, había aprendido a adaptarse al ambiente, al país y la cultura. A hacer cambios en su método de operaciones. A romper las normas y las convenciones. A arreglárselas. Pero ¿adaptarse a aquello? ¿Adaptarse a caminar siempre con bastón? ¿A saber que se quedaría siempre en la retaguardia, lejos de la línea del frente y de la acción?

Sería demasiado duro. Sería lo más duro que había hecho en toda su vida. Mientras que sería tan fácil tirar la toalla...

También habría sido fácil darse por vencido durante la «semana infernal», cuando había hecho el espantoso curso de entrenamiento para convertirse en SEAL. Había tenido fuerzas para seguir adelante cuando, a su alrededor, hombres llenos de energía abandonaban. Había soportado las penalidades físicas y psicológicas.

¿Podía soportar también aquello?

«Sé que tomarás las decisiones correctas».

Y podía decidir, ¿no era cierto? A pesar de lo que había creído, aquello se reducía a la decisión más elemental de todas.

Morir. O vivir.

No sólo ser o no ser, sino más bien actuar o no actuar. Tomar las riendas o tumbarse y abandonar.

Pero, maldición, Mia tenía razón. Él era un SEAL, y los SEAL no se daban por vencidos.

Alan Francisco miró el whisky que tenía en la mano. Se dio la vuelta y lo arrojó al fregadero, donde el vaso se rompió y el alcohol se fue por el desagüe.

Eligió la vida.

El coche de Mia dio una sacudida cuando tomó el camino de tierra, lleno de baches, a velocidad excesiva.

Ya no estaba lejos. Sólo quedaban unos kilómetros para el desvío que llevaba directamente a la cabaña.

Se enjugó con decisión los últimos restos de lágrimas que quedaban en su cara. Cuando volviera a entrar, cuando mirara a Alan a los ojos, él vería sólo su sereno ofrecimiento de consuelo y comprensión. Las palabras rabiosas de Prisco no podían hacerla herir porque ella no lo permitiría. Haría falta mucho más que eso para ahuyentarla.

Aminoró la marcha al doblar una curva y ver un destello de sol sobre metal, delante de ella.

Era otro coche. Se dirigía en línea recta hacia ella e iba demasiado deprisa.

Mia frenó y se detuvo lo más a la derecha que pudo, rozando el lado de un árbol mientras el otro coche derrapaba.

Lo vio caer por un talud, penetrar entre la maleza y detenerse bruscamente al golpear contra un árbol.

Luchó por desabrocharse el cinturón, salió a trompicones del coche y bajó hacia el coche accidentado. Estaba oculto casi por completo entre la maleza, pero Mia oyó llorar a alguien. Apartó las ramas para llegar a la puerta del conductor. La abrió de golpe.

Sangre. Había sangre en la frente y la cara del conductor, pero se movía y...

Dwayne Bell. El hombre sentado tras el volante era Dwayne Bell. Él la reconoció en el mismo instante en que Mia se daba cuenta de ante quién se hallaba. -Vaya, pero si es la novia. ¡Qué casualidad! -dijo con su denso acento de Luisiana. Levantó la mano para limpiarse la sangre de los ojos y la cara.

Natasha. Aquel llanto procedía de Natasha. ¿Qué hacía allí?

-Maldita sea, creo que me he dado en la cabeza con el parabrisas -dijo Dwayne.

Mía quiso retroceder, echar a correr, pero Natasha estaba sentada en la parte de atrás, con el cinturón de seguridad puesto. No podía dejarla allí. Quizá Dwayne se hubiera golpeado tan fuerte en la cabeza que estuviera aturdido... Quizá no lo notara si...

Mia rodeó rápidamente el coche. Tasha ya se había desabrochado el cinturón de seguridad ella sola y estaba de pie. Se lanzó a los brazos de Mia en cuanto ésta abrió la puerta.

-¿Estás bien? -preguntó Mia mientras le apartaba el pelo de la cara.

La niña asintió con la cabeza. Tenía los ojos muy abiertos.

-Dwayne pegó a Thomas -dijo. Las lágrimas comen aún por su cara-. Thomas se cayó y estaba todo lleno de sangre. Dwayne lo ha matado.

¿Thomas? ¿Muerto? ¡No!

-Yo gritaba y gritaba para que Thomas me ayudara -sollozó Tasha-, pero él no se levantaba y Prisco no me oía, y Dwayne me llevó a su coche...

Tal vez Thomas estuviera inconsciente y no muerto. Por favor, Dios, que no estuviera muerto. Thomas King no...

Mia volvió a rodear el coche a toda prisa y subió por el talud. Rezaba por que Dwayne estuviera tan aturdido que no lo notara y confiaba en que, si ella no se daba la vuelta para mirar, él no...

-¿Adonde vas con tanta prisa, cariño? -preguntó Dwayne.

Mia se quedó paralizada. Y se dio la vuelta. De pronto, se encontró mirando el cañón de una enorme pistola. Dwayne salió del coche. Se sujetaba un pañuelo contra la frente, pero la mano con que sostenía la pistola permanecía firme.

-Creo que vamos a llevarnos tu coche -dijo con una sonrisa mellada-. De hecho, puedes conducir tú.

Prisco comprendió que algo iba mal. El bosque estaba demasiado silencioso. No se oía ningún eco de risas, ni voces procedentes del lago. Y él sabía que Tasha nunca estaba callada mucho tiempo.

El sendero que bajaba al lago no era fácil de recorrer con muletas, pero se movió lo más rápido que pudo. Y, al acercarse al claro, por pura costumbre, sacó el arma de su

funda. Avanzaba con todo el sigilo de que era capaz, listo para soltar la muleta derecha en caso de que fuera necesario usar el arma.

Vio a Thomas tumbado en la playa, con sangre en la cara. No había ni rastro de Tasha. Ni de ella, ni de nadie más. Pero había huellas frescas de neumáticos junto al embarcadero. Quienquiera que hubiera estado allí, se había ido.

Y se había llevado a Tasha.

Prisco enfundó su arma mientras se acercaba a Thomas a toda prisa.

El chico se movió cuando lo tocó y le buscó el pulso. Por fortuna, estaba vivo. Le sangraba la nariz y tenía una herida de feo aspecto en la parte de atrás de la cabeza.

-Tasha... -murmuró-. El gordo se llevó a Tash...

El gordo. Dwayne Bell se había llevado a Tasha.

Él estaba en la cabaña, luchando con sus demonios, mientras Dwayne se presentaba allí, daba una paliza a Thomas y secuestraba a Tasha. La culpa se apoderó de él, pero la rechazó al instante. Tendría tiempo de sentirse culpable más tarde. En ese momento, tenía que darse prisa, debía encontrar a Tasha.

-¿Cuánto tiempo hace? -Prisco rasgó un trozo de tela de su camisa y la usó para tapar la parte de atrás de la cabeza de Thomas mientras lo ayudaba a sentarse.

-No lo sé. Me dio un golpe muy fuerte y perdí el conocimiento -Thomas soltó un borbotón de maldiciones que habrían sorprendido hasta a un SEAL-. Intenté luchar. Oía gritar a Tasha llamándome, pero me desmayé. ¡Maldita sea! ¡Maldita sea! -había lágrimas en sus ojos-. Teniente, ese tipo le da pánico. Tenemos que encontrarla.

Prisco asintió con la cabeza y vio que Thomas se esforzaba por despejarse y se acercaba a rastras al lago para mojar la cara y quitarse la sangre. Seguramente tenía rota la nariz, pero no se había quejado.

-¿Puedes andar o quieres que traiga tu coche? Thomas se incorporó, tambaleándose ligeramente.

-Puedo andar -se palpó los bolsillos y volvió a maldecir-. El gordo se ha llevado las llaves de mi coche.

Prisco echó a andar por el sendero que llevaba a la cabaña.

-Pues le haremos un puente -miró hacia atrás-. Avísame si voy demasiado deprisa -aquello sí que era un cambio.

-¿Sabes hacerle el puente a un coche?

-Nos lo enseñan en los SEAL.

-Vaya -dijo Thomas-. Yo podría ser un SEAL. Prisco miró hacia atrás y asintió con la cabeza.

-Sí, podrías.

Capítulo 16

-Necesito tu ayuda.

Prisco miró por la ventanilla abierta del coche al teniente Joe Catalanotto, oficial al mando del Equipo 10 de la Brigada Alfa de los SEAL. Cat parecía a punto de zarpar en una misión de entrenamiento de máxima seguridad. Iba vestido con traje de faena, llevaba un chaleco negro de combate y se había recogido el pelo largo y moreno en una coleta.

-¿Ahora mismo? -preguntó, y se inclinó ligeramente para mirar dentro del coche. Su mirada reparó en el aspecto vapuleado y en la camiseta ensangrentada de Thomas.

-Sí -dijo Prisco-. Han secuestrado a la hija de mi hermana. Sharon se ha metido en un buen lío con un traficante de drogas. Él es quien se ha llevado a la niña. Necesito ayuda para encontrarlo y rescatarla.

Joe Cat asintió con la cabeza.

-¿Cuántos hombres necesitas?

-¿Cuántos tienes?

El antiguo jefe de Prisco sonrió.

-¿Qué te parecen los siete de la Brigada Alfa al completo?

Siete. Aquellos siete eran los seis hombres con los que Prisco había servido... y su sustituto. Con ese hombre no le apetecía trabajar, pero asintió de todos modos. En ese momento, necesitaba toda la ayuda que pudiera reunir para encontrar a Natasha.

-Bien.

Mientras Prisco lo miraba, Cat se sacó del bolsillo del chaleco un teléfono móvil extrafino y marcó un número codificado.

-Sí, Catalanotto -dijo-. Cancelen el vuelo de la Brigada Alfa. Nuestra misión de entrenamiento queda pospuesta -miró al cielo despejado-, debido a las malas condiciones atmosféricas. A menos que se ordene lo contrario, estaremos fuera de la base a las 16:00. Ejecutaremos maniobras de reconocimiento y vigilancia en los alrededores -cerró el teléfono y se volvió hacia Prisco-. Vamos a hacer una visita a la sala del equipo y a recoger las cosas que necesitamos para encontrar a ese sujeto.

-Vaya, Prisco, qué sofá tan bonito.

A excepción del deslumbrante sofá rosa, el apartamento de Prisco empezaba a parecer una sala de mandos.

Lucky había acabado de limpiar la casa y había recibido el sofá el día anterior. En esos momentos, bajo las órdenes de Joe Cat, Bobby y Wes habían retirado los muebles que no hacían falta y colocado la mesita del comedor en medio del cuarto de

estar. Bob era alto y fuerte como un camión y Wes bajo y fino como una navaja, pero ambos eran inseparables desde que se habían convertido en compañeros de zambullida durante el curso de entrenamiento.

-Tienes que decorar el resto de la habitación en rosa, i Te va como anillo al dedo, nena! -con sus casi dos metros de altura, negro y con la complexión de un defensa de fútbol americano, Daryl Becker, alias Harvard, poseía una educación refinada y un malévolo sentido del humor. Cargaba con un pesado equipo de vigilancia que empezó a colocar sobre la mesa.

Blue McCoy fue el siguiente en llegar. El SEAL, de pelo rubio, llevaba varias cajas grandes que hacían sobresalir en altorrelieve los músculos de sus brazos. Armas de asalto... Ojalá no tuvieran que usarlas. Ni siquiera el segundo al mando de la Brigada Alfa, normalmente taciturno, pudo resistir la tentación de hacer un comentario sobre el sofá rosa.

-Me muero por conocer a tu nueva novia -dijo Blue con su suave acento sureño-. Por favor, dime que ese sofá es suyo.

Mía...

¿Dónde demonios estaba? Debería haber vuelto mucho antes que él. Pero su apartamento seguía cerrado a cal y canto. Prisco había ido a mirar al menos cinco veces desde su llegada. Hasta había dejado un mensaje en su contestador, pensando que quizá llamara. No se había disculpado: eso tendría que hacerlo en persona. Sólo le había dicho que la estaba buscando. Que por favor lo llamara.

-Está bien -dijo Harvard cuando acabó de conectar los ordenadores y el resto del equipo a la línea telefónica de Prisco-. Estamos todos preparados. Cuando llame ese tal Dwayne, tú hazle hablar y nosotros localizaremos su posición en unos cuarenta segundos.

-Si es que llama -Prisco no pudo evitar que la frustración que sentía resonara en su voz-. Maldita sea, odio esperar.

-Vaya, había olvidado lo divertido que es trabajar con el Rey de la Impaciencia -dijo Lucky desde la puerta. Otro hombre lo seguía. Era el alférez Harlan Jones, alias Cowboy, el joven e impetuoso SEAL que había sustituido a Prisco en la Brigada Alfa. Harlan saludó a Prisco en silencio con una inclinación de cabeza, sin duda cohibido por la seriedad del secuestro de una niña y por la extrañeza de hallarse en casa del hombre cuyo lugar había ocupado.

-Gracias por venir -le dijo Prisco.

-Me alegra ser de ayuda -contestó Cowboy.

El piso de Prisco nunca había parecido tan pequeño. Con ocho hombres corpulentos y Thomas allí dentro, apenas había espacio para moverse. Pero eso estaba bien. Era como en los viejos tiempos. Prisco comprendió que había echado de menos a aquellos chicos. Sólo deseaba que no hubiera hecho falta el secuestro de Natasha para volver a reunirlos.

Y aquello era del todo culpa suya. Era él quien se había mantenido a distancia, quien había rechazado a su antigua brigada. Sí, tenía atragantado el no ser ya uno de ellos. Sí, estaba celoso. Pero aquello era mejor que nada. Era mejor que darse por vencido...

-¿Tienes algo de comer? -preguntó Wes mientras se dirigía a la cocina.

-Oye, Prisco, ¿te importa que me eche en tu cama? -preguntó Bobby y, sin esperar respuesta, echó a andar por el pasillo.

-¿Quién te ha pegado en la cara con un bate de béisbol? -preguntó Lucky a Thomas, que había permanecido en silencio y apartado hasta ese momento.

El chico estaba recostado contra la pared y parecía necesitar sentarse, o incluso tumbarse.

-Dwayne -contestó-. Y fue con la culata de la pis tola, no con un bate de béisbol.

-Quizá deberías irte a casa -sugirió Lucky. Thomas se volvió para lanzarle una mirada fría y calculadora.

-No. Me quedo hasta que recuperemos a la niña.

-Creo que la Brigada Alfa...

-No voy a irme.

-... seguramente podrá apañárselas. – Prisco intervino.

-El chico se queda -dijo con calma. Blue dio un paso adelante.

-Te llamas Thomas, ¿no? -dijo al muchacho.

-Thomas King.

Blue le tendió la mano.

-Encantado de conocerte -dijo. Se estrecharon las manos-. Si vas a ayudarnos, ¿por qué no te enseño cómo funciona este equipo?

Prisco se sentó en el sofá rosa, junto a Joe Cat, mientras Blue y Harvard empezaban a dar a Thomas un curso acelerado en rastreo y localización de llamadas telefónicas.

-No puedo quedarme aquí sentado -dijo-. Tengo que hacer algo.

Wes, que había oído el comentario, salió de la cocina.

-¿Por qué no te haces una taza de té caliente? -bromeó con voz dulce y ceceante- y te acurrucas en ese bonito sofá rosa con tu ejemplar favorito de Sentido y sensibilidad para distraerte?

-Oye -bramó Harvard con su voz grave de bajo-, que lo he oído. A mí me gusta Jane Austen.

-A mí también -añadió Cowboy.

-Vaya -dijo Lucky-, ¿quién te ha enseñado a leer?

La habitación estalló en risas y Prisco se levantó, inquieto, y salió al descansillo. Sabía que los hombres de la Brigada Alfa usaban el humor para aliviar el estrés y la tensión, pero no tenía ganas de reírse.

Sólo quería recuperar a Natasha.

¿Dónde estaría en ese momento? ¿Tendría miedo?

¿Habría vuelto a pegarla Dwayne? Maldición, si ese cerdo volvía a ponerle la mano encima...

Prisco oyó que la puerta mosquitera se abría tras él y, al volverse, vio que Joe Cat lo había seguido.

-Quiero hablar de nuevo con mi hermana -dijo Prisco-. Creo que hay algo que no me ha dicho. –Cat no titubeó.

-Yo te llevo. Voy a decirles a los chicos dónde vamos -volvió al piso de Prisco, regresó e inclinó la cabeza-. Vamonos.

Mientras bajaban al aparcamiento, Prisco miró una última vez la puerta de Mia. ¿Dónde se había metido?

Mia llevó a Tasha en brazos, por el césped bien cuidado, hasta la puerta de la casona de estilo español.

Aquello era ridículo. Estaban a plena luz del día, en medio de un barrio residencial aparentemente rico y de clase media-alta. Calle abajo, varios jardineros limpiaban el jardín de un vecino. ¿Debía gritar pidiendo ayuda, o intentar huir?

No hizo ninguna de las dos cosas. Tenía muy presente que Dwayne Bell seguía llevando aquella enorme pistola oculta en el bolsillo. Si hubiera estado sola, quizá se habría arriesgado. Pero no lo haría con Na-tasha en brazos.

Aun así, le produjo un escalofrío pensar que podría identificar con toda facilidad aquella casa y al hombre que las había llevado hasta allí.

-¿No debería habernos vendado los ojos? -preguntó cuando Dwayne abrió la puerta.

-No se puede conducir con los ojos vendados. Además, eres mi invitada. No hace falta que esto sea más desagradable de lo necesario.

-Tiene usted una noción muy curiosa de lo que es un invitado, señor Bell -repuso Mia mientras Dwayne cerraba la puerta tras ella.

Todas las persianas estaban bajadas y el interior de la casa se hallaba a oscuras y fresco, gracias al aire acondicionado. Mia oyó risas enlatadas procedentes de un televisor en alguna parte de la casa. Tasha cerró con fuerza los brazos alrededor de su cuello.

-Nunca he invitado a mi casa a nadie a punta de pistola. Creo que «rehén» es un término más apropiado -añadió ella.

-La verdad es que yo prefiero la expresión «víctima colateral» -contestó él.

Un hombre apareció en el pasillo. Había salido de una habitación que debía de ser la cocina. Se había quitado la chaqueta y llevaba una sobaquera con un arma, muy

parecida a la de Prisco. Habló con Dwayne en voz baja mientras miraba con curiosidad a las recién llegadas.

-Que Ramón se ocupe de eso -dijo Dwayne en voz lo bastante alta como para que Mia lo oyera-. Luego quiero hablar con los dos.

Había al menos otros dos hombres en la casa. Otros dos hombres armados. Mia miró a su alrededor mientras Dwayne las conducía escaleras arriba y procuró memorizar la disposición de la casa. Estaba decidida a reunir cualquier información que pudiera ser de utilidad a Prisco cuando éste llegara.

Porque Prisco las encontraría. Mia estaba tan segura de eso como de que el sol se pondría pronto tras el horizonte.

Después llegaría él.

-Las cosas están peor de lo que pensaba -dijo Prisco con voz tensa al entrar en la sala de espera del centro de rehabilitación. Joe Catalanotto se puso en pie-. Sharon no le robó cinco mil dólares a Bell. Le robó cincuenta mil. Amañó sus libros de cuentas. Creía que no se daría cuenta.

Se dirigió hacia la puerta, hacia el aparcamiento y el todoterreno de Joe Cat.

-¿Puede devolvérselos? -preguntó Cat. Prisco soltó un bufido.

-¿Bromeas? El dinero se esfumó hace tiempo. Lo usó para pagar unas deudas de juego y el resto se lo gastó en drogas y alcohol -se detuvo y se volvió hacia Cat-. Préstame tu teléfono. Sharon me ha dado la dirección donde solía vivir con Bell -dijo a Cat mientras marcaba el número del enlace que habían establecido con su apartamento.

Contestaron a la primera llamada.

-Aquí Becker -era Harvard.

-Soy yo, jefe -dijo Prisco-. ¿Alguna llamada?

-Nada aún. Ya sabes que te la habríamos pasado directamente, si hubiera habido alguna.

-Tengo una dirección que quiero comprobar. Está a las afueras de San Felipe, en Harper, el siguiente pueblo al este. Diles a Lucky y a Blue que se reúnan con Cat y conmigo allí, ¿de acuerdo? -le dio la dirección de la calle.

-La tengo en el ordenador -dijo Harvard-. Salen de camino en cuanto les imprima un mapa. ¿Necesitas indicaciones?

Cat estaba escuchando.

-Dile que mande una copia del mapa al fax de mi coche.

Prisco se quedó mirándolo.

-¿Tienes un fax en el coche? – Cat sonrió.

-Privilegios del mando.

Prisco colgó y le devolvió el teléfono a Cat. Pero Cat sacudió la cabeza.

-Será mejor que te lo quedes tú. Si llama ese tipo...

Prisco miró a los ojos a su amigo.

-Si llama ese tipo, será mejor que lo encontremos -dijo con aspereza-. Y que recemos por que no sea demasiado tarde. Sharon me ha dicho que Dwayne Bell ha matado en venganza por mucho menos de cincuenta mil pavos.

-No hay nadie en casa -informó Lucky cuando Blue McCoy y él aparecieron sigilosamente al lado del todoterreno de Cat, no lejos de la casa en la que Sharon había vivido con Dwayne Bell.

-He entrado por una ventana del sótano -dijo Blue-. Por lo que he podido ver echando un vistazo rápido, Bell ya no vive ahí. Hay juguetes por todas partes y correo en la encimera de la cocina. Va dirigido a Fred y Charlene Ford. Parece que Bell se mudó y que ahora vive en la casa una familia.

Prisco asintió con la cabeza y procuró no apretar los dientes. Habría sido demasiado fácil que Bell estuviera allí. Sabía desde el principio que ir a aquella casa sería inútil.

Cat lo estaba mirando.

-¿Qué quieres hacer?

Prisco sacudió la cabeza. Nada. No podían hacer nada, salvo esperar.

-Quiero que suene el teléfono.

-Llamará y rescataremos a Natasha -dijo Lucky con muchas más confianza de la que sentía Prisco.

Mia intentó abrir la ventana del cuartito en el que Tasha y ella estaban encerradas. Estaba sellada. Por allí no saldrían, como no rompieran el cristal. Y, aunque pudieran romperlo sin que Dwayne y sus matones lo oyeran, había mucha altura hasta el suelo.

Tasha estaba sentada en la cama, con las rodillas pegadas al pecho y los ojos muy abiertos mientras Mia inspeccionaba la habitación.

El armario era minúsculo: por allí no había salida. No había puertas secretas, ni pasajes escondidos, ni conductos de aire en las paredes o bajo la alfombra. No había ningún teléfono oculto desde el que pudiera hacer una llamada furtiva, ni una pistola en el cajón de la cómoda que pudiera usar para defenderse.

La puerta estaba cerrada por fuera con cerrojo.

No iban a ir a ninguna parte hasta que Dwayne o sus matones la abrieran.

No había nada que hacer, salvo esperar.

Sonó el teléfono.

Estaban a medio camino del piso cuando el móvil que Prisco llevaba en el bolsillo empezó a vibrar contra su pierna y a emitir un pitido. Joe Cat apartó rápidamente el todoterreno al arcén de la carretera mientras Prisco abría el teléfono.

-Prisco. – Era Harvard.

-Está entrando una llamada -informó lacónicamente-. Te la paso. Recuerda, si es Bell, hazle hablar.

-De acuerdo.

Se oyeron varios chasquidos y luego el suave siseo de una línea abierta.

-Sí -dijo Prisco.

-El señor Francisco -era la voz lúgubre de Dwayne Bell-. Ya sabes quién soy y por qué llamo, supongo.

-Déjame hablar con Tasha.

-Los negocios antes que el placer, amigo mío -dijo Bell-. Tienes veinticuatro horas para devolverme el dinero que me robó tu encantadora hermana. Cincuenta mil, más otros diez mil de intereses.

-Voy a tardar más de veinticuatro horas en reunir esa...

-Ya estoy siendo muy generoso, por sentimentalismo, por lo que hubo entre Sharon y yo. Son casi las seis. Si no tengo el dinero en mi poder mañana a las seis de la tarde, mataré a la chica. Y, si no lo tengo a medianoche, mataré a la niña. Y, si avisas a la policía, las mataré a las dos y me llevaré a tu hermana a la cárcel conmigo.

-Ya -dijo Prisco-. Espera un momento. ¿Qué has dicho? ¿A las dos? ¿A la chica y a la niña? – Bell se echó a reír.

-Ah, ¿no lo sabías? Tu novia también está de invitada en mi casa, igual que la mocosa.

Mia. Diablos, Bell tenía también a Mia.

-Déjame hablar con ella -dijo Prisco con voz rasposa-. Quiero pruebas de que están bien.

-Lo suponía -pareció apartarse del teléfono porque su voz sonó de pronto distante-. Traedlas.

Hubo un silencio y un chasquido y luego la voz de Mia sonó al otro lado del teléfono.

-¿Alan?

Se oía un eco y Prisco comprendió que Bell había puesto el manos libres del teléfono.

-Estoy aquí -dijo-. ¿Estás bien? ¿Tash está contigo?

Lucky apareció sigilosamente junto a la ventanilla del coche de Joe Cat. Cuando Prisco lo miró, señaló su propio teléfono móvil y le hizo una seña con el pulgar hacia arriba.

Harvard había conseguido rastrear la llamada. Los tenían localizados.

-Sí -dijo Mia-. Escucha, Alan. Mis padres tienen dinero. Acude a ellos. ¿Recuerdas que te dije que viven cerca del club de campo de Harper?

No, ella le había dicho que sus padres vivían en Malibú.

-Pero ten cuidado con mi padre. Está un poco chiflado, con toda esa colección de armas y sus dos guardaespaldas.

Harper. Armas. Dos guardaespaldas. Santo cielo, Mia estaba teniendo la presencia de ánimo de decirle dónde estaban y cuántos hombres había custodiándolas.

-Ya basta -cortó Bell.

-Mis padres tienen el dinero que quiere -oyó Prisco que decía Mia con aspereza-. ¿Cómo va a conseguirlo Alan si no le digo dónde ir?

-Tengo la dirección -le dijo Prisco-. Yo me encargaré del dinero, tú cuida de Tasha. Tash..., ¿estás bien?

-Quiero irme a casa -la voz de Natasha sonaba temblorosa.

-No tiene su medicina, así que, si vuelve a subirle la fiebre, métela en la bañera para refrescarla. ¿Entendido? -dijo Prisco a Mia lo más rápido que pudo-. Quédate con ella en el cuarto de baño. Y háblale para que no se asuste. Ya sabes cómo se pone si hay mucho silencio. Sé que es muy pequeña y que no puede escuchar los ruidos de la noche tan bien como yo.

Dios, confiaba en que Mia le entendiera. Si Tasha y ella hablaban, los SEAL podrían usar sus micrófonos de alta definición para localizar su posición exacta dentro de la casa. Prisco necesitaba esa información antes de decidir cuál era el mejor modo de lanzar su ataque contra Bell y sus hombres.

-Mia, conseguiré ese dinero muy pronto. Ahora mismo, de hecho, ¿de acuerdo?

-De acuerdo. Alan, ten cuidado -le tembló la voz ligeramente-. Te quiero.

-Mia, yo...

La línea quedó muerta. Prisco cerró el teléfono y maldijo a Dwayne Bell y a sí mismo. Pero ¿qué había intentado decir exactamente?

«Yo también te quiero».

Dios, había tenido esas palabras en la punta de la lengua. Cat, Lucky y Blue estaban escuchando y tener una relación con él era lo último que necesitaba Mia. Pero si después de todo lo que él había dicho y hecho ella todavía podía amarlo...

No, Mia no necesitaba tener una relación con él, pero tal vez, sólo tal vez, quería tenerla.

Dios sabía que él quería, a pesar de que diciéndole todas aquellas cosas horribles muy bien podía haber quemado sus naves. ¿Haberlas quemado? Maldición, las había hecho saltar por los aires.

Aun así, ella le había dicho que lo quería.

-Lo tenemos. Es el número 273 de la calle Barker, en Harper -dijo Lucky apoyándose en la ventana-. Harvard está enviando por fax el mapa. Va a dejar a Thomas en el cuartel general por si volvieran a llamar. Él y el resto del equipo se encontrarán con nosotros allí.

Prisco asintió con la cabeza y sintió que la esperanza lo embargaba mientras se volvía hacia Joe Cat.

-En marcha.

A Mía le dolía el estómago mientras Tasha y ella subían las escaleras, seguidas por uno de los compinches de Dwayne Bell.

«Cuida de Tasha», le había dicho Prisco. Él le había dado tanta información cuidadosamente disfrazada en su mensaje como ella había intentado darle a él. «Quédate con ella en el cuarto de baño. Métela en la bañera». Si empezaban a volar las balas, balas como las que podía disparar la enorme pistola de Dwayne, balas que podían traspasar paredes y tener aún fuerza suficiente para matar, la bañera, con su duro esmalte, sería el lugar más seguro.

Prisco le había dicho que hablara a Tasha. ¿Por qué? «Hábale para que no se asuste». ¿Para qué querría él que hablaran? Aquello no tenía sentido. Pero no tenía por qué tenerlo. Prisco se lo había pedido. Y ella lo haría.

«Ahora mismo», había dicho él. «Tengo la dirección». Mía sabía con toda certeza que Prisco iba de camino. De algún modo las había encontrado. Pronto llegaría.

Se detuvo delante de la puerta abierta del cuarto de baño y se volvió para mirar al hombre de la pistola.

-Tenemos que usar el cuarto de baño. — Él asintió con la cabeza.

-Adelante. No cierre la puerta con llave.

Mía metió a Tasha dentro del pequeño cuarto, cerró la puerta tras ella e hizo un rápido inventario.

Un lavabo de pedestal, una bañera mugrienta con cortina de ducha mohosa, un váter sucio.

La ventana era pequeña y estaba sellada, lo mismo que la del dormitorio.

Había un armario estrecho que contenía unos cuantos rollos de papel higiénico envueltos en papel y varias toallas y paños de cocina ajados.

Mía sacó uno de los paños, abrió el grifo de agua caliente del lavabo y puso debajo el paño de felpilla.

-Está bien, Tash -dijo-. Vamos a intentar engañar a Dwayne y a sus amigos para que crean que estás enferma y que a lo mejor vomitas, ¿de acuerdo? -la niña asintió con la cabeza, asombrada-. Necesito que respires hondo y que contengas la respiración todo lo que puedas... hasta que se te ponga la cara muy roja.

Tasha asintió de nuevo y tomó aire mientras Mia escurría el paño.

-Ahora vas a sentir esto caliente en la cara, pero queremos que parezca que tienes mucho calor y que estás sudando para que Dwayne crea que tienes fiebre, ¿entendido?

La niña se quedó quieta mientras le apretaba el paño caliente contra la frente y las mejillas. Cuando exhaló, estaba sonrojada y sudorosa.

-¿Puedo beber? -preguntó, volviéndose hacia el agua fría.

-Claro -dijo Mía-. Pero recuerda que tiene que parecer que estás enferma, ¿de acuerdo?

Esperó a que Tash acabara de beber para abrir la puerta del baño.

-Disculpe. Creo que será mejor que nos quedemos aquí. Tasha tiene fiebre y...

Oyó tras ella una náusea y, al darse la vuelta, vio a Tasha inclinada sobre el váter, echando líquido por la boca.

-Mierda -dijo con asco el hombre de la pistola. Después retrocedió y cerró la puerta del cuarto de baño.

-Natasha... -empezó a decir Mia, alarmada. Pero la niña se volvió para mirarla con un destello malicioso en la mirada.

-Me he metido un montón de agua en la boca y la he escupido -susurró-. ¿Crees que le hemos engañado?

Se oyó un ruido al otro lado de la puerta y Mia la abrió el ancho de una rendija. Era el hombre de la pistola.

-Voy a poner un cerrojo a este lado de la puerta -dijo con aspereza-. Van a quedarse ahí. Dwayne no quiere líos. ¿Puedo traerle unas mantas o algo a la niña?

Mia asintió con la cabeza.

-Unas mantas estarían muy bien.

Cerró la puerta, se volvió hacia Natasha y le hizo una seña levantando los pulgares.

Ahora tenía que seguir hablando. Por alguna razón, Prisco quería que hablara.

Y ella rezaba por que, cuando todo aquello acabara, él siguiera vivo para explicarle el motivo.

Capítulo 17

-Tengo algo -dijo Harvard mientras manipulaba los mandos del micrófono ultrasensible que apuntaba hacia la casa de la calle Barker-. Parecen una mujer y una niña cantando... Creo que es la canción del alfabeto.

Alcanzó a Prisco sus auriculares y éste se los puso y miró por la ventanilla tintada del lateral de la furgoneta, hacia la casa que estaban vigilando.

Eran ellas. Tenían que ser ellas. Luego acabó la canción y oyó hablar a Tash.

-Mia, ¿por qué estamos sentadas en la bañera?

-Porque tu tío cree que estamos más seguras aquí.

-¿Porque Dwayne quiere matarnos, como a Thomas?

-Cariño, Prisco no va a dejar que eso ocurra.

-¿Porque te quiere? -preguntó la niña. Mia titubeó.

-Sí -dijo por fin-. Porque... nos quiere.

Prisco comprendió que no se creía lo que le estaba diciendo a Tash. ¿Y por qué iba a creer que la quería después de las cosas terribles que había dicho? El recuerdo de aquello le producía un dolor en el pecho. Le devolvió los auriculares a Harvard.

-Son ellas, jefe -dijo-. ¿Puedes señalar su posición?

-En la parte de atrás de la casa -dijo Harvard mientras seguía manipulando los controles-. En la parte delantera hay un televisor puesto a todo volumen, y se oye comer a alguien.

Prisco asintió con la cabeza. Era un comienzo. Tendría una idea más clara de dónde se encontraban Mia y Tash cuando Blue, Cowboy y Lucky regresaran de su ronda de reconocimiento.

La noche había caído hacía poco y los tres SEAL estaban inspeccionando el jardín y el exterior de la casa en busca de alarmas o trampas, de cualquier cosa que pudiera avisar a Bell de su presencia. Wes y Bobby, por su parte, estaban manejando un sistema de infrarrojos que les ayudaría a localizar a Mia y Tash y a sus secuestradores. Bell y otros dos. Eso era lo que Mia había logrado decirle. Todos armados.

Tres matones contra ocho SEAL. Era imposible que salieran perdiendo.

Si no fuera porque Prisco estaba decidido a que los SEAL no abrieran fuego estando Mia y Tasha dentro de la casa, a pesar de que se encontraban refugiadas en la bañera. Porquei.. que Dios lo ayudara si algo salía mal y una de las dos personas que más quería en el mundo resultaba herida en el tiroteo.

No, tendrían que hacer aquello con sigilo... cosa que, últimamente, no era su fuerte. Él no podía trepar por el lateral de la casa.

-¡Eh! He encontrado unos auriculares y un chaleco de sobra en mi coche -Joe Catalanotto subió a la furgoneta y le arrojó ambas cosas a Prisco.

-¿Sabes cuánto tiempo hace que no me pongo estas cosas? -preguntó Prisco, y levantó el chaleco y los ligeros auriculares.

Cat asintió con la cabeza.

-Sí -dijo-, lo sé. Póntelos. Blue y Lucky están empezando a informar. Querrás saber lo que dicen.

Prisco se puso el chaleco negro de combate. Era una versión más reciente del chaleco de faena que había usado durante sus cinco años en los SEAL. Estaba hecho de un tejido más ligero que el antiguo y era más confortable.

Le hacía sentirse bien. Se puso los auriculares, colocó el micrófono y enchufó el cable a la unidad de radio del chaleco. Ajustó la frecuencia y...

-...nada en el jardín -era Blue McCoy, hablando en voz baja-. No hay otras alarmas, ni sensores de movimiento... Nada. La alarma de la casa es pan comido. Lucky ya la ha desactivado. También había una celosía en la parte de atrás. Está perfectamente colocada. Como una invitación a la segunda planta.

-Ya estoy arriba -era la voz de Cowboy-. Las ventanas parecen selladas. Pero hay otra planta. Seguramente un desván. Las ventanas parecen fáciles de abrir. El acceso es sencillo.

-Detecto movimiento en los infrarrojos -informó la voz profunda de Bobby-. Dos siguen parados en la segunda planta y tres abajo, en la parte delantera del edificio, aunque uno se mueve ahora hacia la parte de atrás.

-Ése es Cliff -informó Harvard-. Acaba de decirle a su amigo Ramón que va a la cocina a buscar más salsa para sus patatas. Están viendo algo en un canal para adultos. No hay mucho diálogo, pero sí un montón de música horterera.

De nuevo la voz de Blue.

-La casa tiene siete habitaciones abajo. Un cuarto de estar en la esquina sureste. Un comedor al oeste, una cocina y una especie de salón que se extiende a lo largo de toda la parte de atrás.

Prisco tomó lápiz y papel y dibujó un tosco plano de la planta baja mientras Blue seguía describiendo su disposición, y la ubicación de todas las puertas y ventanas.

-Cat, ¿quieres que entre por el desván? -preguntó Cowboy.

-Esta función la dirige Prisco -contestó Cat, y se volvió para mirarlo.

Prisco levantó la vista de su dibujo y sacudió la cabeza.

-Aún no. Volved todos a la furgoneta -dijo, hablando por el micrófono por primera vez en cinco años-. Todos menos Bobby. Quiero que te quedes ahí con los infrarrojos, Bob. Necesito estar completamente seguro de que Mia y Tash no se mueven de la habitación de arriba.

-De acuerdo -contestó Bobby.

Pasaron sólo unos minutos antes de que el resto de la Brigada Alfa surgiera de las sombras y la oscuridad de la noche. El plan de Prisco era muy sencillo.

-Quiero que Cat y Lucky entren por las ventanas del ático y bajen a la segunda planta, donde están Mia y Tash. Los demás entraremos sin hacer ruido por esta puerta trasera -señaló su dibujo-. Menos Bobby, que va a quedarse pegado a los infrarrojos, y Harvard, que tiene que quedarse a la escucha.

-Qué aburrimiento -la voz de Bob resonó en sus auriculares desde algún lugar del jardín.

-Alguien tiene que hacerlo -dijo Joe Cat.

-Sí, pero ¿por qué yo? Venga, hasta un parapléjico en silla de ruedas podría ocuparse de esta misión...

Se hizo un súbito silencio en la furgoneta. Nadie miró a Prisco, ni sus muletas. Nadie se movió. Bobby se dio cuenta de lo que había dicho y masculló una maldición en voz baja.

-Prisco... No quería que sonara así... No sé en qué estaba pensando...

-Como de costumbre -añadió Wes. Prisco se sentó y observó la expresión azorada de sus amigos.

-Es lógico que me cambie por Bob -dijo con calma-. ¿No?

Joe Catalanotto fue el primero en mirarlo a los ojos.

-No va a ser una operación difícil -dijo. Miró a Blue-. Imaginamos...

Y de pronto Prisco lo comprendió todo.

-Imaginabais que podíais dejarme jugar a los soldados una última vez, ¿en? -dijo, consciente de que estaba en lo cierto-. Pensabais que podíais hacerme de niñeras y que el hecho que no pueda correr ni apenas andar sin muletas no pondría en peligro al equipo.

Cat lo respetaba lo suficiente como para no intentar mentirle. Aunque tampoco podía darle la razón. Así que no dijo nada. Pero la respuesta estaba claramente escrita en su cara.

-Pero, aun así, el que yo esté allí va a poner hasta cierto punto en peligro al escuadrón -dijo Prisco.

-Podemos arreglárnoslas...

-Pero, si no formo parte del equipo que entre por la puerta trasera, disminuyen las posibilidades de que algo salga mal.

-No es para tanto... -Prisco se levantó.

-Bob, cuando estemos listos para salir, ocuparé tu puesto.

Bob parecía angustiado.

-Prisco, yo no quería...

-Tendrás que esperar a que esté ahí, porque no quiero que apartes ni un segundo la mirada del escáner de infrarrojos. Lucky se adelantó.

-Oye, colega, sabemos lo importante que es para ti entrar ahí y...

-Trabajar en equipo significa reconocer los puntos fuertes y las debilidades de cada miembro del equipo -dijo Prisco con firmeza-. Aunque quiero ser yo quien proteja a Mia y Natasha, sé que no puedo trepar hasta la ventana del desván. Y lo cierto es que tampoco tiene sentido que intente colarme por la puerta trasera. Yo manejaré el infrarrojo -respiró hondo-. Blue, tienes razón. Tú estarás al mando cuando entréis en la casa. Sabía que podía confiar en Blue McCoy, que tomaría las decisiones adecuadas para atrapar a Dwayne y a sus dos hombres con la menor cantidad de disparos posible.

-Está bien, ocupemos nuestras posiciones. –Uno a uno, los SEAL salieron de la furgoneta y se perdieron en la oscuridad de la noche. Prisco se volvió hacia Joe Cat.

-No llevéis a Mia y a Tash al piso de abajo hasta que os diga que todo está despejado. Cat asintió con la cabeza.

-Esperaremos tu señal.

Prisco salió torpemente de la furgoneta y echó a andar hacia los matorrales que bordeaban el jardín, donde Bobby estaba oculto con el escáner de infrarrojos. Pero Joe Cat lo detuvo.

-¿Sabes?, hace falta mucho valor para anteponer el bienestar y la seguridad de otros al orgullo propio -dijo.

-Sí, ya. Soy todo un héroe -repuso Prisco-. Perdona, voy a esconderme entre los arbustos mientras vosotros os jugáis el pellejo para rescatar a mi novia y mi sobrina.

-Los dos sabemos que lo que acabas de hacer ha sido increíblemente duro y heroico -contestó Cat-. Si Ronnie estuviera en esa casa, no sé si yo habría sido capaz de quedarme fuera.

-Sí, lo habrías hecho -dijo Prisco con calma-, si supieras que participando en el asalto no sólo arriesgarías la vida de tus hombres, sino también la de Ronnie -sacudió la cabeza-. No tenía elección. Y tú tampoco la tendrías.

Joe Cat asintió con la cabeza.

-Tal vez -hizo una pausa-. Me gustaría pensar que sí.

-Cuento contigo para cuidar de Mia y de Tash -dijo Prisco.

-Esos tipos no van a oírnos entrar. Si hacemos las cosas bien, el riesgo es mínimo.

Y hacer las cosas bien significaba que él no estuviera en medio. Por más que le doliera, Prisco sabía que era cierto.

-Eh, tú mismo lo has dicho. Trabajar en equipo significa reconocer los puntos fuertes y las debilidades de cada uno de sus miembros -dijo Joe como si le hubiera leído el pensamiento. Cuando Prisco asintió y se dio la vuelta para alejarse, Joe lo detuvo de nuevo-. Puedes seguir siendo parte del Equipo 10 de los SEAL, teniente. Bien sabe Dios que necesitamos tus puntos fuertes. Tengo muy pocos instructores fiables, y

tantos reclutas recién salidos del cascarón que no podemos enseñarles como es debido. Tú tienes mucha información que transmitir a esos chicos. Podrías elegir prácticamente cualquier asignatura que quisieras enseñar.

Prisco se quedó callado. Enseñar. «Los que pueden, actúan. Los que no pueden, enseñan». Pero ¿qué había dicho Mia? «Los que aprenden, actúan. Los que enseñan, dan forma al futuro».

-Y en cuanto a sus debilidades... -prosiguió Joe Cat-. ¿Te acuerdas del final de la semana infernal? No estabas en el equipo de mi barca, pero sé que seguramente te enteraste de lo que pasó. Me quedaba medio día para que acabara aquella tortura y me hice una fisura la pierna. Eso sí que dolió. Fue un infierno, pero no abandoné. No iba a tirar la toalla después de haber llegado tan lejos. Pero estuvieron a punto de retirarme. Uno de los instructores, un auténtico bastardo al que apodaban Capitán Sangre, iba a llamar a los sanitarios para que me sacarán de allí.

Prisco asintió con la cabeza.

-Recuerdo que lo oí contar.

-Pero Blue y los otros chicos que quedaban en el equipo de mi barca le dijeron al Capitán Sangre que yo estaba bien, que podía seguir. De hecho, dijeron que correría dos kilómetros por la playa para demostrarlo. Y el capitán me miró y me dijo que, si podía correr esos dos kilómetros, dejaría que me quedara hasta el final.

-Yo no podía andar, ni mucho menos correr, pero Blue y los otros chicos me recogieron y corrieron esos dos kilómetros llevándome en brazos.

Prisco había oído aquella historia. Como recompensa por su increíble demostración de unidad y lealtad, el instructor anunció que Cat, Blue y el resto de su equipo habían aprobado casi seis horas antes del fin oficial de la semana infernal. Fue un caso sin precedentes.

Joe Cat alargó el brazo y apretó el hombro de Prisco.

-Ahora estás dejando que te llevemos. Pero no creas que no puedes llevarnos tú a nosotros, amigo mío. Porque puedes. Enseñando a otros reclutas que algún día tendrán que cubrirnos las espaldas, nos apoyarás más de lo que crees.

Prisco se quedó callado. ¿Qué podía decir?

-Piénsalo -añadió Cat en voz baja-. Al menos, piénsalo.

Prisco asintió con la cabeza.

-Lo haré... cuando saquéis a Mia y a Natasha sanas y salvas de esa casa.

-Sé que quieres decir cuando las «saquemos» de ahí. Todos nosotros... trabajando en equipo. – Prisco sonrió.

-Sí. Ha sido un lapsus.

Desde donde estaba sentado, Prisco veía la luz de la ventana del piso de arriba. Aquella ventana era más pequeña que las demás. Tenía que ser un cuarto de baño.

Mia y Natasha estaban al otro lado del cristal. Tan cerca y, sin embargo, tan lejos.

Mientras miraba el escáner de infrarrojos, los puntos anaranjados de señalaban la posición de los miembros de la Brigada Alfa se iban acercando a la casa. Dos, que tenían que ser Lucky y Cat, treparon por la celosía. Los otros cuatro, es decir, Blue, Bobby, Wes y Cowboy, permanecían inmóviles, esperando su orden.

Dentro de la casa, según el escáner, nada había cambiado. Dwayne y sus hombres seguían en el cuarto de estar. Mia y Tash estaban arriba.

Mia y Tash.

Las dos le habían dado un amor incondicional. Curiosamente, no le había costado aceptar el amor de la niña, pero el de Mia...

No creía que aquello fuera posible. Todavía le parecía demasiado bueno para ser cierto. Mia estaba tan llena de vida y de alegría, mientras que él era la imagen misma de la desesperanza. Ella tenía un gran ímpetu; él, en cambio, se sentía inseguro y luchaba por mantenerse a flote. No le había dicho que la quería. Podría, pero, en lugar de hacerlo, la había atacado, se había mofado de su vocación. La había rechazado. Y, aun así, ella seguía queriéndolo.

¿Era posible que Mia hubiera intuido al hombre desesperado y asustado que se escondía bajo la ira de su ataque verbal? Thomas le había dicho que Mia también había marcado un punto de inflexión en su vida, que había alterado su destino y dado forma a su futuro.

«Los que aprenden, actúan. Los que enseñan, dan forma al futuro».

Prisco se imaginaba a Mia diciéndole aquello, con los ojos llenos de fuego y pasión. Ella lo creía. Y, en ese instante, mientras la Brigada Alfa esperaba su señal para entrar en casa de Dwayne Bell, Frisco comprendió con la misma certeza que deseaba una segunda oportunidad.

Se dio cuenta de que toda su vida estaba llena de segundas oportunidades. Otro hombre podría haber muerto a consecuencia de las heridas que él había recibido. Otro hombre no habría podido levantarse de la silla de ruedas. Otro hombre dejaría que Mia Sum-merton se marchara para siempre.

Pensó en la lista que ella había puesto en su nevera, en todas las cosas que todavía podía hacer. Y había muchas cosas que todavía estaban a su alcance, aunque algunas fueran extremadamente difíciles.

Como no volver a ser un SEAL en servicio activo. Eso iba a ser muy duro. Pero lo sería igualmente si pasaba el resto de su vida bebiendo en su cuarto de estar que si aceptaba un puesto de instructor. Su desilusión y sus esperanzas malogradas serían un duro lastre que acarrear, un camino difícil que recorrer. Pero él era un SEAL. La dureza, las penalidades, eran para él el pan de cada día. Había llegado hasta allí. Podía, y lo haría, seguir el resto del camino.

-Está bien -dijo hablando al micrófono-. Los tres objetivos no se han movido. Hagámoslo de una vez. En silencio y rápidamente, Brigada Alfa. Adelante.

No recibió respuesta a través de los auriculares, pero vio que las formas que señalaba el escáner empezaban a moverse.

Blue emitió un chasquido a través del micrófono cuando el equipo que debía penetrar en la planta baja estuvo dentro de la casa.

-Avanzamos despacio en el desván -oyó susurrar Frisco a Joe Cat-. Las vigas son viejas. No queremos que crujan.

-Tomaos el tiempo que necesitéis -dijo Frisco. Pareció pasar una eternidad, pero por fin Frisco oyó que Cat decía:

-En posición.

Lucky y él estaban frente a la puerta del cuarto de baño de la planta de arriba. Aquella era la señal que esperaba Blue para empezar a moverse.

Frisco oyó un susurro, un movimiento y el ruido de cuatro armas automáticas que se cargaban. Fue entonces cuando empezó el alboroto.

-¡Manos arriba! -gritó Blue. Su voz, normalmente suave, sonó dura y crispada-. ¡Vamos! ¡Quiero verlas! ¡Las manos en la cabeza!

-¡Vamos! ¡Levantaos! -era Cowboy-. ¡Venga! ¡Moveos!

-¿Qué demonios...? -oyó decir Prisco a Dwayne a través de los cuatro micrófonos.

-¡Moveos! ¡Al suelo, con la cara contra la alfombra! ¡Vamos! -era Bobby. Un instante después se oyó un estrépito. Al parecer, había ayudado a alguien a tumbarse en el suelo.

-¿Quién demonios sois vosotros? -preguntó Dwayne-. ¿Quién demonios sois?

-Somos vuestra peor pesadilla -respondió Cowboy, y se echó a reír-. ¡Dios! No sabéis cuántos años he esperado para decir esta frase.

-Somos amigos de Alan Francisco -oyó Prisco que decía Blue-. Está bien, Prisco, el señor Bell y sus amigos han sido despojados de sus armas.

-Sacadlos a la parte delantera del jardín y atadlos, Blue -ordenó Prisco. Ya había cruzado el jardín y estaba a punto de entrar en la casa-. Harvard, usa ese equipo tuyo tan fino para llamar a emergencias. Que el camión de la basura de la policía se lleve los desperdicios. Cat, ésta es mi señal oficial. Todo despejado. Deja salir a Mia y a Tasha.

La puerta del cuarto de baño se abrió de golpe y Mia se halló mirando la cara de un gigantesco desconocido de pelo negro que llevaba un arma igualmente gigantesca.

Él pareció percibir el pánico en sus ojos porque apuntó rápidamente con la pistola hacia el suelo.

-Soy el comandante Joe Catalanotto, de la Brigada Alfa -dijo con un inconfundible acento de Nueva York-. No pasa nada, señora. Están a salvo.

-Dwayne ha sido detenido... -otro hombre asomó la cabeza por la puerta. Era Lucky O'Donlon. Ambos llevaban ropa militar y una especie de chaleco negro.

-¿Se encuentran bien? -preguntó el hombre moreno, Joe.

Mia asintió con la cabeza, sin soltar a Tasha. Oyó, a lo lejos, un ruido de sirenas.

-¿Dónde está Alan? ¿Se encuentra bien? – Lucky sonrió y se acercó para ayudarlas a salir de la bañera.

-Está abajo, esperando a que llegue la policía. No les va a hacer mucha gracia vernos aquí, haciendo su trabajo, por así decirlo.

-He hecho que vomitaba para que los malos nos encerraran en el cuarto de baño -dijo Natasha a Lucky con orgullo.

-Eso es genial -contestó él, muy serio. Pero, cuando miró a Mia, había un destello de buen humor en sus ojos-. Vómito de niño como arma -le dijo en voz baja-. La sola idea haría temblar de miedo al más pintado. Buena ocurrencia.

-Quiero ver a Alan -dijo ella. Joe asintió.

-Sé que él también quiere verla. Vamos abajo.

-¿Cuántos SEAL han venido? -preguntó ella a Joe mientras bajaban las escaleras y Lucky llevaba a Tasha en brazos.

-Toda la Brigada Alfa -contestó él.

-¿Cómo han conseguido que les dejara ayudarlo?

-Fue él quien nos lo pidió.

Mia se quedó mirando a Joe. ¿Alan les había pedido ayuda? ¿No se habían ofrecido y él había aceptado a regañadientes? Dios, ella tenía tanto miedo de que fuera solo y acabara muerto...

-Le cuesta, pero está aprendiendo -dijo Joe en voz baja-. Dele tiempo. Se pondrá bien.

-¡Prisco! -gritó Tasha.

Mía se detuvo en medio de la escalera al ver que la pequeña se desprendía de los brazos de Lucky y corría hacia Alan Francisco.

Él iba vestido como los otros SEAL, con un chaleco negro y unos auriculares. Sus muletas cayeron con estrépito al suelo del cuarto de estar cuando tomó a Tasha en brazos.

Desde el otro lado de la habitación, por encima de la cabeza de la niña, Alan miró a Mia. Los ojos de ambas se encontraron y él esbozó una de sus sonrisas tristes, sesgadas y perfectas.

Luego Mia corrió hacia él con tan poco pudor como Natasha. Y se encontró en sus brazos. Prisco la abrazó con tanta fuerza como pudo mientras Tasha seguía aferrándose a él.

-Lo siento -le susurró al oído-. Mia, lo siento mucho.

Mia no sabía si se estaba disculpando por las cosas que le había dicho o porque Dwayne las hubiera secuestrado. Pero no importaba. Lo que importaba era que estaban a salvo, que él estaba bien y que había pedido ayuda...

Las luces de las sirenas anunciaron la llegada de los coches de la policía y Prisco soltó a Mia y dejó que Tasha se deslizara hasta el suelo.

-¿Podemos hablar luego? -preguntó. Mia asintió con la cabeza.

-Iba a volver, ¿sabes? -dijo-. A la cabaña. Para hablar contigo. Para hablar, no para discutir. Pero Dwayne estuvo a punto de sacarme de la carretera.

Sus bellos ojos castaños brillaban, llenos de lágrimas sin derramar. Iba a volver a la cabaña. Lo quería lo bastante como para tragarse su orgullo.

De pronto, Prisco no quiso dejar para más tarde aquella conversación. De pronto, había cosas que tenía que decirle, cosas que no podían esperar. Comprendió en ese momento que, aunque recuperara milagrosamente, por una intervención divina, el uso de su pierna herida, seguiría estando incompleto. Comprendió, con una certeza que lo dejó sin aliento, que sólo cuando estaba con aquella mujer increíble se sentía verdaderamente pleno.

Sabía que podía vivir sin ella, del mismo modo que sabía que podía vivir sin volver a correr. Sería duro, pero podría hacerlo. Mia no lo había salvado. No podía: eso lo había hecho él mismo. Con un poco de ayuda. Había hecho falta la aparición de Natasha para devolverlo al mundo de los vivos. Y, una vez allí, el calor y la alegría de Mia habían iluminado su camino y lo habían ayudado a salir de la oscuridad.

Sabía que seguramente no volvería a correr. Pero también sabía que no tenía por qué vivir sin Mia.

Eso era algo sobre lo que, al menos, tenía cierto control.

Y podía empezar diciéndole lo que sentía.

Pero no había tiempo. La policía había llegado y los agentes vestidos de paisano no se mostraron muy contentos al ver que los SEAL se habían tomado la justicia por su mano. Joe Cat había interceptado al oficial al mando y estaba intentando calmarlo, pero necesitaba refuerzos para vérselas con el capitán de policía.

Y, en vez de decirle a Mia que la quería, Prisco se volvió hacia Lucky.

-Hazme un favor, ¿quieres? Lleva a Mia y a Tash a la furgoneta de Harvard. Quiero llevármelas de aquí, pero antes de que nos vayamos tengo que aclarar las cosas con la policía.

-Claro.

Prisco recogió sus muletas, se las colocó bajo los brazos y miró a Mia.

-Intentaré no tardar mucho. –Ella le lanzó una sonrisa trémula que añadió peso y significado a sus palabras.

-No importa. Esperaremos. –Prisco le devolvió la sonrisa. De pronto se sentía casi ridículamente feliz.

-Sí, lo sé. Pero no quiero hacerte esperar más.

-Le dije al capitán de policía que Sharon estaba dispuesta a testificar contra Bell -les contó Prisco a Harvard y Mia cuando salieron de la furgoneta y echaron a andar hacia el patio del edificio de apartamentos-. Con su ayuda, pueden identificar a Bell como el responsable de cierto número de robos sin resolver y, posiblemente, incluso de un asesinato.

-¿Sharon vio a Dwayne matar a alguien? -preguntó Mia en voz baja.

Él asintió con la cabeza y miró a Harvard, que llevaba en brazos a una soñolienta Tasha. Pero la niña seguía teniendo el oído tan fino como siempre y levantó la cabeza.

-Yo también vi a Dwayne matar a alguien -les dijo con los ojos llenos de lágrimas-. Lo vi matar a Thomas.

-Thomas no está muerto -dijo Prisco.

-Sí que lo está -insistió Tasha-. Dwayne le dio un golpe y le hizo sangre y Thomas no se levantó.

-Thomas te está esperando en el piso, princesa.

-Gracias a Dios -dijo Mia-. ¿De veras está bien?

-Un poco tembloroso, quizá -dijo Prisco-. Pero, sí, está bien.

Tasha se despejó de pronto y se liberó de los brazos de Harvard. Subió las escaleras como una exhalación. Pero la puerta del piso estaba cerrada y llamó con el puño.

Mientras Mia miraba, la puerta se abrió y, cómo no, allí estaba Thomas King, algo vapuleado. Tasha se abalanzó hacia él y estuvo a punto de tirarlo al suelo.

-Eh, marcianita -dijo Thomas tranquilamente, como si se hubieran encontrado en la calle. Pero la abrazó con fuerza. Eso y el súbito brillo de lágrimas de sus ojos lo delataron.

-Creía que estabas muerto -dijo ella, y le dio un sonoro beso en la mejilla-. Y, si estabas muerto, no podías casarte conmigo.

-¿Casarme contigo? -la voz de Thomas subió una octava-. Oye, espera un momento, yo...

-Una princesa rusa tiene que casarse con un rey -dijo Tasha, muy seria.

-Eres muy bajita -contestó Thomas-. No sé si quiero una mujer tan bajita. – Tasha se echó a reír.

-Seré más alta, tonto -le dijo-. Cuando tenga dieciséis años.

-Dieciséis... -Thomas parecía a punto de atragantarse-. Mira, marcianita, si sigues interesada cuando tengas veintiséis, llámame, pero hasta entonces somos amigos, ¿de acuerdo? -Natasha se limitó a sonreír-. De acuerdo -dijo Thomas-. Ahora ven a ver lo que te ha comprado tu tío.

Desaparecieron dentro de la casa y Mia oyó el grito de alegría de Tasha. Se volvió hacia Prisco, que iba subiendo penosamente las escaleras.

-¿Es el sofá?

Prisco asintió con la cabeza.

-Cielos, lo había olvidado.

-Yo no -dijo Harvard, y se echó a reír. Llena de curiosidad, Mia corrió a la puerta de Prisco. Y rompió a reír a carcajadas.

-Lo hiciste -dijo-. Compraste el sofá. Santo cielo, es tan...

-¿Rosa? -preguntó Prisco al entrar tras ella, y en sus ojos brilló un destello de buen humor y de disgusto.

Tasha estaba sentada en medio del sofá, con los tobillos delicadamente cruzados. Era una perfecta princesa rusa, a pesar de que tenía el pelo revuelto y la cara sucia y manchada por las lágrimas.

Harvard comenzó a recoger su equipo y Thomas se puso a ayudarlo.

-Todo esto es genial -oyó Mia que le decía a Harvard-. ¿Qué tengo que hacer para ser uno de vosotros?

-Bueno, puedes empezar enrolándote en la Marina -dijo Harvard-. Y, si le pones ganas durante unos tres años, quizá, sólo quizá, te aceptarán en el curso de entrenamiento.

-Eh -dijo Prisco a Natasha-, ¿no me merezco un abrazo? ¿Ni las gracias? –Tasha lo miró altivamente.

-Las princesas rusas no dan las gracias, ni abrazos.

-¿Qué te apuestas? -él se sentó en el sofá, junto a la niña, y la abrazó.

Tasha se echó a reír y le rodeó el cuello con los brazos.

-Gracias, gracias, gracias, gracias...

Prisco se rió. Mia adoraba el sonido de su risa.

-Ya basta -dijo él-. Ve a lavarte la cara y a prepararte para irte a la cama -Tash se levantó y lanzó una mirada anhelante a sofá-. No te preocupes -le dijo Prisco-. Seguirá aquí por la mañana.

-Puedes apostar a que sí -comentó Harvard-. Y pasado mañana y al día siguiente...

-No sé -dijo Mia-. A mí me gusta cada vez más -le tendió la mano a Tasha-. Vamos, te ayudaré.

Prisco las vio desaparecer en el cuarto de baño. Tasha iba arrastrando los pies. Estaba exhausta. No tardaría en dormirse. Él se volvió hacia Harvard.

-¿Necesitas ayuda para recoger eso? –Harvard sonrió como si le hubiera leído el pensamiento.

-Ya está. Nos vamos. Aunque lamento que no podamos quedarnos.

Prisco le tendió la mano y Harvard se la estrechó.

-Gracias, amigo mío.

-Ha sido un placer volver a verte, Francisco. No vuelvas a desaparecer.

-No -le dijo Prisco-. De hecho, seguramente me pasaré por la base dentro de unos días para hablar con Cat.

Harvard sonrió. Sus poderosos bíceps sobresalieron cuando levantó con toda facilidad el pesado equipo.

-Bien. Hasta entonces.

Siguió a Thomas fuera y cerró la puerta.

El repentino silencio resultaba ensordecedor. Prisco echó a andar hacia el cuarto de Tasha, pero se detuvo al ver que Mia cerraba con cuidado la puerta de la pequeña.

-Ya está dormida -dijo Mia-. Estaba agotada.

Ella también parecía exhausta. Quizá no fuera buen momento para hablar. Tal vez sólo quisiera irse a casa.

-¿Quieres una taza de té? -preguntó Prisco. De pronto se sentía terriblemente inseguro. Mia dio un paso hacia él.

-Lo único que quiero ahora mismo es que me abrases -contestó en voz baja.

Prisco apoyó cuidadosamente las muletas contra la pared y la estrechó despacio entre sus brazos. Mia temblaba cuando le enlazó la cintura. Él la atrajo hacia sí, la apretó más fuerte y ella apoyó la cabeza contra su pecho y suspiró.

-¿De veras le pediste ayuda a la Brigada Alfa? -preguntó.

-¿Tan difícil es de creer? – Mia levantó la cabeza.

-Sí.

Prisco se echó a reír. Y la besó. Mia sabía tan dulce, sus labios eran tan suaves... Él debía de estar loco cuando había pensado que podía abandonarla.

-¿De veras ibas a volver a la cabaña? -preguntó. Ella asintió con la cabeza-. ¿Por qué? Dijiste todo lo que había que decir en pocas palabras. Tu visión de cómo podía haber sido mi futuro era muy acertada..., aunque estoy seguro de que no me imaginabas emborrachándome hasta morir en un sofá rosa.

-¿De cómo podía haber sido tu futuro? – Había tanta esperanza en sus ojos que Prisco tuvo que sonreír.

-Ése no es mi futuro, Mia -le dijo-. Eso era mi pasado. Era mi padre quien se emborrachaba para olvidar cada noche delante del televisor. Pero yo no soy él. Soy un SEAL. Tenías razón. Sigo siendo un SEAL. Y lo único que tengo destrozado es la rodilla, no el espíritu.

-Ay, Alan....

-Sí, duele saber que no voy a volver al servicio activo, pero es lo que me ha tocado en suerte. Estoy harto de compadecerme -dijo-. Ahora voy a tomar las riendas de mi verdadero futuro. Voy a hablar con Joe Cat sobre ese puesto de instructor. Y tengo que pensar en Tash, porque Sharon tendrá que cumplir algún tiempo en prisión por conducir bebida, aunque el hombre contra el que chocó sobreviva...

Mia estaba llorando. Estaba llorando y riendo al mismo tiempo.

-Eh -dijo Prisco-. ¿Estás bien?

-Sí, muy bien -dijo ella-. Y tú también. Lo has conseguido, Alan. Vuelves a estar completo -sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas-. Soy tan feliz por ti...

¿Volvía a sentirse completo? Prisco no estaba tan seguro.

-Voy a tener que buscar otro sitio donde vivir -dijo mientras la miraba a los ojos-. Supongo que, si vendo esta casa, quizá pueda encontrar algún sitio más cerca de la base, tal vez un barco... o quizás algo en la planta baja. Una casa lo bastante grande para Tash y para mí y quizá... ¿para ti también?

-¿Para mí? -susurró ella. Él asintió con la cabeza.

-Sí, si quieres, claro...

-¿Quieres que viva contigo?

-Demonios, no. Quiero que te cases conmigo.

Mia se quedó callada. Tenía los ojos como platos y los labios ligeramente abiertos. No dijo una palabra, se limitó a mirarlo fijamente.

Prisco cambió de postura, nervioso.

-Sé que seguramente te has quedado muda de alegría al pensar en pasar el resto de tu vida con un hombre que tiene un sofá rosa y...

-¿Me quieres?

Prisco notó por su mirada que, sinceramente, no le sabía. ¿Cómo podía dudarlo? Bueno, pensó Prisco porque, para empezar, él nunca se lo había dicho...

-¿Sabes?, allá arriba, en la cabaña, cuando te dije todas esas cosas horribles... -ella asintió con la cabeza-. Lo que en realidad quería decirte es que estaba perdidamente enamorado de ti y que tenía miedo... miedo de lo que sentía y de arruinar la vida si me quedaba a tu lado.

Ella se indignó.

-¿Cómo podías pensar eso? – Prisco sonrió.

-Sigo pensándolo. Pero creo que, si me esfuerzo mucho por hacerte feliz, ni siquiera te darás cuenta. Y tampoco notarás que, cuando votemos, nuestros votos se cancelarán mutuamente.

-La democracia en acción -dijo Mia.

-Y quizás algún día, si quieres, podamos añadir «tener hijos» a esa lista que pusiste en mi nevera -dijo él-. ¿Qué me dices?

-Que sí -respondió Mia, y la emoción hizo temblar su voz-. Digo que sí.- Prisco la besó. Y se sintió completo.

Fin